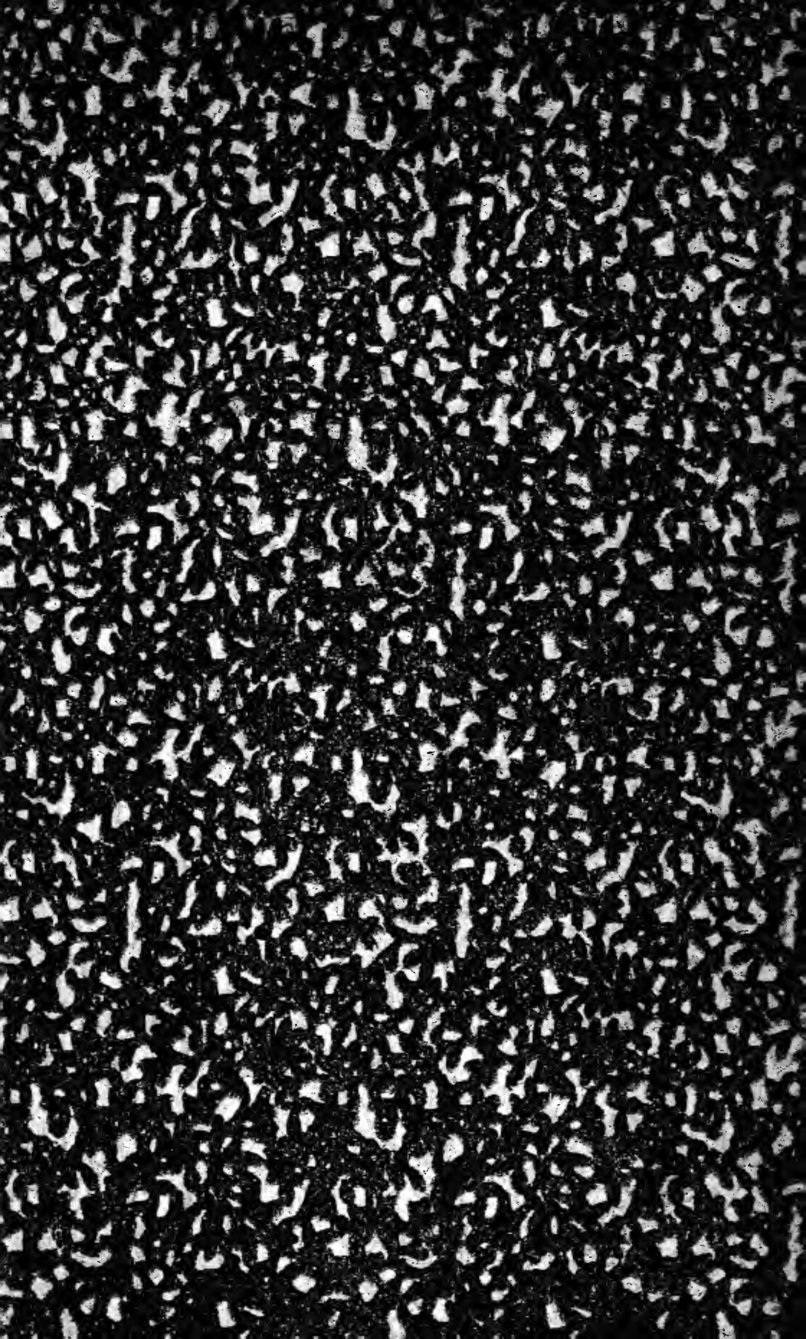
THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

869.3
Oc 1 v





VICTORIA

NOVELAS ARGENTINAS

POR

CARLOS MARIA OCANTOS

De esta serie de novelas, en que se estudia y describe la vida argentina contemporánea, en sus diversas manifestaciones, van publicados los *catorce tomos* siguientes:

León Zaldívar.
Quilito.
Entre dos luces.
El Candidato.
La Ginesa.
Tobi.
Promisión.
Misia Jeromita.
Pequeñas miserias.
Don Perfecto.
Nebulosa.
El Peligro.
Riquez (Memorias de un viejo verde).
Victoria.

Se halla en preparación:

LA COLA DE PAJA
(Tomo XV de las novelas argentinas.)

EN PRENSA

EL CAMION (Seis novelas españolas.)

Del mismo autor:

Mis cuentos (primera serie). Un tomo.
Sartal de cuentos. Un tomo.
Fru Jenny (seis novelas danesas). Un tomo.

NOVELAS ARGENTINAS

POR

CARLOS MARIA OCANTOS

TOMO XIV

VICTORIA



MADRID

IMPR. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»

Olózaga, 1.—Teléfono S. 1.385

1922



869.3
Oclv

1 Je 23 NEE

VICTORIA

I

Como el vigía colombino, atisbando en las nieblas del misterio el mundo desconocido, el anciano caballero, sobre el puente, nervioso, ansioso, anheloso, intentaba arrancar a la lejanía su secreto, guardado esquivamente entre las brumas de una tarde de invierno, bajo el manto de un cielo de borrasca: aquella playa bonaerense, la suspirada, la gran ciudad, que se agazapa en la orilla y disimula de tal modo que ni una sola de sus torres se yergue en la distancia para denunciarla. Nada más que una orla de sombras, abajo, en el confín de las aguas turbias, más obscuras que las de arriba, señalaba el asiento de la que así huye de la vista del que la busca, cual hermosa que provoca y coquetea. Y sobre esta orla, sobre estas

516993

sombras, que nada parecían y eran el norte y acabamiento de largo, de pesado viaje, apuntaba el caballero anciano las dos bocas de sus anteojos marinos. Alto, de grandeza militar, por la talla y la apostura, cubierto de largo capote y enfundada la cabeza en la gorra de paño pardusco de flotantes orejeras; su nariz, de aguileño caballete, avanzaba con audacia, lanzándose adelante sobre la nieve de los recortados bigotes, sin guías, los que apenas se mostraban en la blancura de la piel aristocrática, de sonrosados matices, finamente veteada de azul, pergamino regio revelador de la estirpe. Dábale el viento en la cara con rudeza, y él, tras de sus anteojos, sin parar de apuntarlos aunque nada viera, murmuraba:

—¡Te conozco, pampero; te conozco en tu beso de amigo franco y de confianza, en tu acogida brusca de paisano hecho a galopar libremente, cosaco de tu llanura inmensa! Y también te conozco a ti, ¡oh Plata!, el de las aguas barrosas, tan grande que no se sabe qué es lo que las contiene y por qué no se derraman. Y también a ti, Buenos Aires, que te escondes, como perla y como violeta... Después de veinte años ¡os reconozco aún!

Apartó el inútil instrumento; le abandonó

a su peso, colgante de la bandolera, y apoyado en la borda siguió mirando, avivados los ojos azules por el fulgurar del recuerdo.

En su torno, arriba y abajo, por escaleras y trampas, por puentes y entrepuentes rebullía el flujo humano de los viajeros que preparaban el desembarco, alegremente, prisioneros que ven abierta la puerta de la cárcel. ¡Por fin! Y con escándalo de voces, de carreras, de atropellada actividad, entre el maremagnum de baúles, de maletas, de valijas, de sacos y de mantas se aprestan a tender el vuelo hacia el nido casero, nunca más deseado cuanto por más largo tiempo no gozado; de los lobos de mar, en plena acción de maniobras tumultuosa y febril, alegres también, porque el puerto es el asueto, es la taberna con los amigos y el relativo descanso.

De tanta baraúnda, de tal algarabía soez, el caballero no hacía aprecio, abstraído: conocía las voces de muchos, adivinaba las caras de algunos, los compañeros de travesía, unidos por el acaso a la intimidad de su vida durante tres semanas de existencia amodorrada y estúpida, y porque no le molestaran oponía la barrera de sus espaldas, a las que el largo capote daba apariencias de coloso. Declinaba la tarde.

Acuoso polvillo humedecía todo, abrillantaba todo y, a la manera de cendal, interceptaba la vista, desdibujando los objetos. Hacia la izquierda, la faja de sombras, entre el gris de las nubes y el ocre obscuro del río, indicaba contornos de arboleda. El buque gigantesco se deslizaba lentamente, sin levantar ni olas ni espumas, pasando majestuoso ante los barcos grandes y chicos, que le salían al encuentro, como soberano que pasa una revista. A la distancia surgía tal cual luz amarillosa y poco a poco, acá y allí, sobre las mismas aguas se encendían otras muchas; ojos que miran, palpitación de vida en la noche que se aproxima.

Y abstraído, el anciano caballero se abismaba en sus remembranzas. ¡Veinte años! Sí, hacía veinte años que él, míster John Stuart, gajo morganático de real tronco, al decir de las hablillas, el escocés misterioso, el gran señor de antifaz, que nadie conocía pero del que todos presumían el abolengo, huyó del país, criminal que se esconde, reo que teme, y abandonó su casa y su familia... Precisamente en aquella orilla izquierda debía estar su casa, la conocida *Barraca de Stuart,* que él fundó, cara a los muelles del Riachuelo, y acaso todavía, como lema or-

gulloso, mostraba en su fachada su apellido (1). La que no estaba ya, dispersada por la desgracia, aventada por la muerte, era la familia: su mujer, misia María Josefa, de la cepa nobilísima de Solaños, patricia y señoril hasta la punta de las uñas, tanto como él o más que él, porque la legitimidad es también ejecutoria, muerta del disgusto de su huída y del torcedor de las razones, que ignoraba; Ladislao, su hijo mayor, arrebatado por la tisis en plena florescencia juvenil, cuando había conseguido, inteligente y diestro, reforzar el crédito del negocio y encauzarlo sólidamente... La única que quedaba era Victoria, esposa desgraciada de un Esquendo loco, esclava social a la que venía a libertar de las cadenas de leyes y costumbres anticuadas.

Ensartados unos con otros los recuerdos, saltaban en su memoria como chispas los hechos pasados, los nombres olvidados: aquel su primer viaje, en que, cargado de ilusiones su espíritu aventurero, y su maleta de cartas de recomendación, llegaba a bordo, no del lujoso vapor que hoy le conducía, sino de un modesto bergantín, tortuga marítima que no se

(1) *Pequeñas miserias.*

daba tanta prisa; cómo conoció a los Tejeras, y entró en la intimidad de los Solaños, sus parientes, y casó con María Josefa, la niña mayor de la casa, y puso el negocio de la barraca con un préstamo que le hizo el papá, don Francisco de Borja Solaños, el respetabilísimo y entonado don Francisco de Borja, que así andaba tan tieso y duro y almidonado y cepillado, que parecía llevar la custodia en una procesión. Y cómo vivió sus diez años, sus doce años, tan feliz, tan a gusto, sin sentir las punzadas de su genio errátil, enamorado de María Josefa, amante de sus hijos y del trabajo, hasta que surgió... eso, eso, la piedra en el camino, el tropiezo, la caída, la mancilla del honor, el resquemor de la conciencia, el azoramiento de la culpa, la imposición del egoísmo. Huyó y olvidó, pareció olvidar, viviendo obscuramente en su casa de Edimburgo de la pensión que le servían. Cartas llorosas de misia María Josefa cruzaron los mares, y en su refugio, sólo de ella conocido, le solicitaba dos cosas supremas: la explicación y la vuelta; pero él ni podía regresar ni explicar nada y contestaba con otras, escasas, cada vez más escasas, aunque impregnadas de amor y de pena. Y murió, al fin, la dama infeliz, y

fué Ladislao quien cogió la pluma en sus dedos de adolescente para contar al desterrado sus esperanzas y sus cuitas, sus aciertos comerciales y sus fallas, y luego, más tarde, Victoria, la rubia, la bella, la sin ventura, correspondencia más nutrida en el transcurso de los años, gracias al tiempo, que no en balde pasa y cambia y borra todo, permitiendo que de aquel tropiezo pretérito no quedara huella ni de la desaparición sospechosa memoria y fuera factible un día, este día de hoy felicísimo, el regreso discreto, sin ruido ni anuncios, conocido nada más que de la que debía estarle esperando con tanta ansiedad como la que él padecía al ir hacia ella.

¿La reconocería a Victoria? Jamás la vió sino en pintura, en fotografías; ¡la dejó tan niña y había cambiado tanto, al decir de estos testigos, más o menos fidedignos! No era la misma de primera comunión que de novia, naturalmente; pero tampoco era la misma de casada que llevando el doble luto de misia Justa González y de don Fabio Esquendo, la abuela y el tío de Josecito, su marido, muertos en el mismo año y casi, casi en el mismo día. Sin embargo, no dudaba míster John de que sí la reconocería, entre cien, entre mil, y si no sus-

ojos, su sangre, su amor vivísimo de padre, acrecido, agigantado por la ausencia y las desdichas.

Y nervioso, ansioso, anheloso, se inclinaba sobre la borda el anciano caballero, cogía de nuevo los anteojos, apuntaba hacia la nebulosa lontananza: precisamente allí estaba, debía de estar la que fué su barraca y la ciudad más abajo de la cuenca, en el fondo, allá, en medio de aquel resplandor, que ya luce como un ocaso de triunfo. Una a una iban apagándose las chispas de sus recuerdos, y de espaldas al rebullicio infernal, empujado cuando no estrujado, se mantenía firme, con emoción interior, que a la neblina del espacio añadía la neblina de sus pupilas, y ni con anteojos ni sin ellos nada veía, al cabo; apenas las aguas turbias, las aguas barrosas que corrían a sus pies como habían corrido las de su vida.

Una voz inglesa, entre el resoplar del pampero, consiguió hacerse oír, destacándose respetuosa detrás de él, y míster John se volvió rápidamente:

—Sí, Peter, las llaves las tengo aquí. ¿Está todo listo? Parece que llegamos.

—Sí, señor —contestó el criado—, todo está listo y he cerrado el camarote, porque con este

barullo y revoltijo no hay que fiarse. Según dicen por ahí, llegaremos a las ocho.

—Son las siete, Peter, y esta hora que falta va a antojárseme más larga que todo el viaje.

—¿Desea algo el señor?

—Sí, que te quedes aquí cerca y cuides de no perderme de vista. La mía está muy floja esta tarde, y flojas están mis piernas, y flojo también mi corazón. ¿Ves tú algo, Peter? Es la emoción de la llegada, tal vez. Así que entremos en la dársena (porque ahora se desembarca en un dique, y no como antes en mala ballenera, en bote menguado y hasta en carro mezquino, como en mi viaje primero.., ¡hazañas del progreso, Peter!...), pues, quiero que, así que lleguemos, me señales a la más rubia, a la más bella, a la más divina criatura que esté allí esperando, si es que yo, por ser de noche o por cegato, no la veo. Como seña particular, lleva tocas de luto. ¿Entiendes, Peter?

El criado de patillas anaranjadas se inclinó pronunciando un *yes, sir,* de sumisión. Y de súbito, al chispear de otro recuerdo, míster John preguntó:

—¿Pusiste esta mañana el telegrama en Montevideo?

—*Yes,* sir —tornó a decir Peter.

—Porque tendría que ver que no lo hubieras puesto o no lo hubiera ella recibido y no me esperara y ni tú ni yo la descubriéramos en el muelle... ¡qué ibamos a descubrirla si mi bella Victoria ignoraría que llega hoy su padre, ansioso de abrazarla, contando los minutos desde que embarcó en esta jaula monstruosa, y cada noche y cada mañana levantándome y acostándome con esta oración: —¡Faltan aún tantos días! ¡Ay, Señor, que corran más pronto, más veloces!... ¡Peter, me fío de ti, pero no del telégrafo!

Muy agitado paseó míster John en el angustioso espacio que dejaban libres dos montañas de equipajes, pensando en que no valdría la pena que se hubiera inventado el telégrafo si no servía para anunciarle a su hija su llegada. Había cerrado la noche y el frío, vivo y picante, propio de agosto, le hizo anudar las orejeras bajo la barba: atronó en esto los aires el pavoroso estruendo de la sirena y por tres veces su quejido desgarrador hirió brutalmente los tímpanos; sonaron luego timbres de aviso, y la marcha se acortó, paulatina, lentamente, y fuera difícil afirmar si andaba el buque o había fondeado. Impaciente, preguntó a Peter el anciano:

—¿Llegamos, Peter? ¿Ves la dársena? ¿Ves entre el gentío que no debe de faltar, a una joven enlutada, rubia, que se me parece como hija mía que es, si no tan alta como yo, alta de fijo, porque ha de ser gallarda, sin duda?...

—Yo me permito aconsejarle al señor —contestó flemático el correcto doméstico— que tenga paciencia. Ni hemos llegado todavía, ni hay tal dársena... Eso de la derecha es un barco, al que pasaremos pronto, aunque parezca que no andamos. Lo que se ve de proa es un resplandor muy grande, que será el puerto, pero aún queda lejos.

—¿Resplandor has dicho, Peter? Con el viento y el silbido estoy como sordo... Pues si has dicho resplandor, es el que despide su cabellera rubia, sol de mediodía, y prueba de que me está esperando. Tendré paciencia, como me aconsejas. Voy a sentarme en el extremo de este baúl. Por duro que sea, no lo será tanto como mi suerte.

Se sentó, de cara al resplandor que decía Peter, y vió cómo aumentaba e incendiaba el cielo; las luces amarillosas iban agrandándose y pasaban como meteoros a un lado y otro lado del buque y de vez en cuando pasaban también negros esqueletos de barco, nítidamente recor-

tados sobre el fondo de la neblina. Aunque lo consintiera la dureza del extraño sitial, no pudo el anciano caballero disfrutar mucho tiempo de su regalo, porque el tole-tole de la marinería y de los viajeros le obligaron a levantarse y un grupo se le vino encima, mal de su grado; se cogió del brazo del compañero y cediendo al empuje dócilmente, decía:

—¿Andamos, Peter? Pregunto si anda el buque, pues que nosotros andamos para atrás y contra nuestra voluntad, ya lo siento, demasiado lo siento.

—Sí, andamos —afirmó el criado.

Y marchaba, en efecto, tan despacio, cansado o precavido, que se dijera estaba quieto. Para míster John no andaba más que su bergantín de antaño, y cuando en medio del alud advirtió las narices de su socio de *bridge,* un comerciante gordo de Hamburgo, dolióse malhumorado del paso de tortuga que traían.

—¿Vamos a pasar la noche en el río? ¿Y a esto llaman pomposamente trasatlántico?

—Señor Stuart —respondió el gordo—, precisamente por eso, por eso... Un buque de esta fuerza no maniobra como un bote y menos con la nieblecita ésta.

—Señor mío —repuso míster John—, digo a

usted que me río yo de los progresos de la navegación. Hace veinte años se navegaba lo mismo que hoy. Además, no olvide usted que mi hija me espera... si ese otro tal del telégrafo ha cumplido con su deber.

En la bocaza escarlata del de Hamburgo surgió una sonrisa, a tiempo que la sirena repartía de nuevo la alarma en todos los ámbitos y al extremo de la cubierta la banda de música la estridencia de sus cobres.

—¡Ahora sí que va de veras! —exclamó alegremente el hamburgués.

—¿Llegamos?

—No, señor —contestó Peter—; parece que aún hay para rato.

Con mucho meneo de coquetería, de faldas, de gasas y de penachos se desprendieron del grupo las dos viudas, sus vecinas de mesa, y a vuelta de finos remilgos se despedían de míster John. Otra dama, la sempiterna doliente, que pasó echada, víctima del mareo, en su silla de tela, de las tres semanas dos y media, por lo menos, y con quien armaba sendos dúos de filosofía sentimental, y la vieja feminista, y el estanciero cerril, y el cigarrero millonario, también se despidieron, y todos recogieron palabras corteses y galantes ofrecimientos. A todos

daba míster John la mano con un contento tan grande, inmenso, de perderles de vista! Relaciones de ocasión, compañeros de camino, seguramente no volvería a tropezarles en el mundo, y en aquel momento, embargado en absoluto por la imagen de Victoria, por la idea de que llegaba ¡al fin!, todo lo que no fuera esta idea y aquella imagen se le figuraba deleznable.

¡Día felicísimo para míster John Stuart, por tantos años esperado, ansiado! Viajero que torna del ostracismo es muerto que resucita. Y como resucitado, el caballero miraba extrañamente caras y objetos, sin distinguir nada... Dejó de aullar la sirena y el escándalo de la banda arreció hasta ensordecer; corrían los marineros; sonaban los timbres, crujían las maderas; sobre las bordas se apiñaban las cabezas. Ya no navegaba el buque gigantesco: le arrastraban poderosamente; brazos hercúleos, en la sombra, tiraban de él con cuerdas, que crujían también, presa de piratas que en la orilla le atisbaran, cetáceo enorme que se aprestaran a cobrar los pescadores. Un muro negro de recia fábrica apareció a babor; grúas de férrea musculatura, un cobertizo chato y en el andén que entre el cobertizo y la orilla se extendía amplísimo, a la luz de los faroles rígidamente alineados,

un enjambre de paraguas, que la llovizna satinaba brillantemente. ¿Habían llegado? ¿Era la dársena? ¿Era aquella la antesala de Buenos Aires?

Míster John lo preguntó, dudoso. Y requiriendo de nuevo los anteojos, apuntó decidido; y como no diera más que con la caparazón de los paraguas, se quejó a Peter de que en aquella asamblea de galápagos pudiera divisarse a la rubia y bella dama que debía estarle esperando.

—Cuando se arrime más el buque, se verá mejor —advirtió el criado—. Aunque hemos llegado, falta mucho por maniobrar, y para desembarcar... otra horita.

—Peter, que te tiro al agua. ¡Vaya un consuelo! Y lo peor es que me parece que no te equivocas.

Se escurrió con empacho y por el puente adelante fué como pudo, seguido de Peter.

—Cuando la encuentre —decía—, porque he de encontrarla, imposible que no haya venido..., pues me dejas y te ocupas exclusivamente del equipaje. Toma las llaves y entiéndete tú con la aduana, esa prosa vil de los viajes. Así seré el primero que pise esta tierra bendita. ¡Cómo me tarda, Peter; cómo me tarda!

La neblina de sus ojos le puso telarañas, que

él trató de apartar con el pañuelo, sin recato del criado; y erguido en el extremo solitario en que logró refugiarse, dominando ya de más cerca, gracias a la sabia maniobra del navío, el andén, obtuvo el favor de distinguir alguna cosa, detalles anotados en ávida pesquisa, detalles cada vez más netos, cada vez más claros, pues poco a poco, en insensible gradación, todo crecía, y al aumentar de tamaño se aproximaban paraguas y personas.

Tan cerca estaban ya, tanto, tanto, que tropezaron con el mismo muelle y toda la armazón del coloso crujió en el último estertor de su carrera: se agitó la muchedumbre de abajo y la guirnalda de cabezas y de manos de la borda, y entre el incesante bramar de los bronces musicales se oyeron voces, nombres lanzados como flechas, alarma de bienvenida.

Míster John se restregaba los ojos, nervioso, ansioso, anheloso.

—Señor —dijo Peter de pronto—, en aquella puerta del galpón hay una señora de negro... y es alta... y juraría que es rubia. Está un lacayo a su lado.

—¡Es Victoria! —exclamó el caballero, abalanzándose con riesgo de una caída—. No la veo, pero debe de ser Victoria. Dime, ¿se me

parece? ¿Tiene la nariz así como yo? ¿Y los ojos son azules? Mira bien, Peter, no te engañes y me engañes... ¿Dónde está? ¿De qué lado? ¿Aquélla, junto al farol? A ver. ¡Malditos sean mis nervios! Me ha entrado tal temblor...

De mayor potencia óptica los cristales marinos de míster John que los ojos de su fiel criado, en un minuto de observación le mostraron a la dama que, bajo el alero del cobertizo, se abrigaba, y se la mostraron sin lisonja ni disimulo, ajamonada, espesa de talle y con un lejos de fealdad que no disculpaba la distancia.

Indignado, míster John protestó. A fuer de buen padre, no podría él admitir concomitancia alguna entre su hija y tan mala estampa. ¿O era que el tiempo la había transformado, perverso escamoteo suyo habitual?

—No, no. ¡Desgraciado Peter! ¡Valiente vista tienes, hijo! ¡Confundir la fealdad con la hermosura, la vejez con la juventud! ¿No te acuerdas del último retrato que te enseñé? ¿Y de aquel grabado en colores, aquel grabado antiguo de mi sala de billar, en el testero del frente, que representa una diosa?... Pues ¡así es Victoria! Es mi hija una diosa, que no puede confundirse con nadie. Verás. Quiero probártelo, Peter.

Y levantó bien alto su pañuelo, agitándolo, y a su mariposeo contestó en breve ¡oh sorpresa! el de la dama y durante largo espacio los dos pañuelos se saludaron como dos palomas blancas que revolotean juguetonas.

Corrióse míster John, abrió la boca Peter, y sin esperar a más embistió el anciano por donde creyó que hallaría la salida, sin reparar que otros pañuelos cambiaban saludos semejantes: si no habían colocado todavía el paso para desembarcar, no importaba, daría un salto formidable, a pesar de sus sesenta y cinco años, que salto de más o de menos para un deportista de su laya era juego de niños. Desde el extremo del puente hasta el portalón, por escaleras y pasillos, corrió atropellándolo todo: asimismo hubo de esperar ante la pasarela, porque ¡ay! aunque parezca tan fácil, no es tan hacedero atropellar, a veces, los reglamentos... Pero en cuanto éstos lo consintieron y más presto que lo consintieran, se lanzó míster John a franquearla y no pudo, porque en la pugna de los que querían subir y de los que bajar querían hubo más guerra en el paso aquel que en el de las Termópilas. Cogido entre dos fuegos míster John y a brazo partido con los dos bandos, no retrocedía ni avanzaba, y si avanzaba era para

retroceder luego; pero voluntad requiere puños, y puños británicos tenía míster John, consiguiendo abrirse camino y de tan singular manera pisar por segunda vez tierra argentina.

¿Era aquello el símbolo de que no de otra guisa ha de conquistársela? Es lo cierto que míster John se encontró en el andén, algo maltrecho por la refriega, bajo la lluvia menuda; se dirigió hacia el sitio en que estaba la dama del pañuelo y no la halló; el lacayo tan sólo, un espigado lacayo como un granadero, que espiaba curiosamente el tumulto y la algazara, pero que, en viendo acercarse aquel señorón de largo capote y gorra con orejeras, de bigote blanco y nariz aguileña, se adelantó, chistera en mano, y le abordó resuelto, diciendo:

—¿El señor Stuart?

—Sí —contestó míster John secamente—; yo soy John Stuart.

—La señora de Esquendo, mi señora —repuso el lacayo—, está ahí cerca, en el coche, y espera al señor.

—Vamos allá.

Hay momentos supremos que resumen toda una vida. Como en sueños, pensando que era aquella una de las tantas pesadillas de la travesía, dejóse guiar por el lacayo, y atravesando

el frío saletón blanqueado de la aduana, donde entre cajas y cajones, mercancías y equipajes, paseaban graves funcionarios, le llevara hasta la verja, y obtenido el permiso del guarda o cancerbero, franca la salida, hasta la calzada en que estacionaba elegantísimo automóvil. El encandilado míster John no supo quién abrió la portezuela, no vió quien estaba dentro; se sintió cogido por los hombros, amorosamente atraído, estrechado, y oyó una voz dulcísima, que susurraba:

—¡ Papá, papá de mi alma!

¡ Pasar veinte años soñando con este instante, con este reclamo, con este abrazo, con estos besos, ardientes, insaciables! La voz dulcísima decía:

—Hace tres horas que te espero, papá, y por miedo de la lluvia y del frío, como en el galpón no se puede parar, me vine al coche, encargando a Silverio de que te buscara. Le di las señas más parecidas: es un señor muy alto, con aire principesco, bigote que debe ya estar blanco, la nariz así como la mía... Porque aunque yo no te conocía personalmente, le oí tantas veces pintar tu figura a mamá y sobre todo al pobre Ladislao!...

—¡ Victoria! ¡ Victoria! —repetía míster

John queriendo y temiendo a la vez despertar.

—Y ayer también estuve aquí otras tres horas, o tres siglos —prosiguió la voz—, porque decían los anuncios que llegaba el vapor... ¡Y desde que recibí tu última carta de Edimburgo comunicándome que te embarcabas ¡al fin!, estoy más nerviosa! Y después de tu telegrama de Montevideo, ¡al fin iba a conocer, al fin conozco, gracias a Dios, a este papá que vivía en la luna, que se me antojaba imaginario, como los tíos de Indias!

Atrevióse míster John a mirarla y no se deshizo la ilusión, no era sueño ni embeleco: era la diosa del grabado suyo, la misma, en el magnífico esplendor de los treinta años, recostada, en vez de la concha de nácar, sobre cojines de brocatel perla, a la luz de la ampolla eléctrica del techo; y tal como el sol gusta de envolverse en nubes borrascosas, negros crespones ceñían su cabeza rubia, y era negro su abrigo, y negras las riquísimas pieles de la estola y del manguito. Una fragancia exquisita la envolvía también, que era la de su hermosura, aliada a las flores de preciosos cartuchos de cristal y plata.

Poste humano, Silverio, esperaba órdenes en la acera.

—¡A casa! —dijo la dama.

Dió el conductor a la manivela, armó el gran cisco el motor y el automóvil se puso en marcha.

—Vengo de la luna y me parece que estoy en el limbo —acertó el viejo señor a decir—. No me ha mareado el barco y ahora me siento de tal modo que todo me baila... ¿Es cierto que tengo yo una hija y que esta hija la miro a mi lado? ¿Es esto cosa de comedia o de realidad?

Les llevaba el coche como en volandas por los muelles, por calles, por plazas y por avenidas, unas ya aderezadas según la estética municipal más europea, otras destripadas, abiertos los boquetes de los solares, cual si la metralla enemiga hubiera derribado las paredes, porque la gran ciudad bonaerense, mona parisina, quiere vestirse al gusto de su modelo. Y míster John, entre los paréntesis de la parla deliciosa, intercalaba tal cual observación:

—¡No te reconozco, Buenos Aires! ¡Eres otro, tan cambiado, tan distinto!

—Sí, sí —respondía ella—; ya te chocarán muchas cosas que nosotros no advertimos. También, si pensabas encontrarte con la ciudad de hace veinte años... A ver. ¿Qué tal el viaje? Cuéntame, papá; cuéntame.

Quisieran los dos transmitirse cuanto de interesante guardaban; pero no había tiempo para largas historias y menos lo consentía el vertiginoso correr del automóvil: como en volandas les llevaba por calles, plazas y avenidas, y en menos de diez minutos, en una de éstas, que si no era la de Alvear a míster John le pareció, lejos del centro bullicioso y con trazas de aristocrático aislamiento, paró delante de un portal que se dijera palatino, imponente y grandón, con escalera de anchos peldaños cruzada por una tira de bruselas.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la dama—. Baja, papá. Debes estar desfallecido. La mesa nos espera.

No estaba desfallecido el viejo caballero, pero sí alelado, completamente alelado. Bajó, sin embargo, muy tieso, y para subir aquella escalera del paraíso, toda luz y magnificencia, dió a su hija el brazo, con esa desenvoltura de la antigua usanza, tan varonil y tan gallarda. Arriba esperaba un criado de frac en el vestíbulo; y lo que llaman *hall* y bien pudiera decirse antecámara y en todos los salones abiertos, lucían damascos viejos, auténticos bargueños, cornucopias coloniales, herencia de Esquendos y Solaños que, afortunadamente, no

hubo Aladino ignorante y cursi en la familia que cometiera la herejía criminal de cambiar por nuevo.

Anunció el criado que había estado el señor don Jacobo y también don Pedro Crisólogo Samos.

—Es Jacobo Esquendo, papá —tradujo Victoria—, mi cuñado... ¿Con Jorgina? ¿No...? Y el bueno de don Tranquilito, ¿qué traía? Algún recado de la madre Susana Esteven. Ya conocerás, papá, a don Pedro Crisólogo, al que han puesto de mote *don Tranquilito* porque no se altera por nada, aunque le caiga una casa encima. Es el administrador excelente del Asilo del Sauce, de cuya comisión directiva yo soy la presidenta. Por añadidura, vegetariano.

—También ha venido —insistió el criado— el doctor Castel.

—Matías Castel, papá —siguió traduciendo la dama—. ¿Te acuerdas de aquel dependiente de la barraca? Pues hoy es un abogado famoso, mi abogado consultor, y un gran corazón.

Gorra en mano, enhiesto sobre la frente y despelusado el copete, de argentados hilillos, que le coronaba, míster John iba andando, sin preocuparse de los visitantes que le anunciaban y

de cada uno de los cuales, con toda franqueza, se le daba a él un ardite; pero este nombre de Castel, de Matías Castel, su antiguo dependiente... Acudió su mano a palpar el copete y ensartó en él los dedos, movimiento suyo mecánico siempre que la reflexión o una idea molesta le hurgaba en el meollo, y contrariado fingió no recordar:

—Castel, Castel... Hija, no me acuerdo; ¡cualquiera se acuerda! ¡Hace tanto tiempo!

—Ya te le presentaré —dijo alegremente Victoria—; ¡poco que se acuerda él de ti! Me habla con mucha frecuencia.

—¿Sí, eh?

Estaban en un saloncito que, por los mil detalles de graciosa feminilidad, parecía el preferido y en el que se acumulaban los retratos de familia: sobre la consola, junto al libro cuya última página desflorada marcaba la plegadera de marfil, un marco *vernis Martín* con la ingrata estampa del marido, Josecito Esquendo, de ojos extraviados y labio colgante, expresión patente de la imbecilidad y de la demencia; el tío Fabio, en otro cercano, con sus barbazas de capuchino; otro más, de niña, que debía de ser Jorgina, la sobrinita, y en el testero los dos grandes óleos antiguos de

míster John y de misia María Josefa, de recién casados, en los que las cocas de misia María Josefa hacían muy buena pareja con el copete de míster John, entonces de oro puro veneciano.

Al sonar vibrante de un botón eléctrico vino la salteña Domitila, doncella de confianza de la señora, cuyo prendido a la francesa, irreprochable, no disimulaba las narices aplanadas, los pómulos puntiagudos y la sobra de pigmento de la faz, resabios de la raza *coya,* a la que, sin duda, pertenecía, y recogió el sombrero y las pieles de su ama, la gorra y el capote del señor...

—Es Domitila, papá —indicó Victoria—; lleva conmigo ocho años. Una alhaja, Domitila, aquí tienes a papá.

—Para servir a usted —dijo la salteña muy cortés, con arrastre de tonadilla.

Y cuando se marchó, solos, cayó la hija en los brazos del padre y se tuvieron estrechados largo rato. ¡Qué bueno es Dios que concede tan grandes regocijos, placeres tan inefables! ¡Ver en su casa al papá misterioso, al papá esquivo, al papá olvidadizo, al papá pródigo! ¡Y qué protector, qué compañero le deparaba!

—¿Te quedarás mucho tiempo? ¿No te dejarás vencer por tus nostalgias de Escocia?

—No sé si mucho o poco —respondió emocionado el caballero—; pero, lo que sí te juro es que de ti no me separará ya sino la muerte.

La apartó para contemplarla, hartándose de mirarla. Esbeltísima, con rasgos de misia María Josefa, era casi tan alta como él y el luto la hacía más hermosa todavía.

¡Tan hermosa, tan digna de ser feliz! Porque no lo era, no; viuda a medias, casada honoraria, soltera meritoria, para quien la corona de azahar fué corona de espinas. Ni casada, ni viuda, ni soltera; rica sin libertad, él venía de luengas tierras, como los príncipes de las leyendas, a romper las cadenas con que el dragón social la esclavizaba. Porque el hecho de que el loco de Josecito estuviera encerrado de por vida no era razón humana para privarla de toda distracción honesta y exponerla a la crítica venenosa.

Ella suspiraba.

—¡Cierto, muy cierto! y así será mientras no sea vieja. Y menos mal que desde la muerte de la abuela Justa respiro mejor y he podido, libre de sus tiranías, que de lejos se

hacían sentir lo mismo que de cerca, vivir en esta casa, ponerla a mi gusto clavo por clavo... Me recreo en ella, y con mi Asilo y los paseos con Jorgina lleno, mal que bien, el vacío de mi vida monótona; pero asediada siempre de escrúpulos, más tímida que una monja, mirando bien dónde pongo el pie y cómo lo pongo, escarbando en mis pensamientos, de miedo de encontrar alguno poco ortodoxo que me sugiera cosa contraria a lo que aquí entendemos por moral social, y disciplinando mis acciones de manera de no aparentar más que la máquina que el deber me manda que sea. Pensar yo en teatros sería pecado mortal; en bailes, ¡Dios nos asista!, y en fiesta de más de seis personas, ¡desvergüenza mayor! Cien ojos me espían y todas las lenguas están prontas a repicar el gran resbalón de Victoria Esquendo... En no darlo, en despistar y desengañar a la perversidad estriba mi triunfo; pero ¡qué prodigios de equilibrio! ¡Y cuánto me cuesta convencer que una mujer separada de su marido es tan honrada como la que más! Poco falta para que me condenen, como las mujeres de la India a ser enterradas vivas con el marido, a ser recluída cuerda con Josecito.

—¡Victoria —exclamó míster John—, quiero que seas feliz!

La joven movió la cabeza, con descorazonamiento, resignada al fatalismo de su destino.

—No vale la voluntad, papá. No puede ser, ya no puede ser. Casada sin amor, gaje del interés ajeno, merezco mi pena y he cargado con mi cruz... ¡A veces me parece tan ligera, sobre todo cuando estoy en mi Asilo y chicos y viejos desvalidos me rodean!... Pero, no hablemos de cosas tristes. La mesa debe estar preparada. A comer, papá.

—Antes de asearme, nunca. Mientras no llegue Peter, que espere la comida, que si ella se enfría, no ha de mermar mi apetito.

—Pues esperaremos a que venga Peter. Quien manda, manda, y aquí quien manda eres tú.

—Convenido. Por lo mismo, empezaré por mandar lo siguiente: que esos señores que me han amenazado presentarme, tu cuñado, el *don Tranquilito* y Castel menos que nadie, no se presenten delante de mí. Yo estoy aquí poco menos que de incógnito y no me da la gana toparme con desconocidos y tampoco familiares ni amigos. Razones muy graves me obligan a ello, hija mía, pues fueron graves razo-

nes las que me alejaron de aquí y no pueriles recuerdos nostálgicos. Haz cuenta que soy un emigrado político... Esto no importa decir que me ocultaré y oculto me pase los días y las noches.

Súbitamente seria, Victoria murmuraba:

—Ya sé, papá; ¡muy graves razones! De niña, recuerdo bien que mamá lo decía para explicar tu ausencia, y Ladislao la excusaba también así: ¡Razones muy graves!

—Bueno —repuso míster John con esfuerzo—; tú no quieres hablar de cosas tristes, yo no quiero hablar de cosas añejas y obscuras, necesariamente obscuras. Mando que doblemos la hoja. Ya verás qué mandón te has echado encima.

—Papá, papá, ¡no seas tirano!

¡Ay! ¡Lo que iba a sentirlo Jacobo! Y como siempre tomaba el rábano por las hojas, lo atribuiría a menosprecio, al conocimiento que de su situación desairada debía tener el señor Stuart. Todo el mundo sabía que Jacobo estaba casado con la criada que fué de la abuela, una vasca bonitilla en sus tiempos, pero ordinaria y tan borrica hoy como ayer. ¡Con decir que no se había conseguido que llevara sombrero y gastaba velillo de doméstica todavía! Pues esta

calaverada, la boda con Isidora, costó a Jacobo el destierro implacable de la casa de Esquendo, el odio y la persecución de la familia y el batacazo social más estrepitoso. ¡Claro! No se violan las leyes del linaje y del buen ver impunemente, y aunque rico por la herencia del padre, y más rico ahora por la herencia de la abuela y del tío, Jacobo vivía en la obscuridad y era tan desgraciado, que daba lástima. El grillete de Isidora, la mujer vulgar que, perdida la juventud y la hermosura, no mostraba más que el hueso, la trama de su vulgaridad y de su baja estofa, lo arrastraba con resignación de presidiario y en todas partes descubría, adivinaba, imaginaba censuras, burlas y anatemas. Aunque Isidora, por propio gusto, se encerraba en casa, chúcara y desconfiada, él parecía que no se despegara de Isidora o aun queriendo despegarse no pudiera. La llevaba dentro, sobre la conciencia. No emprendía camino que no la tropezara. Y gracias que Jorgina, la hija tardía, le ayudaba a seguirlo, Antígona infantil y encantadora.

¡Con todo esto, tan simpático, tan digno de estima! Así, cuando supiera que el Señor Stuart se negaba a recibirle, pensaría el pobrete que era por lo de Isidora. Y se marcharía para no po-

ner más los pies en la casa de la cuñada, refugio donde encontró siempre cariño y compasión...

—Al fin —interrumpió míster John jovial— se hará lo que tú mandes y la mandona en la casa serás tú. Victoria, averigua si ha llegado Peter con esas benditas valijas.

Se abrió una puerta frontera, como si espíritus diligentes la abrieran, y un arrogante maestresala anunció con prosopopeya:

—La señora está servida.

Por el ancho hueco se vió resplandecer el comedor, todo rojo, con tallados zócalos, en cuyo reborde exponían las bandejas de plata repujada y las porcelanas raras su riqueza artística: la mesa, tendida de fino mantel franjeado de encaje, con su frondoso bosque de cristal y los sitiales góticos que la presidían, convidaba a gaudeamus opíparo y suntuoso. En el fondo, un repostero antiguo, de tonos discretos, templaba la severidad del decorado con la gracia de una escena pastoril.

—Espérese usted, Remy —dijo Victoria—, ya avisaremos. Voy en seguida, papá.

Desapareció la joven; el maestresala se inclinó y los mismos espíritus diligentes cerraron la puerta en silencio, desapareciendo también la pantagruélica visión.

Aplomado por emociones tan variadas y tantas en aquel día, que parecía imposible resistieran las cuerdas de su sensibilidad sin estallar, se sentó míster John en la butaca más cercana y se abandonó en su blando regazo perezosamente. Estaba molido, mareado, vergonzosamente mareado, cual si el tapiz fuera el piso del buque y las paredes siguieran haciendo saluditos al horizonte, en perverso meneo: sonaba en sus oídos la horrorosa sirena, el tumulto de la marinería, la voz compungida de la viuda sentimental, la pastosa del hamburgués de la boca escarlata y la dulcísima de su hija, mescolanza de sonidos que levantaban en su cabeza insoportable caramillo. En poco estaba que preguntara a Peter:

—Peter, ¿llegamos?

Y que cogiese los anteojos de la bandolera para mirar en el telón de neblina tras del cual la ciudad se escondía.

No se daba, pues, entera cuenta el asendereado señor, dónde se encontraba, porque el gustar de la felicidad, en fuerza de ser deseada, sabe a engaño; y donde se encontraba era en la butaca, frente al retrato de misia María Josefa. Tiesa, el busto como envarado en el esponjamiento majestuoso de su miriñaque, sus

ojos penetrantes, pesquisidores, le preguntaban:

—¿Por qué, Juan; por qué?

Era la misma mirada de entonces, cuando le sorprendía en sus preparativos de fuga, en sus cavilaciones angustiosas, en el proceso de aquel hecho lejano, ya prescrito para el castigo de la ley, pero siempre vivo y sangrando en su conciencia. Era la misma pregunta de las cartas llorosas, repetida años y años con igual ansiedad, con afán igual de saber la verdad. ¿Era ella la causante de la separación? ¿No le amó lo suficiente? ¿No le fué todo lo sumisa que debe ser una esposa cristiana? ¿Le ofendió de obra o de palabra?

—¿Por qué, Juan; por qué?

Y míster John, mudo, desviaba la vista de la imagen preguntona. Su mano entretejía los dedos en el nevado copete y lo abatía humilde sobre la frente. Ya sabía dónde se encontraba. Puesto que estaba en Buenos Aires, estaba en su barraca. Y perseguido por los ojos de misia María Josefa, preparaba la huída, única tabla de salvación. Si perdía el honor, no perdería, al menos, la libertad. Bastante castigado quedaba con separarse, quizá para siempre, de los tres seres queridos que

formaban el tesoro de su vida. Huír era arrancarse el corazón, y se lo arrancó virilmente, y huyó: en el viaje, en su tierra, en todas las vicisitudes de su terrible ostracismo, paria, vagabundo, los ojos de misia María Josefa le persiguieron, dolorosamente interrogadores, sin darse a partido en la exigencia de su pregunta perentoria. Aun después de muerta seguía preguntando, porque ella, la esposa ejemplar, cariñosísima, tenía derecho a saberlo.

Y ahora, desde el marco de talla que el tiempo había desdorado, surgiendo rediviva en el abullonado de su faldamenta, como una rosa abierta en la frondosidad del tallo, insistía en su pregunta al viajero viejo y cansado, a quien reconocía después de veinte años y que no había olvidado, terca enamorada, herida en su amor conyugal y en su amor propio.

Tan parecida estaba que míster John creyó que iba a hablar. Y no pudiendo soportar que a la tarumba de su cabeza se agregara el eco ultraterreno, se levantó y volvió la espalda para distraerse en contemplar los morros de su señor hijo político y el empaque de su espetado suegro don Francisco de Borja.

¿No habría vuelto Peter? ¡Diablo de hombre! ¡Y qué pesado es esto de los viajes!

La descortesía suya ahogó la voz de misia María Josefa y fué la de Victoria, que tornaba, la que vibró en el salón para anunciar que Peter había llegado con las maletas y ya podía el papá ir a su alcoba a asearse y mudarse de ropa.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó míster John—. Me come la impaciencia, hija.

En la atmósfera tibia, soplo primaveral de escondidos radiadores, sudaba el caballero y no se sabía si era el calor o el secreto coloquio anterior lo que le sofocaba.

—¡Verás, papá, qué cuartito te he preparado! No echarás nada de menos, porque he puesto en él mis cinco sentidos. Tus costumbres inglesas, que son las mías, tienen allí todo culto y regalo. Y si por casualidad, que sería para mí reproche, falta algo, lo pides... Sobre todo, abunda el agua, que es la madre de la higiene y de la salud.

Graciosamente le dió el brazo, después de besarle con mimo, y míster John dejó que le llevara, perseguido por todo el salón, insistente, implacable, por la mirada preguntona de misia María Josefa:

—¿Por qué, Juan; por qué?

II

—Domitila, tila, tila...

—No me cante usted canciones, señor don Pedro Crisólogo... En mi tierra dicen: "No me tires con *piedritas,* que me vas a lastimar..." No me cante usted canciones, que estoy muy ocupada. Y si es tila lo que me pide, para la falta que le hace... Como usted no tiene nervios...

—Los tuve, sin embargo, hija; pero me los quebró la desgracia. Si lo que ha de ser, es, y lo que es no tiene remedio, ¿a qué apurarse por nada?

—Verdad, don Pedro; mucha verdad.

—¿Está la señora?

—Está acabando de almorzar con su padre, con don Jacobo y con la niña Jorgina. ¿Sabe usted que anoche llegó el papá?

—¿Y es de carne y hueso, Domitila?

—Como usted y como yo, don Pedro. Yo también creía que sería un papá imaginario, cosa de comedia. Tanto hablar de él y no verlo más que en pintura... Pues es un señor que no cabe por esa puerta, más blanco, más rosado... y vivo como un muchacho... ¡Y amable! A mí me tutea ya y me toca la barba, que no parece sino que me ha criado a sus pechos.

—¡Poco contenta que estará la señora Victoria!

—Figúrese usted, don Pedro Crisólogo.

Don Pedro Crisólogo Samos se había sentado en un sillón frailero de la antecámara, dispuesto a esperar tranquilamente, que no en balde le llamaban *don Tranquilito,* y si fuera capaz de impacientarse ello no abreviaría en un minuto la sobremesa. Era un viejecito muy pulcro, de mirar tristón, que cuando callaba parecía abatido por reconcentrada pena, y cuando hablaba, aun soltando tal cual donaire espontáneo, quedaba tan serio que su boca, sumida, no sabía acompañarlo de la sonrisa, que es la salsa del ingenio, porque perdió la costumbre, a fuerza de catar acíbares, o fué siempre boca inexpresiva. Un bastón, de cayado, le servía de lazarillo y no por ciego, que veía un átomo a una legua, sino a causa de cierta debilidad en

la pierna derecha, reúma o achaque, único motivo de alteración suya, el de parecer que no andaba derecho hombre tan cabal y tan rígido.

Y sentado, alzó el bastón y señaló un cuadro de enfrente.

—¿Ve usted aquel cuadro, Domitila?

—¿Ese de la margarita?

—Sí, esa niña que deshoja una margarita. Pues ese cuadro lo pintó mi hijo malogrado, el desdichadísimo Leonardo Samos, que hoy sería una gloria argentina, si el ambiente hostil, la envidia y la indiferencia no hubieran apagado la luz de su genio. No le mataron, que esto fuera más humano; le volvieron loco, que es peor, y ahí está mi pobre Leonardo encerrado, ni más ni menos que don Josecito, que no despuntó por inteligente, según dicen, y no fué ninguna lumbrera. Y la niña esa es una de mis nietas, su hija menor, que le sirvió de modelo. Porque cuando mi pobre Leonardo perdió la chabeta tenía mujer y cinco hijos, con los que hube yo de cargar y sólo Dios sabe cómo... Hoy no vive más que esa niña de la margarita, ya mujer, y bien casada por el favor de Dios... Y a ese cuadro debo yo, Domitila, el conocimiento de la señora Victoria y el cargo que ejerzo en el Asilo del Sauce. En

un día de apuro, de los muchos que he pasado en mi vida, lo envolví en un lienzo y vine a ofrecérselo: sabía que era grande su riqueza y generosa, al revés de otros ricos que, más llenan la bolsa, más aprietan los cordones, y la hallé tan generosa, más todavía que su fama. No sólo me compró ése sino otros más de Leonardo, que por ahí, por los salones, verá usted, y que, arrinconados en mi desván, nadie apreciaba, y me colocó en el Asilo de administrador nada menos, que viene a ser, y salvos los respetos de la madre Susana, la superiora, algo así como gobernador. Dentro del ejercicio de mis funciones, yo mando en el Asilo... Domitila, ¿no siente usted cierto olor repugnante de asado?

—Apetitoso dirá usted, don Pedro Crisólogo.

—Repugnante, repugnante. Seguramente están comiendo el cadáver de algún pollo, de algún pichón inocente, de algún cordero cándido, de alguna vaca mansa y útil. El señor Stuart, como buen inglés, gustará de la carne cruda, será un necrófago de primera... Necrófago, Domitila, quiere decir comedor de muertos, que se alimenta de cadáveres, como las hienas. ¿Y qué otra cosa es un *biftec*, por ejemplo,

que un pedazo de carne muerta? ¡Triste es que el hombre civilizado mate para vivir, como el salvaje! De mí sé decir que este olorcillo me revuelve el estómago, y cuando paso por uno de esos horribles y sangrientos muestrarios que llaman carnicerías doy vuelta la cabeza con disgusto. ¿Qué son más que depósitos de cadáveres consentidos por la autoridad, industria de sangre y cuchillo para servir la viciosa costumbre de ese animal más que ningún otro carnívoro, el hombre? ¿Qué otra cosa es esta industria nefanda que el asesinato legal, con premeditación y alevosía, de seres inofensivos? Si en mi mano estuviera, condenaba a la humanidad a no comer más que vegetales.

—¡Ay, don Pedro Crisólogo! Los viernes, pase...

—Calle usted, Domitila. ¿No le da a usted asco y aprensión meterse en la boca un trozo de pechuga de gallina, o de hígado de ganso, o de riñón de ternera?

—No, señor; que me da mucho gusto.

—¡Ah, Domitila, tila, tila; que es usted más necrófaga que sus amos!

Y dió un golpecito con el bastón, queriendo sonreír sin conseguirlo. La salteña, que conocía el pie de que cojeaba, a pesar de su disimulo,

no se atrevió a insistir en la ociosa disputa de gustos y sistemas alimenticios, de los que su estómago y su paladar no distinguían más que en punto a la abundancia, y preguntó:

—¿Manda usted algo más?

—¿Sabes si va a salir la señora?

—Ha pedido el *auto* para las dos a Silverio.

—Probablemente irá al Asilo. ¿Qué espero yo entonces? Porque bien puede la superiora... Pero, no, señor administrador; a ti te han confiado lo que pudo confiarse al teléfono o a una carta, y cuando se ha hecho así, sus razones debe de haber habido... Esperaré.

Sacó el pañuelo, un lienzo muy blanco y planchadito, y se lo aplicó a la nariz, sin duda porque le ofendía el tufo que decía de cocina antihigiénica y sanguinaria. En esto se abrió de golpe la puerta y una niña morena, entre los diez y los doce años, entró disparada como mariposa que persiguen.

—Quiere la tía...

Y se turbó viendo al señor Samos, que esperaba con la paciencia digna de su apodo.

—¿Por qué no pasa usted, don Pedro Crisólogo? ¿Por qué no le has hecho pasar, Domitila?

Quiso excusarse el vejete, porque él no ve-

nía a molestar a nadie sino a dar un recado a la señora Victoria de parte de la madre Susana, lo que no corría prisa; pero Jorgina se empeñó amablemente en que pasara y no hubo más remedio que complacer a la linda tiranuela. Allá fué, pues, *don Tranquilito,* cargando sobre el bastón el peso que la pícara pierna, resentida, ella sabría de qué, pretendía echar sobre la otra; y siendo el suelo de entarimado, cuya lisura se agrava encerándola, que él aborrecía con toda su alma por estropearle la gallardía fingida de su andar, y la vivacidad de Jorgina bastante, conduciéndole, para temer un batacazo, su entrada en el comedor le pareció deslucida e indigna, por lo vacilante, así del administrador del Asilo del Sauce como de don Pedro Crisólogo Samos, cuya fama de no alterarse era su gloria mayor. El temor de escurrirse le alteró algo, en efecto, y el que el señor Stuart supusiera que le alteraba su presencia, a él, hombre sociable, educado y de trato corriente.

En una galería a estilo de palco estaban míster John, Victoria y un caballero cuarentón, ni guapo ni feo, pero de muy atractivos modales; especie de terraza cerrada aquélla, que daba desahogo al comedor, la alegría de la luz y vis-

tas sobre el río, una rayita ocre en el horizonte, todo lo que consentía generosamente la edificación vecina. Brillante el sol, con ser de invierno, desbordaba por los cristales y arrancaba chispas de oro y plata de los cabellos de la hermosa dama, en el animado meneo de la conversación, de las bandejas y fuentes, sobre la mantelería y la púrpura regia de las paredes. Tomaban el café los comensales, y míster John, muy bien rasurado, muy fresco y jovial, fumaba un habano, repantigado como un nabab, desbordante de felicidad, tanto como el sol de resplandor; todo un señor cardenal, entre doradas rejas, les daba concierto, y Remy, el pomposo maestresala, ofrecíales licores variados en labradas botellitas y en vasos minúsculos de colores.

Y decía míster John:

—Sí, señor Esquendo: esta mañana, a las siete, ya estaba levantado; a las ocho, bañado y vestido, y antes de las nueve, en la calle... Para mí no hay fatiga, y después de tan largo viaje estoy como nuevo.

—¡Papá es atroz —apoyó Victoria con graciosos aspavientos—; no te puedes figurar, Jacobo! Es cierto, antes de las nueve ya estaba en la calle.

El simpático cuarentón preguntó qué hacía en la calle el señor Stuart tan de mañana, porqué a él que no le sacaran de entre sábanas antes de las once, hora muy decente para levantarse los que nada tienen que hacer. Decía *los que nada tenemos que hacer* y a esta declaración de la vacuidad de su vida tronchada, inutilizada fatalmente, acompañaba una sonrisa amarga.

—¿El qué? Respirar, vivir... Para los dormilones, el limbo. Y ver la ciudad, juzgar, comparar. ¡Ay, señor mío. ¿Qué han hecho ustedes de la ciudad que yo dejé? No la reconozco, no. A veces no sabía por dónde andaba. Me ha ocurrido con ella lo que con Victoria, que la dejé de diez años y es ahora una señorona hecha y derecha. Buenos Aires ya es una ciudad adulta, a la que aplaudo su afán de europeizarse y borrar todo vestigio colonial: lo que no la perdono es su dureza, su ciega crueldad con el río grandioso que Natura le dió por galardón, arrojándolo lejos, tan lejos que no vemos de aquí sino esa línea vergonzante; cuando un río, amigo Esquendo, es para una ciudad su mejor adorno, y río como éste, prez y orgullo y nota la más valiosa de lo pintoresco. Un puerto, en cambio, es vulgaridad, es suciedad,

es fealdad. ¿Y qué han hecho ustedes? Construírlo en el lugar del río, al pie de los propios balcones, como quien se tapa los ojos con una venda o cierra las maderas a piedra y lodo.

—Lo que hemos hecho, señor Stuart, es descentralizar la ciudad.

—¡Cuánto mejor fuera haberla dado como cenefa una hermosa avenida sobre el río hasta el Tigre y llevar el puerto al Riachuelo!

—Aquí está el señor Samos —intervino oportunamente Victoria—. Papá, don Pedro Crisólogo Samos, administrador del Asilo... El, como criollo viejo, puede fallar esta discusión del puerto y el río... Digo lo de viejo por criollo y no por sus años, don Pedro.

—Señora —contestó *don Tranquilito*—, salvedad es ésta innecesaria: los años no vale ocultarlos y creo que antes de dar vergüenza, su carga supone entereza y paciencia para llevarlos. Además, no se ocultan, aunque se quiera, y ya buscan ellos por dónde mostrar la oreja.

Libre del sobresalto del entarimado, por brindarle muelle tapiz el comedor, saludó con desenvoltura, negándose cortésmente a aceptar ni café, ni licores, ni cigarros, sobriedad la suya ejemplar y digna de admiración.

—Pero, don Pedro Crisólogo —observó iró-

nico Jacobo—; pase que se tratara de una pierna de carnero... Porque el señor Samos es vegetariano, ¿sabe usted, señor Stuart?

—Ya, ya; así lo he oído, y a la verdad me parecen tales teorías, y en el caso presente tales prácticas, en un argentino, antipatrióticas. La ganadería es la riqueza de esta República.

—Serán todo lo antipatrióticas que usted quiera —contestó respetuoso y sin inmutarse el apóstol—; pero son humanitarias y ante el bien de la humanidad el interés de un país resulta mezquino.

—De un país —repitió Jacobo—, pero no de la patria.

—Señor Esquendo, aunque viejo, no soy egoísta.

Y quiso don Pedro Crisólogo sonreír; pero su boca sumida no supo distenderse lo suficiente, siempre torpe en dibujar la mueca de la benevolencia.

Victoria, que no gustaba de burlas, echó el capote preguntándole qué recado era ese de la madre Susana y dió las grandes voces cuando supo por *don Tranquilito* que lo del niño huérfano no se había podido arreglar tan satisfactoriamente como lo desearan los corazones sensibles de las madres.

—¿Ven ustedes? Aquí sí que vendría bien ser monarca absoluto... Pero yo no puedo intentar nada sin la Comisión directiva. Hay que citarla, don Pedro, citarla en seguida. Y dígale a la madre Susana que iré hoy. Lo arreglaremos lo mejor que se pueda y lo más pronto. ¡No faltaba más!

Míster John no se contuvo para lanzar su chinita:

—¿Es que a los asilados se les alimenta según el método del señor administrador? Aviados estarán comiendo hojas y raíces, como los ermitaños.

—Desgraciadamente no —contestó impasible *don Tranquilito,* recogiéndola para devolverla— ; se les alimenta con sangre, como a chacales, y en aras de horrible costumbre se degüella a mansalva víctimas inocentes, como en cada casa de vecino. Si este servidor fuera monarca absoluto, como quisiera serlo la señora para poder hacer el bien sin trabas (que son las peores, las más resistentes y duras de vencer las que se oponen al bien) en el Asilo del Sauce no se vería tal ignominia. Pero ¿qué puede un administrador más que llevar buenas cuentas?

—Siéntese usted, señor Samos, y hablemos

de vegetarismo. Gusto mucho de discutir con personas inteligentes y más aún con doctrinarios. El choque de ideas es caballeresco duelo de floretes...

Jorgina vino a invitar al papá a que admirara el precioso tenor enjaulado. ¡Cómo empinaba el airón orgulloso y qué bien le sentaba la caperucita roja sobre la pechuga gris, todo infladito, en la satisfacción de su gorjeo triunfante! Y Victoria, acercándoseles, susurró a su espalda:

—Voy a despachar unas cartas mientras discuten. Queda convenido que llevaré a Jorgina y la dejaré en tu casa. Llevaré también a don Pedro Crisólogo. Hay asiento en el coche, pero no me atrevo a ofrecértelo, Jacobo. ¡Qué diría la gente si nos viera juntos!

Cierto; ¡qué diría la gente! Y Jacobo se pasmaba de lo que pudiera decir ante este abominable y pecaminoso hecho de ir él acompañando a su cuñada. Suspiró, y dando guerra al bigote rubio, entretejido ya de plata, su melancólica mirada de vencido siguió el rastro de la bella figura negra, que se alejaba discretamente entre las voces de la porfía científica.

Con ella se escurrió también Jorgina, aburrida, y ambas entraron en el saloncito conti-

guo de los retratos. La niña protestó que se estaría muy quieta, sin importunar a mamá Victoria, siempre que la permitiera mirarla trabajar; y en la butaca más cercana, suelta la cascada de rizos castaños sobre el brazo, en que descansó la cabeza, atenta observó las maniobras de la tía disponiendo la carpeta de piel de Rusia, el tintero de Sajonia, el lapicero de ónix, el papel timbrado azul pálido sobre la mesilla imperio, y con qué gentileza se sentaba, cogía la pluma, rebrillándola en la fina muñeca las piedras de la pulsera y en los dedos los anillos, que debían valer un mundo, y arqueaba el cuello blanquísimo, cerraba a medias los lindos ojos, tan dulces, y se abstraía, antes de marcar los primeros trazos de su letra clara y redonda. ¡Qué hermosa era mamá Victoria, y qué diferencia con la otra, mamá Isidora!

Había dicho mamá Victoria que no la molestara. ¡Tenía tanto que hacer, trastornada con el gran acontecimiento que revolucionaba su vida y su casa! Y obediente, Jorgina no respiraba por no turbar su labor: veía llenar hojas y hojas y más pliegos, con una espontaneidad y valentía, que primero se cansaría la mano en fijarlo que el pensamiento en ordenar... Bue-

no, así que se cansara o diera fin a la tarea, ella le contaría eso que no pudo contarla delante del papá y del señor del blanco copete, cuya presencia la intimidaba: su corazoncito estaba lleno de amargura, de la hiel que había vertido en él mamá Isidora, tan cruelmente, tan brutalmente! Ya debió ella advertirlo, al entrar, de que traía los ojos atomatados. El papá dijo que era del aire; pero no era del aire, no, sino que había llorado... Ya lo creo que se lo contaría a mamá Victoria, apenas pusiera la rúbrica en la carta que escribía.

No tardó en ponerla; un rasgo enérgico, trasunto de su voluntad viril; pero a Jorgina le pareció que tardaba mucho, mucho. Ahora el secante, luego el sobre... Jorgina dijo tímidamente:

—¡Mamá Victoria!

Y de súbito las lágrimas se le desbordaron y en cálidos goterones esmaltaron su pechera de encaje.

—¿Sabes, mamá Victoria? Esta mañana, cuando llamaste por teléfono para invitarnos a almorzar...

—¿El qué, hija mía? —preguntó la joven, suspendiendo alarmada sus escrituras.

Pues aquella mañana hubo cisco en la casa

por motivo de la dichosa invitación. Mamá Isidora, que anda siempre en las cercanías del teléfono, en acecho solapado y celoso, se enteró de que la cuñada llamaba para anunciar el feliz arribo del señor Stuart e invitar a almorzar en su compañía al papá y a la niña, y se puso furiosa: "¡Pretextos, pretextos, siempre los pretextitos para atraerte, para engatusarte! Y tú tan satisfecho, y la mocosa tan contenta! Dame el tubo, que voy a contestarle lo que merece."

Y por coger el tubo se armó gran pelea, poco menos que a brazo partido, o poco más, entre el papá y la mamá, no venciendo mamá Isidora, ¡a pesar de que tiene unas fuerzas y unas manos! ¡El peso de estas manos tan grandes, tan atrozmente ordinarias, ¡qué diferencia con las de mamá Victoria!, pues su peso formidable, de maza, lo experimentó la pobrecilla al llegar la hora de prepararse para salir, porque mamá Isidora, más furiosa todavía de que no impedía la salida con sus destemplanzas, la vistió entre moquete y coscorrón y la puso madura para todo el año. Luego fué, seguramente, a dar los tres golpecitos, anuncio de conferencia reservada, a la puerta interior de misia Blanca Rosa, la de Castel, su vecina...

Y siempre era así en la casa, gresca perpetua entre el papá y mamá Isidora, porque mamá Isidora creía que venía demasiado el papá a visitar a la cuñada y acusábala a ella, la niña, de querer más a mamá Victoria que a su madre. Lo peor, lo peor era que esta acusación debía de tener fundamento: a la verdad, en rigor, ella gustaba mucho de estar al lado de mamá Victoria, mucho, mucho más que con mamá Isidora, y si en el cuarto de Domitila se le diera un rincón para dormir, la parecería estar en la gloria.

Consternada, Victoria cerraba los ojos. Dentro de su marco de oro y en la negrura de la falda, su cara y sus manos semejaban de cera. ¡También esto, también esto, la amistad inocente, el cariño familiar, todo le estaba vedado! ¡La sospecha venenosa, como una sierpe, había de seguirla arrastrándose para enroscarse entre sus sentimientos más puros; condenada había de estar al aislamiento más absoluto, de apestada! ¡También esto, el amor de Jorgina querían quitarla!

Y vencida, contestaba dolorosamente:

—Isidora hace mal en lo que hace. No tiene razón. Es injusta. Es dura y cruel con Jacobo, contigo y conmigo. Pero, como yo no puedo

permitir que por culpa mía, así sea esta culpa del tamaño de un grano de arena, no haya paz en casa de Isidora, ni llamaré más por teléfono, ni las visitas de Jacobo serán tantas, aunque no son tantas ni mucho menos, ni habrá más invitaciones, ni más automóvil, ni nada, en fin, que perturbe la tranquilidad de Isidora. Sin paz no se puede vivir y yo quiero para Isidora y para todos la misma que para mí deseo.

Los pucheros de Jorgina, sus besos, el abrazo desesperado con que a ella se prendió llorosa, no lograron que desistiera de su resuelta frase:

—¡Se acabó, se acabó!

Sí, se acabó, ea. Sería la apestada, a la que todo se niega y de la que todos huyen. ¿Mayor reclusión que la suya la exigían, más severidad, más rigidez? Pues no la verían más, ni vería a nadie más, tapiaría puertas y ventanas, y en esclavitud morisca, en la agonía lenta de su encierro claustral, esperaría la muerte generosa o que su señor marido recobrara el seso.

Jorgina, a su oído, murmuraba:

—¿Ves? Por habértelo contado... ¡Bien me recomendó papá que no te lo contara!

Jacobo apareció en el marco de la puerta, sin que lo sintieran. Huyendo de la disputa

del comedor, todo lo había escuchado, y sobre las dos dejaba pesar la misma mirada de triste reproche.

—¡Victoria, Victoria! —exclamó—. Que por las exageraciones de esta niña indiscreta...

Y se acercó lentamente, se sentó en la butaca poniendo el codo sobre la mesilla imperio, y ávidamente, profundamente, contempló a su cuñada.

—Es mentira lo que te he contado, mamá Victoria —sollozó Jorgina, sin abandonar el dulce refugio en que se amparaba.

—Si no es todo mentira —repuso gravemente Jacobo—, tiene tan pocas gotas de verdad, que el relato está desfigurado. De escenas así, conyugales, a diario y en todos los tonos, el paraíso del matrimonio rebosa y resuena triunfalmente. Tú conoces a Isidora, su carácter, su educación: con los años y su desgraciada situación de apestada, como tú, más que tú, Victoria, está más agria que un limón, y como no cuenta con otra amiga, ni más desahogo, ni más consejo que Blanca Rosa, otra que tal, otro limón agrio... Esto te explicará todo. Entre Blanca Rosa e Isidora, dos desengañadas del mundo y de sí mismas, dos celosas enfermizas, que arrojan el espejo de rabia de ver-

se en él, anda el pandero, y ¡figúrate!, ¿qué són puede tocar?

—Jacobo —contestó a media voz Victoria—, eres desgraciado, y yo no quiero que, por mi culpa o pretexto mío, lo seas más todavía.

—Sí, sí —afirmó él, fatalista—. ¿Y qué hacerle?

Tan desgraciado, más desgraciado que su hermano loco. Porque Josecito, al menos, no se hacía cargo de su estado, y dentro de su desgracia vivía feliz; mientras que él, con toda claridad, con lucidez penosa, analizaba y medía el abismo en que también su locura (porque es más espantosa la locura del cuerdo) le despeñó y sepultó sin remisión.

—¡Por eso, Jacobo, por lo mismo!

—Por lo mismo, Victoria, yo te suplico que no hagas caso de las salidas de tono de Isidora. Ni sabe lo que dice la pobre, ni por qué lo dice. Habla, habla, grita y llora, y es como si no... Tormentas de genio, que llamaré orgánicas, con sus ribetes de histéricas, hoy contra ti, mañana contra un palo cualquiera vestido de mujer. ¿Y sabes lo que más me dolería en tu resolución? Que, lejos de ti Jorgina, del roce tuyo, del perfume tuyo, no sería ya la señorita fina, delicada, exquisita, que yo quiero que sea,

que está obligada a ser por su apellido y su fortuna, sino la ordinaria, la vulgarísima, la *guaranga* que de ella haría Isidora. Si he caído yo, que se salve ella, y sólo tú puedes salvarla... En último caso, transigiremos: dejo yo de venir, me eclipso, desaparezco, me sacrifico (vivo sacrificado, ¡un sacrificio más!); pero Jorgina no, Jorgina no...

Hondo suspiro dió aquí el infeliz, y esperó con ansia la respuesta. Victoria besó a la niña, y esta caricia pareció sello de alianza.

—Es preciso que Isidora se convenza...

—No, Isidora no se convencerá nunca —repuso vivamente Jacobo—; su inteligencia es escasa, cerrada como un arca a doble vuelta. Machacas, golpeas... y nada. Que no le entran razones, vaya. Razones mías; que los disparates de Blanca Rosa, eso sí; para ellos se abre con facilidad que pasma y los absorbe y digiere que da gusto. De modo que no pretendas que ella se apee de lo que le han imbuído y cree como el Bendito.

—¡Entonces, Jacobo, no habrá la paz que debe haber y vendrá... qué sé yo... el diluvio!

—No vendrá nada, o vendrá lo que Dios quiera. Al fin y al cabo, las tormentas de mi mujer no tienen más radio de acción que las

cuatro paredes de mi casa... y a veces las del vecino, el doctor Castel, como las de Blanca Rosa suelen llegar, en su intensidad, hasta las mías. Pero Castel y yo nos ponemos algodón en los oídos, un cigarro encendido en la boca y salimos a refrescarnos los faldones a la calle, dejando que nuestras dos furias se desahoguen dulcemente... Filosofía, Victoria, que sin filosofía no se puede tragar la píldora de la vida.

Pegados los labios a la cabecita castaña de la niña, Victoria redoblaba sus caricias. Y la picarona, perdonada así, así protegida, se estrechaba más, con pasión mayor, a la que sabía era su escudo contra todas las demasías

—Bueno, que venga lo que Dios quiera, como tú dices, Jacobo —dijo la dama, fatalista también—, y no hablemos más de esto. No quiero saber nada de lo que pasa en tu casa, porque ¡mira que te daré con la puerta en las narices si vuelvo yo a saber que toman mi nombre para jugar a la pelota!... Anda, hija, siéntate ahí o vete con Domitila, que voy a escribir otra cartita... Estoy preparando mi reunión para el viernes... Y a propósito, señor Esquendo; es usted vocal de la comisión y no asistes nunca, nunca.

—Ya sabes por qué, Victoria; no me lo exijas. Me encuentro como en corral ajeno entre esos señores y esas damas. He perdido, en mi existencia de hurón, hasta la costumbre de saludar con urbanidad. Doy traspiés, me pongo tartamudo... No, no me lo exijas. Dinero, todo el que quieras: ya sabes que en la nueva sala sostendré diez camas más; el altar de Lourdes acaba de dorarse de nuevo a mi costa, buen negocio para don Medardo...; pero, tocante a piruetas sociales, no, me rebelo y te desobedezco.

Como nada de esto iba con ella, Jorgina se escurrió y marchó con Domitila, muy contenta de su indiscreción, que le valía un triunfo; y solos ambos cuñados, ella reanudó su tarea de garabatear sobre el papel azul pálido y él la de torturar las guías canosas del bigote. Como no hablaban, se oían las risas de míster John en el comedor y a poco se les sintió en la antecámara y luego alejarse hacia el salón dorado, perderse en el saloncito verde, aparecer en el rococó...

Y la voz de don Pedro Crisólogo, alzando y bajando el diapasón según la distancia, declamaba así:

—Sí, señor Stuart; de mi malogrado hijo,

de Leonardo Samos, que con la inteligencia apagada agoniza hoy en un manicomio... En esto la señora Victoria y yo padecemos la misma desgracia irreparable... Esa niña de la margarita..., ese turco joven y simpático...; aquella bonita mora del turbante verde..., la del sombrero con plumas y el manguito de armiño..., esta dama dolorida que se recuesta sobre un almohadón amarillo..., son obras suyas, señor Stuart, muestra imperceptible de lo que hubiera podido dar con los años, con el estudio, con el estímulo, con la satisfacción del éxito, el sol, el aire y el agua, los elementos sin los cuales el árbol de la inteligencia no fructifica. Lejos de esto, le plantó el destino en terreno ingrato, y se agostó, se secó. ¿No ha oído usted nombrar nunca a mi hijo? (1) Su ausencia lo explica, porque bien conocido es y en algunas colecciones de Europa figura ya su firma... ¡Desgraciado hijo mío!

No paraba de ensalzar al perdido artista *don Tranquilito*, como padre que quiere ser crítico y crítico que pretende olvidar su paternidad, y tampoco paraba de andar, de un

(1) *Tobi.*

cuadro a otro cuadro, de un salón a otro salón, dale que le das al bastoncito y a la lengua, piadosamente aduladora; y en acercándose más, con el admirado míster John a la zaga, no sé qué escrúpulo interior, qué sentimiento de pudor inconfesable, irresistible, arrancó a Jacobo de donde estaba y lo empujó fuera, obligándole a salirles al encuentro y sumarse al grupo.

—¿Se pusieron ustedes de acuerdo? —preguntó, fingiendo jovialidad—. ¿En qué ha quedado la disputa? ¿Son más nutritivas las zanahorias que el lomo, o vale más un buen filete que un buen repollo?

—Las zanahorias, señor mío —contestó sin titubeo el apóstol—; el repollo, ¿quién lo duda?

Oyéndolos, Victoria soltó el lapicero de ónix y se paraba a escuchar... No la ingeniosa cháchara, sino también una voz oculta, quizá la misma que acababa de decir a Jacobo: "Levántate y sal, que estorbas, que comprometes..."

Le había visto salir, y en seguida se le embrollaron las ideas en la cabeza y las letras sobre el papel. Soltó la pluma y el nombre de Isidora comenzó a aletear allí dentro: una ola de calor, de sofocación la invadió y encen-

dióle la cara toda; sin duda el calorífero, mal graduado por el torpe de Remy, o la imprudencia suya de escribir cartas en plena labor digestiva. Apartó también la carpeta, renunciando a proseguir y como oportuno comentario a lo que hablaban míster John, Jacobo y don Pedro Crisólogo, murmuraba:

—¡Decididamente, Isidora está loca, loca de atar!

Sintió que dos manos anchas, frescas y finas, saturadas de tabaco, le cogían ambas mejillas con amorosa presión, y el contacto la despabiló bruscamente.

—Papá; ¡te conozco!

Y se volvió a míster John, que sonreía.

—¿Sabes que tu *don Tranquilito* es hombre muy entendido y discreto? No que me convenza yo de sus teorías, porque en cuestión del comer el estómago piensa por la cabeza; vale decir que es el estómago quien juzga con mejor conocimiento de causa...

—*Don Tranquilito* vale mucho, papá, ya te lo dije; y luego, para discutir, es contrincante excelente, porque no se enfada.

Sentado en la misma butaca cercana a la mesilla, el anciano jugaba con el lapicero. Pro-

bablemente tenía algo que desembuchar y le costaba trabajo.

—Mira, hija —comenzó, buscando las palabras, cual si el castellano no le fuera familiar—; anoche te advertí..., te previne..., te dije que no quería recibir al doctor Castel. ¿Es aquel Matías Castel que tuve de empleado en la barraca? Pues por esto mismo se me puso no recibirle... Pero he cambiado de parecer. Sentiría que se ofendiera, que atribuyera a otros móviles mi negativa, y puesto que ha continuado guardando afecto a la familia... Si le ves, si viene, ¡que pase, hija; que pase!

Muy cargados los párpados, esquivando todo choque los pequeñitos ojos azules, con desconfianza, míster John parecía turbado y una onda de calor le sofocaba visiblemente. ¡Maldito calorífero y qué torpeza la de Remy! Habría que mandarle cerrar las llaves.

—El doctor Castel va a ponerse muy contento y te agradecerá mucho el favor —dijo la joven—; estaba segura que declinarías toda severidad con él... Es un buen amigo. Probablemente le veré ahora en el Asilo, y si no, le hablaré por teléfono.

—No corre tanta prisa. Parecería que yo le llamaba, y yo no le llamo. Si viene, bien; pero

ha de ser por su propio impulso, no por iniciativa mía. No troquemos los frenos, que al cabo nada tengo yo que decirle, ni me importa que venga, ni me interesa en lo más mínimo, ¿entiendes, Victoria?, verle la cara. Las cosas claras, y no vayas, con oficiosidad y exceso de celo, a hacerle creer que en seguida de llegar he pensado en él, y he preguntado por él, y le llamo como al médico de urgencia, vale decir que mi viaje, exclusivamente, se debe al deseo, a la necesidad perentoria de hablar con Matías Castel.

—Comprendido, comprendido, papá; ¡no te sofoques!; ya lo haré yo de modo que se entere que tiene la puerta franca y nada más.

—Eso, y así, flojamente, sin insistir, sin demostración alguna, fría cortesía, urbanidad de rúbrica. De todas maneras, creo que no vendrá, ni sienta él tampoco ganas de toparse conmigo.

—Al contrario, papá...

Al contrario. Siempre le hablaba del padre, de su antiguo jefe, con una simpatía, ¡con respeto tan grande! Como que el doctor Castel era un amigo cabal, que le había prestado servicios inestimables en toda ocasión, más en ocasiones dificilísimas, de esas que obligan a vol-

ver los ojos en derredor buscando con linterna un hombre. Y ese hombre fué Castel: según oyó decir, cuando la marcha de míster John, haciéndose cargo de la casa comercial y aconsejando y ayudando a Ladislao, demasiado joven; luego, socio de Ladislao, tan activo que era su brazo derecho; y en la enfermedad de Ladislao, larga enfermedad, que agotó recursos y trastornó todo; y en el difícil traspaso de la barraca, todo lo cual debía él saberlo, pues no dejó de escribírsele. Y en la testamentaría de la abuela y del tío, y en los incidentes de la complicada situación a que daba lugar el estado de Josecito, y en los casos mil del Asilo, abogado consultor el más sabio y diestro. Porque este comerciante, que entendía de vender cueros y lanas, supo hacer tiempo para aprenderse las leyes de corrido y vestir la toga, simbólicamente, como el más pintado.

A todo esto, con un desinterés, con despego tal de lucro, que era maravilla. Jamás consintió el doctor Castel en cobrar un centavo, no ya por los asuntos del Asilo, limosna de su buen corazón de católico, sino por los particulares, de los Esquendos, ricos; de ella, rica también. Porque se trataba de ella, porque ella era una Stuart, a la que vió crecer como una azucena,

y él guardaba a los Stuart aprecio y gratitud. Terquedad ésta suya, decisión inquebrantable, que no valieron ruegos para vencer. ¡Y cuidado que antes de lograr un nombre en la abogacía y desde que se liquidó la barraca, con pérdidas, por supuesto, debió pasar sus apuros! Pues, sin embargo, nada quiso aceptar de ella, y esto la mantenía en gran confusión, de deudora que no sabe en qué moneda ha de pagar su cuenta, cuenta que crecía y crecía, de la suma de servicios incalculable. Como no fuera con la moneda de la estimación más profunda, de la devoción amistosa, de la gratitud eterna... y hasta de la compasión caritativa...

—Porque se casó, ¿sabes, papá?, con Blanca Rosa Molinos.

—¿Con la señorita de Molinos? —exclamó míster John.

—Sí, papá, la hija de aquel que vivía pared por medio con nosotros. Creo que se trataba con nuestra familia. Murió él, murió la mujer, que me parece recordar que se llamaba doña Juana Paula, y quedó la hija, Blanca Rosa, ni fea ni bonita, así, insignificante, además enferma y mala de carácter, una víbora... Pues con ella se casó Castel; no sé qué idea le llevaría a casarse, y casado está, y es en esto otro

Jacobo, tan desgraciado como Jacobo o más que Jacobo, porque no tiene una Jorgina que endulce sus amargores conyugales.

Indudablemente míster John era muy dueño de sus nervios, y de sus impresiones no exteriorizaba ninguna que él no libertara, por su voluntad y deliberadamente, de su dominio absoluto; total, que el anciano caballero era tan flemático cual el conocido patrón de su raza nos lo representa siempre, más frío, más tieso, más impasible, más piedra y cal... ¿Qué le importaría que se casase su antiguo empleado Matías Castel con Blanca Rosa Molinos, la hija de su vecino de barraca y de la difunta doña Juana Paula? ¿Entre las brumas de su memoria, al cabo de los años mil, esta doña Juana Paula y la señorita de Molinos existirían todavía más que como figuras desvanecidas, borradas antes por la indiferencia que por la lejanía? ¿Y qué le importaba de los alardes generosos y desplantes del tal doctorcito, ridículamente idealizado, bondadosamente contrahecho, a no dudarlo? Sin embargo, míster John dió pruebas visibles ¡cosa rara! de sospechoso interés, hasta de alteración del pulso, porque el lapicero se puso a bailar entre sus largos dedos marfilinos.

—Por supuesto, que tu doctor milagroso estará a estas horas hecho una ruina —dijo desviando la puntería hacia un blanco de menos peligro— y no le reconoceré, como a la ciudad, como a algunos que he encontrado en mi paseo matinal y me parecieron resucitados o muertos que acabaran de desenterrar. Si no se nombran y me hablan, maldito si doy con ellos. Entonces andaba Matías zarpeando los veinticinco años y gastaba barba negra y una cabellera con honores de melena...

—Quítale la melena y la barba y échale veinte más... Un yanqui completo. No, no le reconocerías. Con esto, o mejor dicho, sin esto, muy arrogante y sabiendo ocultar los años como si fueran vicios.

En el salón contiguo, Jacobo y *don Tranquilito* discutían de arte y se le oía a *don Tranquilito*:

—Digo a usted que no trago esto del impresionismo y del simbolismo, porque querer convencerme que cuatro chafarrinones de los dedos es un paisaje o una figura y una masa informe en la que se han dado dos puñetazos representa la fiereza o el valor o el alma dolorida... No que me guste el detalle nimio, meticuloso, relamido. Pero no se echan al

mundo los chicos sin piernas, sin brazos o sin cabeza, troncos monstruosos que se pretende que vivan. Hay que sacarlos completos, señor mío, y en esto no valen escuelas...

Llenaron la casa los ecos de risas sonoras, en alegre rivalidad con los clarines de su eminencia el señor cardenal, y reapareció Jorgina, muñeca viviente, menina velazqueña, el lazo frontal color de rosa recogiendo la onda del pelo espesísimo, ardientes los grandes ojos pardos y risueños, toda palpitante de gracia infantil entre sus terciopelos y encajes; venía acompañada de Domitila, trayendo los elegantes arreos de salir, y anunciaba que abajo esperaba Silverio con el automóvil bufa que bufa.

—¿Daremos una vuelta por Palermo, mamá Victoria? Porque no quisiera meterme en casa todavía; ¡hace un sol!

La idea de meterse en casa, a la sombra de mamá Isidora, la asustaba. Y Victoria le prometió que darían el paseíto, si sobraba tiempo.

—Sí sobra —dijo míster John—; apenas son las dos.

—Es que yo no quiero dejarte solo mucho rato, papá. Ahora tengo huésped en casa, me solicita tu compañía, me embarga tu presen-

cia... En seguida que despache con la madre Susana, escaparé. Antes eran mis asilados los que me ocupaban constantemente; ahora mi primer cuidado eres tú.

Riendo, se entregó en manos de Domitila, manos de camarera consumada, que enfundaron el precioso talle en un estuche de pieles, abrocharon, prendieron y adornaron todo lo que el complemento del vestir y del abrigo exigía, saliendo de ellas tan seductora, figura ideal de escaparate, en que sin pizca de artificio lo natural parecía mentiroso a fuerza de ser perfecto, que a míster John se le caía la baba y suspiraba a un tiempo. Tan hermosa, retrato mejorado de su madre misia María Josefa, y tan sin ventura como ella, aunque por otra causa.

—¿Te ayudo? ¿Te hace falta un alfiler? —repetía mareando a las dos y provocando las protestas jocosas de la salteña que, en su canturia, decía:

—Estése quieto el señor... Ahí no hace falta nada... Ahora ha desarreglado esta parte...

Quedó, no obstante, el maniquí superiorísimo; echó Victoria un último vistazo de coquetería al espejo por la derecha y por la izquierda y llamó a *don Tranquilito*:

—Don Pedro Crisólogo, usted se viene conmigo.

Muy hueco y casi sin apoyo acudió el señor administrador, con toda la prisa que su ingénita pachorra le permitía. ¡Con la señora! ¡En su coche y al lado suyo! Don Pedro Crisólogo Samos agradecía tanto el honor, que no encontraba en el léxico palabras bastantes para expresarlo.

Y volviéndose a Jacobo, pretendiendo sonreír, agregó sentencioso:

—Privilegios de la edad, señor Esquendo. Favores que se hacen a un viejo dan envidia a los jóvenes. De todos modos, no me envidie usted, que si a usted le alcanzara sería mala señal. Lo del turrón y las muelas, señor mío.

—Hasta luego, papá. Adiós, Jacobo. Dentro de media hora estará Jorgina en tu casa —dijo Victoria con afectuosos apretones de mano, enseñando los lindos dientes, de la risa que le producían las salidas de *don Tranquilito*.

Se marcharon la dama y la niña, con la escolta reposada y prudente del vejete, dudando Jacobo si seguir tras de la estela perfumada de la cuñada o quedarse con míster John. No tenía nada que hacer. Como siempre, nada

urgente, nada útil le solicitaba. Apuntaban las dos... Pues lo mismo sería que apuntaran las cuatro en el horario de su ociosidad. Se decidió, sin embargo, por marcharse también, porque es cuestión de discreción esto de no prolongar demasiado una sobremesa, aparte de que el señor Stuart, a pesar de sus alardes de ejemplar resistencia, estaría cansado.

Y se despidió, dejando al anciano caballero en sus misteriosos coloquios con misia María Josefa, la preguntona; apretó el botón, y pasó a la antecámara, donde el criado del frac, Pepino de nombre o de sobrenombre, le presentó correctamente el gabán, el bastón y el sombrero.

Esto de endosar un gabán es cosa peliaguda e incómoda: se esfuerza, se suda, los forros resisten, las mangas se oponen, las solapas se desdoblan, la prenda entera monta sobre la otra deslucida y a estrujones... Pepino, tan diestro en su oficio como Domitila, se lo colocó al pelo, sin trabajo, ni arruga, ni descompostura, hurgándole por debajo en los faldones del chaqué, con delicadeza suma, y asentando el cuello con la mano enguantada de blanco, luego de aplicar el cepillo fino en suaves pasaditas de aseo.

Jacobo descendió la magnífica escalera aspirando el aroma de hermosura que en ella flotaba como la luz de una estrella fugaz; y en la calle, de barrio solitario y aristocrático, los humos de la gasolina, emblema de la realidad prosaica, le atufaron desagradablemente.

¡Las dos! ¿Adónde ir? No lo sabía y sintió mucho calor: estaba encendido, casi apoplético. Francamente, Remy, el excelentísimo señor maestresala, cargaba demasiado los caloríferos.



III

Como nada tenía que hacer, se fué a *La Vitoriana,* dispuesto a no regresar a casa mientras no regresara Jorgina, porque la casa sin la niña era jaula sin pájaro; y marchó de prisa, cabizbajo, huyendo del barrio aristocrático y del probable tropezón de algún conocido, como delincuente o tramposo que se esconde, la mirada exploradora y desconfiada, cargadas las espaldas por el fardo que llevaba siempre encima de preocupación y desaliento.

No era otra cosa *La Vitoriana* que la lechería, mantequería y quesería de don Fermín, el alavés, casi suegro y pariente en no sé qué grado (para baldón de los Esquendos orgullosos) de Jacobo, por serlo de Isidora, su padrino de boda y socio en cierto modo. Lechero ambulante don Fermín, en tiempos de los amores isidorianos protegió al enamorado en su

locura y en su rebelión, por la cuenta que le tenía, y cuando se consumó el ignominioso bodorrio, él y su mujer, la tía Vicenta, les dieron asilo mientras no se remediaron los embarazos pecuniarios consiguientes. Luego que se remediaron, y ampliamente, cual correspondía al rango de fortuna del mozo, recibió don Fermín generosa habilitación, con la que estableció su comercio de lechería en grande escala: macizo, redondo y colorado, como un queso de bola, era don Fermín, y pálida y regordeta, como un rollo de manteca, doña Vicenta, ambos tan mañosos, aprovechados y listos que, desde su fundación acá, en largo período de años fecundos, andaba el comercio sobre ruedas.

El cual estaba situado a la altura de Callao, en un despacho todo blanco, de mármoles y estuco, limpias mesitas con sillas de Viena, gran vidriera sobre la calle, escaparate en que una vaca de alabastro, enana, reinaba entre pirámides de bollos y dos copas con sus platillos y sus servilletas de flecos: las muestras, de diferente forma y tamaño, en correcta estantería, de frente y en ambos lados, aparecían en una sala contigua, blanca también: y Jacobo, cuando iba, no entraba ni por una ni por otra,

excusándose de que le vieran el público y cualquiera de las dos chicas que atendían al despacho, dos vascas, dos alavesas de pómulos como rosas, sino que por el zaguán de junto a la tienda llamaba en la puerta que se abría sobre las habitaciones particulares, y era la trastienda, con honores de salita de recibo, de los afortunados dueños de *La Vitoriana,* ¡ay!, sus parientes ante Dios y los hombres, quieras que no.

Por lo común, don Fermín estaba en el campo, vigilando el ganado y la fábrica; pero esta vez le encontró Jacobo con la tía, él abrazado al libro mayor, cubierto por la boina que perpetuamente coronaba su cabeza, ella tan pulcra que parecía despedir luz de su limpieza, sin perder pisada, de dentro, a las chicas, ojo avizor de ama concienzuda.

Ambos le tuteaban, claro está, y le saludaron al entrar muy contentos:

—Buenas tardes, Jacobo. ¿Cómo estás? ¿Qué tal Isidora? ¿Y Jorginita?

Doña Vicenta le ofreció su mano, blanda y tibia como la de un niño, y don Fermín la suya, rojiza, que alzó por encima del libro. Luego, doña Vicenta se dió palmaditas en la pe-

chera de tul negro y sonrió al sobrino, sin recato por sus dientes perdidos de caries.

—Siéntate, Jacobo; ¡hace un siglo que no vienes! Isidora, tampoco. ¡Y yo con este trajín de la tienda, de la que no puedo despegarme!

—Sí, hombre; ¡hace un siglo que no vienes! —reprochó también don Fermín.

En su enrevesado modo de hablar, se hacían amables, satisfechos, orgullosos de la visita; amabilidad brusca, a lo vascongado, con atropellos de insistencia autoritaria: había de sentarse en la mejor silla; allí, no; aquí, en la mecedora, que tenía almohadón de retazos de sedas y punto de hilo para recostar la cabeza, y tomaría un vaso de leche que el propio don Fermín iría a ordeñar al establo, y unos bollos de los del día, calentitos de puro frescos... Al fin se sentó Jacobo donde quiso y no tomó nada, porque acudió al recurso de preguntar por José María.

José María era el hijo único, que estudiaba ingeniería en Europa, el heredero, la esperanza, la ambición de los viejos, por quien vivían y para quien luchaban, norte y centro de todos sus pensamientos y sus sueños. Don Fermín trajo la última carta; doña Vicenta cogió de

sobre la cómoda, donde en marco de plata estaba y entre dos floreros, como de varón canonizado, la última fotografía, y se hartaron de ponderar, de ensalzar, babosos, el prodigio: había entrado en los diez y siete años y era tan formal, tan estudioso, un chicarrón que parecía un hombre, y como guapo, ¡más guapo!, ¡y más bueno!; como bueno, parecía una niña...

Ciertamente, Jacobo se encontraba muy a gusto en la salita de *La Vitoriana,* muy a sus anchas entre don Fermín y doña Vicenta, oyéndoles despotricar acerca de las excelencias insuperables del hijo ausente, mejor, mucho mejor que en los salones de la cuñada, y esto por la misma degradación de su caída: ni uno ni otro tenían nada que reprocharle y le miraban como a superior voluntariamente descendido de un pedestal inaccesible, en el que ellos quisieran ver trepar a José María, y allí dejaba de reprocharle su conciencia, respiro inefable. Con la carta y el retrato en la mano seguían los padres cantando al unísono las glorias alcanzadas y por alcanzar del mancebo, que él vió nacer y en aquel patio soleado y alegre corretear y travesear a su antojo. Entonces no había nacido todavía Jorgina y el espectácu-

lo infantil le hacía suspirar de envidia. Entonces...

Todo estaba lo mismo: la misma enredadera en la reja de la ventana baja, sin hojas, agarrada ferozmente, incrustados los recios y negros tentáculos a los hierros con fuerza de parásito voluntarioso; y adentro el menaje sencillo, las butacas de yute y madera pintada, la cómoda de chapa, el escritorio barrigudo, el espejo velado, hasta el retrato de don Carlos, con sus barbas negras y su boina sobre la oreja. Y lo mismo estaban don Fermín y doña Vicenta, sin envejecer, los protectores de su rebeldía y de su pasión ya muerta. El solo era el cambiado y, sin embargo, ¡se sentía bien allí!

—¿Quieres ver el libro mayor? —preguntó don Fermín—. Sí, voy a mostrártelo. Aquí eres el patrón y todo te pertenece, incluso nosotros, que somos tus criados, nada más que tus criados; ¿verdad, Vicenta? A ti te lo debemos todo, y si mañana sale José María, como esperamos que salga, un hombre de provecho, te lo deberá a ti, exclusivamente a ti; ¿verdad Vicenta?

—Verdad —apoyó la mujer—. Así se lo escribimos en cada carta, para que no lo olvide; ¿verdad, Fermín?

—Y tan verdad. Y que diga ésta si a todas las horas del día no lo reconocemos: que hombre como nuestro Jacobo no hay otro, más noble, más generoso. ¿De qué valdría nuestra tenacidad en el trabajo sin su apoyo? ¿Y qué sería yo más que el lechero de a caballo, el peón de ayer, si tú no me prestas los veinticinco mil pesos? Préstamo sin interés y sin plazo, que tal consta en el documento. Ni ésta ni yo somos ingratos, y cuando decimos que todo lo que poseemos, incluso nuestras personas, es tuyo, lo decimos con el corazón. ¿Verdad, Vicenta?

—Verdad, Fermín —tornó a apoyar doña Vicenta con otra pasadita de mano por la pechera y doble ojeada de vigilancia al despacho vecino.

No acabara el mutuo testimonio si Jacobo no consiente que le pusiera el librote bajo las narices, y número por número y suma por suma no examina o hace que examinaba, prueba patente de la prosperidad del negocio y de la honradez, prudencia y acierto con que era gobernado. El dedo rechoncho y deformado del tío recorría todos los renglones, señalando detalles, deteniéndose para recalcar un informe, y Jacobo se distraía contemplando la

uña aplastada, aquella sucia y fea porreta que se deslizaba sobre la blancura de las páginas como monstruosa oruga.

—Ya ves en qué buenas manos está tu capital, ¿eh? —decía, saliéndole la risa y la saliva por todos los portillos de su boca—; esto es luz y esto es el agua clara; ¿verdad, Vicenta?

—Verdad, Fermín, verdad —repitió el eco de la tía.

—¡Pues yo me alegro mucho! —declaró Jacobo apartando de sí el libro—. A ganar plata, a seguir ganando y no preocuparse de otra cosa. Todo para ustedes y para José María. Y si alguna vez hace falta algún pico más, por exigencias de la misma industria en su desarrollo o porque los tiempos se ponen malos, aquí estoy yo... ¡Sin interés, tío Fermín, y a ningún plazo, como siempre!

—¿Lo oyes, Vicenta? —exclamó don Fermín con ternura lacrimosa—. ¿No es verdad que es el hombre más generoso del mundo?

—Verdad —afirmó ella, ahogándose de emoción.

Y los dos, en un mismo arranque, don Fermín sobre la mano y doña Vicenta sobre la frente le besuquearon con tal fervor, que no

lo pondrían más hondo si se tratara de José María.

Jacobo se defendía de estas demostraciones molestas y hubo de abandonar la mecedora protestando.

¿Acaso no los conocía? ¿Y qué méritos los suyos en protegerlos, en pagarles servicios pasados, si facilitándoles lo que él no necesitaba sabía que sería aprovechado honestamente hasta la última migaja?

Y don Fermín, estropajosamente, mascullaba lo que aquí se traduce:

—Gracias, Jacobo, y así el Señor te lo aumente de gloria. Suerte ha sido la de Isidora de dar con un hombre como tú, que a la alcurnia añade un gran corazón. No te merece Isidora... Sabemos que no te hace feliz por su mal genio, y así se lo venimos reprochando ésta y yo; ¿verdad, Vicenta?, aconsejándola que sea sumisa, que te respete y obedezca, que te ponga en un nicho y te eche incienso como a los santos, que eres digno de ello y más que muchos de los altares... En lo tocante al nuevo préstamo, no hay que hablar: no lo necesito y aunque lo necesitara, mientras no estuviera con el agua al cuello, y aunque lo estuviera, no te pediría más, porque no hay que

abusar del dadivoso y yo soy hombre de trabajo, y habiendo puños, salud y energía, cualquier atraso que viniera sabría remediarlo solo o no valdría yo dos cominos. Esto es ponerse en razón, y a mí que no me saquen de la razón, que en esto soy más terco que una caballería; ¿verdad, Vicenta?

—Verdad, Fermín —suspiró ella, enjugando sus lagrimitas.

Asomó por la cortina de yute rameado una de las sirvientas del despacho, y en el más puro vascuence consultó con el ama importante asunto, y salió doña Vicenta, oyéndose en la habitación contigua musiqueo de llaves. Cuando reapareció traía tantos billetes de los pequeños, sucios papeluchos, que no le cabían en la mano, y viéndola pasar dijo Jacobo:

—Si mintiera el libro, no dejaría mentir la caja, tía Vicenta. Peces mayores y menores; de todo hay en abundancia en este río de riqueza.

—Gracias a Dios y a ti —contestó la pareja a coro.

Y la tía, de vuelta de su comisión, preguntó de nuevo por Jorginita. Sí, señor; hacía un siglo que no la dejaban venir. Antes apenas faltaba día de por medio a jugar en

el patio, a enredar en el establo y con las muchachas en el despacho, se quedaba a comer con ellos y hasta tenía permiso para acompañarlos al campo en el verano... Y ahora, no; desde el año último que había acortado sus visitas, ya tan raras que parecían de médico...

—Jorgina estudia —respondió Jacobo con cierto embarazo—; está cerca de los trece años; es casi una señorita... Una señorita no es una niña, tía Vicenta... Pero vendrá a visitarles, ya lo creo, todas las veces que sus estudios se lo permitan.

—Dice Isidora que desde que has hecho relación con tu cuñada, la de Esquendo, Jorgina pasa más tiempo al lado de esta señora que de ella, que es su madre, como si la bambolla y la grandeza se te hubieran subido a la cabeza...

—¡Cosas de Isidora! —intervino don Fermín con mal humor—. ¿A qué le cuentas, mujer, lo que dice Isidora, que no dice más que tonterías? ¡Acusar de bambollero a Jacobo, el hombre más modesto y sencillo!

—Eso me parece a mí y así le he defendido. Y lo de que la niña vaya con frecuencia a casa de la señora de Esquendo, no lo tomo

a mal, ni tendría derecho de tomarlo; ¿verdad, Fermín? Yo, como éste, soy muy razonable y nadie me aparta de la razón... Pero eso de que Jorginita no venga ya, me sabe así como a menosprecio, a falta de cariño... Esa señora será su tía, no lo discuto; pero más tía suya soy yo, que la niña no puede negar que tiene mi sangre.

—Y no lo niega, tía Vicenta. ¡Valiente idea se le ha ocurrido, y qué poco favor se hace usted!

—¡Cosas de Isidora! —insistió don Fermín marcando su opinión con los hombros.

Crecían el embarazo y el malestar de Jacobo, y por desviar la conversación quiso enterarse de los progresos de la fábrica y si las máquinas desnatadoras se habían comprado ya y funcionaban. Se dió con esto suelta al flujo ponderativo del industrial, a quien en la enumeración de los milagros realizados ayudó su mujer con pintoresca labia. Sí que se compraron y funcionaban que era una maravilla. ¿Sabía que se imitaban ya todos los quesos de Europa, los franceses más famosos sobre todo, tan y tan bien que en el sabor y en el aspecto no había quien los distinguiera de los legítimos, ni el más entendido catador?

Como que los productos de *La Vitoriana* adquirían una reputación grandísima y se vendían como pan bendito.

Jacobo pensaba:

—Son las cuatro. A las cuatro y media habrá terminado el paseo de Palermo y estará de vuelta Jorgina. A casa, antes que se descarrile nuevamente la conversación.

Felicitó a los parientes por las buenas noticias; prometió cien veces a la tía Vicenta que traería a la niña; regaló al tío Fermín el rico habano del señor Stuart, que no había encendido, y aunque el viejo prefería su pipa y su tabaco negro, lo agradeció mucho, y escoltado por ambos, zaguán adelante, la postdata de la despedida en los mismos umbrales de la calle fué más larga que la visita...

Vivía Jacobo Esquendo en la calle del Buen Orden. Era la misma casa, el mismo agujero donde, Adán culpable, expulsado del palacio paterno, bajo la maldición de la abuela y la excomunión de toda la familia, se refugió al salir del asilo de los tíos de Isidora, y tímido y terco, madera de que se hacen los rebeldes, sostuvo sus derechos, incluso en litigios judiciales, a su parte de fortuna y a ser feliz

según su entender, o sea satisfaciendo exclusivamente su capricho.

Allí pasó penalidades y humillaciones, disputó el pan como un mendigo, gustó de la manzana prohibida a dos carrillos, y cuando vino la holgura y con la holgura el hartazgo, el remordimiento, el recobrar de la razón, el revivir del instinto de clase, a él por estas razones que acusaban lo irremediable, a Isidora porque no gustaba salir de su esfera y lo modesto la parecía lujoso, pensaron que no valía la pena mudarse, y si allí se quedaban más ocultos estarían y a cubierto de toda curiosidad y malevolencia. El cambio de ambiente y de roce le imponía a Jacobo el temor de lo ostentoso y gustaba ahora de la sencillez burguesa: nada de muebles de arte, ni cuadros con firmas de renombre, ni criados de librea y gran fachada... Isidora, que conocía el paño por haber sido del oficio, no quería que les sirvieran más que la doméstica encargada de las cacerolas y un chico recadista, a quien poder solfear siempre que el genio o la ocasión lo pidieran; y en esto de la casa, de los muebles y de los criados no alteraron su sistema ni aun cuando, entablada relación con Victoria, un año hacía, por causa de los tejemane-

jes testamentarios y consejo del doctor Castel, pudieron despertarse en ellos pujos de competencia, que tan ricos venían a ser, o por lo menos de amor propio.

No, los dos hurones por nada del mundo cambiarían su rinconcito, en el que se habían amado contra viento y marea y se meció la cuna de Jorgina, remache de su cadena. Para Isidora era madriguera de la que apenas salía; para Jacobo también, de la que apenas salía ya sentía la necesidad de volver, huyendo de la luz, de la gente y de todo ruido ciudadano, que así le había puesto el amor zafio y desigual, tan poderoso en su influencia nefasta que, aun extinguida la llama, perduraba el tufo del candil apagado.

Allí fué, pues, Jacobo, a la calle del Buen Orden, a su cueva, que no era tal cueva, por supuesto, sino una casa de esquina, de muy decente apariencia, pintada de blanco, balconada verde, sus cariátides de cemento, un zaguán de estucados muros y losanges de mármol negro y blanco, escalera de caracol con lustrado pasamanos de caoba y arriba las dos puertas de cedro, la de la izquierda con una chapa de bronce, reluciente como el oro, que decía: *Matías Castel, abogado;* la de la derecha

sin muestra ninguna, ya que la profesión de rico y desocupado no exige diploma.

Como el llegar a ella demandaba un trotecito y después de un buen almuerzo andan las piernas perezosas, Jacobo tomó un tranvía y fumando en la plataforma dejó cómodamente que le arrastrara y depositara a pocos pasos de la querencia, pasos de sonámbulo que para él fueron zancadas, tan apresurado volvía siempre y tanta parecía su ansia de meter la cabeza en su agujero.

Subió a saltos y tiró de la brillante anilla de metal... Tenía él su manera de llamar, anuncio en toda la casa de que era el amo quien llamaba, y en seguida repiqueteaban sobre las losas los tacones de Jorgina o del chico Manolillo, en alegre y diligente carrera; pero esta vez los pasos que sonaron fueron lentos y graves, sin apresuramiento gozoso, y la misma Isidora abrió, colgado un delantal del talle espeso y en las manos un paño con que acababa de fregar un vaso.

—¿No está Jorgina? —preguntó Jacobo.

—Tú sabrás dónde está —contestó ella con el habla y el acento de los de allá, de *La Vitoriana.*

Y le siguió a la salita, bruñendo el vaso, al

que volteaba diestramente y de vez en cuando levantaba hasta los ojos para juzgar del brillo y la limpieza.

Era una mujer pequeña, ya marchita, de cara de chapetas muy vivas, como de calentura; los ojos, negros, chispeantes; el pelo, escaso, estirado y pegoteado con bandolina; la nariz, corta; la boca, apretada, encubridora piadosa de dientes que faltaban o manchaban negras picaduras, ignorante de toda coquetería, indiferente a todo arte de atractivo, una ruina, una sombra de lo que fué o pudo ser la vasca bonita y astuta que supo pescar marido aristocrático. Dejando el vaso encima de una consola, corrió las cortinas y ayudó a Jacobo a quitarse el gabán, que sacudió en el aire y dobló cuidadosa sobre el respaldo de un sillón: de la tormenta de la mañana no parecía quedarla señales y apoyaba con risita sorda las excusas de la ausencia de la niña. ¡Claro!, con un día así, con un sol así, eran las cuatro y media y todavía daba en los balcones, un paseo a Palermo en automóvil era cosa de no desperdiciarse y había hecho muy bien la picarona en no desperdiciarlo. ¿A que volvía anochecido o no volvía y se quedaba a comer y, si a mano viene, a dormir en la otra casa?

—No, mujer, ¡qué idea! —protestó Jacobo con disgusto.

—No será por falta de ganas —repuso Isidora haciendo revolotear la falda en un respingo.

Cogió de nuevo el vaso y se afanaba en pulirlo, reconcentrando toda su atención en tarea tan importante.

—¿Sabes que vengo de ver a los tíos?

—¿Sí? ¿Y qué dicen?

Pues nada, allí no se hacía más que trabajar, ganar dinero y guardarlo.

—Ya es buen trabajo. Y de José María ¿no recibieron carta?

—Sí, y está muy bueno, gracias.

La miraba friega que friega y un extraño sentimiento de irritación le invadía. A la luz de los balcones y de aquella interior que hacía algún tiempo comenzaba a alumbrar su espíritu, le parecía ordinaria, muy ordinaria. ¿Por qué no se quitaba el delantal? ¿No había criada en la casa? ¿Por qué limpiaba los vasos? ¿No estaba Manolillo? ¿Para qué servía Manolillo?

—No, que me voy a sentar con un abanico en el sofá —contestó ella displicente—. Si yo me fiara de Manolillo y de la cocinera, bueno andaría el servicio. Qué ¿te ha dado ahora por-

que no me ocupe de los menesteres de la casa? ¿Y qué te ha dado conmigo? Ya me criticaste el otro día el peinado y me dijiste ayer que me pusiera *coldcream* en las manos... Son finuras que no rezan con esta servidora. ¿Estoy fea? ¿Te parezco fea? ¿Me comparas con otras que son mejores? Así y todo soy tu mujer, y en esto no hay quien me desmienta. Has de tomarme tal cual me ves... No pensabas así antes, no.

—Isidora, ¡que siempre hayas de dispararte!

Paseaba impaciente por la salita, haciendo que contemplaba grabados, fotografías y muñecos que se sabía de memoria. Si no estaba Jorgina, prefería quedar solo, pues el peligro de una disputa era inminente cada vez que les reunía la intimidad conyugal.

—Pues es muy cierto —insistió Isidora—; antes no eras así; hasta hace poco no eras así, ni te ocupabas de mi facha, ni de lo que hacía, ni de lo que decía. Ahora todo te choca en mí, todo te disgusta... Hijo, no todas somos elegantes y pintureras. Y no solamente la has tomado conmigo, sino con la niña. Estás empeñado en vestirla como una mona y en que aprenda las maneras del gran mundo, y si suelta

alguna palabra mal dicha, te enojas, te pones furioso... En cambio, antes te hacía gracia. Maestros en casa, cursos en el Sagrado Corazón, todo te parece poco para conseguir que Jorgina no se parezca a su madre, para limpiarla, como las motas de este vaso, de todo lo mío que la pueda empañar.

—¿También me reprochas la educación de Jorgina? ¡Isidora!

—Jacobo, demasiado sabes el porqué... Pero me callo, ¡yo no te reprocho nada! Yo, esto, ¿sabes?

Se cogió la punta de los labios e hizo ademán de echarse un candado, promesa gráfica de mutismo.

—Así sea —dijo Jacobo.

Y pasó a la habitación vecina, que era su despacho, y se puso a papelear sobre la mesa, contrariado. Si era verdad la promesa de no hablar más, por lo menos le dejaría en paz su mujer una media hora. Pero, sin duda, aquella sabia resolución se refería a la cuestión batallona surgida del punto y hora que Victoria, anudando relación de familia, les hizo el favor de una visita y perfumó con sus gracias e iluminó con su hermosura el hogar del leproso...

Porque no bien se había sentado en la curul del escritorio, la sintió entrar y oyó que le decía:

—Cuéntame qué tal es ese señor Stuart, el de los misterios. ¿Qué trazas tiene? No serán muy buenas cuando vienes tan discreto. Acontecimiento como el de la aparición, real y patente, del padre de tu cuñada, es como la de un cometa en el cielo. ¿Le has visto? ¿Se dejó él ver o se está escondido como rata que teme al gato?

—Nada de eso —contestó irguiéndose Jacobo para afirmarlo—; le he visto, y es el caballero más cabal que existe, con unos aires que se impone en cuanto se presenta.

—Já, já —hizo Isidora—; aires no le faltarán, de seguro. Sin embargo, con sus aires y todo, parece que es una buena pieza. Por lo que Blanca Rosa ha podido sonsacarle a Castel, el papá de tu cuñada no es trigo limpio; Castel le conoce de sus tiempos de Barracas, y según Blanca Rosa no se sabe si hizo o dejó de hacer... En fin, que tiene cuentas con la justicia, y así se explica su fuga y el que no se haya atrevido a volver al país hasta ahora que el delito no puede castigarse, criminal impune.

—Isidora, ¡no repitas los disparates de Blanca Rosa! La honra de las personas es sagrada.

—Bueno, hombre, no te sulfures. Sea lo que sea, se habla de él y se habla mal. No podrá nadie hablar de nosotros así, porque no seremos finos, ni aristocráticos, ni tendremos maneras, pero somos honrados. Ahí está el tío Fermín y la tía Vicenta, que no me dejarán mentir, y el primo José María, la gloria futura de la familia; y si algún día vas a Amurrio, que es mi pueblo, allí te dirán quiénes son los Chavarrías. Donde hay honra, hay nobleza, y para mí no hay Esquendos ni Stuarts que valgan.

Dió nuevo respingo, violentísimo, y se marchó con impetuosa decisión, atacando con el paño el vaso, que levantaba a la altura de los ojos, mecánicamente. Se oyó golpear de puertas, voces airadas, gritos de Manolillo, estallar el huracán adentro con furores de bélica locura...

Al tumulto guerrero respondía el de la calle, dominando la bocina de los automóviles sobre todos los estrépitos. Y en el despacho se hacía la paz, augusto silencio de reflexión. Sobre la piel de *zorrino* que, entre los dos balcones de la esquina extendíase en bonito

tapiz negro con simétricos dibujos de rayas blancas, el sol recortaba cuadros de luz; cogido el rabo con el hociquillo, formando asa, y recogidas las cuatro garras, una lustrada concha de *mulita,* forrada interiormente de raso azul, figuraba encima del velador curiosa cesta, y los lomos de los libros de la estantería, todos rojos, denunciaban gustos y mimos de bibliófilo; notas que saltaban a la vista, como los dos marcos dorados expuestos en la repisa del escritorio a la manera de los Evangelios en un altar y sobre los cuales Jacobo, puesto de codos, hundida en las manos la barba, fijaba los ojos pensativos.

Eran sus padres, que no conoció. Y seguramente que de haberle vivido, no se pierde, no cae. Porque no fué él nunca el calavera que decía la familia, en su odio no extinguido; el vicioso que se degrada, como la fruta comida de podre va a parar al cenagal, sino el adolescente tímido, inquieto, enamoradizo y bobo, sin la picardía defensiva, que es escudo de los sentidos y freno del instinto; el precoz del amor, que se deja prender y se entrega inerme; de estos débiles destinados a ser pasto de la primera mujer fuerte con que tropiezan en su camino incierto. Así le venció Isi-

dora fácilmente y pudo darse por vencido. La férula de la abuela no era bastante para defenderle, porque no es el mucho tirar de la cuerda lo que contiene: el toque está en la sabia combinación de la tirantez y del aflojamiento, sistema mixto que sólo es capaz de emplear un carácter ponderado.

No, no cae en la ignominia si vivieran sus padres, ignominia cada día más evidente, más repulsiva. ¿Por qué? ¿La modorra de su conciencia era tanta que pasó los años sin verlo, o es que lo vió y, aplastado por el fatalismo, se abandonó a su vencimiento? ¿O pasado el capricho, hastiado, recobraba el sentido? ¿O era otra cosa extraña, rayo de luz, fuerza poderosísima...? Siempre tuvo Isidora mal genio, y salva la juventud, gracioso traje, las mismas manos, los mismos gustos serviles y la misma bajeza de ideas y sentimientos: siempre fué ordinaria, en suma. ¿Por qué le parecía ahora más ordinaria todavía y este defecto de la ordinariez se agrandaba, se agigantaba hasta el punto de hacerle olvidar los años felices en que le supo tan gustoso? ¿Y por qué este afán suyo, tardío, despertado inopinadamente, irresistiblemente, de aislar en lo posible a Jorgina de toda ordinariez, de salvarla de toda

vulgaridad y hacer de ella la Esquendo que debía ser? ¿No se sonrojó de vergüenza en la lechería del tío Fermín sólo de oír que Jorgina pudiera volver a sus juegos en el patio de *La Vitoriana* y trincar con los tíos, que tíos suyos eran, porque la ley se los había dado, forzada por él? ¿Qué cambio, que vuelco era el suyo cuando el fuego de la vergüenza había recobrado vida y volvía a encenderle la cara?

A cada una de estas preguntas, a todos estos interrogantes angustiosos, nadie contestaba a Jacobo, ni su conciencia, embarazada, ni los retratos paternales, impasibles. Sonó una bocina de tres notas, la conocida, Victoria de vuelta con Jorgina, y corrió al balcón... No era, no, el automóvil que esperaba, y volvió a sentarse, y por avivar la labor interior del soliloquio o distraer la idea fija, tenaz, encendió un cigarro y se envolvió en humo, en nube azul y grata como la de un sueño.

Globo cautivo que quiere remontarse y no puede, amarrado a la realidad, la voz agria de Isidora le embargó desagradablemente; Isidora que volvía con Manolillo, al que arreaba con su frasear hiperbatónico, los dos de limpieza, ella con unos paños y una bayeta, el chico a la

rastra de una escalera de mano, cargado además de un cubo de agua caliente, de jabón y alcohol... Habían de fregarse todos los espejos de la sala y del despacho, los cristales de los balcones, los marcos de las puertas. Pronta a dirigir la maniobra, como un general en el campo de batalla, en medio de la sala, armada de todas armas ofensivas contra la suciedad, enviaba su sonrisa desdentada al marido:

—Dispensa, hijo, pero no hay más remedio. Hay que hacerlo, y si no hago yo que lo hagan, no se hará nunca.

Ayudó ella misma, con viril destreza, a apartar muebles y a colocar la escalerilla, obligó al chico remolón a que trepara y sobre la luna, poeta que dispara sus ripios, a que arremetiera con el puño cerrado. Con aquellas manos suyas, de menestrala, curtidas por el trabajo, levantaba el cubo cual una pluma y en el agua jabonosa, en la que otras más finas se pelarían, empapaba la esponja y a medio escurrir la alcanzaba a Manolillo, arremangada de brazos, la falda a mitad de la pierna, activa, feliz, completamente feliz, y con otra esponja reforzaba la tarea por abajo, a veces montaba imprudente en los primeros escalones y con el crujir y bamboleo de su peso asustando al

muchacho. Brotábanle sangre casi las chapetas de los pómulos, y en la batalla del fregoteo, tan grata, se cubría de sudor, si no de gloria.

Entre la nube de su cigarro Jacobo escondía sus reflexiones:

—Es la criada, que palpita en ella y perdura. Siempre será la criada, y no conseguiré, ahora menos que antes, que deje de serlo. Así como todo lo que es elevado o refinado le molesta y repugna, así como todo lo que escapa a su menguada comprensión la cansa y aburre, este trajín doméstico, este bregar lacayuno la encanta y distrae. Denle a ella escobas y plumeros, que lavar, que planchar, que barrer, chismorreo de cocina y lidia de bajos menesteres y estará contenta. Me parece oír a la abuela Justa: "Criada tendrás, mujer tendrás, pero no esposa. Esposa, nunca; mujer, mientras sea joven, y criada, para siempre jamás amén."

Irritado, con irritación nunca sentida, más viva, más ardiente, se sumergió en el papeleo inofensivo, entretenimiento de la espera, cuentas de su administración, recibos, cheques y contratos, la exposición brillante de su haber, limpio de polvo y paja gracias al acierto y al talento jurídico de su amigo y vecino el doc-

tor Castel, sacado de entre la maraña de cien pleitos, en cuyo enredijo la familia quiso ahogarle para castigo del amor de Isidora. ¡Todo, todo por Isidora! ¿Qué mayor castigo que Isidora misma y la claridad que dentro de él se había hecho, a favor de la cual el ciego veía, y oía el sordo, destapadas las orejas por el convencimiento?

Tales cosas, de la escena en la sala contigua, que su irritación crecía, en él, tan paciente. De pronto sintió posar sobre sus hombros los brazos de su mujer y a dos dedos de sus narices las manos coloradas, hinchadas, hombrunas, oliendo a lejía, a alcohol, a la baja faena en que se ocupaba...

—Hijo, no te enfades si trabajo, ¿eh? Tienes una mujer hacendosa y te enfada, lo que todos desearían tener, lo que es alhaja de una casa. Cada cual para lo que ha nacido, Jacobo: yo, vestida de seda, con guantes y sombrero, siempre sería la gata doncella de que tú me has hablado muchas veces, que en viendo una escoba cerca me pondría a barrer, olvidada de mi rango y de mis galas. Y más vale esto que no que me diera por finuras o me hubiera dado por algo peor, de lo que gustan bastantes señoras y no gustan los maridos. Antes que

señora de Esquendo soy Isidora Chavarría... Confórmate, hijo; mejor dicho, alégrate. Y si no te alegras y te enfadas, peor para ti. De todos modos, yo, esto, ¿sabes?

Hizo el ademán consabido, le revolvió los pelos, le plantó dos cachetes y dos besos groseros y retornó a la sala, gritando a Manolillo:

—¿Qué haces? ¿Qué esperas? ¿Te vas a pasar la tarde mirándote al espejo? Será por bonito. ¿No te has visto bien todavía la trompa y las narices y la cara de fariseo? ¿A que subo y te despabilo de un guantazo?

Reponiéndose del achuchón cariñoso, Jacobo murmuraba:

—La prefiero desapacible a tierna, iracunda a pacífica, porque el enojo la aparta de mí y, lejos de mí, veo menos su ordinariez y la siento menos. ¡Criada por siempre jamás amén!

Y ella, entre tanto, se sentaba en el mismo sillón, en cuyo respaldo, bien dobladito, reposaba el gabán del marido; y como advirtiera en el cuello ciertas pelusas que reclamaban la intervención inmediata del cepillo, con la palma abierta le aplicó buena tunda, y a la primer palmada se escapó la cartera del bolsillo y a sus pies se abrió de par en par, enseñando desvergonzadamente cuanto contenía y provo-

cándola de esta manera: "Anda, regístrame, que estoy repleta de secretos, alimento de tus celos bastante para una semana. Aprovecha, que él no ve, que tampoco ve Manolillo, de espaldas, y que no está Jorgina en casa. Y llévame a manos de Blanca Rosa, que ella te descifrará mis garrapatos. Lo mismo que ella rastrea en sus rincones la prueba de adulterio que busca y sabe cierto, tú debes pescar todo indicio que se te presente de lo que sospechas..."

Se agachó Isidora, recogió a la infiel que así vendía a su dueño y la registró rápidamente: billetes, tarjetas y una carta había dentro; se apoderó de la carta, que devoró con los ojos, furiosa de su ignorancia, que no le permitía leer ni una sílaba, y guardando la cartera en su sitio dejó el gabán donde estaba. ¿Se la llevaría a Blanca Rosa? ¿No sería una plancha más, de las muchas que tenía hechas y daban tanto que reír a su vecina y consejera? Porque esto de que los maridos que engañan olviden cartas comprometedoras es sólo recurso de malas comedias.

Sin embargo, hay casos, ¿verdad?, y la memoria no es siempre el vigilante que deseáramos.

—Mira, que de aquel lado está muy empa-

ñado —recomendó al chico—; friega bien, con el aliento le darás brillo... Abre la boca y sopla, que parece que no tuvieras pulmones.

Salió en seguida y se fué por el pasillo hasta un aposento interior, obscuro y con honores de cuarto de trastos, y armada de un palitroque golpeó con mucho tiento en el tabique tres veces; esperó y volvió a golpear, y de nuevo esperó y golpeó, golpecitos secos, discretísimos, de conspirador o enamorante, señal convenida que no pasó largo rato sin que obtuviera respuesta, otros golpes que sonaban a compás, no sobre el muro sino en el suelo y que parecían venir acercándose, más distintos, más fuertes cada vez.

Entonces Isidora abrió una puertecilla disimulada en el tabique y aparecieron los peldaños de una escalera, oyéndose bajar una voz con sordina, voz de mujer:

—Buenas tardes, Isidora.

—Muy buenas, Blanquita.

—¿Subes? Matías no está.

—No, no subo: está Jacobo.

—¿Qué pasa? Porque estando Jacobo nunca me llamas, y si yo te llamo, no vienes.

—Esta carta, Blanquita. La acabo de encontrar en su cartera y como quiero ponerla de-

nuevo en donde la encontré antes de que él se dé cuenta... Toma. A ver qué es y qué dice.

No hizo más que empinarse sobre el primer peldaño y alargó a la invisible persona de arriba el papel.

—A ver —repuso— si es cuenta de sastre como la del viernes y te burlas de mí. Esto de no saber leer, de ser una gran borrica, me da mucha rabia. Si tuviera paciencia, me pondría a aprender, pero no tengo paciencia. No la tenía tampoco en los primeros tiempos de casados, que él pretendió enseñarme y hasta se empeñó en tomarme maestro... Pero, nada, Blanquita, las letras negras sobre el papel se me figuran arañas que corren y me marean. ¿Estás leyendo?

Silencio arriba. Largo silencio que impacientó a Isidora.

—¡Cuánto tardas en leer, Blanquita! Es que no es cuenta, sino carta, y carta interesante. ¿Qué dice? ¿Quién la firma?

Pasó un rato y al cabo la voz superior explicó con risas apagadas:

—Es carta, pero no interesante. Cosas del Asilo, del altar de Lourdes, del capellán don Medardo. Don Medardo que le da las gracias por el favor de dorarle un retablo.

—¡Ah, ya, cosa del Asilo, es decir de la otra! Con su campaña caritativa le trae al retortero.

—Lo mismo que al mío, Isidora; lo mismo.

—¿Y decías, Blanquita, que no interesa la carta? Es un indicio más de que no le preocupa otra cosa que los asuntos de la cuñadita; más claro: que ella.

—Como al mío, Isidora; como al mío. Dime: después de lo de esta mañana, ¿está enfurruñado? ¿Te ha contado algo del almuerzo?

—Ha vuelto como siempre. En cuanto al almuerzo, sólo me ha dicho que el señor Stuart es muy buena persona.

—Muy buena pieza, querrá decir, y no lo dice, no porque no lo sepa, sino porque la simpatía de la hija le cierra el pico. ¡Si sabremos nosotras quién es el tal míster John!

—Si lo sabremos, Blanquita... Digo, lo sabrás tú; que yo, de cierto...

—Yo tampoco sé nada de cierto; pero por palabras sueltas de Matías, a pesar de su gran reserva, más que la de un confesor, he deducido buenas consecuencias... Positivo, positivo, no sé más sino que fué mi tutor. En fin, allá él. A nosotras nada nos importa míster John Stuart. Lo que nos importa es abrir el

ojo respecto a su hija, que con sus gazmoñerías viene distrayéndonos los maridos demasiado. Porque ¡ay! lo que es en ti sospecha, Isidora, en mí es certidumbre.

—¿Con ella, Blanquita?

—Con ella o con otra.

—¿La razón, las razones...?

—¡La grande, la inmensa, la única: mi desgracia!

Quebróse la voz superior, como dolorida o embargada, y se oyó suspirar a la invisible. Isidora alargó el cuello y la mano por la abertura.

—Mira, dame la carta, que si él se entera se armará un bochinche peor que el de esta mañana. Y dispénsame que te haya molestado; pero, como hemos convenido que papel que le pille...

—De nada, mujer —respondió la de arriba más entera—. ¿No hemos formado una sociedad, ofensiva y defensiva, contra el adulterio, de socorro y consejo mutuos? Alerta, pues, y cuidado con el enemigo, con tu cuñada... ¿Volvió Jacobo con Jorgina?

—No, que se la llevó ella de paseo y ahora la estamos esperando. Ha quedado en traerla: la dejará a la puerta, que ella no subirá, por

supuesto. Ya sabes que no nos ha hecho más que aquella visita primera..., que yo no le devolví, por cortedad, esta cortedad que es otra de mis cualidades, como la de no saber leer.

—¡De paseo con Jorgina! Anda y que no está claro el juego. Jorgina es el pretexto, el lazo... Isidora, Isidora, ¡mucho ojo! Toma la carta.

Aparecieron arriba, en la obscura boca de la puertecilla, un brazo blanquísimo y una mano que era una pura azucena, la que entregó la carta a Isidora, y desapareció en las alturas. Y la voz se despidió, amistosamente:

—Hasta luego o hasta mañana.

—Hasta luego o hasta mañana, Blanquita.

Cerró Isidora y con el mismo paso de raposa volvió por el pasillo a la sala, colocó el inofensivo papel en la cartera y cumplida la peligrosa empresa sin inconveniente ni alarma, levantó los ojos para inquirir en qué estaba Manolillo. ¡En qué había de estar el maldito sino en la más dulce holgazanería, sentado en la cúspide de la escalerilla, mirándose al espejo y haciendo muecas a la propia imagen, estirando burlesco la trompa, guiñando ora un ojo, ora el otro, y sacando un palmo así de lengua!

8

—¡Manolillo! —gritó Isidora, furiosa—, ¿juegas o trabajas?

Del susto casi se viene abajo el bribonzuelo, y por probar que trabajaba, y a conciencia, la emprendió a restregones con la luna y en vez de darle brillo, más la empañaba y la velaba, tan lastimosamente como a la cándida Diana las nubes.

—¡Espera, salvaje; espera, torpe! —vociferó abajo la señora, indignada del sacrilegio.

Y asaltó la escalera para remediar el estropicio; subió más ágilmente de lo que su peso prometía, pero no tan rápida que no dejara tiempo al culpable de descolgarse por el opuesto lado, huyendo de bien ganado mojicón; y arriba Isidora, primero con el paño, luego con la gamuza, fregó, limpió la luna, la hizo resplandecer, feliz, completamente feliz.

En el despacho, entre la humareda azulada de su cigarro y de su sueño, a tiempo que sonaba en la calle la alegre bocina de Silverio, las tres notas triunfales de su arpegio, Jacobo repetía la terrible sentencia ancestral:

—¡Criada tendrás, mujer tendrás, pero no esposa!

IV

Pocos días después, la superiora del Asilo del Sauce, reverenda madre Susana Esteven, camino del locutorio por el ancho patio que repartía luz generosa a claustros y pabellones y era antesala del huerto, decía a la madre Visitación:

—Avíseme usted, hermana, si viene la señora presidenta. También si viene el doctor Castel. Y llame a don Pedro Crisólogo, que necesito hablarle.

Era en una mañana de comienzos de setiembre y, aunque fresca, ya la dulce primavera, en el cielo, en el aire y en la tierra anunciaba el feliz advenimiento de su reinado. Bajo la caricia del sol discurrían los huerfanitos, ensartados en grupos, juguetones, y en los bancos que rodean las desmayadas ramas del árbol central que da nombre al refugio descansaban

los ancianos, consumado el desayuno y la misita de don Medardo: risas infantiles, piadas de pájaros estallaban en la serenidad del espacio, serenidad augusta que era a la manera de manto que protegiera y aislara al recinto, isla en medio de las pasiones, oasis de paz en medio de la borrascosa ciudad. La madre Visitación se inclinó respetuosamente y enderezó sus pasos inseguros de reumática del lado de la capilla, a cuyo costado derecho dos balcones floridos avanzaban graciosos el uno encima del otro; el de abajo, del señor Capellán; el de arriba, del señor Administrador; los cuales en aquel propio instante aparecían apoyados en la barandilla, inocentemente distraídos en tomar el sol y en sacar humo de sus respectivos cigarrillos. Don Medardo, con su gorro de seda negro, la cara ancha y bien rasurada, la planta robusta, los ojos perspicaces de buceador de conciencias; *don Tranquilito,* descubierto y con aquel mirar suyo hacia dentro, que era su mejor modo de mirar hacia afuera.

Hacia ellos levantó la religiosa su cara marchita, más pálida dentro del cerco blanco de la cofia engomada, y dijo esforzando la voz suavísima, ligeramente acentuada de afrancesamiento:

—¿Hace usted el favor, señor Samos?

—Ya bajo, madre, en seguida —respondió, el aludido.

Mientras iba la madre Visitación en su busca y bajaba él con todo reposo, que no era *don Tranquilito* de los que se sofocan y pierden el compás por darse prisa (ya que todo llega a su punto cuando tiene que llegar), hubo tiempo de sobra la Superiora para entrar en el austero salón contiguo al locutorio y emprender la lectura de unos papeles que traía: desnudo el aposento, sin más enseres que el sofá y las sillas de esparto, de espaldas a la pared y como cohibidas de su pobreza; una estera, con tal cual agujero, sobre los ladrillos; en los muros de cal una copia de la Santísima Trinidad y los dos Sagrados Corazones en fúnebres marcos negros, y en una rinconera, entre cristales, un feo Nazareno, maltratado del Arte más que de sus verdugos; sentíase allí frío, heladez de sótano húmedo, que contrastaba con el plácido ambiente del patio.

La madre Susana leía y, de vez en cuando, con dolorosa tosecita de enferma, miraba por la ventana a los niños, que corrían; a los viejos, que descansaban; a don Medardo y a *don Tranquilito,* que tomaban el sol, y en la arbole-

da del huerto, que ya vestía de verdor, sus ojos, muy bellos, muy grandes, se perdían errabundos y tristes en mirar pensativo. No era vieja la reverenda madre; más bien joven; el medallón de su rostro, de terso marfil, tenía delicadezas de camafeo, y su figura toda, una delgadez, una fineza casi inmaterial, santa de retablo que se dignara bajar de su peana.

No cabe en la cabeza del vulgo que haya almas que se condenen voluntariamente al encierro del claustro. De la madre Esteven decían (1) que un amor desgraciado la apartó del mundo y la arrojó en los brazos de la religión, siempre abiertos para el consuelo; pero, sin afirmarlo ni negarlo, puede objetarse que, así como hay plantas que sólo florecen en la tibia atmósfera de la estufa, hay almas que sólo en el aislamiento conventual se complacen.

Miraba, pues, con melancólica indiferencia la Superiora el espectáculo de la ventana, cuando dejaba de leer, y tosía, tosía mucho... Luego se fijó en el lento atravesar del patio por *don Tranquilito* y la madre Visitación, ambos afligidos de cojera inconfesa y trabajosamente disimulada, que a compás les vencía, a la ma-

(1) Quilito.

dre hacia la derecha y al Administrador hacia la izquierda, cual si mutuamente se evitaran y alejasen para, en cada paso, volver a juntarse, y una leve sonrisa asomó a sus labios.

—A ver, don Pedro —dijo al vejete que entraba—, desembrólleme usted esas cuentas. Son del carpintero y del albañil, de las últimas obras del pabellón de párvulos. Las quiero claras, bien detalladas. A mí no me salen las sumas y sobran ceros o yo veo turbio... El tiempo se empeña en destruírnos nuestro Asilo, y menos mal que los corazones cristianos, don Pedro, nos ayudan a repararlo. Pero es preciso vigilar los gastos, castigar los gastos. Sin buena administración no hay casa, no hay patria.

—Sí, reverenda madre. Habla usted como debieran hablar todos los ministros de Hacienda por haber, que de los habidos ya sabemos cómo obraron, en general. Vengan esas cuentas. Voy a cazar los números y a perseguir los ceros hasta en sus últimas guaridas. Así quisiera yo perseguir a ese Herodes...

—¿A quién? ¿A quién se refiere usted, don Pedro?

¿A quién había de referirse don Pedro Crisólogo sino al Herodes de las cocinas, que aque-

lla misma mañana dió muerte alevosa a varios inocentes? Como el corral y el palomar estaban enfrente de su balcón y después de la misa se puso en él a orearse, asistió sin quererlo a la espantosa carnicería, y aunque intentó no verlo, no pudo, porque aquel salvaje, con otros acólitos, sus pinches y cómplices, en menos que persignarse, estranguló a cuantos lograba alcanzar, quedando la tendalera de muertos como en el más sangriento de los combates.

—¡Pero, don Pedro —dijo la Superiora acentuando la sonrisa—, hay que dar de comer a los niños, que hacer caldo para los enfermos!...

—¿Y el huerto, reverenda madre? ¿Y el huerto, que es despensa y botica? La necrofagia debiera incluírse entre los pecados mortales, porque mata el cuerpo, si no el alma; y en este santo Asilo proscribirse, con implacable rigidez, antes que estimularla con escándalo; que hay personas, como mi vecino y compañero el capellán, estudiante de Cánones en el Pío Latinoamericano de Roma y honra del clero nacional, que la defiende; sí, señora. Ante un buen *rosbif* no hay idea que se respete.

—No haga usted caso, don Pedro. ¿No ve que es por tirarle de la lengua? Si por mí fue-

ra... Yo cato muy poca carne, ya lo sabe usted...

—Sí, lo sé, reverenda madre, y cada vez, de las pocas, que un trozo de carroña mancha esa boca, hecha para la oración, me da horror y pena.

—Bueno, no perdamos el tiempo, que tengo el perder el tiempo por gran pecado. Tome estos papeles, y siempre que los cocineros entren en el corral en cumplimiento de su deber, de su penoso deber..., pues, quítese usted del balcón o cierre los ojos.

Contestó *don Tranquilito* que, aunque así lo hiciera, los ayes de las víctimas inmoladas se le clavarían en el corazón; recibiendo junto con los papeles el encargo de hablar luego con el maestro de obras de la nueva sala y transmitirle ciertas órdenes y verificar también, antes de pagar el género, la calidad de los comestibles suministrados por los proveedores. No había que darle cuerda a su manía, que era ésta como caja de música, que en empezando la sonata no pára sin acabarla, y así la madre Susana le despidió, y sacando de bajo de la acartonada y alba pechera un librillo de apuntes, sentóse junto a la urna del Nazareno y marcó lo que no quería encomendar a la fragilidad

de la memoria, seguramente datos relacionados con la magna obra de misericordia de que era el alma benéfica, detalles de su vigilancia incansable y de su ambición de engrandecer aquel Asilo del Sauce, que deseara, con fiebre apostólica, transformar en un monumento capaz, por lo inmenso y por lo rico, de amparar las miserias todas y desdichas. Y activa siempre, sin dar mayor tregua al reposo, marchó tras la huella de la madre Visitación, sonándole el largo rosario al entrechocar de sus avellanas...

Don Tranquilito se había metido, pian, piano, en un estrecho aposento vecino, que era el despacho del señor Administrador, y delante de su mesa humilde, entre legajos y libros, estudiaba las cuentas, vaciándolas todas para encontrar el secreto de la multiplicación de los ceros, milagro de sospechosa taumaturgia. Tenía este aposento el mismo aspecto de austeridad que el otro, y también un Nazareno, un Ecce Homo, en un lienzo sobre la pared, maniatado y sangrando, con tal resignación ante la injuria y el dolor que, entre la humosa vaguedad del colorido, la vieja pintura parecía infundir a *don Tranquilito,* como si lo hubiera menester, la santa paciencia. Frente a la ven-

tana una maciza caja de hierro prometía encerrar grandes tesoros, en realidad más bien papeles que billetes, porque (como decía suspirando la madre Susana y confirmaba el Administrador) "un Asilo no es un Banco", ¡qué ha de ser! Y la verdadera caja de caudales en el del Sauce no era la oronda del despacho de *don Tranquilito* sino el corazón de la Superiora, que sacaba dinero de las mismas piedras.

Esta operación de desembrollar cuentas es poco divertida; el saltar un número es perder el hilo y quedarse obligado a enhebrarlo de nuevo; pero, sin embargo, no espoleado nunca por la prisa, el digno señor Samos se plantaba en sus cálculos a lo mejor y echaba sus ojeadas al patio, distrayéndose con el corretear de los chiquillos. Así vió que entraban con la madre Susana y otra más joven, española, que llamaban la madre Celia, el doctor Castel y Victoria; junto a la arrogante señora de Esquendo, a cuya belleza rubia tan bien sentaban los crespones de luto, un caballero de buena edad, de cara aniñada y simpática, sin más pelos en ella que el negrísimo y espeso de las cejas, dos trazos éstas de carbón y dos agujeros profundos, los ojos, en el rosado y redon-

do semblante de un clérigo o de un cómico, muy apuesto, erguido y desenvuelto.

Y como la malicia, como el diablo, anda siempre despierta, en seguida sopló a *don Tranquilito*:

—¿Es casualidad? ¿Es coincidencia? ¿Es amaño voluntario que siempre venga aquí la soga tras el caldero, don Matías detrás de la señora Victoria?...

Pero tan pronto esta idea mezquina y ofensiva aleteó en su magín, la ahuyentó con un palmetazo de su honrada conciencia:

—Será casualidad, será obligación, que hoy es viernes y día de asamblea. La señora Victoria preside la comisión directiva; don Matías es abogado consultor y auxiliar... ¡Ah! ¡Mal pensado! ¿Amaño de quién? ¿De tu protectora, cuya desgracia sabes, te consta, que la lleva con heroica dignidad? ¿Vas a tirarla tú también tu piedra? Y de don Matías, tan correcto y respetable, ¿has visto nada sospechoso que autorice, que dé fundamento a imaginerías tales? Después dirás en tus defensas del vegetarismo, que las toxinas carniceras no sólo envenenan el cuerpo sino la mente, corrompiendo las ideas. También tus mansas e inofensivas legumbres producen este perverso

resultado, porque se te ocurren unas cosas más feas...

Humillado, *don Tranquilito* se echó decididamente en el maremágnum de sus cuentas y, como lebrel, persiguió a los ceros en sus escondrijos, para cogerlos de las orejas y llevarlos triunfante a la Superiora. Tarea más piadosa que la otra, no quiso ya mirar al patio, y no porque él no mirara dejaban de pasear Victoria y el doctor Castel entre las dos madres, solícitas, y la chiquillería, que, en reconociendo a quien lo parecía de todos ellos por sus bondades, la rodeaban y se acercaban a recoger una caricia, una sonrisa, una palabra amable, los varones, gorrilla en mano, las niñas con graciosa cortedad. También los viejos, que descansaban junto al sauce, levantáronse y saludaron a la señora Presidenta, contando quién sus dolencias, quién las dulces remembranzas de mejores tiempos, y hasta don Medardo, bajando de la envidiable altura de su balcón florido, vino a inclinar la cabeza gris, libre de su negra cubierta.

Victoria, feliz de este homenaje de sus protegidos, lo saboreaba deliciosamente. ¿Verdad, ¡oh incrédulos!, ¡oh egoístas!, ¡oh mundanos!, ¡oh descarriados!, ¡oh ilusos!, ¡oh necios!;

verdad que en el mundo el bien supremo es hacer el bien?

Y se volvía a la madre Susana para inquirir qué faltaba, qué necesidad, qué desgracia más podía remediarse dentro de los medios disponibles.

—Lo del huerfanito parece asunto arreglado. Dice el doctor Castel que el padre, borracho y de malas costumbres, ha perdido todo derecho... En cuanto a la nueva sala, se hará a mi costa, exclusivamente a mi costa: quiero que lleve el nombre de mi madre, María Josefa Solaños de Stuart, y se la dotará de cuanto haya menester, espléndidamente. La inauguraremos con una linda fiesta... También tengo un proyecto que voy a proponer ahora a la asamblea: el del veraneo de los asilados, por tandas. Se aproxima el verano, y el verano es duro aquí. Todos estos desgraciados deben tomar aire de campo, como la mejor medicina, y en nuestra estancia del Trigal, que acaba de adjudicársenos, hay comodidad, hay espacio. Mandaremos allí pequeñas colonias cada tres semanas, presididas por dos o tres religiosas, porque en las religiosas no todo ha de ser sacrificio y el atender a la salud no es pecado. ¿Qué tal, madre Susana? ¿Cuento con su voto?

—¡Y con mi gratitud eterna y la de todos estos pobrecitos! —exclamó la Superiora plegando las manos en un gesto de admiración y de alegría.

La madre Celia miraba a Victoria con bobo enajenamiento, y la voz, gratamente masculina, del doctor Castel se unió a la ruda de don Medardo para alabar el corazón de la señora de Esquendo.

—¡Como el de Santa Teresa en la transverberación, lo atraviesa el dardo de la caridad! —dijo la madre Susana.

—Es la Santísima Virgen que la inspira —murmuró la monjita joven.

Victoria se excusaba modestamente. Nada de eso. Era la buena voluntad, el deseo de ser útil, de compartir los favores recibidos de la fortuna. ¿De qué serviría ésta y para qué Dios la ha puesto en pocas manos (ya que al repartirla entre todas se desmenuzaría en migajas sin beneficio para nadie), para qué si no para enjugar miserias, reparar injusticias y proveer a las pequeñas necesidades del prójimo? Antes solía decir: "Si yo fuera rica, ¡cuántas cosas, cuántas cosas grandes haría!" Y se daba a imaginar lo que podría hacer, milagros de la filantropía, hazañas de la beneficencia, tan sa-

tisfecha de hacerlo, tan contenta de haberlo hecho, que otra felicidad mayor no existiría.

Pues eso de las colonias veraniegas hacía un siglo que lo tenía pensado, preocupada siempre del Asilo; pero no contando, si no se acudía al amparo oficial, difícil de alcanzar, con paraje adecuado y gratis, adiós proyecto y buenas intenciones. Y cuando la solución se la dió la misma Providencia, ¡qué gusto el suyo pensando en la alegría de la madre Susana y de todas las religiosas, en el bien de sus viejecitos y de los huérfanos!

Pintábase este gusto suyo, candoroso, en el rebrillar de sus lindos ojos y en sus mejillas, que se teñían de arreboles; tan vivamente expresaba que lo que se tenía por virtud era sencillamente natural expansión de su alma, como da rosas el rosal; porque virtud significaba lucha, sacrificio...

—¿Verdad, señor don Medardo?

Y el capellán, y la madre Susana, y la madre Celia replicaban que la caridad es virtud, brote en el terreno que brote; si es en un pedregal, mayor por supuesto; y el doctor Castel, que no apartaba de ella su mirada profunda, la presentó esta flor:

—¡Dichosos los desgraciados que disfrutan

de tal protección y de tanto desvelo, señora! ¡Angeles y serafines la cantarán a usted alabanzas; es decir, ya las están cantando. ¿No las escucha usted a su alrededor?

Quiso don Medardo mostrarles el altar de Lourdes, redorado por la munificencia de otro Esquendo generoso, y entraron en la capilla, donde dos novicias vestían en el propio momento la imagen de la Dolorosa en el altar mayor, con el respeto y los miramientos de doncellas de una reina. En la mística penumbra resplandecía el oro flamante de uno de la izquierda, tanto que parecía iluminar el recinto, y se embobaron delante de él largo rato: la madre Celia dijo que era la puerta del paraíso, y la madre Susana, más práctica, más tocada de realidad que de misticismo, aseguró que si otras buenas almas tomaran sobre sí la santa tarea de redorar los que faltaban, la capilla sería ascua de fuego, gala de los ojos y estímulo de la devoción.

Irresistible atractivo en la de Victoria produjo el brillante altarito, porque fué a hincarse a los pies de la blanca Dama ceñida del cinturón celeste, y rezó... El vago cuchicheo de sus acompañantes se apagó poco a poco, se alejaron pisadas discretas y sólo el respetuoso ru-

9

mor de las dos novicias, allá en las alturas del fondo, cara a cara con la Divinidad, turbó su meditación. ¿Qué diría, qué pediría a la Dama blanca y a la Pastorcita ingenua? Misterioso coloquio que duró buen espacio; cuando se alzó, secándose disimuladamente las lágrimas, no estaban ya la madre Susana ni la madre Celia; don Medardo, en el altar mayor, atendía al vestido de la imagen portando en ambas manos el regio manto de terciopelo, y el doctor Castel la esperaba de pie, profundamente recogido.

—¿Falta mucho para la asamblea? —murmuró Victoria.

—Media hora larga. Si usted quiere...

—Es temprano. Pasearemos por el huerto.

Los ojos del abogado, de apasionada negrura, fulgurantes bajo el crespo arco de las cejas, la molestaban con la insistencia de su mirar. Había dicho: "Pasearemos por el huerto..." y habría deseado corregir la frase, quitarle el plural comprometedor, pues mejor sola que galantemente acompañada discurriría por los dominios gratos a *don Tranquilito.*

Pero aunque la cortesía la permitiera corregirla, el doctor Castel creería faltar a ella si no la escoltaba, y salieron los dos, y bor-

deando el estanque en que el sauce mojaba la punta de sus guedejas por contemplarse, fatuo Narciso, caminaron lentamente por los senderos que la temprana primavera reverdecía y abrigaba el sol tibiamente.

—¡Qué pureza de aire! ¡Qué alegría de luz! —exclamó Victoria.

—¡Y qué dulce compañía la suya, señora —replicó el doctor—, que así nos conforta y edifica a todos!

—Doctor, doctor, ¿va usted a galantearme?

—Líbreme Dios de tal osadía.

—Bueno es saberlo, porque le arrojaré de este paraíso como a la pícara serpiente y dejaría usted de ser consultor, auxiliar y hasta amigo mío.

Se puso serio el abogado y ella se rió a carcajadas.

—¡Vaya! No se asuste usted, que ni usted dará lugar a tanta severidad, ¡un hombre casado, doctor Castel!, ni yo, ¡una triste casada! tendré que llamar a la policía...— ¡Mire usted qué lindo está el huerto! ¡Y los árboles, ya cubiertos de hojitas verdes! Y los pájaros... ¡Este cantar de pájaros me conmueve y me deleita!

—Siempre fué usted así —dijo Castel, an-

dando tras de ella por el angosto sendero—, desde pequeña. Su mamá, misia María Josefa, decía que era una romántica de novela, que se pasaba las noches de turbio en turbio, en el balcón, mirando la luna, y los días de claro en claro recitando versos; y su padre...

—¿Sabe usted que ha llegado mi padre, doctor?

—Sí, lo sé —contestó sorprendido, cual si recibiera de súbito una pedrada.

—Lo pregunto porque me ha parecido tan raro, tan raro, que no haya usted ido a visitarle...

—¿Sé yo acaso si el señor Stuart querrá verme? ¿Si tendrá gusto...?

—¿Por qué no, hombre de Dios? Ha sido su principal, su amigo de tantos años. Vaya usted cuando quiera, que él le recibirá con agrado.

—¿De veras?

—¿Y por qué no?

Confuso, tardó algo en replicar:

—No sé... por qué no.

—O no vaya usted, si no quiere. Si usted cree que nada le obliga, nadie le obligará tampoco.

Tardó algo más en contestar, y al fin dijo:

—Me obliga la cortesía... Sí, la cortesía, y es precisamente el no saber disculpar mi falta...

Por fortuna llevaba la delantera Victoria y no veía la contrariedad en la expresión de su cara lampiña de romano, el amontonamiento de las cejas, el gesto de la boca. E inconsciente demandaba gracia por haberle interrumpido con tan brusca pregunta en lo mejor de aquel retrato suyo juvenil que había comenzado a trazar.

—Decía usted, doctor, que mi romanticismo de entonces traía desesperada a mi madre y que decía mi padre... ¿Qué decía mi padre?

—Ante todo conste que si yo no he visitado todavía al señor Stuart...

—No insista usted. Punto final.

—Bueno, punto final. Pues decía su padre... Parece que le estoy viendo detrás de aquel biombo de su escritorio con su copete gris.

—Ahora lo tiene blanco.

—Todo cambia, señora.

—Como sus barbas negras, doctor, que ya no existen.

—¿Se acuerda usted?

—Apenas, así en sueños.

—Era usted muy niña... Y su padre me

decía muchas veces: "Mujer y romántica es mezcla peligrosa. O Victoria será desgraciada o hará desgraciado a alguien."

—¡Qué acierto brujeril, doctor! Porque papá ha acertado en la primera sentencia asombrosamente.

—Yo creo que en las dos.

—Eso es más difícil de asegurar. ¿A alguien? ¿A quién?

—A algunos, debió decir el nigromante; a varios, a muchos. ¿Dejaremos de saber los muchos enamorados que tuvo la señorita de Stuart en Barracas?

—Es cierto que estaba usted allí para contarlos. Y yo que le creía tan serio y ocupado sólo en sus libros... Pero eso, doctor, es llamarme coqueta, y yo soy todo lo contrario.

—No es menester serlo para trastornar a los demás. El sol deslumbra porque su propiedad es deslumbrar; la hermosura enamora porque...

—Doctor, que se escurre usted.

Y riéndose, como llegaran al pozo, asomóse por el brocal y con voces que querían ser solemnes declamó:

—¡Oh, Verdad! Si estás en el fondo y quieres oírme, sal y muéstrate y ven a reinar en

este reino de la mentira. Que no te dé vergüenza la falta de ropa, mujer, que aquí te prestaremos algo para cubrirte.

—Pues ya dejaría de ser la Verdad —observó malicioso el abogado—. La Verdad con manto o con manta, que todo es cubrirse, es la mentira disfrazada. Déjela usted en el fondo del pozo, que así no escandalizará a nadie.

Había arrancado una rama florida de manzano y la despojaba cruelmente de sus pétalos rosados. Victoria se sentó en el brocal, puesto el manguito encima de los ojos, a guisa de sombrilla.

—Cuando sea la hora de la asamblea, me avisa usted, doctor.

—Ya vendrá la madre Visitación a buscarnos.

—La madre Visitación... La madre Susana... La madre Celia... ¿Me llamaré yo algún día la madre Victoria? ¡Cuántas veces, en medio de esta paz del Asilo, he pensado en ponerme las tocas como Susana Esteven!

—¡Romántica! ¿Ve usted si el señor Stuart tenía razón? Romántica en todo, profundamente romántica. ¿Qué haría usted aquí? Se aburriría, pobre amiga mía, con tanto rezo y tanta ñoñez.

—¿Y qué hago en el mundo, doctor? ¿No me han dado mi casa por cárcel? ¿No estoy prisionera de las conveniencias? Pues, cárcel por cárcel, preferiría ésta, donde al menos sería mi voluntad quien me encerrara y no la ajena.

—Cárcel por cárcel, es preferible su casa, Victoria. Encierro temporal, algún día, hoy, mañana, quedará usted libre y será feliz, a pesar de la sentencia recordada. Por lo menos allí puede velar por sus protegidos, desenvolver sus generosos proyectos altruístas, todo lo grandes que ansíe su corazón, sin necesidad de afear su hermosa cabeza con la horrible cofia. ¡Usted monja! ¡No faltaría más! Eso queda para una vocación irresistible o para un amor desgraciado como el de Susana Esteven.

—¡Vocación! La verdad, nunca la tuve, y amor... ¿qué se yo lo que es amor?...— Pero hablemos de cosas serias, señor auxiliar. ¿Trae usted apuntados los asuntos de que vamos a tratar en la asamblea? ¿A que no? Pues, yo sí. ¡Verá usted.

Sacó del bolso de piel una carterita y fué leyendo:

—Huérfano... Nueva sala del hospital... Co-

lonias veraniegas... Cantinas... Comidas diarias en el invierno, para todos los pobres que quepan en el patio. Yo las costearé, las serviré yo misma. ¡Qué placer, qué placer más grande!... Bueno. Cartillas dotales... Esto de las Cartillas dotales es idea de Jacobo, una hermosa idea.

—También Jacobo...

—También tiene ideas caritativas Jacobo; ¿qué le sorprende? Como usted...

—Es el contagio.

—Como usted, que se interesa al par que yo en la obra. Me ayuda con su saber jurídico, no falta a ninguna reunión, llega de los primeros, cuando no el primero... con una hora de adelanto... como hoy y como la vez anterior.

—Es el contagio, Victoria. Usted nos ha contagiado su romanticismo y aquí nos tiene con no sé cuántos grados de fiebre romántica. ¿Me permite diagnosticar esta enfermedad? Pues es la fiebre de ideal. Los tres: usted, mi pobre amigo y vecino y este desdichado para quien la suerte es tan dura, indigestados de realidad, estamos sedientos de ideal. Los tres, buscándolo con ansias mortales, hemos tropezado en el mismo camino y vamos hacia la

luz, que en este caso es la antorcha de la caridad.

Arrojó la vara despojada de sus flores y repuso:

—Nuestra vida es como esta rama, a la que el destino ha arrancado sus ilusiones rosadas. Sí, amiga mía, indigestados de realidad los tres, de la más fea realidad, buscamos el ideal ¿Dónde está? ¿Dónde está la luz? ¿Existe siquiera? Por lo menos pierden el tiempo los que se empeñan en negarlo, porque el alma, como los pulmones el aire, lo necesita tiránicamente, que es su pan, alimento divino.

Le temblaban los labios, de la atropellada vehemencia con que pugnaban por salir sentimientos recónditos, encadenados por la voluntad largos años hacía. Y vencedor de sí mismo, una vez más, se calmaba poco a poco, subrayando un gesto de desaliento el interior combate.

Victoria leía:

—Cajas dotales... Cajas dotales... Había otra cosa que tratar. Y no hay más aquí apuntado. Pero había otra cosa. ¿Se acuerda usted, doctor?

—No sé —contestó él, displicente.

Y no hablaron ya, pensativos ambos, triun-

fando los gritos de pájaros y niños sobre todo rumor. El de los golpes de un azadón en la negra y jugosa entraña de un cantero vecino los distrajo y vieron un hombre encorvado, que cavaba la tierra cubierto de sudor.

—¡Ganarás el pan con el sudor de tu frente! —dijo el abogado—. Siembra y recogerás.

—También se dice —arguyó Victoria—: Siembra vientos y recogerás tempestades.

Al mismo tiempo sonrió con la angélica gracia que solía, y Castel no supo si era aquello aviso, amenaza, castigo o simple comentario. Por el cabo del sendero apareció la madre Visitación, cojeando discretamente.

—¿Ya es la hora, doctor? —preguntó Victoria abandonando el rústico asiento.

—En punto —respondió él después de consultar el cuadrante de su reloj.

Era la hora en punto, efectivamente; pero, según la madre Visitación, no habían llegado más que tres miembros de la Comisión directiva, dos damas y un caballero. A menudo sucedía lo mismo: nadie mostraba el celo, la puntualidad de la señora Presidenta y del señor auxiliar, y así, con tales demoras, con negligencias semejantes, ¿qué valía madrugar y traer proyectos y desvivirse por la Asociación?

¿Habría que citar de nuevo? Urgentes eran los acuerdos, sin embargo, y sin el acuerdo general no podía realizarse nada del generoso programa.

Contrariada miró Victoria a Castel y leyó en sus ojos que le decía:

—¿Se convence usted que soy yo el más puntual, el más rendido de sus colaboradores?

—¡Gracias, doctor! —exclamó—, y mil disculpas por haberle molestado. Con estas informalidades le hago perder un tiempo precioso. Le devuelvo su libertad y se citará de nuevo para el lunes; ¿le viene bien el lunes? —Y usted, madre Visitación, sírvase decir a esos señores que se suspende la sesión... por falta de número. Como en la Cámara. Mire usted lo que es el mal ejemplo... Digo, si esperando un poco no conseguimos...

Advirtió la monjita que unos por telefono y otros por carta habían expresado la imposibilidad de venir, y ante razón tan apremiante la señora Presidenta confirmó su resolución, con lo que se marchó la emisaria y Victoria y Castel, por la misma senda, tornaron al patio comentando el plantón y el chasco, muy disgustada ella, él indiferente; y cuando entraban en el patio estaba formándose mili-

tarmente la chiquillería para ir a clase y se abría la puerta de la capilla para recibir al grupo de novicias tocadas de blanco, que iban a coro. Rompieron filas niños y niñas y al mismo tiempo en los ámbitos sagrados el órgano estremeció los ecos, desparramándose, como en ondas de incienso, los acordes majestuosos de la madre Celia.

—Yo me quedo —dijo Victoria—; es temprano todavía.

—¡Ya está usted conmovida! —observó burlón el abogado—; todo su misticismo, que es una forma del romanticismo como cualquier otra, se ha agitado y despierta al són del armonio. La dejo a usted, amiga mía. No quiero interrumpir el éxtasis que empieza a embargarla. Será hasta el lunes, ¿verdad?

—Hasta el lunes.

Le dió la mano amistosamente, y al estrecharla, como en el seno de una nube de tormenta, pasó un relámpago bajo las cejas de Castel.

Mientras se alejaba, dudó la joven si entrar en la capilla o ir en busca de la Superiora que, al llegar, le había dicho con misterio:

—Después de la asamblea tengo que hablarle.

En su aislamiento absoluto del mundo, por la sola razón de haberla perdido su marido, sin familia y sin amigos, nada sabía de sucesos y chismes como no se lo dijeran en el convento. Allí afluía todo, verdades y mentiras, llevadas sin saber por quién, a lo mejor, como las hojas volanderas que el viento dispersa. Y aun cuando la madre Susana, la madre Celia, la madre Visitación y las otras madres reverendísimas parecían no ocuparse de otra cosa que de sus oraciones y sus tareas beneméritas, sabían más de lo que era preciso, y paja que se movía en la gran ciudad ya sonaba la alarma en el Asilo del Sauce.

Decidió, pues, buscar a la Superiora, repentinamente excitada su curiosidad, y no fué menester, porque en la ventana de la sala aquella del Nazareno la vió, asomada la bella faz de medalla, y venir luego hacia ella; y adelantándose, se encaminaron ambas a la misma sala, saludando Victoria, al pasar por delante de la reja del señor administrador, a don Pedro Crisólogo, en lucha todavía con los números.

Y así que estuvieron en el adusto aposento, sentáronse en los anchos sillones fraileros que flanqueaban la urna del llagado Señor y antes de decir cosa alguna tosió muchas veces la ma-

dre Susana, escondió las blancas manos en las bocamangas del hábito y los grandes ojos debajo de los párpados... Recogido el convento en la oración y el deber, los pájaros sólo campaban libres y alegraban los claustros.

—Es mucha contrariedad ésta de que, por culpa de unos cuantos señores remolones, no podamos reunirnos —dijo Victoria.

—Tibieza, indiferencia —suspiró la Superiora—; indiferencia, la enfermedad nacional.

Lo peor era la postergación de cuanto había que tratar, tan urgente e indispensable para la comunidad y los asilados, hermosos proyectos, flores cristianas que Dios hacía brotar en el corazón de la Presidenta.

—Voy a citar de nuevo para el lunes —indicó Victoria—, y si no vienen habrá que valerse de algún medio... mundano para atraerlos.

—Los de la Divina Faz dan tés en casa de la Presidenta y ponen crónicas en *El Cotidiano*. La asociación de Santa Batildes organiza *kermeses* cada lunes y cada martes... Esta nuestra las ha organizado famosas en sus buenos tiempos, y aún se recuerda la de misia Damiana de Eneene. Y es, amiga mía, que la caridad social no gusta de dar en la sombra y que la

mano izquierda no lo sepa: gusta de mostrarse en letras de molde, y poco se cura de ser generosa, activa, previsora, evangélica, divinamente evangélica, si no dispone de una trompeta en cada esquina.

—Pues pondremos trompetas, madre Susana, y saldrán nombres y cifras en los diarios. Lo principal es que se realice, que pueda realizarse lo que consideramos imprescindible y necesita de la aprobación general. Si de mí sola dependiera...

¡Ah! ¡Si dependiera sólo de la Presidenta, de la buena amiga, del alma escogida que derramaba sobre la santa casa los dones espléndidos como el maná de Dios! Salieron de su negro escondite las manos blancas para juntarse en señal de admiración y gratitud y otra vez se metieron apresuradas en las bocamangas. Al mismo tiempo los ojos se aventuraron a asomarse discretamente entre los párpados. No era más dulce, más triste, más resignada la mirada del Nazareno al través de los cristales de su prisión.

Y como si recitara una letanía, murmuró la Superiora:

—Angela, mi hermana Angela, estuvo aquí ayer tarde. ¿Sabe usted? Angelita.

—Sí, sí, Angelita —repitió la dama aguzando el oído; tan queda y suavísima era la voz de la madre Susana.

—Viene poco aquí Angelita...

Tan poco que no se la veía sino de higos a brevas. Decía que el convento olía a vejez, a humedad, a tristeza de sótano y que cada vez que venía se le enfriaba el alma y la sacaba enmohecida y aterida. Una loquilla la tal Angelita. A pesar de los años y de su estado de casada y de madre, no variaba en la inconsistencia y ligereza de carácter y era hoy tan atolondrada como siempre; pero, en el fondo, buena, mundanamente buena. Pues Angelita había dicho...

Tosió de nuevo la monja y Victoria hizo esfuerzos por oír, por comprender. Había dicho que... Acababa de estar en casa del doctor Hierro. De allí salía como torbellino. Un té muy concurrido, con sus toques musicales, algo de concierto y mucho de *bridge*, concurso de *bridge* en que se disputaban premios los más diestros jugadores aristocráticos. Y naturalmente, se hablaba de la llegada de míster John Stuart, contando al revés y al derecho una historia que nadie sabía, inventando, desfigurando, calumniando; porque cuando hay un misterio y no

es fácil descifrarlo, la murmuración edifica sobre el vacío lo que la lógica no puede o no quiere o no se atreve. Historia extraña, novela fantástica, apasionaba a todos, y un juez de mala lengua, abusando de su calidad, se permitió afirmar que si se buscara en el Código no faltaría artículo que aplicar al señor Stuart, bien entendido a instancia de parte. ¿Había parte interesada en que se le aplicara? ¿Era bastante defensor suyo el tiempo? Porque si la hubiese y existía algún peligro para el digno padre de la protectora del Asilo, allí velaban la amistad y la gratitud, que se apresuraban a darle el aviso, el alerta.

—Esto es lo que ha traído ayer Angelita —continuó la Superiora en suave susurro—, y yo, que suelo regañarla porque no me agrada que traspasen estos muros ecos de maldad, se lo agradecí e hice propósito de transmitírselo a usted. Recordaba que en mi niñez corría por la ciudad una leyenda respecto de su papá, tan pública, que hasta en gacetillas anduvo y se hablaba de la desaparición del señor Stuart en todas partes como se habla del crimen del día o del escándalo social de la temporada, leyenda que su regreso ha reavivado y adornado con ribetes de actualidad, si no de verosimilitud.

Y aunque yo nada creo, ni nada presumo, que no sea en bien y honra de su padre de usted, amiga mía, pues el creer sin pruebas y pensar mal sin fundamento sería en mí pecado mortal, horrible pecado...

Revoloteaban en los labios finos de la madre Susana las palabras perversas con aleteo de mariposas y el órgano lejano iba comentándolas, ya dulce, ya furiosamente. Cuando calló, sin acabar la frase, escondiendo el pensamiento como escondía manos y ojos, su cara de marfil se ofreció inmutable, impenetrable, en la rigidez de la cofia.

—Mi padre nada tiene que temer —declaró Victoria con más angustia que firmeza—, nada, como no sea de la calumnia. Además, ha venido por poco tiempo... Patrañas todas, madre Susana, que le sería fácil destruír si quisiera; porque ¿adónde iríamos a parar si no se tuviera el derecho de marcharse cuando da la gana y no volver mientras no acomoda, sin contar al público las razones? ¿Qué le importan al público estas razones?

—¡Justo! —murmuró la Superiora.

—Leyenda por leyenda, patraña por patraña, mentira por mentira, el caso es inventar una a la medida de cada uno y todos cargamos

la propia. Yo también tengo la mía; ¿no se la ha contado Angelita? Y usted misma, madre Susana... ¿Se ha respetado la santidad de su hábito para decir...?

Estremecióse la monja, y en el fondo de las bocamangas rebulleron sus manos para protestar de la insinuación; pero no salieron, no se mostraron.

—La calumnia —murmuró— es mancha de aceite, y de ella, como usted dice muy bien, amiga mía, no se libra nadie, ni aun amparándose de una muralla que separa la vida de la oración. No hay que darle cuenta al público de hechos que no le importan, es cierto; que pueden ser, que serán inocentes y con arreglo al derecho de cada cual de regir sus actos; pero si estos hechos traen consecuencias y estas consecuencias fueran desagradables..., ¿no le parece a usted que es bueno prevenirlas? Creería yo faltar a la grande, a la sincera estimación que le guardo si, después de oír a Angelita, no le dijera a usted: Esto corre por ahí, y si el señor Stuart anda desprevenido, que abra el ojo. La calumnia le acecha, la maldad le persigue. Las hablillas por todas partes, a causa de su regreso inopinado, recobran su virulencia con la fuerza de aquellos tiempos y se

agitan como en el fondo de una gusanera los gusanos. Esto sucede. El aviso es de amigo y de amigo que quiere de veras. Dios sobre todo y sobre todos.

—Gracias, madre Susana; yo se lo agradezco a usted con toda el alma. Y papá también, desde luego. Porque bueno es saber...

¡Sentía Victoria tal amargor, tanta angustia! ¡Ni aun allí, amparada de la muralla espesa que decía la Superiora, entregada a la inefable tarea de hacer el bien, dejaba el mal de morderla! Las armonías de la madre Celia, rumor de plegaria, le empujaban las lágrimas a los ojos, y en la sala desnuda, despojada de todo adorno de vanidad, no veía ya al Nazareno tristemente acurrucado en su urna, ni a la Superiora impasible en su sillón. Sacó el pañuelo del manguito y se enjugó rápidamente las pestañas.

—Quedamos —dijo levantándose con el tono de quien reanuda un diálogo interrumpido— en que será para el lunes. Y si para el lunes no logramos reunir más que esas tres buenas almas de hoy, es decir, nada más que cuatro gatos, recurriremos al expediente de las sociedades pedigüeñas; ¿no le parece a usted, madre?

La madre Susana, como escultura que se animara, de pie también, sonrió.

Sí, sí, harían lo que los de la Divina Faz, los de Santa Batildes y cuantos saben explotar la generosidad con pleno conocimiento del corazón humano, y ya que de explotación se trataba, apurarían, apurarían. ¡Faltaba tanto en el Asilo! El del Redentor, por ejemplo, tenía una piscina; ¿cuándo tendría el del Sauce una piscina igual? ¿Y la enfermería de la Divina Faz? El patio, el patio mismo, que en día de lluvia era un lodazal, causa de reumatismo para las religiosas y los ancianitos, de males de garganta para los chicos, pedía a gritos nuevo empedrado, el ladrillo fino del de los Hermanos de los Siete Dolores, con aquel lindo tono encarnado tan grato a la vista, fresco y limpio que en él se podían comer sopas.

Andando, el entrechocar de las avellanas de su rosario marcaba cada paso, mientras desgranaba el de su petitorio, largo, interminable, y Victoria asentía distraída, pensando en lo otro, en la gusanera de hablillas que la reciente confidencia monjil le había revelado.

—Lo malo es, madre Susana —objetaba—, que yo soy la menos indicada para la campaña social, si hay que echar mano de tales armas. Yo no puedo dar tés en mi casa... Nada, que renunciaré el cargo y se buscarán us-

tedes otra Presidenta más eficaz, más a propósito...

La Superiora quiso protestar, a tiempo que del retiro del señor Administrador, con precipitación que desmentía su apodo, salió *don Tranquilito,* y tal Arquímedes, vociferando el *eureka* de su triunfo, corrió hasta ponerse delante de ellas y levantando un papel que blandía en la mano, exclamó:

—Reverenda madre...

—¿Qué hay, don Pedro Crisólogo? —preguntó dulcemente la Superiora—. ¿Otra degollina en el corral?

—No, reverenda madre; es que he encontrado el error, el cero de más, escondido en este matorral de cifras y aquí lo traigo tachado, para vergüenza del proveedor y satisfacción mía. ¡Aquí está el culpable, reverenda madre!



V

Peter, el criado de las patillas anaranjadas, acababa de vestir a su señor y se daba prisa, porque, pasadas las diez, la impaciencia de míster John era espuela de su actividad. Las diez, ¡y encerrado todavía en la alcoba como el más recalcitrante dormilón! ¿A que se vería privado de su paseíto matinal? ¡Pícara primavera, dulce ensoñadora, que así embriagas con tu filtro de pereza y en el calorcito de las sábanas rindes toda voluntad!

Plantado delante del espejo, ensartaba cada prenda rápidamente y cada botón, con peligro de arrancarlo; anudaba la corbata, pasaba el peine por el nevado copete...

—No está bien que yo me haya dormido —decía nervioso—, pero tampoco está bien que no me hayas despertado. Y es, Peter, que vas cambiando, insensiblemente. Ya no eres el de

Edimburgo. Andas tardo en todo, distraído y como alelado. De lo cual tienen la culpa los aires americanos; y siendo de cajón vestir a toda culpa de mujer, quien te solivianta y entontece es Domitila. No lo niegues, Peter. ¿Ves? Me das el chaqué en vez de la chaqueta. ¿Gasto yo chaqué por las mañanas? La chaqueta azul no, la gris. Estás perdido, completamente perdido. ¡Buena pareja vais a hacer! ¿Qué crees tú que puede salir de un inglés y de una salteña? Repito que no lo niegues. Aunque no puedas hablar con ella. Para el amor, con la mímica basta. Yo la he oído cantarte su canción; aquello de *No me tires con piedritas...*, *tírame con tus ojitos...*, mientras te tira con los suyos que, por negros sólo y no tuvieran otra cualidad, te agradarían. El peligro de estos países son los ojos negros. Cuidado, pues, con Domitila, Peter, y por lo menos que no sea yo la víctima de vuestros amores. Has debido despertarme... Trae un pañuelo. Dame la cigarrera. El sombrero... Ese no, el gris. ¡Peter! ¡¡Peter!!

—Dispénseme el señor —intercalaba confuso el acusado—, yo le aseguro... Creía que el señor quería... No es que se me hayan pegado las sábanas... ¡Como el señor estuvo de ve-

lada hasta tan tarde!... En lo de Domitila se engaña... Somos buenos compañeros y nada más... A serio, bien lo sabe el señor, no me gana nadie... Y para entenderse por señas como los mudos... Los dos íbamos a estar divertidos... ¿El gris? ¿El sombrero gris?

—¿Ahora no vas a saber, Peter, cuál es mi sombrero gris, ni siquiera lo que es un sombrero? ¿Tampoco dónde está la cigarrera? ¿Te pido el pañuelo y me traes el bastón? ¿Ves cómo andas?, ¿cómo tienes la cabeza? Sí que eres serio; pero desde que estás aquí has perdido el compás. Y es Domitila quien te lo hace perder. Nada te diría, puesto que nada me importa, siempre que no padeciera tu servicio y yo pagara el pato... ¿Ves? No encuentras pañuelo, y la cigarrera no parece... En verdad te digo, Peter, que no eres el de Edimburgo.

Crecía el atolondramiento del criado y aumentaba la nerviosidad del anciano caballero. ¡Ah, Peter sensible! ¡Oh, Domitila revoltosa! Y a todo esto Victoria, a quien había prometido acompañar a Palermo antes del almuerzo, estaría esperándole.

Por fortuna para ambos, Pepino llamó a la puerta. Era portador de una tarjeta, y al punto cesó el piruetear alrededor del espejo y el

sermoneo. La tarjeta decía: *Matías Castel,* y leyendo el nombre empalideció míster John, el florecimiento juvenil de sus mejillas se apagó de súbito y fué él el atolondrado, el balbuciente.

—Este señor... ¿está ahí?

—Sí, señor; en la sala.

—¿Es uno... de barba negra?

—No, señor; no tiene barba negra. Es afeitado. Es el doctor Castel.

¿Si conocería Pepino al doctor Castel y si sabría míster John que su barba había desaparecido por orden de los años o de la moda? ¿No se lo había dicho Victoria?

—Allá voy, Pepino. Dile que espere. Y a la señora, que no saldré ya.

Despidió a Peter también, y con la tarjeta en la mano dió unos pasos, la miró de nuevo, retrocedió hasta el balcón, fué hacia la puerta y se volvió, dudoso, vacilante... Y otra vez y cien veces miró el pedacito de cartulina.

Castel estaba ahí; la visita deseada y temida, inevitable, fatal. ¿Por qué temblaba? ¿Por qué dudaba si salía o no, si recibirle o no? Antes del viaje y durante el viaje, ¿no preparó el ánimo para encontrarse frente a

frente de él y abordar y resolver la cuestión, la terrible cuestión? Y desde su llegada ¿no sabía que Castel existía y había de presentarse tarde o temprano? Porque podrá prescribir un delito, pero una complicidad subsiste mientras vive el cómplice, y Matías Castel era su cómplice, y vivía y estaba allí, esperándole para decirle:

—Soy yo, señor Stuart, ¿se acuerda usted de mí? Puesto que usted ha vuelto, bueno será que saquemos los trapitos a orear y refresquemos la memoria. Los años pasan, las leyes caducan, pero ante Dios y ante el hombre queda la responsabilidad eternamente. Aquí estoy. A ajustar cuentas, que ya es hora.

Trató de reponerse míster John, compuso el rostro y el pecho y con pronta resolución abrió la puerta. Era lo inevitable, y hacia lo inevitable iba, derecho, decidido, valiente; hacia Castel, que era su pasado. Le encontró en la sala de los retratos, al pie del de misia María Josefa, y el disfraz que le prestaba el tiempo le impidió reconocerle: aquel hombre sin pelo de barba ¿era él? Si no hablara, si no dice: "Señor Stuart", inclinándose frío y reservado...

—¿Eres tú, Matías? —preguntó míster John.

Ninguno de los dos alargó la mano para

estrechársela; al cabo de un minuto, que pareció un siglo, de irresolución y de silencio, hízolo el anciano para indicarle asiento en el sofá.

—Siéntate, Matías.

El ocupó una silla y puso los dos brazos sobre el dorado respaldo. Había cerrado la puerta al entrar y ya podían, con toda libertad, despachar una conferencia ineludible, la explicación demorada y necesaria, absolutamente necesaria. El abogado se sentó y puso sobre las rodillas el sombrero, mirando a míster John. Míster John mirábale con la misma atención profunda e insistente.

—¡Qué cambiado estás, Matías! —dijo.

—Es cierto; uso otra cara. Usted, por el contrario, está tal cual, señor Stuart, salvo el aumento de canas. El ambiente europeo es como el vinagre, conserva; el nuestro, como el orín, consume.

—Por fuera puede ser, cana de más, arruga de más o de menos. Por dentro ya es otra cosa.

—Señor Stuart, no he venido antes...

—Has hecho mal en no venir antes. Espontáneamente has debido venir.

—Y espontáneamente vengo.

—Pero al cabo de muchos días de saber que yo había vuelto. Sin duda creerías que no quería verte.

—Al menos temía que...

—Matías, cuando yo vuelvo es que estoy dispuesto a reparar, es que *puedo* reparar lo que no he podido hasta ahora con todo el dolor y la vergüenza de mi alma. Yo soy un hombre honrado, Matías.

—Nunca lo dudé, señor Stuart.

—Y porque lo soy, comprenderás que este ostracismo mío, a que yo mismo me condené en un momento de ofuscación y cobardía, y durante el cual mi familia y mi casa y mi nombre se hundieron, ha debido ser espantoso, y que si pude pecar, he sabido expiar.

—Lo comprendo.

—Has debido comprender también, por lo menos suponerlo piadosamente, conociéndome y conociendo los hechos, que no he venido a esconderme, y que si he vuelto, cuando Dios me lo ha permitido, es para decir a quien perjudiqué: "Aquí estoy pronto a repararlo todo, a reintegrar..." Si no fuera así, no estaría aquí, Matías.

—Sí, señor Stuart.

—Dios ha querido que, al fin de tanta tri-

bulación, de tanta amargura, porque no la hay mayor para el honrado que pasar por pillo y, peor aún, haber motivo para parecerlo, pueda lavar mi honor cumplidamente. Gracias, pues, por adelantarte, con tu visita, a darme la ocasión, que adelantarme yo (y si no vienes habría tenido que hacerlo) me costaba esfuerzo de voluntad y hasta violencia humillante.

Calló. Hablaba dificultosamente, emocionado. Luego repuso:

—Desde que he llegado, me parece un sueño, Matías. Salgo de un sueño y caigo en otro tan profundo que dudo de la realidad y de que yo mismo exista. Esto de estar frente a frente de ti, mano a mano contigo, saciando ampliamente, glotonamente, mi ardiente deseo de explicar mi conducta, incomprensible para todos, vengo soñándolo hace veinte años, desde el día que abandoné la barraca. Poder decir: "No sigáis juzgándome mal; ha llegado ¡al fin! la hora de hablar. Y cuando me hayáis oído, veréis, os convenceréis que lo de Stuart el misterioso es una leyenda, aumentada, hinchada, con sus ribetes de calumnia..." Hablar contigo, Matías, ¡desahogarme contigo!, porque tú, siempre me hice la ilusión, no te sumaste a mis detractores, a mi suegro Solaños,

el más furioso e implacable, y a quien, a Dios gracias y gracias a ti, se le pagó en parte lo suyo en la quiebra...

—Ilusión muy fundada —contestó el doctor Castel con mansa inflexión de voz—; pensar otra cosa sería no conocerme.

—Nunca lo dudé, te lo aseguro, aunque temía que el hecho mismo y el poder del ambiente falsearan tu juicio. Mira, tú eras entonces un muchacho, si no un niño, bastante joven. Tu pobre madre te había puesto a mi lado para que, ayudándote con un pequeño sueldo, continuases tus estudios de abogado. Yo te di a llevar los libros del negocio, y declaro que los llevabas muy bien, con una contracción, con una inteligencia encomiables. Pero, tu situación precaria, la enfermedad de tu madre, las mil exigencias de la vida estrecha te obligaban a pedirme anticipos, auxilios que yo no te negaba, ¿verdad?, y que en mi posición valían más de lo que parecía. Porque mi posición era tan estrecha, tan precaria casi como la tuya. Tú lo sabías, que andabas con mis libros. El negocio estaba comprometido; la barraca, en grave riesgo, y la quiebra, si se producía, traía, no sólo mi ruina, sino la de mi suegro, don Francisco de Borja Solaños, que

me dió el capital para fundarla. Un día te llamé...

—Me acuerdo. Estaba usted detrás del biombo negro y parecía excitado.

—Sí, Matías; excitadísimo. Era un día aciago para mí: pagarés que vencían, deudas que había que saldar, toda la maraña de la trampa que me envolvía y paralizaba.

—Y aciago también para mí, señor Stuart. Mi madre se moría y no tenía un centavo para comprarle medicinas.

—Bueno. Te llamé y te dije: "Tráeme los libros." Y me trajiste los libros, y los examinamos, sacando en limpio los dos que, si no ocurría un milagro, la barraca, agrietada, carcomidos los cimientos, se derrumbaba sin remedio. Y ocurrió el milagro, presentándose en aquel momento angustioso, de pronto, como bajado del cielo, tras la barandilla del biombo, don Evaristo Molinos.

—Sí, recuerdo.

—Don Evaristo, mi vecino y amigo, era un excelente hombre, pobre de espíritu y muy pacato, incapaz de manejarse por sí mismo. Le manejaba su mujer, y cuando venía a verme era que traía comisión de su mujer, doña Juana Paula. En efecto: doña Juana Paula ha-

bía heredado de un tío suyo cincuenta mil pesos, que deseaba colocar a buen interés en una primera hipoteca, y como las cédulas del Banco en que empleó un buen pico don Evaristo, otros cincuenta mil pesos, decían que corrían peligro por causa de la crisis, quería venderlas y emplear el producto en otra buena hipoteca. Y resueltos estos extremos financieros, ¿a quién mejor podía darse el encargo que al señor Stuart, si es que el señor Stuart se dignaba encargarse de ello, favor de amistad nunca bastante agradecido? A ver, Matías, tú estabas delante: ¿qué le contesté a don Evaristo?

—Que sí se encargaba con mucho gusto y que trajera los pesos.

—¿Los trajo?

—Los trajo, y usted los guardó en la caja de hierro, después de entregarle el recibo en forma.

—¿Y qué le dije?

—Que ya tenía en vista una gran finca en la ciudad, sobre la que pensaba colocar el capital al 12 por 100, interés que abrió tamaño ojo a don Evaristo, y más cuando usted añadió que, en su obsequio y en el de la niña Blanca Rosa, de quien era madrina misia Ma-

ría Josefa, desde aquel instante empezaba a devengarlo sin esperar a que se formalizara la escritura.

—Perfectamente. Todo lo que dije a don Evaristo antes de hacerme cargo del depósito se lo dije sinceramente, con la efusión de mi conciencia de hombre probo y servicial. Hasta que los cien mil pesos no estuvieron en mi poder no me pasó la menor idea pecaminosa, ¡qué había de pasarme!; pero todo fué verlos, palparlos y encerrarlos en la caja, y sin saber cómo se me ocurrió la mentira de la finca y el cobro del interés usurario... Yo mismo, luego de marcharse don Evaristo, contento y confiado, me asusté de la mentira, y entonces me apareció, como luz meridiana, la idea de que la mejor finca era mi barraca ruinosa, y que a apuntalarla, a reforzarla, a salvarla debía aplicar los dineros de don Evaristo, sin cargo ni responsabilidad, porque yo había de devolvérselos y nunca dejar de pagarle el interés prometido. Dura ley, me venció la necesidad; y la reflexión, los últimos escrúpulos se acallaron.. Aquella noche murió tu madre.

—Y usted sacó de la caja un billete de mil pesos y me lo dió para el entierro.

—Fué el primer pellizco. Después vinieron

otros, grandes, frecuentes, y las ruedas del negocio, untadas de aceite, anduvieron algún trecho, mal que bien. Envuelto en la mentira, seguí mintiendo a don Evaristo sobre la hipoteca imaginaria, sobre la escritura que no se formalizaba, que ya se formalizó, y que, guardada entre mis papeles, no había para qué enseñar; y como él recibía sus trimestres mondos y lirondos, seguía tan confiado y tan tranquilo... ¡Ay, Matías! Los mejores propósitos escollan cuando la fatalidad quiere, y un negocio que se tuerce no hay quien lo enderece. A pesar del poderoso puntal de don Evaristo, la barraca continuó hundiéndose, y los cascotes precursores del derrumbe cayeron un mes de diciembre, en el balance de fin de año. Tú me presentaste los libros y yo leí en ellos mi condena. Te dije: "Matías, estamos perdidos." *Estamos,* es decir, los dos, porque del depósito de Molinos te había entregado, en varios picos y en ocasiones tan angustiosas las unas como las otras para ti, unos diez mil pesos. Tú contestaste: "Si no se salva la barraca, hay que salvar a la familia de don Evaristo." "Sí, la familia de don Evaristo antes que la mía." Y pecho al agua. Bracea por aquí, bracea por allá, va acercándose el 1.° de ene-

ro, llega, pasa, y el trimestre adelantado no parece y queda, por la primera vez, sin satisfacer. Para mayor contratiempo y complicación, muere de repente don Evaristo.

—El 4 de enero.

—Y abierta la sucesión, interviene el juez. Y en los primeros compases de la testamentaría, se le pone morirse a doña Juana Paula, y se muere, dejándome como tutor de Blanca Rosa.

—Recuerdo. ¡Qué días! ¡Qué sucesos!

—De todo fuiste testigo, Matías... Pero no de mis noches de insomnio, del cavilar mío espantoso, del dolor mío insufrible ante la realidad, ante la convicción de que no podía devolver el depósito; no podia, materialmente, no; y que entre los papeles de don Evaristo aparecería mi recibo, prueba de una indelicadeza, aunque discutible, pero indelicadeza al fin. ¡Qué suplicio para mí! ¡Qué suplicio éste para un hombre honrado de sentirse acusado sin ser culpable! Porque el embrollado tejemaneje de hipotecas y pagarés en el contrato comercial de cada día es juego corriente, peligroso, pero usual: se cuenta con la suerte, con la actividad, saldos que se esperan, beneficios que se cree seguros, combinaciones mil que la inteli-

gencia va elaborando espoleada por la necesidad. Y cuando todo fracasa y llega el terremoto, le sorprende a uno combinando todavía, combinando... La tutoría de Blanca Rosa, su orfandad, vinieron tan a tiempo, que si don Evaristo fué palanca de mi barraca, ella fué catapulta. Negar la deuda no podía, y menos el empleo dado al depósito, contrario a la voluntad del poderdante y a mi compromiso, todo lo cual constaba en el documento; presentarme en quiebra, nada arreglaba. Me vi perdido, deshonrado, enredado con la justicia; y ofuscado, ciego, como no encontrara, ni debajo de la tierra, los cien mil pesos, huí como un criminal, abandoné todo, mujer e hijos, y entre ellos y yo, entre mi falta y yo, puse todo el agua del Océano.

—Debilidad y torpeza, señor Stuart.

—No, cobardía y ceguera. Cobardía de no afrontar las consecuencias, puesto que el que huye da la razón y cede todas las armas al que acusa, y ceguera de no comprender que con la huída no salvaba otra cosa que mi persona, bien poca cosa. Lo hice, e hice mal, y cuando la reflexión se dejó oír y sentir el dolor de la ausencia, ya no había remedio. Dios nos libre de un *¡ya está hecho!*, que dijo el otro.

Rota toda comunicación con el país, nadie más que mi familia, porque ni tú llegaste a saberlo, supo dónde estaba; pero si sabía dónde estaba nunca supo por qué me marché, y mi pobre mujer, la misma María Josefa, murió con la pregunta en los labios.

Levantó hasta el retrato sus ojos azules al decir esto míster John, y parecióle que le sonreía desde arriba, enterada, al fin, del secreto, y satisfecha.

—Este disparate mío de huír así —repuso—, esta fuga cobarde desató la murmuración, y mi difunto suegro, que era codicioso y vigilaba su capital comprometido, se alarmó y sopló más que ninguno sobre las brasas. Pero como la barraca quedaba ahí y seguía funcionando, nadie podía decir que fueran los malos negocios la causa de mi desaparición, y ahí tienes mi nombre rebotando de tejado en tejado y los *¿por qué?* multiplicándose, brotando en todas las bocas y cada cual aderezando la respuesta a su gusto y capricho. Todo llegaba hasta mi refugio, ráfagas de huracán, y yo me consumía, desesperado... ¡Ay, Matías! ¿Lo comprendes? ¿Te das cuenta de mi situación? Yo sin poder explicarme, sin poder confesar-

me ni aún a mi mujer, porque hablar era acusarme.

—Lo comprendo —murmuró Castel.

—Entre tanto —prosiguió míster John— ocurría ese otro milagro ya apuntado, que la barraca quedaba en pie después del terremoto, sostenida por ti, primero solo, prodigio de fuerza y de equilibrio admirable, y que en mi destierro me causaba vergüenza; después, acompañado de mi malogrado Ladislao. Y otro milagro más me pasmaba: el que de la testamentaría de Molinos, de mi deuda, cuyo recibo debía obrar en manos del juez, no se hablara palabra. ¿Qué se había hecho del recibo? ¿En qué estaba la testamentaría? ¿La desaparición del tutor no dió lugar a incidente ninguno? ¿Por qué no dió lugar? Ni María Josefa me escribió nada sobre el particular, ni yo lo pregunté, pues la sola pregunta parecíame que me acusaba y condenaba, como te he dicho.

—El recibo —contestó lentamente el doctor Castel, con entonación que quería ser natural— no pareció entre los papeles de don Evaristo. Tampoco entre los de doña Juana Paula. ¿Perdido, destruído casualmente, involuntariamente? Un papel, por importante que sea, es fácil perderle, y en la confianza ilimitada que

tenía don Evaristo en usted nada tiene de particular que, si en un principio le guardó en un cajón, a lo mejor no tuviera llave este cajón y con el barullo de su muerte repentina se traspapelase.

—¿No pareció, de veras, Matías? Perdido el recibo, faltaba la prueba.

—No, señor; no pareció, y gracias a eso, a ese nuevo milagro, su nombre nada tuvo que hacer en la testamentaría, sino para ser tachado como tutor, ya que no residía en el país... Pero así como yo me hice cargo de la barraca, tuve que hacerme cargo de la huérfana, de cuyo haber me había yo aprovechado, existieran pruebas o no, y que quedaba desvalida. Misia María Josefa, la madrina, con todo su buen corazón, nada podía, que harto tenía con la carga de sus hijos y de su infortunio. Blanca Rosa fué a parar a casa de una tía suya, bastante pobre; se puso enferma, muy enferma, y yo, que debía a usted tantas bondades, que le debía a ella una suma que, capitalizada, le rendiría siquiera con qué vivir y que no me era posible devolverle, como mi voluntad, como mi conciencia me lo exigían, no hice lo que usted, señor Stuart, huír, sino quedarme, para pagar la parte de responsabilidad mía; me

condené yo mismo y me sacrifiqué casándome con Blanca Rosa; es decir, que los dos, no por sentencia de juez, sino propia, fuimos condenados, en nuestra inocente complicidad, usted al extrañamiento, yo a la cárcel del matrimonio.

—Dispénsame que te interrumpa, Matías.

—Sí, señor.

—En este remover de los escombros del pasado todo es dolor, y de entre las vejeces salen novedades y sorpresas... Has dicho, creo que has dicho con toda claridad que no se encontró el recibo. ¿Por qué, por qué no me avisaste, no te apresuraste a comunicarme tan importante extremo, y así, libre ya de la pesadilla de la justicia, habría regresado a tiempo y contigo y con Ladislao trabajado sin parar hasta perder el aliento o entregar a la huérfana lo suyo? Figúrate, ¡los tres unidos y con un solo propósito! ¿No se habría conseguido? ¿Por qué no lo hiciste, Matías?

—Por la sencilla razón, señor Stuart, que cuando yo lo supe era ya tarde, ya estaba consumado el sacrificio, ya estaba yo casado con Blanca Rosa, había muerto misia María Josefa y la barraca entraba en vías de liquidación. Además, usted había roto conmigo tan

brusca como definitivamente, de modo que no sabía yo su paradero, y si lo pregunto, nadie me lo dice. Para mí, como para todos, era usted ya el misterioso personaje de cuya existencia misma se dudaba, y si yo no dudaba de ella, tenía que dudar, por la despedida que me hizo, de su deseo de no recibir noticias mías.

—Tienes razón, y es lástima que así fuera, mucha lástima. Todo, en este malhadado asunto, piedra negra de mi vida, lleva el sello de la fatalidad. Continúa, Matías... Estábamos... ¿dónde?... ¡Ah! Que te casaste con Blanca Rosa. Lo sabía por Victoria. ¿Por qué al decirlo, has hablado de sacrificio, de condena y de cárcel? ¿Es, quizá, por el mal carácter de Blanca Rosa, que te hace desgraciado?

—No, no es por eso, aunque bien pudiera ser también. Cuando uno se casa, se casa con una mujer, ¿verdad?

—Claro, hombre, claro.

—Pues... Blanca Rosa no es mujer.

—Matías, ¡qué barbaridad!

—No, señor; asómbrese usted todo lo que quiera; ¡no es mujer! Y esto le explicará la extensión de mi sacrificio y de mi castigo. Cuando yo me casé con ella, noblemente, heroicamente, andaba en los diez y siete años y

padecía de una coxalgia que se atribuyó a raquitismo, anemia y qué sé yo qué otras miserias fisiológicas... Algo que se creyó pasajero, cuestión de fortalecerse, de buenos alimentos, de mucho hierro y aire campesino. No voy a presentar a usted un caso clínico y no insistiré. Bástele saber que todo esto y mucho más fué probado con éxito lamentable, y se recurrió al enyesamiento de cintura abajo... Total, señor Stuart, que cuando mi mujer, que no era tal mujer y no era mi mujer, pudo levantarse, tuvo que andar con muletas, y con muletas anda..., dentro de casa, pues salir no sale sino en coche. Bien digo, pues, cuando digo que es cárcel mi matrimonio y cárcel perpetua, y sacrificio y castigo de lo que he llamado, juntando dos palabras al parecer ilógicas, *nuestra inocente complicidad,* que ni usted creyó delinquir al disponer de los pesos de don Evaristo Molinos, ni yo al aceptar, en mis estrecheces de entonces, esos picos que clavados los llevo y llevaré hasta que Dios quiera. Sí, señor Stuart, soy un marido honorario, y como tal, tengo derecho a su compasión.

El gesto que hizo míster John fué elocuente: por la primera vez su mano buscó la del abogado, y en silencio se la estrechó con fuer-

za; prueba de amistad renovada, de antiguo compañerismo y de recelos que se desvanecían, tan hondos y persistentes, sin embargo.

—Matías, te admiro y te compadezco, sí. Eres el hombre noble que dice mi hija, el mismo que en aquellos días de tu juventud mereció mi aprecio y mi confianza absoluta... Vamos a rematar esta historia antigua deplorable, deplorable para los dos, y que ha marcado en nuestros destinos huella profunda. Aclarado todo, confesados el uno al otro, no será difícil que nos entendamos para rematarla, arreglando las cosas en aquello que humanamente pueda arreglarse. Ya te he dicho a lo que he venido: a reparar. Quiero, pues, reparar, que mientras no lo haga no quedaré tranquilo. Tú le has pagado con creces su cuenta a Blanca Rosa. Falta que yo pague la mía. Tu boda con ella, providencialmente lo facilita. Yo soy rico ahora: varios predios de mi antigua casa escocesa han vuelto a mi poder, después de largo litigio, y esto me permite satisfacer con desahogo mi deuda sagrada. Es decir, Matías, que voy a devolver a la hija de Molinos, actual señora de Castel, lo que yo la debo, sus noventa mil pesos, y sahumados, o sea con intereses.

—Usted no devolverá nada, señor Stuart.

—¿Que no? No te entiendo.

—Nada, porque la señora de Castel ignora esta deuda; y yo, que sé cuánto ha hecho usted por mí, no consentiré, no consentiré jamás...

—Matías, desbarras.

—No desbarro. De esto no me apeará nadie. Y usted me demostrará no insistiendo que esta renovación de nuestra amistad no es efímera... Mire usted, señor Stuart; a Blanca Rosa no le hace falta esa suma, ni a mí tampoco; no tenemos hijos, ni los tendremos; no tenemos parientes; yo soy rico también, gracias a mi esfuerzo y al favor de Dios, leve compensación de mi infortunio conyugal; porque ¿qué es la riqueza sin la felicidad, sabiendo que no son una cosa misma? Trabajo, tengo pleitos a desechar, este año entraré en la Magistratura y por las puertas de la política, la política, maga que en esta tierra es la propulsora de toda empresa mala o buena y de toda carrera alta o baja. Y no necesitando de nada, ¿de qué nos serviría esa suma? Al menos hoy por hoy; que mañana, como no tengo derecho de renunciar, en nombre de mi mujer (llamémosla así), lo que la

pertenece y usted quiere darla, mañana quizá me avenga a recibirlo.

—Desbarras, Matías, y con tu actitud me das un disgusto —insistió míster John, realmente contrariado—. Parece que no quisieras que yo aquiete mi conciencia y tenga paz con el espectro de don Evaristo. Hace veinte años que don Evaristo me acompaña y me tortura. Si tú te niegas a recibir el reembolso, tardío y no por mi culpa, que te ofrezco y para lo cual he venido, no me le quitaré de encima, y créeme que tal compañía no es nada grata. Deja que vuelva don Evaristo a su sepultura y quede yo libre de su sombra. ¡Mañana, dices! Yo soy ya árbol viejo, del que la murmuración hace leña. Los golpes del hacha han llegado hasta los oídos de Victoria.

—Llegarían aun cuando usted entregara a Blanca Rosa lo que ella no sabe que se le debe. Como no había de contárselo al público... El público seguiría haciendo calendarios y barajando su nombre hasta que otro nombre y otros hechos lo entretuvieran.

—Pero, al menos, lo que dijera no me rozaría apenas la piel, no sería dardo agudo y certero como ahora. Eres hombre de conciencia, Matías, y sabes que sus voces son las del

mar. Mi viaje es de reparación, y no he de volverme, pues aquí no quedaré mucho tiempo (¡soy un resucitado que estorba!), sin pagar antes lo que debo hasta el último centavo.

Dijo y se levantó, y con aquel continente suyo caballeresco y gallardo fué hasta un precioso vargueño portugués que en un ángulo exponía sus columnas salomónicas de palosanto y sus encajes de talla, abrió con llave y de un cajoncito sacó un papel, entregándolo a Matías. Era un cheque.

—Páguese a Matías Castel... Así dice y no a Blanca Rosa Molinos. ¿Quién me anunciaría en aquellos días que tú serías el representante legal de mi acreedora? ¡Vueltas del mundo y caprichos del destino! Toma, hijo, que este acto tan sencillo de entregarte este papel es descargar de mis hombros una piedra enorme, la piedra negra de mi vida.

El doctor Castel se había levantado también, y cogido el cheque, le rompió tranquilamente sin mirarle.

—¡Matías! —gritó míster John.

—No se sofoque usted, señor Stuart —contestó el abogado tan frío y sonriente como si a sus pies no hubiera arrojado en pedazos una fortuna—; queda usted satisfecho y yo tam-

bién; triunfamos los dos, usted de sus escrúpulos, yo de los míos. No podrá nadie decir, después de esto, que usted no ha pagado lo que debía y que me ha pagado a mí... Y no hablemos más de ello. Yo debo más a usted de consuelo, de ayuda en mis días negros, en los días de mi juventud. Si mañana tornaran, que todo puede ser, acudiré a usted de nuevo, seguro de que, como en la noche de la muerte de mi madre, su excelente corazón no me desampararía.

Atropelláronsele las palabras al anciano por querer modular algo en consonancia con lo que veía y oía, y no acertando a expresar una sola, abrió los brazos, frase elocuentísima, y en ellos cayó Matías, y abrazados, como padre e hijo, se tuvieron largo rato...

De lo que aprovechó el señor cardenal para soltar sus trinos a todo trapo desde el comedor, himno de alegría que consagraba la comunión de dos almas, diciendo míster John, tan pronto como se hubo desenlazado y recobró su flema:

—Esto no es definitivo, Matías. No puede ser. Lo que has hecho pasa como rasgo de desinterés y nobleza, pero ni tú, hombre de ley, ni yo, lo debemos admitir. Por mi parte, no

lo admito. De ese cheque nacerá otro, y si tú vuelves a rechazarlo, Blanca Rosa no lo rechazará, que en ella la sangre de su padre será la voz de la razón.

—Dejemos el pasado, señor Stuart, y este asunto entre sus telarañas y a mi señor suegro en su sepultura... Señor Stuart, ¿sabe usted que me alegro mucho de verle y haber conversado con usted tan franca y largamente?

—¿Y tú sabes, hijo mío, que hoy el corazón se me ha ensanchado como hace años no lo estuvo y respiro mejor? Cuentas claras...

Le miraba afectuosamente, queriendo reconocer en el afeitado señor ya maduro al antiguo dependiente de las barbas negras. Por dentro era el mismo, pero por fuera... ¡Qué cambio, señor, qué cambio! Se quedaría a almorzar, y así renovarían también aquellas comidas de prisa y corriendo en la fonda del puente, a deshora, en los días que apretaba el trabajo.

—Todo ha cambiado, Matías, hasta el nombre de las cosas. Aquello ya no se llama Barracas: en la manía que aquí se padece por el nombre propio, le ha tocado uno, político, por supuesto... Te mando que te quedes, ¿eh?

Seguía cantando su eminencia. Por las vi-

drieras de la terraza pasó una figura negra, que iba inclinándose y deteniéndose sobre los tiestos floridos.

—Ya me ha referido Victoria —repuso míster John, señalándola— cuánto has hecho por ella, y de cuánta utilidad le ha sido y le es tu consejo desinteresado, siempre desinteresado. Matías, eres un hombre sublime, y yo, que en el mundo no he creído nunca que existía nada sino fundado sobre lo práctico, que es el más sólido fundamento, te admiro... Voy a llamarla. Sin duda no ha querido ir sola a Palermo.

—No, no la llame usted —exclamó Castel, que seguía los giros de la dama, súbitamente y sin saber por qué alarmado.

—Hombre, si tendrá mucho gusto en verte, y más si le digo que te quedas a almorzar.

Y mientras se dirigía a abrir la vidriera, con un gesto expresaba el dolor de aquella visión: ¡su hija prisionera de las conveniencias, marchitándose su juventud en el encierro de su soledad! .

—¿Ves, Matías? Otra razón de mi viaje: he venido a salvarla; ¿cómo? Aún lo ignoro...

Así que abrió, entró aromosa y suave bocanada, que subía del jardín o de Victoria se desprendía. Distraída ella, ocupada en su grata la-

bor, se alejó, descendiendo la escalinata, desapareció, sin oír que la llamaba la voz paternal.

—Déjela usted —insistió Matías—; no la despierte de su sueño...

Míster John cerró el picaporte y se volvió a él con una nube más sobre la frente. Sí, a eso también había venido, a salvarla, a librarla de la situación en que su desgracia la mantenía. Ventilado su caso de conciencia, que un exceso de delicadeza inverosímil, una terquedad inconcebible le impedía finiquitar de una vez y para siempre, si no hoy mañana, ¿verdad?, y no un mañana lejano, dudoso... Cumplido esto, quedábale lo otro, su hija. Era preciso arrancarla del medio en que vivía, de su triste aislamiento, de la monotonía estúpida a que la tenían condenada la locura de su marido y la ranciedad de las costumbres. Era un alma joven, con derecho a su parte de luz y de aire, a las distracciones que la honestidad no repugna; porque el distraerse lícitamente no es pecado ni es delito. La acechaba la calumnia, la espiaba la malicia, la perseguía la malevolencia.

—Yo la he propuesto —añadió— marcharse conmigo a Europa. Es aquél otro ambiente, ambiente de libertad, en que el mismo anónimo estimula el albedrío... Viajar, ver cosas nue-

vas, recibir impresiones agradables, no la vida cominera, vegetativa, que aquí pasa...

—Y ella..., ¿ha aceptado? —preguntó intensamente pálido Castel.

La sombra de la vidriera había reaparecido, y él seguía su errante mariposeo con tempestuoso amontonar de las cejas. Borrosa en la lejanía, se dibujaba, se marcaba netamente al acercarse sobre la coloreada placa, ya la figura entera, esbeltísima, ya el busto sólo o la cabeza disimulada entre las hojas, o iba desvaneciéndose, como si se entretuviera en juegos de coquetería; sombra burlona, sombra cruel que la pasión atrajera y la razón rechazara.

—No ha aceptado —contestó el señor Stuart— sino con distingos y condiciones. Desearía verla más franca, más decidida, diciendo de plano: "Sí, papa, vámonos." Porque ¿verdad, Matías? su Asilo, las madres y Jorgina no pueden tener fuerza bastante en su ánimo para retenerla y clavarla, e inmovilizarla en su prisión; de modo que cuando se la abre la puerta, como al pájaro hecho a su jaula y que perdió el uso de las alas, no se atreve a salir... Victoria debe salir de aquí, al menos por una temporada.

—Hay almas destinadas al sacrificio —afirmó con amargura el abogado—. Ellas lo pre-

sienten y lo saben. Saben que no vale mudar de sitio, porque la mudanza de sitio como remedio sólo puede curar o aliviar a las almas vulgares. Las otras, las escogidas, allá donde vayan llevan consigo su mal invencible, que cultivan como flor exquisita, y se resignan a no moverse. Conozco a Victoria. La conozco bien, la he visto crecer, la vi casarse sometida y la vi volver desgraciada... Ella sabe que aquí o allá, donde se la lleve, adonde vaya, seguirá siéndolo. Y como ella ¡tantos, tantos!

Filosofía mahometana a la que opuso míster John un enérgico movimiento de hombros. El destino es un pelele, un espantajo puesto en mitad del camino, terror de niños y de los débiles. A los fuertes no los asusta. Saben que en el mundo está el vivir, porque la vida es eso, mudanza, evolución eterna.

—Te digo que Victoria tendrá que salir de aquí, y mi influencia de padre será nula o he de conseguirlo. Entre tanto, en nuestros coloquios, voy ensayando de desbrozar el matorral de preocupaciones suyas y ajenas, más ajenas que propias, porque es mujer fuerte, y que le impiden ver claro que el obstáculo de su camino es un palitroque entrapajado y grotesco. Que el catequizarla me cuesta, no lo niego; pero cada

día adelanto una línea, y creo que no pasará mucho tiempo sin que me diga: "Papá, me decido, vámonos."

Miró a la sombra Castel y le pareció que se agrandaba aproximándose, de manera que iba a entrar... Y de nuevo hacia la izquierda voltejeó, esfumándose y borrándose totalmente; visión de ensueño, cuanto más cercana más impalpable.

—Señor Stuart, permítame usted protestar del destierro a que quiere arrastrarla, de ese trabajo de zapa que confiesa viene haciendo en contra de nuestro Asilo y de los amigos de la señora Esquendo. Si la madre Esteven lo sabe, no le encomendará ya en sus oraciones, y gracias que no pida para usted las penas del infierno. Mal especialista es usted cuando no se ha convencido que el ostracismo no es remedio que sienta a todos, estoy por decir que a ninguno, con lo que se le declara por perjudicial.

—¿Y si yo te replico que a ti te vendría bien, casi, casi mejor que a nadie? Porque, Matías, tú estás enfermo, gravemente enfermo.

Entró Pepino y anunció que entraba don Jacobo, y detrás de él entró Jacobo. Que el diagnóstico de míster John, expresado de burlas o veras, causara su efecto, o fuera la causa otra

escondida y secreta, volvióse Castel con empaque de seriedad y disgusto para responder al apretón de manos que le brindaba su amigo y vecino, apretón frío también de parte de éste, blando y sin efusión, como si el mismo desagrado hubieran sentido en el encuentro.

En la placa de luz de colores, la sombra pasó y repasó, y al fin, cual mancha pertinaz, quedó fija. ¿Iba a entrar? ¿Iba a retirarse otra vez?

—Viene usted muy a punto —dijo míster John alegremente—; discutíamos con éste, que no a humo de pajas es abogado...

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó Matías—. Voy a avisarla a mi mujer que me quedo a almorzar.

—¡Ah! ¿Te quedas a almorzar? —exclamó Jacobo.

Su pueril sorpresa pareció irritar a Castel. ¿Tenía algo de particular? ¿Le molestaba su presencia? Sin responderle, siguió al excelentísimo señor Rémy, que le condujo al aparato y le dejó en el saloncito verde, en el ángulo que una cortina cubría y disimulaba; rincón discreto, desde el cual podía, ¡y ojalá fuera así siempre!, tan cómoda, tan confiadamente y sin peligro comunicar de lejos con Blanca Rosa.

El señor Rémy se inclinó con su acostumbra-

da majestad y retiróse sin ruido, marcando su andar solemne de persona que sabe cumplir sus funciones según lo manda el protocolo; y Matías, frente a la caja misteriosa, no tocó el timbre, ni cogió el tubo... Miró por la abertura de la cortina hacia el salón que acababa de abandonar, y la irritación que hubo de disimular, obligado por la urbanidad, contrajo su mano, que apretó contra el labio en un gesto de despecho.

Hacia tiempo que notaba en Jacobo un cambio sospechoso, precisamente desde que, por exigencias y conveniencias de la testamentaría. entró en relación con la cuñadita. No era ya el vergonzoso, el selvático, que no salía de su cueva sino cuando Isidora, puesta en jarras, le obligaba; el que se amparaba de su consejo, de abogado y amigo, con timidez de escolar. Ya no le buscaba ni en sus trifulcas conyugales. Al contrario, le huía desconfiado, y si por acaso, en alguno de aquellos cuartetos de la calle de Buen Orden, con algodón en los oídos y un cigarro en la boca, salía uno y otro, cada cual por su puerta, a refrescarse los faldones, como él decía, o dejaba que él pasara o pasaba él primero, en su resolución evidente y descortés de salir sólo. Luego no había día que, por Isidora, por Blanca Rosa o por Jorgina, no supiera que había es-

tado o iba a ir a la Avenida Alvear, visiteo pesado, insistente, pegajoso, comprometedor, de hombre que ignora los usos sociales por su apartamiento tenaz y continuo de hurón. Si Isidora chillaba, si Blanca Rosa intrigaba, si mañana el murmurar se extendía en desdoro de la buena fama de Victoria, era culpa suya, de su impertinencia y de su necedad. Como que para entrar en aquella casa había que pedir permiso, antes que a Pepino o al señor Rémy, a Jacobo Esquendo, petrificado junto a la cuñada, perro de presa que guarda una finca.

Ahí estaba, bien ceñido en su chaqué de corte elegante, pantalón de rayas, charolada bota y guantes de piel rojiza (porque, ¡hasta eso!, se había convertido en *dandy* el adán de antaño), y su aplomo de dueño de casa le cargaba y le irritaba más. Seguramente que mientras divagaba con míster John, pensaba en él, en Castel, y la contrariedad de saber que se quedaba a almorzar le quitaba el apetito. ¡Posma de hombre, que había de encontrársele hasta en la sopa...!

Cogió el tubo, al fin, Matías y le soltó bruscamente. Era que escuchó el picaporte de la vidriera y la onda tibia de aromas llegó hasta él; Victoria que entraba, la sombra de la terra-

za hecha carne, hecha viviente hermosura y soberana gracia, envuelta en sus tules negros. Traía muchas flores en generoso ramo, y fué a poner una en el pecho del padre, ensartándola en el ojal de la chaqueta mimosamente, y otra a Jacobo..., que no ensartó ella misma, deteniéndose en la acción de presentársela y ofrecerla justo la distancia que marcan las conveniencias, con aquel temor que, hasta en las más inocentes, la sobrecogía, de caer en indiscreción censurable o ligereza que pudiera ser mal interpretada.

Se oyó la voz de míster John, el difícil pronunciar suyo, diciendo:

—Allí está Matías. Se queda a almorzar.

Y la cabeza rubia, grato movimiento de pájaro, se volvió hacia acá buscando al amigo invisible, mientras el cuñado, gravemente, adornaba su solapa con el pimpollo que acababa de recoger. El que espiaba no supo leer en ninguno de los dos semblantes nada que sirviera de comentario a una escena de amabilidad pura, que, a buen seguro, no encerraba malicia... Sin embargo, ¿parecería bien aquello de ofrecer una flor la dama? En una soltera, sí; en una casada, en ella especialmente...

Hacia acá miraba ella, y hacia acá vino con

otra flor a regalar al amigo oculto tras la cortina, saludándole jovialmente. Y él se la puso, como Jacobo, y excusándose de que hablaba con Blanca Rosa, confuso, cogió el tubo de nuevo...

Pero a las primeras palabras le soltó bruscamente otra vez. ¿No es cosa averiguada que las rosas tienen espinas?

VI

¡Pam, pam, pam!

Isidora que, con el indispensable Manolillo, estaba de limpieza de plata aquel día en las profundidades de la cocina, su paraíso, dejó la sucia tarea apenas oyó el conocido redoble.

—Ahí llama Blanquita... Toma. Cuidado con no poner demasiada tiza... No derrames el alcohol... No frotes con la bayeta mientras no esté todo bien seco... No vayas a dejar nada entre los dientes de los tenedores... No pongas tiza nada más que a los cabos de los cuchillos; a las hojas no. ¿entiendes?, a las hojas no... A la jardinera le das con el cepillo... Y trabaja, ¿eh?, trabaja.

Sumergió las dos manos en un barreño, se las lavó ligeramente, empleando para ello el mismo jabón de fregar, las enjugó con un paño y sin quitarse el delantal fué por el pasillo

hasta el cuarto de trastos, abriendo la puerta del tabique y subiendo la escalerilla.

—Aquí estoy, Blanquita. Buenos días. ¿Hay novedad?

En el medio de la habitación, de menaje somero y modesto, apartado centro de sus cábalas y como tal excluído de superfluidades de tapicería, estaba Blanca Rosa apoyada en sus muletas... Era la dama inválida de cara larga, de amarillez transparente, los ojos grises, embolsados y pelones, la nariz caída y la boca en curva, desgraciada; pero, así como sobre una cabeza regiamente fea, la corona sabe disimularlo con su majestad de oro y pedrería, la mata crespa, rica, de sus cabellos casi rubios, prendida en negligente moño, excusaba la antipatía de aquel rostro de corneja, en el que la enfermedad incurable había puesto su sello avinagrado. Las manos eran bellas, blanquísimas, y si no fuera el ortopédico artefacto, su figura, aseñorada y digna. Vestía bata color de rosa, con lazos y encajes, y era evidente el doloroso prurito de engañar su anormalidad adornándose profusamente de anillos centelleantes los dedos, de un hilo de perlas el cuello, y las orejas, bien dibujadas y pequeñas, de gordos solitarios, vanidad in-

fantil que sacaba del fondo de sus estuches tales joyas para andar por casa, única coquetería que le estaba permitida.

La ayudó a sentarse Isidora en ancha butaca, quedando ella de pie mientras, maquinalmente, se secaba las manos con el delantal, aquellas manos suyas, activas, que no paraban de menearse en todo el día, nunca ociosas; y una vez que se hubo acomodado con trabajo, la voz de la de Castel sonó gratamente en notas musicales.

—Sí hay novedad. Figúrate, Isidora...

Por la mañana, a eso de las once, Matías la había telefoneado desde la casa de la otra que se quedaba a almorzar, y como ya no le vería hasta la noche, por estar ocupado toda la tarde en su bufete y en los tribunales, la espera, esta tregua que le impedía ajustar cuentas inmediatas, la exasperaba. Ya no era sólo en el Asilo donde la veía; también en su casa, adonde rara vez iba, y se quedaba a almorzar, es decir, que estaba con ella a mesa y mantel.

—Pues, hija, tiene cuerda para los dos —dijo la de Esquendo con forzada risa, que descubrió sus portillos—. Jacobo ha almorzado hoy con ella y ya sabes que no sale de su casa.

Hondamente, ansiosamente exclamó Blanca Rosa:

—¡Los dos! No lo comprendo. ¿Es que son rivales?

—Es que son tontos —contestó simplemente Isidora—; bichos que buscan el calor de la luz. Pero yo no pienso hacerme mala sangre: yo, ni esto (*cerrándose los labios con los dedos*); de todos modos es inútil, Blanquita; ¡échales un galgo!

—Pues como no les calentemos las orejas será peor. Tanta mansedumbre me asombra en ti. ¿A que le preparas una...?

—Puede ser. A veces me pasa lo de hoy, que estoy resignada y diciéndome: Bueno ¿qué le vamos a hacer? Con gritos no se saca nada, ensayaré el método contrario... Y nada más que de verle volver tan peripuesto, porque ahora está mi hombre que parece un figurín y se limpia y se friega y se perfuma que ni una damisela de esas de la calle Florida..., de verle tan necio y satisfecho, no hay voluntad ni poder humano que contenga el mastín de mi genio y se lo suelto, ¡vaya si se lo suelto!

—¡Muy bien! Es el mejor método, el mío... Con que almuercitos... ¡Ya les daremos el postre!... Entre tanto que me consumo con el plan-

tón, ayúdame a pensar, Isidora. ¿Es posible que sea con los dos a un tiempo? ¿Hay alguno preferido? ¿Cuál de ellos? ¿Jacobo? ¿Matías? ¿Qué has notado tú? Y cómo los dos amigos, los dos vecinos han podido caer... Es cierto que el poder de la coquetería es inmenso... Por fuerza tienen que estorbarse, estarán molestos uno junto al otro, padeciendo el mismo fervor caritativo, los dos pegajosos acólitos de la señora presidenta...

Puso el índice reflexivo en mitad de la frente Isidora.

—He observado una cosa, Blanquita —dijo—. Que ya no salen juntos, que Jacobo ya no pregunta por Matías...

—Ni Matías por Jacobo.

—Bueno. Esto significa que son rivales.

—Dos tontos rivales.

—Y menos peligrosos que si no lo fueran; ¿no te parece, Blanquita?

—Justo, Isidora. ¿Ves cómo entre las dos vamos desenredando el ovillo? Menos peligrosos, porque cuando los dos van a la misma es que la misma no distingue a ninguno de los dos... La cosa está en que sepamos cuándo se decide y por quién se decide.

—Lo sabremos cuando uno de ellos vuelva

con las orejas gachas. Si cesa el visiteo de la Avenida y del Asilo y se acaban la misericordia y las invitaciones a almorzar, cierta es la derrota.

—Y el triunfo del otro. ¡Cómo discurres, Isidora! ¡Cómo discurrimos! Y es que unidas dos celosas hacen una fuerza formidable. Puesto en claro el asunto, me parece que debemos cambiar de táctica, seríamos muy torpes si no cambiáramos; es decir, que en vez del solfeo cotidiano, les serviremos un silencio digno, de ofendidas que saben, observan y esperan..., con las uñas prontas. Ponle bozal a tu genio; yo ataré corto al mío..., y mucho ojo. El primero que llegue cantando, duro con él. Y si los dos llegan corridos, ¡cómo vamos a reírnos, Isidora!

—Me parece muy bien, Blanquita. Pero... ¿tendremos paciencia? A mí me fríe la sangre el saber en lo que anda Jacobo.

—Y a mí lo de Matías. La verdad es que el callar cuesta mucho.

—A mí más que nada. Es tan agradable darle suelta a la lengua!

—¡Y tan fácil... y tan saludable! La bilis hay que echarla fuera: si la tragas, cólico seguro.

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Cambiamos de táctica?

—Ensayaremos. Hoy, por lo pronto, no les diremos nada.

—No sé si podré. Ya me está hirviendo la rabia...

—Pues cálmate pensando que nada pierdes con esperar. ¿Has notado algún nuevo síntoma?

—No... Esta mañana estuvo don Pedro Crisólogo.

—Con recadito suyo o de la madre Esteven. También aquí, y habló con Matías. Líos, Isidora, líos, en que la caridad es lo de menos.

—Mamá —anunció desde abajo la voz alegre de Jorgina—, aquí está la tía Vicenta.

—Ya voy —contestó Isidora poniendo súbitamente punto al coloquio—. Dispensa, Blanquita. De seguro la tía me trae noticias de José María, carta, probablemente. Es nuestro ideal: casar a Jorgina con la lumbrera de los Chavarrías. Cuando la niña esté en edad, le hacemos venir y todo queda en casa. De este proyecto no sabe una palabra Jacobo, porque a él, como ahora le tira la aristocracia, le haría poca gracia o ninguna; pero ya cederá a su tiempo... Quedamos en que ni esto, ¿verdad?

A ver si te disparas tú la primera... Hasta luego, Blanquita.

—Hasta luego, Isidora.

Bajó la de Esquendo, cerró la puertecilla y quedó la de Castel sola, cavilosa en su ancha butaca. La tristeza de la habitación interior no era lo más a propósito para retenerla, y cogiendo las muletas, en unos cuantos trancos, al compás del golpeteo isócrono, pasó a otra, que era saloncito sobre la calle, mezcla de costurero y estrado, con sillas volantes de laca y cretona, butacones de felpa, una máquina de mano, y acompañando a los retratos de don Evaristo y de doña Juana Paula, dos personajes obesos y vulgares, muchos cuadros de litografía y unos pocos al óleo, de vistas y paisajes: la bella naturaleza que sonreía compasiva a la que no podía ir hacia ella.

Allí consumíanse casi todas sus horas diurnas, junto a los cristales, rodeada, protegida y cariñosamente adulada por sendos almohadones; cuando no leía, cuando no cosía, paseando por la calle su mirada rencorosa y disparando su despecho sobre los felices, sobre los válidos que tenían la facultad, el dichoso e inapreciable privilegio de moverse libremente, de andar, de ir y venir, de disponer de sus

piernas según su albedrío, dón ambulatorio que a ella la faltaba y antojábasele más caro que todos los demás; allí, clavada, en su inmovilidad de paralítica, cultivaba las flores de ponzoña que eran antítesis de su nombre.

Largos años de enfermedad, de celos siempre despiertos y legítimos, la habían reducido a este estado en que los nervios estallan de puro tirantes, como la cuerda; núbil apenas y ya casada, casada y petrificada en su doncellez, ebria de pasión el alma, muerto el cuerpo o como dormido. Porque Blanca Rosa adoraba en Matías desde los tiempos de Barracas, aquellos días de su orfandad en que todo parecía naufragar a su alrededor y del naufragio él la salvó noblemente; amor platónico que ella sabía, esposa honoraria, que no era bastante para retenerle y dominarle. Y porque lo sabía era este cavilar, este odiar, este imaginar, este intrigar, este atacar y defenderse, en lucha sempiterna con las que le quitaban o querían quitarle a Matías. El no poder inutilizarle como ella, tenerle allí, inválido, en otro sillón, a salvo de tentaciones y del peligro de las otras, la desesperaba atrozmente: de este modo, en esta igualdad y equilibrio, vivirían en paz, tan dichosa ella y resignada cual si sus

dos muletas les sirvieran a los dos y sobre las mismas anduvieran el camino que la ley les obligaba a recorrer juntos en la vida.

No siendo ello posible, desgraciadamente, para su egoísmo, se agostaba en esta lucha de fantasmas, en la que había de llevar siempre la peor parte.

Y cuidado que, en realidad y en justicia, su marido (llamémosle así) apenas la daba pábulo para tanta guerra. Apenas un casi, que si llegaba a pretexto era porque misia Laurita, la espía, como la pagaba para que la sirviera chismes los aderezaba y quizá exageraba aposta. Muchas veces Blanca Rosa se había preguntado qué impulsos, qué motivos decidieron a Matías a casarse con ella. Es cierto que entonces no era la inválida de ahora; pero enferma ya y pobre sí estaba, tanto que se casaron entre gallos y media noche y sólo dos testigos dieron fe de la ceremonia: ella parecía una colegiala que va a comulgar y recordaba que lo pasó sentada todo el tiempo y al recibir la bendición hubieron de ayudarla para que pudiera arrodillarse... Pues a esta pregunta no contestaba con la razón o con la lógica, que no la sugerían respuesta convincente; acudía, para explicarlo, a la religión, a la

fe, a la Virgen Santísima, que había inspirado la idea bienhechora, misericordiosa, de amparo tan oportuno y providencial. Porque sin Matías, ¿qué fuera de ella a la muerte de doña Juana Paula? Esto mismo la hacía quererle con más tiranía, a su manera, que cada cual quiere a su modo y los matices del querer son infinitos.

Ahora lo que la preocupaba era Victoria. En la larga lista de *ellas* que llevaba en su memoria, apuntes de misia Laurita, unas reales ¡ay, sí!, ¿cómo negarlo?, y otras más o menos fantásticas, Victoria ocupaba un espacio extraordinario. No parecía el entretenimiento fugaz, inofensivo, de otras ocasiones, cambiando de nombre a cada semana, sino algo persistente, callado, hondo, que debía venir de muy lejos, de muy lejos, de antes de la boda con Josecito, probablemente de antes de su boda con ella, es decir, que cuando se casó con ella ya estaba perdido de Victoria el tunante. Amor rancio, sin duda imposible, que cubierto de ceniza había vivido, y revivió poderoso al contacto de las primeras entrevistas por causa de la testamentaría y luego de los asuntos del Asilo.

Blanca Rosa lo sabía. Y como lo sabía, o

creía saberlo, jurara que así era y no en forma distinta; toda su furia de celosa se disparaba contra aquella otra Esquendo, que en su perversa coquetería tenía enredado a Castel. Los partes diarios de su polizonte no admitían duda: donde ella andaba, andaba él, detrás, o delante, o juntos... ¡Buena boba estaría si no pagara para que se lo contasen, imposibilitada de vigilarles y perseguirles por sí misma!

Cogió un bastidor que tenía cerca y se puso a bordar un monograma de seda blanca entre palmas y guirnaldas, y tal como enlazaba los hilos iba tejiendo sus cavilaciones. Entre puntada y puntada miraba a la calle y la aguja en alto seguía el paso de algún transeúnte, tan seguro sobre sus dos pies, disfrutando de su derecho de caminar sin estorbo de dolor o de impedimento, y pinchaba la tela con rabia, protesta contra la desigualdad y la injusticia. ¿Por qué no había, como todo ser humano, de disponer de sus piernas, mujer a medias, lastimoso monstruo incapacitado para el movimiento y para el amor? ¿Y qué menos ha de exigirse de la naturaleza que si nos da vida nos la dé completa? Traiga la suerte los dones de la fortuna y repártalos a capricho; pero ma-

dre Natura no debe ser maga veleidosa, obrera torpe y ramplona.

A las cuatro le anunció el criado que estaba la señora Laura. Esta visita de misia Laurita la distraía singularmente, y su grato chismorreo, a veces amargo, a veces doloroso, medio especial de comunicación con el mundo, voz del exterior que le repetía los gestos y los pasos de Matías, le era tan necesario como el pan de la boca. Si tardaba, si faltaba, se ponía inquieta y con todos los nervios en alarma, y si la ausencia por enfermedad o por otra causa, se prolongaba, la alarma adquiría grados de demencia, que el no saber lo que hacía el marido era condenarla a la desesperación, y sus muletas no cesaban de golpear el entarimado de un extremo a otro de la casa.

Sonrió a la embajadora, y la embajadora se sentó muy cerca de ella, cara al balcón, que la inundaba de luz. Era misia Laurita una dama peripuesta, una gran dama por las trazas, por las sedas y los terciopelos que vestía, aunque de vulgares rasgos físicos, lo que no restaba nada a su fachada; de sortijillas engomadas debajo de la capota enhiesta, sobre la cual se balanceaban cuatro plumas y

dos rosas; con enorme prendedor de oro y esmalte negro cercando el retrato del difunto esposo y abanico también de plumas y enorme también, desmesurado.

Con una mano chiquitita, de niña, estrechamente enguantada, tanto que no podía mover los dedos, acudió al seno, respetable muestrario, y de entre sus redondeces retiró un librillo...

—Hoy traigo muchas noticias —dijo sonriendo misteriosamente a la inválida.

—Lo sé —contestó Blanca Rosa.

¿Qué era lo que sabía la pobre señora y cómo desde su sillón iba a saber...? Misia Laurita leyó en el librillo:

A las diez, en la Avenida Alvear. Ha entrado en casa de la señora de Esquendo.

—Lo sé —replicó Blanca Rosa.

—¿Por telegrafía sin hilos? —preguntó la embajadora—. Pues si está usted tan enterada, no sigo.

—Siga usted, Laurita, que si eso sé, habrá otras cosas que no sepa. A lo mejor se entera uno de las cosas sin quererlo y por conductos ignorados.

—Continúo: Nota. El automóvil está en la puerta. Silverio pasea la acera. Dos horas des-

pués baja Pepino y transmite una orden a Silverio. Silverio se retira.

—Eso no lo sabía —interrumpió la de Castel—, y es dato interesante. Después de dos horas de visita se manda retirar el automóvil.

—Sí —prosiguió misia Laurita—, Silverio se retira. Aquí está marcado que en este intervalo entra don Jacobo, pero esto a usted no le importa... Tres horas después sale don Matías, sigue la calle de Charcas y va derecho a su *estudio* de la calle de Maipú. De aquí vuelve a salir y va a los Tribunales. Entre el estudio y los Tribunales encuentra a una señora y habla con ella... Por hoy no hay más.

—¿Qué señora? —preguntó, ahogándose, Blanca Rosa.

—Aquella de los partes del año pasado. La de la calle de Tucumán.

—¿Es que han reanudado, Laurita? ¿Ha recaído?

—Dice mi hijo, tan perspicaz como buen lebrel, que fué el encuentro fortuito y no habló con ella más de dos palabras. Si se dieron cita y hay recaída, hasta mañana no lo podemos saber. Entre tanto, cotejando unos partes con otros, de mucho tiempo acá, por la

frecuencia que aparece el Asilo del Sauce y algunas veces la Avenida Alvear, los Tribunales y el *estudio,* sin recuerdo de la calle de Tucumán ni de otro refugio de los de antaño, se deduce que don Matías anda derecho, al menos en apariencia.

Esto de andar derecho, *summum* de la humana perfección para Blanca Rosa, no lo creía ella con la misma convicción que misia Laurita. A veces misia Laurita se equivocaba, en su benevolencia, en su deseo de acertar, como aquella vez de los amoríos italianos, que duraron dos años, y los de la corista, que llegaron a tres. Entonces empleaba iguales palabras para expresar la corrección de conducta del marido, y sin embargo...

—Todo paso es un síntoma —saltó en su defensa la embajadora, meneando con viveza las plumas y las rosas de su capota—, y si un pie pisa firme, no puede asegurarse que el otro no ha de flaquear y entorpezca o desvíe la marcha. Eso de los pasos es una ciencia, y tanto tiempo de seguir los ajenos, de ir tras de los talones de los demás, por cuenta propia o por delegación, me ha dado una experiencia muy grande. Lo de la señorita Benedetta y lo de la Charo, al principio anduvo

bien, es decir, por buen lado; después se torció, culpa del otro pie, probablemente del pie izquierdo, que es el del mal y el que tiene el privilegio, poco recomendable, de realizar en lo material la frase aquella de *meter la pata*. Por esto no me es posible afirmar que, en adelante, no la meta el señor doctor Castel, pero hasta hoy, en lo que llevo de observar sus nuevas andanzas, digo a usted con toda certeza que no la ha metido todavía.

—Veremos, Laurita... Usted lo verá, que yo, desde aquí, desde este potro de mi martirio, ¿qué he de ver? La pared de enfrente y gracias. Es preciso que no le pierda pisada, que no se distraiga su hijo... Esta ciencia de los pasos, que usted llama, es muy útil y divertida. Sin ella, aquí estaría yo más engañada que una china. Y así, si no lo evito, lo sé, y puedo defenderme y atacar y castigar. ¡Qué cara la suya cuando lo descubro! Como no sabe quién me entera y usted pasa en la casa por antigua amiga de mi familia, que me hace la misericordia de una visita diaria, lo atribuye a Isidora, y sobre Isidora descarga su antipatía... A ver, Laurita, cuénteme cosas. ¿Se averiguó aquello? ¿Qué dicen por ahí? ¿No hay nuevo escándalo social?

—Sí hay. Figúrese usted...

Esta segunda parte de la conferencia, tan interesante como la primera, gustaba particularmente a Blanca Rosa. Flaquezas, trapisondas, resbalones y caídas, toda la escala del pecado pasaba por la boca de misia Laurita en pintoresco desfile, y la maestra de gatuperios sabía darle un realismo y atractivo insuperable, sabrosísimo. La de Castel no paraba de exclamar:

—¿De veras? ¡Quien lo creyera! ¡Qué hipócrita! ¡Jesús! ¡Qué mala es la gente!...

Y se deleitaba escuchando, hasta cerrar los ojos para recoger mejor la esencia del filtro, el aroma del mal cuyas delicias le estaban vedadas. Sus hermosas manos, con relampagueos de las sortijas, se posaban sobre los párpados como condena la llave una puerta, del temor de la visión nefanda o de mostrar la vergüenza.

—¡Jesús, Laurita! ¿Es verdad?... ¿Y qué más? ¿Qué más?

Aquella tarde se demoraron más de lo debido, siendo el retardo causa de que faltara poco para que Matías, de regreso, se tropezara con la embajadora en la escalera. Volvió, pues Matías, y, como siempre, se acercó rece-

loso al sillón de la enferma a saludarla, más receloso esta vez por lo de la mañana, y la halló ¡oh sorpresa! tan tranquila, bordando su monograma, pincha que pincha la tela, en pacífica, en feliz y nunca vista abstracción. Hasta le sonrió y contestó dulcemente a su pregunta:

—Muy bien, ¿y tú?

—Malo —pensó Castel—; cuando la fiera lame es que prepara el colmillo. Atención, Matías; atención. Sabe que he almorzado con Victoria, y sonríe; que vengo de allá, y no me muerde... ¿Qué estará urdiendo mi cara mitad o esta mitad de mujer que el diablo me ha dado?

Nada; en apariencia, absolutamente nada. Blanca Rosa seguía sonriéndole y hasta le pidió que la dijera qué cosas exquisitas le habían dado a comer en casa de la de Esquendo; a buen seguro primores culinarios. ¿El señor Stuart, su antiguo tutor, era tan distinguido, tan real persona como decía Jacobo? ¿Se acordó de sus amistades con el padre, don Evaristo?

Y mientras él hablaba, su mirada, en la inspección policíaca a que se dedicaba siempre que le tenía delante, buscaba en cada gesto la verdad de la mentira. Cuando ya molesto, que-

mado del preguntar y de tanto disimulo, Matías salió del saloncito, la misma mirada se le clavó en la espalda y la sonrisa se trocó en mueca, hincándose la aguja en la tela de un solo golpe, puñal vengador que se clava a traición.

Como no hacían vida matrimonial, apartado cada uno en sus aposentos, y la reunión en la mesa era breve, aparte este saludo del regreso de las ocupaciones cotidianas, no había otras ocasiones de reñir que las que la dama inválida buscaba, y éstas, con ponerse a distancia de sus muletas, cátala burlada. Pero ¿quién pensaba en riñas ahora, si en los labios de Blanca Rosa florecía una sonrisa tan extraña, ¿de burla?, ¿de amenaza? Porque soñar que fuera de benevolencia, de cariñoso interés...

Sí, Blanca Rosa sonreía... y no le quitaba ojo. Su cara semejaba nube de tormenta que dora un rayo de sol. Y entre tanto, del otro lado de la pared medianera reinaba la misma paz, y en la hora habitual de las confidencias subían y bajaban por la escalerilla (cuando los quehaceres perentorios de la siempre ocupadísima Isidora no permitían visiteo) los partes de las dos celosas:

—¿Hay algo nuevo?

—Nada.

—¿Has observado...?

—Nada.

—Por aquí tampoco.

—Pues, ojo y lengua quieta.

—Por mí no ha de quedar.

—Ni por mí.

—Aunque me cuesta mucho.

—¡Y a mí!

Tampoco los partes de misia Laurita acusaban novedad. Que había estado Matías tres veces en el Asilo, dos en la Avenida Alvear, una en Palermo, paseando por el lado de la derecha, donde se encontró con la señora de Esquendo y el señor Stuart. ¿Casualmente? ¿Deliberadamente? Con la de la calle de Tucumán ni con ninguna otra tal hubo aproximación, ni siquiera intenciones. El doctor Castel andaba derecho; nunca, nunca había andado más derecho. Era un santo, un marido modelo. Así lo afirmaba misia Laurita, catedrática de pasos ajenos, con toda la autoridad de sus treinta años de alguacil particular, subrayando su optimista diagnóstico con el meneo de las cuatro plumas y las dos rosas de su capota.

—Ningún hombre —decía— pasa tanto tiempo sin dar un tropezón, por lo menos un tropezón inocente, involuntario. No caerá, pero ¿tropezar? Hasta un santo de palo. ¡Si conoceré yo el paño! En este oficio, que es como cualquier otro y mientras dé de vivir no hay para qué motejar... pues, en este oficio me puse yo por celos de mi difunto y me di tanta maña siguiéndole, cosida a sus zancajos sin que él lo sospechara, que donde él ponía los pies ya había puesto yo los ojos...

¡Qué gazapos logró misia Laurita y qué finas cualidades de pesquisante demostró poseer! Tales, que, viuda y pobre, resolvió emplearlas en ganarse la vida, asociada a su hijo, un lince el niño, capaz de seguir al judío errante y descubrir otro mundo, si existiera oculto.

A pesar de estas seguridades tranquilizadoras, Blanca Rosa tenía sus razones para no creer en la santidad de los maridos, que más sabe mujer que espía por amor que la que lo hace por oficio; razones muy serias, a las que daba mayor fuerza el parte diario de misia Laurita. Esta sabía dónde ponía los pies Matías; pero ella sabía por qué los ponía, y en la sola interpretación espiritual eran malos pa-

sos para ella los que a la otra parecían inocentes.

Y así cogidos los hilos de la intriga, y tendida la red en ambas casas, una tarde corrió la nueva de Blanca Rosa a Isidora y de Isidora a Blanca Rosa que Matías y Jacobo estaban vistiéndose de frac. Esto era raro en casa de Castel y extraordinario y nunca visto en la de Jacobo. Matías, como más hombre de mundo, tenía frac, uno casi antediluviano que no se ponía nunca; Jacobo jamás lo tuvo, que la bajeza de los amores isidorianos no exigían prenda de etiqueta y siempre estuvieron reñidos con ella; pero, ahora, en el remover sospechoso y alarmante de su guardarropa, figuraba uno elegantísimo, con vueltas de raso y, según Isidora, una cola muy maja y bien recortadita. Ahí estaban uno y otro desgastando los espejos de tanto remirarse, como dos fatuos petimetres que van de conquista, algo abroncados los dos, Matías, de la antigüedad del compañero y del olor a bencina que despedía, y Jacobo, del poco garbo y de la falta de costumbre suya para llevarlo.

—No han dicho adónde van; pero ya lo sabremos —indicó Blanca Rosa—. Casi podemos asegurar cuál es la causa del acontecimiento.

—Y sin casi —respondió Isidora—. De todos modos, yo, ¡ni esto!

—No, ni palabra.

—Ha ensayado tres pecheras y cuatro corbatas, y está tan furioso que se ha dado un buen corte de navaja al afeitarse.

—Y Matías, tan fuera de sí, que arrancó un botón y hube de pegárselo con santa paciencia; ¡a él, que me la está pegando!

—Fíjate, Blanquita, cuando vuelva, si trae flor en el ojal.

—¡Ah, sí! El día del almuerzo trajo un heliotropo y un jazmín.

—También Jacobo. Y ¿quieres creerlo? Los ha conservado entre dos hojas de papel, hasta que yo, de un plumerazo, los eché a la basura.

—Bien hecho. Están muy graves, hija; muy graves.

—Los dos con la misma fiebre. ¿Quién curará primero?

—El primer desdeñado, el vencido. Cuidado con el pulso, y esperar.

—¡Ahí se marcha Jacobo!

—¡Ahí sale Matías!

Ambas, Isidora en rápida carrera y Blanca Rosa en pocos saltos de muleta, salieron del escondido locutorio, y por los cristales de una

habitación vecina atisbaron la calle y en la penumbra vieron confundirse a los dos, uno andando hacia la izquierda y el otro hacia la derecha.

—Y, sin embargo, van al mismo sitio —apuntó Isidora—; no me cabe duda.

—Es que están a matar. La rivalidad los consume y separa. Acabarán por pegarse.

—O por matarse. ¡Tan amigos que fueron!

—Como hermanos, y ahora ni verse quieren. Ayer coincidieron en el salir y parece que abrieron la puerta al mismo tiempo...

—Sí, y vacilaron. En caso de avanzar, el encontronazo era seguro. Entonces Jacobo se echó atrás y, ¡paf!, cerró la puerta.

—Y Matías también; ¡paf!, otro portazo. Sería muy divertido, si no fuera tan triste.

—¡Qué hombres, Blanquita!

—¡Qué hombres, Isidora!...

Comió sola Blanca Rosa. Esto le acontecía rara vez, porque Matías era menos mundano de lo que su vigilancia hacía suponer, y, según la sentencia de misia Laurita, "más gato casero que perro andariego". Asimismo, en estas raras veces, no se marchó sin decirle adónde iba, cortés engaño nunca bastante agradecido, y cuando nada dijo es que temió pro-

nunciar cierto nombre y provocar la tormenta o perdió los estribos y ya ni disimulaba siquiera.

Acomodada sobre sus almohadones, veló hasta media noche lo menos, cavilando, cavilando. Así había pasado su triste vida de casada, en este angustioso esperar del marido nominal, la imaginación toda entera ocupada por la idea espantosa del adulterio, sin respiro, sin otro intervalo que el sueño, y aun en sueños veía que las otras le arrebataban a Matías; porque, necesariamente, fatalmente (que cuanto más se quiere cubrir la voz de la razón más alto se hace oír) así tenía que ser. Durante largos años fué así, y así era ahora. Pero ahora le parecía a Blanca Rosa que era acceso serio, en que estaba más interesada el alma que el instinto; amor y no capricho. Pasando las cuentas de su rosario, con que entretenía el plantón, dirigía a la Virgen casamentera sentidos reproches:

—Tú que lo hiciste, Señora, estás obligada a ayudarme... Sabías que yo no servía para mujer, y de lástima de mí, de verme huérfana, enfermiza, pobre y hasta fea, que ni los quince floridos tuve, abandonada de mi tutor Stuart, de mi madrina misia María Josefa y

pronto a ser abandonada de mi tía Ruperta, la infeliz hermana de mi madre, que no podía llevarme a cuestas y estaba en las últimas de la vida y de los recursos, sugeriste a éste, que es mi amparo y mi tormento, la idea misericordiosa de casarse conmigo, idea tuya como divina, como extraordinaria; porque, ¿nacería, era posible que naciera espontáneamente en quien hallara, si quisiera, otra mujer, cien mujeres en que escoger mejores que yo? La caridad despierta, no hay duda, en todo buen corazón sentimientos de piedad, generosos, altruístas; pero no el del sacrificio personal, propio de héroes y de santos. Matías, condolido de mi situación, por amistad con mi padre, por encargo de mi tutor, no hubiera hecho nada de más con auxiliarme, favorecerme... Es lo humano. Lo otro es lo divino, y sólo a Ti, Señora mía, se te pudo ocurrir. Ahora que, con tan piadosas intenciones, ha sido una buena ocurrencia, de la que padezco más que si me dejaran en la miseria, porque de la miseria habría ya muerto y descansaría, y de este amor que me ofrecieron y no sé catar, languidezco y desespero. ¿Para qué me lo dieron? ¡Suplicio mayor que hablarle al ciego de colores y al sordo de armonía!... Señora, Se-

ñora, ¡qué mal me has hecho con este bien! ¡Y cómo has de exigirme paciencia, más paciencia! Haya paciencia, que es la virtud de los abúlicos, donde no haya sangre; pero la mitad de mi cuerpo vive de la vida que le falta a la otra mitad, vida doble, intensa, que no se aviene al marasmo de la resignación y de esta inactividad a la que estoy condenada. Si precisamente lo que deseo es todo lo contrario: guerra, lucha con ésas que me le distraen y le sonsacan, sobre todo con la Esquendo, rubia peligrosísima... No sé cuáles serán sus intenciones; dicen que es honesta, de una honestidad feroz; la misma Laurita, por cuya boca no pasa honra sin mancharse, lo asegura y reconoce; pero, yo no me fío. Se han conocido antes que él a mí o probablemente al mismo tiempo, pues él era dependiente del que fué después mi tutor y hemos vivido pared por medio. No sé qué causas, las mismas misteriosas u otras tan misteriosas, le alejaron de ella y le acercaron a mí. ¡Sarcasmo y contrasentido indescifrable! Pero su recuerdo le quedó indeleble, como impresión de brasa... Han vuelto a verse... Se ven con frecuencia... ¡Señora, Señora, qué mal me has hecho con este bien! (*Pausa. Pausa larguísima. La dama*

inválida reza.) Padre nuestro... Ave María... Amén.

Enfrente, dominando los retratos de don Evaristo y doña Juana Paula, había un cuadro bordado en sedas de la Virgen, obra suya, y mirándole, a la luz de la esmerilada bombilla eléctrica que resplandecía entre el chispear multicolor de los cristales de la araña, los ojos grises de Blanca Rosa se encandilaban, y olvidaba sus reproches, sus quejas, el orar mecánico y monotono, para pensar en lo otro, en lo que sucedía, seguramente debía suceder, en aquel momento en casa de la Esquendo rubia:

—Porque está allí —decíase mentalmente—, sin ninguna duda. Ella, de negro, por supuesto, y hermosa, ¡vaya!, ¿quién lo niega?, se sienta entre Matías y Jacobo; el padre, en la otra cabecera. Hay muchas flores en la mesa y sirven exquisitos platos ese señor Remy, el supercriado, y Pepino... ¡Yo no los conozco, pero me los ha pintado tantas veces Matías! Me parece ver al personaje de la barriga ministerial, brillándole los botones del uniforme, colgándole sobre el pecho los cordones militares, haciendo piruetas detrás de cada silla y en torno de cada comensal, más hinchado y

más colorado que un pavo... Ella ríe y coquetea, el padre ríe también, Matías está serio y Jacobo está más serio todavía; los dos con seriedad de niños enfurruñados que no lo saben disimular. Es que se estorban y cada uno dice del otro: —¿Cuándo me libraré de este posma? ¿Vamos a andar siempre juntos como los hermanos siameses?... Y ambos se espían, se estudian, tratan de descubrir si hay preferencia o no por parte de la dama. Pero, la dama no es tonta. Además, es de una frigidez inglesa, como afirma Laurita. No prefiere a ninguno. No hace caso de ninguno, al menos en lo que la frase significa, que amable e insinuante, socialmente, sí lo está. Puede ser, tal se me antoja imaginarlo por cuentos de Isidora, que lo esté más con Jacobo que con Matías, pero tan ligeramente que no se advierte. También pudiera ser porque Jacobo es su cuñado y el parentesco autoriza mayor confianza. Esto encalabrina a Matías e infatúa a Jacobo. Se morderían, y por delante de la dama se cruzan sus miradas de desafío y de odio... Comen y ríen... Yo también me reiría de los dos rivales y de la cara de Matías, si no me anduvieran ganas de arrancarle de allí de una oreja... Ahora se levantan

y ella les obsequia con una flor, seguramente la misma, para que no riñan... Ahora pasan al salón de fumar y la dama escapa, huyendo del humo... Son las once... ¿No ha dado las once el reloj del comedor?

Sobresaltada, Blanca Rosa contó las últimas campanadas. Fuera la hora que fuese, lo cierto era que Matías no había vuelto todavía. Probablemente estaría discutiendo de bueyes perdidos con el señor Stuart, muy contrariado de que el cigarro hubiera ahuyentado a la dama o la bencina de su frac. Por dos veces la enfermera que cuidaba de Blanca Rosa se presentó a instarla para que se acostase; perc ella la despidió con el pretexto de su rosario.

—Me faltan dos páteres... Cuando acabe, ya llamaré.

Había resuelto no acostarse hasta que regresara Matías; esperarle para ver qué cara traía y si traía flor en el ojal. Mirando a la Virgen, reanudando el rezo, se adormilaba, fatigada la imaginación y perezosa, borrosas las figuras de los tres hombres que fumaban. El humo les escondía ya y no se veía nada en el salón a obscuras... Debían de haberse marchado todos. Matías vendría de vuelta, gacha la cabeza por la preocupación de la derrota

prevista, del adivinado desengaño... Ya subía la escalera; ¿no eran sus pasos los que sonaban en el silencio?

La de Castel se irguió sobre sus almohadones con la emoción del alerta, y sus manos buscaron las muletas. Para pasar a su habitación, Matías tenía que hacerlo por el saloncito... Aquellos pasos, que eran, efectivamente, los suyos, precedidos del leve ruido del llavín en la cerradura de la cancela, se acercaron y se detuvieron; en la puerta surgió la arrogante figura del abogado, con el cigarro del convite en los labios todavía, el sombrero de copa echado hacia la nuca, el gabán negro de éstos de entretiempo, de mangas perdidas, que llaman con nombre extranjero, descubriendo la coraza de la camisa prendida por dos perlas. Al ver a Blanca Rosa esperándole, empinada sobre sus muletas con aire guerrero, el rasurado rostro se le contrajo con disgusto y enojo. ¡Qué! ¿Iba a repetir las escenas de los tiempos de Benedetta, la bailarina, y de Charo, la corista, escenas a que daban lugar sus devaneos? ¿Los años no la habían convencido del ridículo que hacía? ¿Tan pronto se cansó de su actitud pacífica y conciliadora de los úl-

timos días, la única que cuadraba a su situación?

—¿Por qué me esperas? —dijo entrando, torvo el gesto, el acento airado—. ¿A qué este plantón de mamá que espera a su niño, temerosa de que se le pierda? ¿Cuándo vamos a concluír con este espionaje? ¿No acabarás nunca?

Como el papa Sixto, habría deseado ella poder arrojar los dos palos en que se apoyaba su debilidad, en demostración de que no era energía lo que le faltaba. Impotente, le arrojó esta pregunta:

—Quiero saber de dónde vienes.

—De casa de Esquendo, mujer; ¿si creerás que te lo voy a ocultar? ¿Te parece malo?

—Sí, porque es mucho entrar y salir en aquella casa, y mucho Asilo, y demasiadas consultas con la señora ésa de las caridades, que te trae al retortero, y a Jacobo no se diga, pues se acredita de coqueta.

—Eres el eco de Isidora y de sus chismes de cocina.

—Soy el eco de la verdad.

—¡Blanca, no me busques! Te ruego que no ofendas... Y ofendes a la señora de Es-

quendo con tus sospechas y me provocas sin motivo con tus acusaciones.

—Sé lo que me digo. Aunque atada a mi sillón, te sigo siempre que sales y averiguo adónde vas y en lo que andas y lo que tramas. Sé, pues (y aunque no me lo hubieras confesado lo sabría de fijo) que vienes de casa de Esquendo, que has comido allí con Jacobo, rabiosos los dos de estar juntos, porque estos dos casados, mal casados, andan perdidos por la otra mal casadita y se están haciendo fú como dos gatos que rondan el mismo tejado. He acertado, ¿verdad? ¿Y a que no te sorprendo si te digo que lo que es hasta ahora, ignoro el mañana porque no me precio de adivina, van sacando lo que el negro del sermón? Así vienes con ese aire de haber perdido a la ruleta.

—¡Blanca!

—Sí, señor. No lo niegues. Y ello te enfada, ¡claro! Pero, hombre, ¿por qué no te casaste con ella, si a la mano la tenías? ¿Por qué dejaste que se la llevara don Josecito? Esta pasión es vieja, no es llamarada del momento, y ya, podrida dentro, te molesta e inquieta como un humor empedernido.

—Cállate, Blanca, y vete a dormir. Déjame

dormir. Cada palabra tuya es un desatino, una injuria para quien no te conoce ni se acuerda del santo de tu nombre. Siempre fuiste mala y venenosa. Tu desgracia, de la que nadie tiene la culpa...

—Mi desgracia es la que debiera contener tu lengua y tus actos. Olvidas que...

Iba a decir: "Soy tu mujer..." Y súbitamente se detuvo, enmudecida por la atroz mentira. Castel aprovechó de ello para retirarse; pero antes Blanca Rosa le cogió del gabán y se lo abrió completamente: en el ojal del frac un pimpollo rojo, flor de pasión, entre delicadas hojas de helecho, asomaba alegremente, y ella se lo arrancó, tirándoselo a la cara.

—¡Con pimpollitos y todo! ¡Estúpido! Pareces un mequetrefe que hace su primera ronda y se contenta con una mirada... con una sonrisa..., que canta el poeta. ¿A que Jacobo trae otro igual, también rojo, para no desagradar a ninguno? Porque la dama no se habrá decidido todavía; pero coqueta, ¡vaya si es coqueta!

Al ofensivo ademán no contestó Matías sino dando la espalda, y dignamente se alejó, sin cuidarse de recoger la flor o descuidando recogerla para no aportar mayor pábulo al

escándalo; y viéndole alejarse, Blanca Rosa puso el pie sobre ella, como lo habría puesto sobre una sierpe.

—Si no me desahogo, reviento —murmuró—. ¿Habrá vuelto también Jacobo? Si pudiera hablar con Isidora...

A tales horas era difícil. La de Esquendo no la oiría si daba en el locutorio los tres porrazos clásicos o si los oía, los oirían también los criados y se alborotaría la casa. Sólo en ocasiones graves, de enfermedad o alarma, se ponían las dos al habla por tal medio, que la vecindad facilitaba.

Fué, sin embargo, haciendo el menor ruido con las muletas posible y ¡oh fuerza de los celos! encontró a la otra, que rabiaba por comunicarse con ella, al pie de la escalerilla esperándola; y así la cuchicheó desde abajo:

—Estaba segura que no te acostarías sin venir... Dime, Blanquita, ¿ha vuelto Matías?

—Sí. ¿Y Jacobo?

—También, con un pimpollo rojo en el ojal.

—Como Matías. ¡Ja, ja! ¿Qué cara trae Jacobo?

—Parece un gato escaldado. ¿Y Matías?

—Parece un gato al que han atado una lata

en el rabo. Dime; ¿qué has hecho cuando vino?

—No me pude contener, a pesar de nuestro convenio; le di una solfa de buenas palabras y con la florecita en la cara.

—Yo también. Creo que ya podemos acostarnos tranquilas.

—Sí. Buenas noches, Blanquita.

—Buenas noches, Isidora.



VII

Después de la comida se sintió Victoria fatigadísima. La charla, el olor de las flores y de los cigarros y el calor, pues aunque el señor Remy no calentaba ya los caloríferos, la primavera, demasiado avanzada, tomaba de su hermano el verano los reflejos con más franqueza que la que le concedía el calendario, le produjeron jaqueca; y dejándoles plantados a los tres, se refugió en su alcoba, donde aspiró sales, frotó con agua de Colonia su frente y abrió las ventanas para que el aire de la noche la diera frescura y alivio. Domitila la alivió también de cuanto la moda y la coquetería, en pícara complicidad, habían aportado para engalanar y realzar su hermosura; y sin trabas de cintajos, horquillas y alfileres, libre, al fin, de su tiranía insoportable, vestida nada más que de ligerísima bata de seda y con

chapines de brocado y albo plumón de cisne, se echó en el canapé.

—Cierra la puerta, Domitila. Apaga la luz. Si preguntan por mí, no me llames. Das cualquier excusa.

Y hundió en el almohadón la cabeza rubia hecha una grillera. ¡Jesús, qué parloteo! ¡Qué fumarreta! ¡Qué discutir el padre, qué contestar Jacobo, qué replicar Matías, el cual, a fuer de abogado, tenía cuerda para los dos y hasta para una asamblea también! No acababan nunca. Mondado el tema, lo recogían y tornaban los juegos de palabras y el botar y rebotar de las ideas. ¡Y qué manera de mirarse Jacobo y Matías, y qué manera de mirarla a ella! ¡Qué fulgurar de pupilas el de Matías, y qué elocuencia la de los ojos de Jacobo! Había que examinar todo esto despacio, averiguar el porqué, desentrañar la intención... Pero no ahora. Ahora no podía. El menor esfuerzo imaginativo, la sola tentativa de hacer andar la rueda de la reflexión la producía un martilleo, un redoble doloroso de los nervios... ¡Jesús! ¡Cómo tranquilizarlos, cómo llamar al sueño, el piadoso hermano de la muerte, que tan dulcemente sabe cerrar los párpados!

En la obscuridad, poco a poco, fuése calmando y se amodorró; un velo se interpuso entre la realidad y ella, espeso telón de sombras en el que, careta trágica, persistían los ojos de Castel y su boca dolorosamente fruncida. Entre el espesor de las cejas seguían luciéndole las pupilas con prodigiosa intensidad que, como la del sol, era osado afrontar impávido, y por los labios le corrían estremecimientos de elocuencia: miraba y quería hablar, iba a hablar, hablaba, desatando la discreción durante tantos años sujeta, esclava de conveniencias, de timideces, de razonamientos cobardes, de convencimientos amargos. Y con murmullos de confesión, en suave fraseo de niño, parecía decir, decía:

—No sé por qué, Victoria, si no es para engañarse a sí misma y despistar su perspicacia, se hace la sorprendida y la ignorante y afecta perder el tiempo, o lo pierde de buena fe, en buscar lo que no está escondido, y si quiso esconderse se esconde tan torpemente que es ciego quien no lo ve. Hasta mi mujer, o la que pasa por mi mujer, lo ha visto, y eso que no ve tres en un burro porque no sale de casa. Llámelo con el nombre que quiera, vístalo de eufemismos, de distingos, como

arlequín de carnaval, y aunque usted se oponga y yo me calle, existe y existirá. Existe, Victoria, desde los tiempos de la barraca; diría que hace un siglo si no temiera caer en descortesía, pues no hay que mentar los años cuando con damas se habla. Acuérdese usted, acuérdese; mire hacia atrás, más atrás; usted andaría en los quince y entre las flores de su balcón, frente al río, gustaba de estar entretenida en el ajetreo y rebullicio de los muelles, unas veces por la mañana, otras veces por la tarde, a la hora exacta en que pasaba por debajo, camino de la oficina o de vuelta, un joven desgarbado, de barba negra, de estampa modesta aunque correcta, que, al verla, con ceremoniosa, con respetuosa y conmovida gravedad se descubría. Este joven era yo, señora y amiga, el dependiente principal de su padre, que llegaba deslumbrado al escritorio, tropezaba con el biombo negro, tropezaba con todo lo que era realidad, mundo exterior, y durante el santo día se recreaba con la imagen del balcón, la divina niña de las trenzas rubias, tirana de mis pensamientos. En balde me disciplinaba con la reflexión, me sumergía en el trabajo, me atiborraba de números, me desembriagaba con la hediondez de la corambre, de

mi tarea vulgar, prosa más vil que ninguna otra: la figura ideal, su figura de usted, Victoria, sonriendo en el balcón, inclinando graciosamente la cabecita para saludarme, se obstinaba en mi retina y en mi alma, indeleble, dominadora... Marco este detalle, no porque fuera el de nuestro conocimiento: nos conocíamos de mucho antes, de cuando usted andaba de corto aún y yo era un muchachón encogido que acababa de entrar en el escritorio de Stuart, y habían pasado entre este primer conocimiento y el observarla a usted en el balcón acontecimientos extraordinarios como la desaparición de su padre, de la que no supo nada entonces, ni sabe ahora, ni sabrá nunca, pues ciertas cosas vale más no saberlas, y la muerte de misia María Josefa, su madre, en todo lo cual intervine representando un papel que usted adivina fué de amistosa, de honrosa eficacia. Pero, demasiado niña, ni usted había de parar mi atención, ni yo solicitar la suya... Hasta que no apareció en el balcón, señorita de largo, formada de la noche a la mañana, flor maravillosa entre las más bellas de sus macetas, no me ocurrió esto del embobamiento y del soñar en pleno día y en plena tarea, que es grave síntoma... Recuerde usted, señora y amiga, que mu-

chas veces subía a la casa para hablar con Ladislao por aquella escalera, que estoy viendo todavía, tan empinada, tan estrecha, del patio, desabrigada y expuesta al viento y a la lluvia. Pues no era para hablar con Ladislao, con quien más libremente podía hablar en el escritorio, sino para verla a usted: me inspiraban gran interés sus pájaros, sus flores y sus libros, y sobre cada uno de estos tópicos pegábamos la hebra de pasada. En cierto modo, tenía yo derecho de seguir adelante, jefe casi de la barraca, familiar de la casa, realizando aquello que se me había metido entre las dos cejas; pero otro suceso extraordinario, del que tampoco puede usted saber nada, otro misterio, otro tapujo, echó de pronto a tierra mis proyectos y a mí, como criminal, me ató de codos con los lazos matrimoniales de Blanca Rosa. He dicho otro tapujo y esto me inhibe de destaparlo. Seguramente que fué para usted sorpresa esta salida de tono del simpático Matías, inexplicable entonces, como ahora. Para mí, forzosa disyuntiva de la ley del honor, fué golpe atroz, puñal que me partió el corazón. Ya no miré a sus balcones, ya no subí la escalera empinada, ya no hablé más con usted, avergonzado y triste. Me entregué a mi despótico amo, el deber,

encadenado y sometido como esclavo mísero. Y lo peor fué que hube de presenciar, desde mi rincón de galeote, detrás del biombo negro, el revuelo amoroso de los palomos de la vecindad en el balcón de la niña rubia de mis sueños desvanecidos; el aletear de todos, el enfurecerse de muchos, el triunfar de uno, el Esquendo tonto, don Josecito... Figúrese usted, amiga mía, con qué cara vería yo todo esto y cómo, con sus manos lavadas, entraba don Josecito y se la llevaba a usted. Convenido que yo no podía protestar, pues ni hablé a tiempo, ni mi estado de casado me lo permitía...; pero al corazón no se le va con razones, ni en cuestión de sentimientos la lógica toca pito ninguno. Si toca, si se empeña en tocar, desafina. Esto es más verdad que el Evangelio. Así, de todos los que asistieron a su boda en la Merced, la única de entierro era mi cara, como que desde aquel día hasta que volvió usted milagrosamente descasada no sonrió ni una sola vez... La única, no; la suya también, Victoria, puesto que era usted la víctima, la víctima de Ladislao, inmolada a su ambición, a la prosperidad de la barraca. Esto dice lo suficiente para eximirme de toda responsabilidad en el largo proceso de su boda. Probablemente (lo he sospe-

chado por la intención de antiguas frases de nuestra amistosa relación) no dejó usted de pensar que yo anduve en el ajo, por lo menos que no influí bastante para evitar que el sacrificio se consumara. Pensarlo sólo es ofenderme. No tenía yo influencia alguna sobre Ladislao y esto mismo que voy confesando, esta exhumación de sentimientos archivados, me exculpa de toda participación, mínima siquiera. ¡Yo que la vi partir con el alma enlutada!... Su regreso a la casa paterna, la muerte de Ladislao, la liquidación del negocio, más tarde los incidentes de la testamentaría de Esquendo producidos por su situación singular, dieron motivo, pretextos casi diarios para que yo la viera a usted y aquel viejo amor mío sin esperanza reverdeciera... Acuérdese usted, Victoria; mire hacia atrás, más atrás: era en el saloncito de Barracas y usted me recibía de negro, con el luto eterno que ha de representarla siempre mi infelicidad: la niña rubia del balcón era una dama grave, que discutía de cosas áridas, las más de las veces ingratas; yo admiraba su inteligencia, su espíritu vivaz, el aplomo, la serenidad con que sabía resolver cualquier intrincado asunto y antes me perdía yo en su enredijo, distraído en su hermosura,

en el eco angélico de su voz, que usted, bien lejos de toda fantasía. Usted estaba, me hago la ilusión de que sí lo estaba, encantada de mi lealtad, de mis servicios inapreciables, de mi actividad, de mis luces jurídicas, de mi abnegación, cuando quiso reducirlo todo a metálico y ponerle precio venal... Creo que data de ese día su sospecha de que algo encerraba mi conducta, otro misterio, otro tapujo. En la firmeza de mi negativa, en lo conmovido de mi acento, hasta en el temblor de los papeles que tenía en la mano y denunciaron mi emoción al declarar que yo, hechura de los Stuart, por gratitud no debía, no podía y no quería recibir pago de servicios que no eran más que retribución de otros más valiosos recibidos, imaginó usted, a fuer de lista, escondidas e inconfesables razones... Tapujo, misterio, sí, y aquí descubro éste sin rodeos, que el confesarlo me desahoga y alivia. En todo aquello, en lo que vino después (acabada la campaña mercantil y judicial comenzó la misericordiosa, que aún dura y ojalá dure siglos, pues me brinda la deseada ocasión de su acercamiento y trato continuo), en lo de entonces y lo de ahora no ha habido, no hay otra cosa que amor. Sí, Victoria, amor profundo, de raíces viejas, que no

florece porque el riego de la esperanza le falta. Vive en lo más hondo de mí y no sé cómo vive, ni para qué vive... ¿Qué es el ideal, Victoria? Las alas de la materia. Pues de estas alas, de este ideal, de este amor suyo necesito yo. Se lo he dicho y lo repito. Indigestado de realidad, de la realidad más cruel, me ahogaría y moriría bajo el poder de Blanca Rosa si no me alentara este amor suyo, esta ilusión... Ahora bien, ¿qué busco?, ¿qué pretendo? No sé, francamente, no sé. Insulto a su virtud sería pensar que había de corresponderme. Casada, presa como yo en los mismos indisolubles lazos, aun cuando la simpatía la empujase hacia mí, encontraría defensa en su concepto del deber. El deber es su amo despótico; lo ha sido y lo es mío; conozco su dureza y sé cómo castiga a los débiles. ¡Débil usted, la mujer fuerte y decidida! No, no caerá en debilidad, no me corresponderá jamás y para impedirlo, si por acaso ¡dichoso acaso! se sintiera vacilar, levantará entre usted y yo una muralla y me dejará morir emparedado sin compasión. Fríamente, deliberadamente, será capaz de hacerlo. La conciencia, Dios, el público, tiranos todos, le aconsejarán, le mandarán que lo haga. Por eso vengo callando, se-

ñora y enemiga mía. A cada instante el temor de traicionarme me conturba: me parece que a mi menor descuido, ya por osadía de mis ojos, o franqueza de la lengua u olvido del disimulo, va usted a descubrir bajo la piel del amigo al enamorado, y en tanta abnegación, generosidad y sacrificio, compendio de mi historia personal, el interés de la pasión... Si llega este caso fatal, no me castigue usted, Victoria, que sería crueldad e ingratitud; no me abandone a la furia de Blanca Rosa, que sería condenarme a morir de realidad, muerte triste para el alma, y no mire a su alrededor, no escuche las voces de la murmuración, ni dentro de sí misma el sermonear interno, oleaje incesante, voces nunca acalladas que enturbian el gozo del vivir; mire hacia atrás, más atrás, y acuérdese de aquel Matías Castel a quien saludaba su cabecita rubia desde su balcón florido de Barracas... Entre tanto, permítame una observación, irrespetuosa, impertinente, si usted quiere, pero me sale de dentro, y así como me sale la suelto: no puedo contenerla más tiempo, y al soltarla, su ímpetu quizá la moleste y enfade. Pues, aunque usted se enfade, señora mía, yo he de preguntarla qué hace aquí Jacobo a todas horas: Jacobo de día, Jacobo de noche,

Jacobo en el almuerzo, Jacobo en la comida. Es su cuñado, ya lo sé; es el padre de Jorgina, no lo ignoro; es otro indigestado de realidad, otro prisionero de Himeneo, yo mismo lo he observado y repetido; pero esto que explica su simpatía compasiva, no atenúa su insoportable pesadez. Isidora tiene razón en escamarse y alzar el gallo y la mano vengadora. Yo lo haría también, si la educación me lo permitiera. Porque así como le he servido y ayudado y compadecido, amigo de corazón, le detesto ahora y le rompería la crisma de tanto verle a su lado y en su casa. ¿Se llama celos a esto? Pues llámelo celos y mire por usted misma y mire por mí alejando el posma de Jacobo a muchas millas. ¿No le ha dicho la madre Esteven que ya se dice...? ¿Ni la madre Celia tampoco? ¿Ni la madre Visitación? Pues sí se dice, señora, y en el Sauce, asilo de todo chisme, se sabe. ¿Cómo no lo ha presentido usted, que cuida hasta de su modo de andar y tiene para la fiera social, en cuyas garras agoniza de tedio y de asfixia, tanto mimo y cobarde deferencia, mujer fuerte y todo? Sí, señora, se dicé... ¿A esto se llama despecho? Pues despecho y adelante. Jacobo me carga, por lo que se dice y por lo que viene aquí a bus-

car: Jacobo la ama a usted, es un rival a quien el parentesco da mayores facilidades de aproximación, por lo menos, que a mí... No quiero decir de éxito, ¡líbreme Dios!... Y de que me carga y yo le cargo a él, de que la ama a usted y somos los dos rivales me parece imposible que no lo haya usted notado. El día menos pensado, ahí, en el salón, a su vista y en su presencia reñimos, estalla nuestra rivalidad como una bomba. Ponga usted remedio, córtelo, alejando a Jacobo... Y apiádase de mí, señora y amiga; no, enemiga, dulce enemiga mía...

—¡Jesús! —murmuró Victoria, en la obscuridad con un suspiro, volviéndose del otro lado—; no podré dormir. Es tarumba mi cabeza, me arden las sienes, me zumban los oídos. Si pudiera dormir...

Ahora, en el telón de sombras habían desaparecido los ojos fulgurantes y la boca elocuente de Matías y la careta trágica representaba el doloroso, el resignado semblante de Jacobo, Jacobo que hablaba también, Jacobo que decía suavemente, tristemente:

—En el limbo de mi ignominia yacía yo desterrado y por fuerza de la costumbre y del convencimiento de lo irremediable, casi estoy

por confesar que muy a gusto. Era Esquendo el sarnoso, arrojado del seno de la familia y despreciado, a quien el orgullo aristocrático no perdonaba que arrastrara el apellido por los suelos. Poco a poco, tal como se hacen los pulmones a la atmósfera mefítica, que el olfato no siente ni aprecia, había ido apegándome a mi vida de apartamiento, y ni mi situación me parecía vergonzosa, ni ordinaria Isidora, ni envidiable nada que no fuera mi libertad salvaje. De aquellos pujos de protesta, de remordimiento, de nostalgia del centro social que había desertado, tan vivos en un principio, tan punzantes, no quedaba memoria, y arrollado por el rodillo igualitario me había convertido en un Chavarría más, al que sólo faltaba la boina para merecer los honores del mostrador de *La Vitoriana*. Aunque no me ocupaba de mi familia, sabía de ella lo que no me importaba: que mi hermano tonto casó con una señorita de Barracas, que a los pocos meses se puso loco de atar, que... Bueno, que revienten, decía yo. ¿Qué se me da de Josecito y del familión mío? Hasta que un día vino Castel, este amigo y vecino, del que antes hacía tan buenas ausencias contigo y ya te diré lindezas, vino y me anunció: —Ha muerto tu abuela Justa y ha muer-

to también tu tío Fabio... —Los dos por el mismo rayo de mi odio; tan simultáneo era el suceso. Declaro que me alegré mucho, primero porque me parecía castigo de Dios y luego por la herencia. Siempre es grato, consolador, dulcísimo, recibir una herencia, aunque sea corta, aunque no haga falta. Sensible a la dádiva, no hay quien no esté pronto a estirar la mano... Matías, aquel Matías de entonces, tan distinto del falso y presuntuoso de hoy, añadió: —Tendrás que habértelas ahora con tus dos cuñadas: Melchora, la viuda de tu hermano mayor Alberto, y Victoria, la mujer de Josecito. Como no dejarán de surgir incidentes, para resolverlos amigablemente, como conviene, es bueno avistarse con ellas y así reanudar con tu familia. —A mí —respondí hecho un veneno— que no se me pongan por delante. Y arréglenlo todo pronto y bien, que si yo intervengo será para desarreglarlo y enredarlo y de cada incidente de esos sacar un pleito de mil demonios. —Hombre, ¿ni a Victoria tampoco? —insistió Matías, que en aquel tiempo pasaba por buena persona y lo parecía—. ¿Qué culpa tiene Victoria? —La grande, la imborrable de ser una Esquendo, que todo es saltarme a los ojos este apellido y ver rojo. Si pudiera quitármelo,

me llamaría Chavarría, ya que me siento Chavarría de los pies a la cabeza... —Los incidentes que anunciaba el leguleyo surgieron, en efecto, algunos tan complicados que habrían necesitado una entrevista de las partes, siquiera por aquello de que hablando se entiende la gente; pero yo no quería ceder, y de pensar que iba a contender nada menos que con Melchora, la tejedora de intrigas, soplona de la abuela, me enfurecía. Pero el destino dispuso que fuera preciso que hablara contigo, Victoria, precisamente contigo: o hablaba o nuestros intereses sufrían perjuicios, demoras, qué sé yo qué complicaciones de estas que el código sabe armar tan diestramente... Acuérdate, Victoria; mira hacia atrás, más atrás: fué en Barracas, en aquella casa modesta del negocio paterno, adonde habías vuelto después de la separación forzosa de mi hermano. Subía la escalera, una escalera muy empinada y larguísima, más contrariado... Porque si bien Matías me tenía dicho que eras tan amable como hermosa, el ningún roce mío, desposeído de mi rango, hurón que sale a la luz, me encogía doblemente, suponiendo que iba a parecerte rústico y desairado. Probablemente, seguramente, lo parecí. No hice nada tampoco por no parecerlo. En cambio, tú...

Escucha, Victoria: para expresar, en síntesis gráfica, lo que en aquella trascendental entrevista me ocurrió, voy a valerme de una comparación algo extemporánea, un poco traída de los cabellos, pero en mi caso y en mi sentir muy exacta. Adán, nuestro padre común (mira si remonto lejos para buscarla), Adán no conoció la vergüenza sino después de haber pecado. Yo no la conocí tampoco sino después de haberte visto. Es decir, que de aquella visita de Barracas salí tan corrido y humillado, por milagro de tus encantos, que todas las hojas de parra, harnero de mis flaquezas, me parecieron pocas para cubrir mi ignominia. Viéndote, me vi tal cual era, tal cual el amor de Isidora me había puesto, contrahaciéndome el ser a su medida, vulgarizándome y despojándome, a fuerza de sobarme con sus manazas de fregatriz, de mi charol nobiliario, y la vi a ella... ¡Oh, Dios! ¿Por qué se abrieron mis ojos? ¿No fuera mejor que no se abrieran jamás y no la viera tan basta, grosera y estúpida, perdida la fugaz belleza, cebo perverso de mi adolescencia, en su prístino e inmutable carácter de criada de la abuela Justa? Sí, Victoria, fuera mejor y mejor también que no acudiera yo a Barracas y no te conociera.

Porque desde ese día despertó mi conciencia, y este despertar me hizo desgraciado. Estaba contento con mi mala suerte, al menos no me daba cuenta de ella y de que podía ser mejor; la costumbre me había envilecido y anulado por completo. Y surgiste tú como redentora... Ya no viví en mi casa, sino en la tuya, espiritualmente, y me pasaba el tiempo comparando, comparando, atroz proceso para mí y para mi mujer. Por supuesto, volví a visitarte; las visitas a Barracas menudearon de lo lindo, como que los incidentes de la testamentaría se multiplicaban, y ¡figúrate!, si yo no iba a hablarte de ellos, ¿de qué manera podían solucionarse? Un día te conté mi historia, y compasiva, me estrechaste la mano: —¡Pobre Jacobo! ¡Cómo has debido sufrir! ¡Cómo debes sufrir!... —Estas confidencias eran para mí tan dulces! Nunca había tenido ocasión de desahogarme así, de explicarme, de sincerarme de un error juvenil que tan caro pagaba, y tú, pobre sacrificada a la imbecilidad de mi hermano, ni amante ni amada como tu alma y tu hermosura solicitaban y merecieran, seguías con interés, con interés de niña curiosa e inocente, el relato de aquello que no conocías y parecía tan poderoso, de fuerza tan irresistible y ciega, que trastor-

naba vidas y destinos... Y otro día, bondadosa, quisiste extremar tu benevolencia y descender de tu pedestal para visitar mi casa, atravesar los umbrales de la morada maldita que ningún Esquendo se había dignado pisar. Aterrado de mostrarme en toda la vergüenza de mi intimidad, de que conocieras a Isidora, pretendí evitarlo disuadiéndote, alegando naderías. Pero tú, que imaginabas mis sinrazones como excusas de la modestia, insististe... Y aunque fuiste y conociste a Isidora, no me retiraste tu estimación. Al contrario. Creo que me estimaste más, porque te inspiré compasión mayor. También porque conociste a Jorgina... Del perfume tuyo quedó impregnado todo, y en tal manera alegró tu presencia la casa, que ahí está todavía llena de luz y de resplandor mi alma entera. Ya no necesité pretextos para verte: el pretexto fué Jorgina. Sin duda en ella, como en mí, supiste remover el sedimento del abolengo, y hacia ti corrió encantada, como yo. Encantados los dos vivimos por ti, Victoria, y lo que la niña siente sin comprender, el hombre lo siente, lo comprende y lo expresa... Esto, sencillamente, se llama con un nombre vulgar: ¡amor! Sí, Victoria, amor, nombre vulgar y divino a la vez, que en mí significa pasión.

y hoguera, y ansia mortal. He querido ahogarlo y no he podido, tan sólo encubierto por el disimulo, como de ceniza, vive y nadie más que yo sabe que vive... Esta es la verdad. Paréceme inútil mentir y que andemos buscando otros nombres con que disfrazarlo y otras causas. Isidora tiene razón. Isidora, al acusarme, sabe muy bien lo que dice. No es, pues, locura de Isidora el condenarme porque vengo aquí demasiado, con sospechosa e imprudente frecuencia, y armar caramillos porque tomo a la niña de pantalla. Es cierto, fatalmente cierto. Lo confieso, y ante la verdad me humillo sin esfuerzo. Pero, Victoria, lo que no sabe Isidora y no es capaz de entender, en su grosería y bajeza de alma, es que el parentesco que me une a ti es obstáculo que nos desune. Yo no tengo derecho de enamorar a la mujer de mi hermano. Sería indigno que la enamorase y me asusto de pensar que este amor lleva horrible calificativo, por sí solo denigrante para el débil que se abandona. Vale decir que yo no te pido nada, ni en sueños lo he pretendido: atado como tú, como tú esclavo de leyes, de conveniencias, de costumbres, de aquel imperativo que manda en nosotros tiránicamente y al que desobedecí una vez y por des-

obedecer padezco la perpetuidad de mi cadena, no temas que yo te exija nada: el verte nada más, el oír tu voz, el rozar tu mano. lo que no se le niega al amigo indiferente, poca cosa comparada con la inmensidad de mi pasión. Desgraciado en todo, lo soy hasta en el deber de contentarme con poco y luchar conmigo mismo y engañar a los demás. Y para acordarme este favor debe bastarte la confianza, la absoluta confianza; para ello me juramento, si es preciso, de que ni he de traicionarme, ni he de comprometerte, ni he de traspasar una línea más allá de lo que marcan los miramientos. Tu honra y la de mi hermano infeliz van en que lo cumpla y lo sabré cumplir o de tu mano misma me vendrá el castigo... Ahora, Victoria, permíteme una pregunta, que el ser de la familia me autoriza a formular, no por curioso y entrometido: ¿Qué hace aquí Matías? ¿A qué viene aquí Matías? ¿Por qué anda de perrillo Matías tras de ti? Su papel de abogado consultor, su vieja amistad, sus importantísimos servicios, tantos y tales como yo reconozco pueden haber sido y tan desinteresados (y por lo mismo que no son interesados paracen más susceptibles de mal juicio), no le autorizan a esta familiaridad cerca

de una dama joven y hermosa que se encuentra, agravante de bulto, en la situación que tú te encuentras. Nadie va a tragarse que es sólo amistad su celo, y gratitud su desinterés, y deseo de mostrarse servicial su insistencia, y caridad y amor al prójimo su asistencia casi cotidiana al Asilo. Nadie, Victoria, nadie, ni las mismas ingenuas y angélicas madres, que si tienen los ojos en el cielo, ponen los pies en la tierra. En el Asilo mismo se murmura. ¿No te lo ha contado don Pedro Crisólogo? Pues tu protegido (y este carácter de protegido lo exime de toda malevolencia), el sesudo *don Tranquilito,* dice que oyó unos comentarios de la madre Visitación en que, aludiendo a la pesadez de Matías, mezcló tu nombre irrespetuosamente, y la Superiora, la madre Esteven, se corrió el otro día hasta decir viéndote entrar: —¿Sola? ¿Y el doctor Castel?...— Mira hacia atrás, Victoria, más atrás y reconocerás que las madres y yo y todos estamos hartos de razón, archirrepletos, y que no te conviene la compañía de Matías. ¿Cómo tú, tan meticulosa en todos los actos, espantadiza de toda crítica, no lo has echado de ver? No, no te conviene. Debes alejarle, debes cerrarle estas puertas y entornarle las del

Asilo. Si tu padre quiere charlar con él y convidarle, que le convide al café, y todos contentos. Así le cortarás el revesino y de raíz el murmurar que comienza, va aumentando y puede llegar a ser huracán de calumnia. Yo, tu cuñado, te lo pido, te lo exijo, en representación de mi hermano y por los fueros del apellido. Aquí nada tiene Matías que hacer. Te decidirás a ponerle en la calle cuando sepas que está chiflado por ti, el insolente, el necio... ¿Tampoco te has enterado? Si se le sale por todos los poros, y ese es el busilis de su conducta... ¡Victoria, Victoria! O disimulas o eres tonta... Y tonta no lo eres, no. Es que no lo crees, te resistes y piadosamente buscas otras razones menos comprometedoras, menos ofensivas, que ofensa grande parece la que un casado infiere a una casada poniendo en ella los ojos y el mal deseo... Te digo, Victoria, que le eches, y si no, le echaré yo. No va a ser flojo el bastonazo que se gane si vuelvo a encontrarle aquí...

—¡No podré dormir! —repitió Victoria agitándose en el canapé—. Oigo esas voces como si realmente hablaran... ¿No se callarán? ¿Será verdad lo que me dicen o fantasías de la fiebre?

Nunca le había dado con tales síntomas la jaqueca. Creyó que se calmaría haciendo luz y dió rápida vuelta a la llavecita cercana. La alcoba surgió lujosa, deslumbradora de sedas y oro; como por escotillón desaparecieron las cabezas parlantes de Jacobo y de Matías, y la pesadilla, sin embargo, persistía; las voces de rivalidad, de amor secreto, de murmuración contenida, revelando y confirmando la verdad sospechada, seguían sonándole en los oídos y allá adentro en la conciencia. Sí, sí, no era fantasía de la fiebre, caprichos de la jaqueca. Matías y Jacobo...

Se incorporó, sobresaltada, acongojada, asustada de aquella luz que se hacía dentro de ella y la descubría tales cosas. Y mató la otra, con la ilusión de que así se apagaría también la interior. Pero en seguida reaparecieron sobre el telón de sombras los dos enamorados y el sonsonete de sus parlamentos repicó más elocuente y tenaz. Entonces Victoria se deslizó a tientas hasta la puerta y abriéndola se asomó al pasillo para llamar a Domitila. A su alcance el timbre, ofreciéndose a su mano la fina perilla en el sitio de costumbre, no pensó sino en huír de la soledad y de las tinieblas. Abrió, pues, la puerta y en la

tranquilidad de la casa dormida escuchó del lado de la terraza suave melopeya, el dulce cantar salteño:

> "No me tires con piedritas
> que me vas a lastimar,
> tírame con tus ojitos
> y me vas a enamorar."

De par en par la vidriera del salón, entraba franca, hermosa y poética la luna, recortándose en el fondo de la terraza y sobre el cintillo de plata del río, apoyadas en la balaustrada, las dos siluetas de Peter y Domitila, la pareja zafia en pleno idilio, libres los dos de amarse y de decírselo, precisamente por eso, porque eran libres. Levemente anduvo unos pasos Victoria, cuidadosa de no distraerlos: el sillón que abandonó de la tertulia, junto a los otros tres, ahí estaba todavía, en la misma posición de amistad y confidencia; el cenicero, sobre la bruñida tabla de la consola, cargado de colillas, y las copas vacías de licor en revuelta formación con las apuradas tazas de café atestiguaban la deshecha compañía, el desbande de los convidados al toque de la despedida... Más allá, detrás del cristal bañado por la luna, el amo legal, Josecito, estiraba los belfos pidiendo cuentas claras.

Hada que acude a un conjuro, avanzó la joven sin ruido, resplandeciente en el desaliño de su bata rosa, la crencha rubia desprendida de la peineta, sujetando con las dos manos los encajes del seno, empeñados en desnudar lo que tenían obligación de velar fielmente, atraída por aquella escena de la terraza, aquel amor tosco y sano que al claror de la noche se expandía como el perfume de rústicas flores. Iba a llamar: "¡Domitila...!", y se calló, respetuosa y temiendo despertarles de un sueño envidiable. Sería cruel, ¿verdad?, atrozmente cruel. ¿Por qué otro medio que el de la palabra se entendían los dos? Por los ojos, por las manos... El amor es sabio políglota.

Y así como sabe darse a entender en todas las lenguas y en todas las latitudes, es desconfiado y de afinado oído. No sé qué rumor, qué crujido escuchó Domitila, y súbitamente la coplilla se le atragantó en la garganta: miró al salón, y la blanca aparición que en medio de él deslumbraba la aterró, por la sorpresa y por la culpa. Dijo: "Señora...!", cubriendo heroicamente a Peter con su cuerpo para ofrecerse ella sola a la vindicta, que cubrir a Peter era también cubrir su falta.

Pero el galán, que no era lerdo, presumiendo que algo pasaba, y no de buen agüero, se escurrió por la escalinata del jardín, y así pudo la turbia y asustada salteña adelantarse y cambiar su exclamación en pregunta:

—Señora, ¿ha llamado usted? ¿Necesita algo?

Alterada su canturía por el miedo, balbució luego:

—Tomaba el fresco... Yo le aseguro a la señora que es con buen fin...

—No lo dudo, mujer —dijo bondadosamente Victoria—, y siento haberte interrumpido. El pelar la pava no es ningún pecado. Si creerás que estamos ciegos en la casa... Peter es hombre serio, y si hay congenio y afecto, inclinación mutua, nada de interés ni de ningún otro feo sentimiento, que es veneno del matrimonio...

—¡Sí hay! —aseguró fervorosa Domitila, repuesta milagrosamente—; es decir, ¡no hay! Digo, señora, que nos queremos, y si usted y el señor consienten, nos casaremos cuando Dios sea gustoso... Esto sin dejar el servicio, que ni él abandona al señor, ni yo a la señora por nada en el mundo.

—Bueno, hija, a casarse y que San Pedro los bendiga... Ven a desnudarme.

—Voy, señora... ¡Gracias! ¡La señora es un ángel...! ¡Qué susto me he llevado, señora!

Y con mimoso empacho confesó que para alcanzar aquella felicidad había, sin embargo, un obstáculo muy gordo. Mucho, mucho. Peter era protestante y ella, la verdad, tenía reparo, así como temor de condenarse si se casaba con un hereje. Pudiendo entenderse con palabras, le sería muy fácil convencerle de que se hiciera católico y aun mahometano. Pero estas cosas por señas no se imbuyen fácilmente. ¡Si el señor Stuart quisiera dignarse servir de intérprete para tan buena obra! ¿No decían que él también se convirtió para casarse con la señora María Josefa? Pues esta colaboración en la obra magna de traer al redil la oveja descarriada (nunca la frase de cajón y el nombre simbólico fueran mejor empleados, porque era Peter manso como un borrego) se la tendría Dios en cuenta, y a la señora no se diga; seguramente Dios se lo pagaría en este mundo y en el otro.

—Sí, es preciso que me ayude la señora. Con esto la pruebo el buen fin. Sin buen fin, no me habría encontrado ahora en la terraza. La señora sabe que soy una muchacha hon-

rada. Si no, no me tendría a su lado. Y es en balde que yo le quiera explicar a Peter que si no se convierte no me casaré con él... El infierno, los diablos, el alma condenada, es imposible pintarlo por señas... No me entiende... o me entiende otra cosa.

El hada sonrió.

—Con mucho gusto, hija. No te aflijas.

¡Una obra tan hermosa! Ya lo creo que colaborarían en ella, su padre el primero, y ayudarían a catequizar al hereje. Ella le llevaría a don Medardo para que le limpiara bien de sus herejías, y en tres sesiones no más, tanta era su elocuencia y su práctica, le dejaría como nuevo, perfectamente preparado para recibir el agua de la gracia. Y siendo necesario que en la ceremonia del bautizo haya padrino y madrina, ¿quién podía ser el padrino? ¿Quién la madrina? A ver, Domitila, a ver...

—¡Si digo que es la señora un ángel! —exclamó la chica queriendo besarla las manos—; y así se me aparece ahora vestida por la luna, que no sé si sueño... Voy a darme un cachete para saber si estoy dormida...

—No estás dormida, tonta —dijo Victo-

ria—; vamos... A buena hora vienes a contarme tus secretos, cuando la jaqueca me parte la cabeza.

—¿No está usted mejor? ¿Quiere algo? Mándeme la señora.

Se apoyó en su brazo la joven, tan mareada se sentía, y lentamente salieron del plateado reguero de luz y se dirigieron a la alcoba, el ama en silencio, la doncella susurrando informes acerca de lo afligido que estaba el señor y lo alarmados don Jacobo y el doctor Castel de saberla indispuesta. Estos no querían marcharse sin que se llamara al médico, y todo era dar órdenes a Pepino y a Rémy y acudir al teléfono: felizmente, ella, Domitila, pudo tranquilizarlos, y gracias que se marcharon y se decidió a acostarse el señor, recomendando que le despertaran si ocurría algo. Como era la señora tan buena, ¿quién no iba a interesarse, a desvelarse por ella? Don Matías y don Jacobo dijeron que volverían tempranito.

Victoria trasponía el umbral de la alcoba y se detuvo de pronto. Extraña angustia, algo que la sofocaba sintió con sudores de muerte. Quiso hablar... Y tras de un esfuerzo imponderable, pudo hablar así:

—Oye, Domitila: si viene el doctor Castel, le dices que no estoy en casa.

—¿Mañana, señora?

—Mañana y siempre que venga. ¡Siempre! ¿Oyes? Si está papá, que le reciba papá.

—Bien, señora.

—Oye, Domitila —añadió después de una pausa dolorosa—: si viene don Jacobo, le dices que no estoy en casa.

—¿Mañana, señora?

—Mañana y siempre, siempre que venga. ¡Siempre! Si está papá, que le reciba papá.

—Bien, señora. Pero ¿si viene con la señorita Jorgina?

Victoria calló un instante. La implacable orden de destierro que daba en salvaguardia de sí misma, esposa digna, mujer fuerte, esclava del deber, ¿iba a alcanzar también a la niña, a herir su inocente cabeza?

—¡También! —respondió resuelta—. Jorgina no pasará si no viene sola. ¿Has entendido, Domitila? Mañana mismo, a primera hora, comunicarás a Rémy y a Pepino mis órdenes.

—Sí, señora —dijo sumisa la doncella.

No se atrevió a preguntar qué motivos había para arrojar así a los amigos de la casa, los me-

jores, los únicos. Sin duda, motivos graves. Pero, de todos modos, no estaría de más, al contrario, parecía necesario, impuesto por la cortesía, darles alguna disculpa.

—¿Y si insistieran, señora? ¿Si exigieran...? ¡Les extrañará tanto!

—¡Nada, Domitila; nada! Las órdenes no se discuten: ¡se cumplen!

Quebrantadísima, dejóse llevar hasta el canapé, y otra vez se alargó en él, resistiéndose a desnudarse y a ocupar el lecho, que la ofrecía sus cariñosas blanduras y el frescor de sus holandas. A medio vestir, si el insomnio persistía, podía buscar en el movimiento lenitivo, que la almohada sin sueño es suplicio. Y mandó a Domitila que se acostara. El quedar sola, aliviada la conciencia de aquel peso por virtud de sentencia implacable, la produciría bienestar y acaso el descanso material deseado. ¿Qué más querían de ella? ¿El monstruo, el Moloch social no estaba todavía satisfecho? ¿No le había sacrificado todo? ¿No le había entregado todo, pedazos de su corazón, despojos de su juventud? Pronto, muy pronto, otras resoluciones tan graves seguirían a aquélla, como ineludible consecuencia y complemento, y ya no existiría pretexto, ni una brizna siquiera,

para acusarla, para dudar de que Victoria Esquendo no era de las que caen ni de las que resbalan. La calumnia misma, confundida, vencida, se rendiría a la evidencia y tendría que proclamar que la virtud es algo más que una palabra.

Escuchó el recatado alejarse de la doncella y luego zumbido de voces en la puerta. Sin duda, míster John, a quien el amor paternal impedía dormir... Y poco a poco se adormecía, postrada por la lucha, en la obscuridad de la alcoba silenciosa; y así como los fantasmas vuelven cuando la voluntad deja la guardia del cerebro, en el mismo telón en que Jacobo y Matías confesaron sus íntimos pesares dibujóse otra cabeza, tan pronto los ojos de la vidente se hubieron cerrado, la linda cabecita de la menina velazqueña, de Jorgina.

—¿Es cierto, mamá Victoria? ¿Es cierto que a mí también me destierras de tu casa, me alejas de tu grata compañía? ¿Por qué? ¿Qué te hice? ¿En qué te disgusté? ¿Qué culpa puede alcanzarme de lo que papá piense, de lo que mamá Isidora diga y lo que diga y piense toda esa gentecilla que por la lengua y por el juicio se parece tanto a la misia Laurita, amiga de la vecina, que todo el día está dán-

dole gusto al pico? ¿Por ella y por todos voy a pagarlo yo y van a pagarlo los niños y los ancianos del Asilo, a quienes tienes también idea de abandonar? Ellos son tan inocentes, los pobrecitos, como yo de lo que te pasa, y las cuentas de la madre Esteven, de la madre Visitación y de *don Tranquilito* debes cobrárselas a éstos y no a ellos. Figúrate que, al abandonarlos, se quedan sin los beneficios, sin el amparo de tu grande munificencia, de tu hermoso corazón. No habrá quien te reemplace y llorarán eternamente la ausencia de su bienhechora... ¡Y figúrate qué será de mí cuando aquí me presente y me despida Pepino de un plumerazo! Como paloma que aletea asustada, me pararé en tu ventana para verte, para preguntarte... Y en mi feo nido de la calle del Buen Orden, donde todo es guerra y barullo, confiaré mis penas a Manolillo, ¡ya ves!, ¡a Manolillo! No dispondré de otro confidente, porque pronunciar tu nombre delante de mamá Isidora es desatar su furia; y mis vagares serán los paseos domingueros a la lechería de los tíos, a hablar en vascuence y volverme tan ordinaria como antes que tú me afinaras tan lindamente, porque la finura, mamá Victoria, es cosa delica-

da que hay que cultivar, y con ella pasa lo que dice el señor Capellán, lo que con el cantero de un jardín, que se llena de maleza si la pala y el rastrillo cesan de limpiarlo y acicalarlo. Ordeñaré las vacas, me pondré perdidas las manos y perdidos los vestidos en el patio, seré la criadita (quien lo hereda no lo hurta, mamá Victoria!) de la tía Vicenta y del tío Fermín, y cuando venga de Europa el zanguango de José María sabe Dios qué harán de mí, porque yo tengo pescados muchos secretos y a lo mejor se oye sin querer y más lo que no se quiere... Luego no estudiaré. ¿Por qué estudiar, si estaré muy bien de borrica en la sociedad de mamá Isidora? ¿Si no vas a estar tú cerca para avergonzarme y despertar en mí el estímulo, el deseo de parecerme a ti en persona y en espíritu? Lejos de ti, se acabó el señorío, y el fermento, la levadura servil y plebeya predominará soberana. ¿Es por esto que me rechazas? ¿Te arrepientes de tus bondades? ¡Ay!, no, mamá Victoria; que de ser buena no debe uno arrepentirse nunca... Para tus cuitas y para las cuitas de todas las mujeres, como también dice el señor Capellán, hay un recurso supremo, un consuelo inefable: ¡rezar y llorar!

Desplegó las plumitas rosadas, azules y blancas que, bajo la barbilla, mantenía cruzadas como dos alas angélicas y le tocó suavemente en los párpados. Tibio licor manó en seguida... Victoria lloraba.

VIII

—Papá, estoy decidida, completamente decidida.

Habían dejado el automóvil en la avenida principal bajo la custodia de Silverio que, con su elegante uniforme avellana, de polainas rubias y gorra de plato, le daba guardia gravemente; y por las más apartadas veredas del bosque de Palermo discurrían buscando la soledad y el libre disfrutar de la hermosa mañana. No era la hora del vano y aburridor desfile de caras serias y bustos tiesos, fúnebre procesión de maniquíes de los días de moda, y, sin embargo, el padre y la hija se excusaban de mostrarse aún a los raros paseantes perdidos en la frondosidad y el laberinto de los senderos, alejándose a paso gimnástico de todo desconocido con que tropezaban y que en el verdor marcaba antipática nota negra,

mancha del paisaje y estorbo para la meditación y la grata compañía. El sol quemaba ya como en estío, y así Victoria se defendía con blanca sombrilla, y míster John, con sombrero pajizo que, no fuera la indiscreción de las canas, le diera trazas juveniles, tan gallardo y desenvuelto parecía, un junco en la mano enguantada de amarillo y el ramilletito en el ojal. Desde la indisposición de la noche anterior la notaba tan preocupada que aquella frase, dicha con firmeza, deteniéndose y mirándole a la cara como quien ni rehuye ni teme el choque de otra mirada, le sorprendió; y se sacó el sombrero y entretejió los dedos en el copete, movimiento suyo expresivo y habitual siempre que el vuelo de una idea agitaba su magín.

—¡Decidida! ¿Decidida a qué?

—¿A qué ha de ser, papá? Pues, a irme a Europa contigo.

—¿De veras? ¿Y el Asilo?

—Velaré por él de lejos... mandando dinero, mucho dinero. La caridad es avariciosa.

—¿Y Jorgina?

—No sé. ¡Pobrecilla! Voy a extrañarla mucho... pero, no es mi hija, y no siendo mi hija... ¿Verdad, papá?

—¡Claro! —exclamó alegremente el caballero.

Fijó en ella sus ojillos cenicientos, queriendo descifrar el porqué de tal resolución, que días antes la juzgara ella imposible y contraria al buen ver y poco menos que a la decencia social. ¿No se diría que abandonaba al desgraciado marido, corriendo tras de diversiones allí donde libremente podía encontrarlas, lejos de todo contralor y de toda censura? ¡Josecito encerrado en su jaula, y ella de turista! ¡Vaya una esposa! ¡Vaya una conducta...! Toda su humilde sumisión al pensar de la malignidad, a los decires ajenos, ¿por qué milagro se había cambiado en aquella entereza y varonil afrontamiento? No contestaron a la pregunta paternal sus ojos de zafirino brillo, y la alegría de míster John estalló, sin embargo, poco cuidadoso de rastrear causas. Pues ¡claro! ¡El Asilo, Jorgina! Al fin convenía en que no eran obstáculos que impidieran un viaje de salud; sí, señor, de salud del cuerpo y del alma, y que Josecito, por loco, no tenía derecho tampoco de estorbarlo; al fin convenía en que hay cosas y hay costumbres que pugnan con la lógica y el sentido común, fuerzas morales que, al triunfar,

le daban el triunfo mayor deseado. ¡Si le parecía acabar de romper sus grilletes y hasta verla andar con más desembarazo y libertad! ¿No lo sentía ella misma? ¿No respiraba también mejor?

—Nos marcharemos... ¿cuándo? Cuanto antes. Sí, cuanto antes, no haga el diablo que te arrepientas y te venga una recaída de escrúpulos. Ahora a trazar proyectos... Es entendido que nuestro cuartel general será Edimburgo. ¡Verás qué casa la de los abuelos! ¡Qué parque! ¡Y qué mueblecitos antiguos! En la sala de billar hay un grabado en colores que representa una diosa, y es tu propio retrato. Delante de él muchas veces, Peter puede atestiguarlo, he llorado tu ausencia y mi soledad... Vamos por este otro lado, que allí viene un importuno... Pero ¿es cierto? ¿No te echarás atrás?

—No, papá —respondió Victoria categóricamente—; estoy decidida, y cuando yo me decido... nada, que ya se acabaron las vacilaciones. Por supuesto que tú harás los proyectos que quieras; tienes carta blanca y dispones de mí como si fuera todavía la niña que dejaste.

—¡Acepto, hija; acepto. Y poco que me voy yo a aprovechar de la dictadura que me ofre-

ces! Empezaré por marcar la fecha de partida: a fin de mes. ¿No hay bastante tiempo para los preparativos? Luego...

Haciendo cimbrar el junco, risueño, contento, feliz, mientras la dama, cabizbaja, atendía más al interno proceso, como si el alegre programa la interesara medianamente, míster John se despachaba con locuacidad y viveza, disponiendo extremos a todo su capricho: el buque sería inglés, él no lo quería de otra nacionalidad, y desembarcarían en puerto inglés, porque lo natural, lo obligatorio y más agradable era que la primera tierra europea que pisaran fuera la grande y hermosa Inglaterra, y de Inglaterra, Escocia, y de Escocia, Edimburgo; en la casa solariega descansarían y después sobraría tiempo, en un año, en dos, en tres... ¿Cuánto tiempo pensaba estar ausente?

—No sé, papá —contestó Victoria, soñadora—. ¡Dependerá de tantas circunstancias! Cree uno romper las cadenas que la atan a la realidad, y allá donde va las siente pesar encima... ¡Es decir, que nunca somos libres!

Pues, en tres años, pongamos tres años, plazo suficiente para que las cosas presentes se trastornaran y pusieran patas arriba, que ni las propias piedras se mantienen siempre en la

misma posición, podrían viajar por otras tierras, ver París, faro de todo turista americano que se estima, y cambiar de residencia según el cambiar de las estaciones, de modo de gustar de la perpetua primavera que el mimo del cuerpo exige, como esta espléndida, de tibiezas acariciadoras, que enverdecía y florecía el camino, el bosque entero, con pomposidad triunfal. Y resuelto así el destino que llevarían, quedaba lo demás: la casa, la hacienda, la familia. ¡Cosa más sencilla! La casa se dejaba al cuidado del señor Rémy y de Pepino, pues Domitila sería de la partida, por exigencias de su cargo y del amor, que ni Peter ni ella darían pie con bola si no andaban juntos; la hacienda se confiaba a la inteligente administración de Jacobo, lo mismo que la curaduría del demente. ¿Quién mejor que el hermano y un hermano tan cabal como Jacobo? Y si falta hacía buen consejo, apoyo profesional, ahí estaba Matías, el excelente Matías, cuya rectitud y alteza de cualidades, con ser tan elogiadas y de todos reconocidas, de ella la primera y con razón la más fervorosa, no alcanzaban toda la justicia que se debía a sus merecimientos.

—¿Qué tal? ¿Te parece bien? —preguntó

deteniéndose en la mitad del sendero, encéndido de satisfacción y de fatiga.

—Sí, papá; ¡muy bien! Ya te he dicho que me entrego en tus manos y no haré más que tu deseo.

—Pues si es así, queda todo aprobado... Ahora, sentémonos en este banco, que no sé si es el calorcito o la caminata, pero, la verdad, estoy algo cansado.

Se sentaron a la sombra de unas magnolias y míster John volvió a quitarse el sombrero y con el pañuelo, de elegante cenefa de color, secó su frente y restregó el esponjadito copete, sintiendo haber dejado en casa el quitasol, porque ¡vaya un sol! ¡Qué luz! ¡Qué fuego! Había que ponerse lentes ahumados y aligerarse pronto de ropa; ¡vestirse de dril en el mes de octubre! ¡Qué poco se acordaba él del clima bonaerense y cómo las gasta en verano!

Victoria, recostada en el respaldo del banco, bajo la seda blanca de su sombrilla, se abandonaba al letargo de la atmósfera y de su meditación; montada una pierna sobre otra, en varonil y graciosa postura, el afilado piececito avanzaba en alto, descubriendo la rosa del empeine por el calado de la media negra y ostentando el descotado zapato de tafilete y el tacón

de exageradas dimensiones. Apenas contestó, distraída:

—Sin duda, papá, ya no te acuerdas.

Y míster John insistió:

—Afortunadamente, si hemos de irnos a fin de mes, poco podrá fastidiarnos. Odio la canícula, que aplana el espíritu y abotaga el cuerpo... ¿No te parece?... Pero, ¿tú qué tienes? ¿Es el viaje en proyecto o la visita que acabamos de hacer a tu señor marido? Ya le has visto tan campante, tan sano, tan bien cuidado, con un médico especial a su servicio, con un pabellón para él solo. Cualquiera se volvería loco de gusto de verse así. Lo que es ése va a vivir más años que Matusalén, porque este abuelo de la humanidad los vivió cuerdo y la insania de Josecito, sin afanes ni pesares, le promete un siglo más, por lo menos, si no estalla el mejor día, que tampoco los locos son inmortales. Con que no pienses que va a padecer de tu ausencia o a pasarlo mal: seguirá comiendo y durmiendo como hasta aquí y su vida vegetativa no se alterará. Además, ahí queda Jacobo para vigilarle.

—No es eso, papá —respondió ella displicente—, ni nada... nada. El calor, probablemente, el calor.

—Tienes razón. Si hace aquí un resol... Mal sitio hemos escogido. ¿Quieres que busquemos otro más resguardado? Del lado del río, ¿eh? ¿O nos volvemos a casa?

—Eso es mejor. Volvamos. Este perfume de magnolia me ataca los nervios.

Cogió el brazo del padre, y por el mismo sendero marcharon despacio en busca de Silverio; pero antes dieron varias vueltas, abstraídos en su charla y en sus pensamientos, que estaba la mañana tan placentera que a su influjo se demoraban como magnetizados por el encanto. Anda, anda, anda, nunca impacientes, con flemática parsimonia, al son del crujir de sus pasos en la alfombra de pedregullo; quien se sofocaba algo era míster John, porque, la verdad, el señor sol quemaba sin compasión ni miramientos. A lo mejor plantaba el junco en la mitad del camino y decía:

—¿Te parece hora, Victoria?

—Cuando quieras, papá.

Lánguidamente se abandonaba ella a tan seguro guía, sin prisa ni mayor interés de llegar a la avenida principal, sin mirar, entregada toda a su sueño, a su cavilación penosa. Silverio, ¿adónde podía conducirla que la librara de su pesadilla? El mismo barco inglés preconi-

zado por el padre, ¿adónde? Edimburgo, la casona de los abuelos, lo desconocido, lo imprevisto, lo nuevo, ¿la librarían tampoco? ¿Acaso valía la voluntad para romper cadenas y remediar fatalidades? Y cuando el mal está en nosotros, ¿no es bagaje que a todas partes nos acompaña?

Como manos amigas que les llamaran, descubrieron los penachos de las palmeras balanceándose de lejos y se encaminaron allá, topándose con el grave Silverio, de facción, delante del lujoso y resplandeciente coche. Se refugiaron en él, y al descansar sobre el almohadillado de brocatel perla, la sombra y la frescura les supo a grato desquite... Salieron a escape, con suave ronroneo que les adormecía, y ni uno ni otro hablaron. Antes que lo pensaran, pasmosa representación de las volandas mágicas, se encontraron delante del portal de su casa, y Victoria saltó sobre la acera.

Pero míster John no bajó. Faltaba todavía para la hora del almuerzo y había de aprovechar el tiempo yendo a la agencia de los vapores. Y asomando por la portezuela la risueña cara, de sanos y juveniles tonos, añadió:

—Porque palabra de mujer el viento la acecha, hija, como a pétalo de flor, y a quien se

asegura, Dios le ayuda. No me fío de tus nervios. Hasta luego.

Sonrió Victoria y le saludó con la mano, subiendo la escalera rápidamente, y con la anuencia de Pepino, encargado de la cancela, pasó al saloncito aquel que tenía honores de despacho y donde la mesilla Imperio, la carpeta de piel de Rusia, el tintero de Sajonia, el lapicero de ónix y el papel timbrado azul pálido le ofrecían la fiel colaboración de su ministerio. No llamó a Domitila. Ella misma se quitó el sombrero de crespón y le arrojó sobre una butaca; se quitó los guantes... Y parada delante de la mesa reflexionó. Consecuencia de la idea que la preocupaba, de la resolución que había tomado, era imprescindible y no podía vacilar. Vacilar, no; pero ¿estaba demostrada la urgencia? ¿Iba a precipitarse...? Una vez hecho, no podría recoger la palabra... Justamente. Mejor. Así el padre no dudaría de la suya y quedaba comprometida a cumplirla. Hay que guardarse más de sí mismo que de los demás.

Sentóse y trazó esta dirección en la primera hoja azul: *A la reverenda madre Susana Esteven, Superiora del Asilo del Sauce.* Y escribió resueltamente, con la soltura en ella habitual, encadenando los párrafos magistralmente, atro-

pellando la pluma el enjambre de frases, tal vehemencia ponía para comunicarle que presentaba su renuncia de presidenta por razones de salud; que se marchaba a Europa; que, a pesar de ello y de todo, continuaría siendo la protectora de la institución y de la comunidad, a las que consagró sus desvelos y sus limosnas, lo cual importaba la promesa de que cuanto proyecto piadoso no se llevó a cabo, debido a falta de tiempo o de oportunidad, se realizaría tarde o temprano, especialmente el de las colonias veraniegas, fácil de realizar en el mismo año, gracias a las instrucciones que dejaba a su apoderado, el más digno que podía encontrarse, su cuñado, don Jacobo Esquendo, de quien ya tenían recibidas muchas muestras de católica generosidad. A esto añadió frases de pesar por el abandono del cargo y la ausencia, y cuando acabó y firmó sintió el estremecimiento de lo irremediable. Ya la madre Superiora no repetiría: "¿Sola? ¿Y el doctor Castel...?" Y las otras madres y el Capellán no se transmitirían sus comentarios y sus noticias a ella referentes y a los milagros, auténticos o apócrifos, del señor Stuart. Se figuraba a la Superiora leyendo su misiva en el saletón lóbrego, junto al nicho del Naza-

reno, empalidecida más todavía su carita de medalla por el disgusto y la sorpresa; y llamar, tosiendo, ¡ejem!, ¡ejem!, a don Pedro Crisólogo, a don Medardo, a la madre Visitación, a la madre Celia.

—¡Ejem! ¡ejem...! La señora de Esquendo renuncia. La señora de Esquendo se va. ¡Ejem!

Y alargársele a todos las caras, porque no iban a encontrar otra presidenta como aquella, no, señor, y si no ya lo verían, ya lo sentirían.

Cerró el sobre, y este extremo de su resolución le produjo cierto picor de satisfacción vengativa, un dejo placentero por el disciplinario correctivo. Le parecía que castigaba en el inocente rebaño monjil a todos los que de su triste situación hacían leña para la hoguera inquisitorial donde querían arrojarla. En esto la voz de Jacobo, que disputaba con Pepino en el recibimiento, después de un vigoroso toque de timbre, nuncio despótico de que llegaba el amo o quien tenía derecho a entrar libremente, la suspendió... Irguióse anhelante, escuchando, latiéndole el corazón angustioso redoble. No se movería, a pesar de todo; no intervendría, porque su presencia sería autori-

zación para forzar la consigna y desmentido para quien sabía cumplirla tan bien. Escuchaba, muy pálida, mirando a la antecámara; y entre tanto la voz de Jacobo dominaba a la del criado, y sus pasos irritados, de conquistador que asalta una fortaleza, se acercaron. En la puerta del salón, viéndola sentada ante la mesilla, inmóvil, grave, silenciosa, retrocedió el intruso. ¿Era posible? ¿Era cierto? Frente a frente los dos, no se atrevió Jacobo a seguir avanzando, pálido también el descompuesto semblante.

—Entra —dijo Victoria—, aunque no hay para qué darte permiso si tú te lo tomas.

—¿Es cierto que es orden tuya, Victoria?

—Sí, mía, para ti y el doctor Castel.

—Para Castel, lo comprendo; te importuna, te compromete. Para mí, ¿por qué, Victoria; por qué?

Adelantóse, llegó hasta ella y se sentó en la butaca junto a la mesilla, renovando su aflictiva pregunta con el tono de un niño que se duele de injusto castigo. ¿Por qué?

—Porque tú también me comprometes —contestó ella tranquilamente—. Las cosas claras, Jacobo.

—¡Yo, Victoria; yo!

—Sí, Jacobo.

No hacía mucho se lo había dicho allí mismo: que si seguía su nombre sirviendo de pelota para traerla y llevarla en chismes, de boca de Isidora a la de Blanca Rosa, y de éstas a otras y a otras, acusándola y calumniándola, le daría con la puerta en las narices. Consentirlo valdría lo mismo que acatarlo, prestándole viso de verdad, y tanto en su hogar como en el del doctor Castel continuar alimentando la discordia conyugal. Para el mundo, para este mundo nuestro americano, una mujer joven y más o menos hermosa (en su caso particular póngase el menos, en justicia), que no cuenta con el amparo de un hombre, con el escudo masculino, patente de sus actos todos, ha caído o caerá. Se descuenta su caída como algo inevitable y preciso, y el más benévolo no osara poner por ella las manos en el fuego. Vive bajo las negras alas de la sospecha, se tasan sus pasos, se tamizan sus palabras, se fiscalizan sus pensamientos.

— De esto hemos hablado muchas veces —añadió amargamente—, y sabes, por tanto, que yo no tengo derecho a nada, ni a respirar. Si vienes aquí dos veces seguidas, para el mundo no vienes a nada bueno, y si yo te recibo

debe ser para algo malo. Así es y no de otra manera. Ponerse contra la corriente es estrellarse... ¡Pues lo mejor, lo heroico, es cortar por lo sano: prohibirte la entrada!

—¡Es triste, Victoria!

—Pero, necesario, Jacobo.

—¿Ha pasado algo que justifique o exija este remedio heroico que dices?

—Nada, pero... prevenir es curar. Y como las cosas a medias no dan resultado, he tomado otro acuerdo tan... tan heroico: sí, me voy a Europa.

—¿Tú?

—Yo, sí, señor. Me voy con papá, a fin de mes. Por mucho tiempo. Figúrate que estoy por creer que ya no volveré... ¿No te parece que hago bien en buscar aire? Si aquí se empeñan en ahogarme, la manotada que doy en demanda de lo que me hace falta ¿no es natural y excusable? Acompañada del respeto que concede a mi padre su carácter de tal, creo que la señora murmuración nada tendrá que oponer. Ya ves que he buscado la mejor garantía y a todas las objeciones me he adelantado. Tú recibirás mis poderes en regla, y mientras yo vivo allá, vivo, ¿eh?, lo que se llama vivir, me representarás aquí dignamente. Y habrá paz,

Jacobo, en tu casa, en la de Castel y en la mía. ¡Paz! ¡Paz!

Aspiró una gran bocanada de aire, ruidosamente, con muestras de asfixiarse, y quedó callada, con los ojos cerrados...

—¡Victoria! —murmuró dolorosamente Jacobo.

La consternación, la emoción intensa que sentía deshilvanó su respuesta en frases convulsivas:

—No acierto a expresarte mi sorpresa... No me esperaba esto... Que eres dueña de ti misma, que puedes hacerlo, ¿quién lo duda...? Que haces bien... no sé, no puedo juzgar, no quiero juzgar. Tampoco puedo oponerme, aunque quisiera oponerme, por mil razones que en otra ocasión te daría. Ahora no, porque no las encuentro. Las busco, sé que las tengo, pero no las encuentro... Es como cuando a uno se le pierde algo que guarda en el bolsillo... Entre tanto, conste, conste, Victoria, que yo, jamás, jamás, jamás, ni en una palabra, ni en una mirada, te he dado motivo... Yo no te he dicho nada, no te he insinuado nada... ¡Eres la mujer de mi hermano, de mi hermano desgraciado, y basta! Para mi tranquilidad, para satisfacción de mi conciencia, te exijo que me de-

clares que esta resolución tuya, que respeto, que tus órdenes, que acataré desde luego rigurosamente, sin discutir, no se refieren a hechos míos, ni tienen su causa en mi conducta... ¡Mi conducta siempre ha sido íntegra, correcta, Victoria!

—¡Siempre, Jacobo! —exclamó ella vacilante entre la serenidad y el abandono, reprimiendo las lágrimas—. Me complazco en declararlo: tu conciencia puede estar tranquila... y la mía también. Es en vano que busques las razones que dices: hay una, una sola, que aconseja, que impone la necesidad tiránica de mi viaje, y ésa tú y yo sabemos cuál es. ¡No hablemos más. Lo que no debe ser, no puede ser!

Se levantó y volviéndose para que no la viera, se pasó el pañuelo por los ojos. Precaución inútil, porque Jacobo había dejado caer su frente sobre la mesilla, abstraído silenciosamente.

El señor cardenal, desde el comedor, rompió en alborozados trinos, y durante largo espacio su cantata resonó triunfante. Jacobo se puso de pie. Dueño ya de sí, calmado por el esfuerzo de su voluntad, acercóse a Victoria.

—¡Tienes razón! —dijo suspirando—. Lo que no debe ser, no puede ser. ¡No será, pues-

to que nuestro destino, nuestras comunes cadenas, nuestra comprensión del deber lo mandan! Pero permíteme que te pida un favor: ¡llévate a Jorgina! No quiero que Jorgina, en manos de Isidora, se eche a perder. Se convertirá en una Chavarría más, mujer probable de aquel José María de *La Vitoriana,* y el que ella también se degrade, como yo, me espanta. Esto tampoco debe ser, y, por tanto, no puede ser. ¡Ayúdame tú para que no lo sea. Que todo caiga sobre mí, pero que se salve mi hija!

—Isidora se opondrá.

—No se opondrá.

—Sí, y como una loba a la que quitan su cachorro, se arrojará sobre mi nombre para morderlo.

—Soy el marido, soy el padre y me asiste el derecho de disponer de los destinos de Jorgina. ¡No faltaba más! La pondré bozal a mi mujer, como a un perro rabioso... ¿O es que te niegas y te cuesta, te molesta aceptar la responsabilidad, el estorbo? Tal vez en esa nueva vida que vas a disfrutar a pulmón pleno, Jorgina te estorbará...

—Al contrario: su compañía me será gratísima y consoladora.

—¿Convenido entonces?

—Convenido... siempre que Isidora...

—¡Yo me encargo de Isidora!

Como sanción del pacto, Jacobo hizo ademán de ofrecerle la mano; pero la de Victoria no acudió a recibirla. Se miraron, y sus ojos, temerosos del encuentro, avaros de su secreto, se escondieron súbitamente debajo de los párpados.

El dijo:

—Te agradezco con toda el alma esto que haces por Jorgina. Así quedo tranquilo. Se salva ella, se salva el apellido y en cierto modo rescato mi falta. Para mí ¡figúrate! su alejamiento será muy penoso... La casa aquella, que ella ilumina, la mujer aquella, que tú has contribuído inocentemente a desenmascarar, a mostrarme tal cual es, van a parecerme peor de lo que son. Presiento días terribles, noches espantosas. Bueno. Sabré hacer frente a todo. Ni tu ausencia será eterna, ni eterna mi desgracia. ¡No hay nada eterno en el mundo, Victoria...! ¡Adiós! Ya sabes que, respetuoso con tus órdenes, no volveré a esta casa, si no me llamas. Todo lo relativo al viaje y a tus asuntos, de los que me encargaré muy a gusto, los trataremos cuando quieras, no como cuñado y cuñada, sino como propietario y administrador.

Entre tú y yo el mundo ha puesto una barrera. No seré yo quien la salve, ni tú tampoco. ¡Que nos lo tenga en cuenta quien reparte premios y castigos...! ¡Adiós, Victoria!

—Adiós, Jacobo —contestó, ahogándose, la joven.

—Espero, por lo menos, que no me faltará nunca tu compasión.

—¡Ni mi amistad!

Le siguió hasta la antecámara, y por el cristal de la cancela le vió bajar la escalera con tal prisa que parecía que, a empellones, a voces, le arrojara de allí la fatalidad, maga que teje el destino de los hombres. Luego no vió nada, o porque Jacobo había desaparecido o porque el cristal quedó empañado con sus lágrimas...

Y Jacobo, mientras tanto, atrapaba al pasar la primera *victoria* (¡oh atractivo del nombre amado!), y daba tartamudeando las señas de su casa, de su agujero de hurón, al correcto cochero uniformado de gris; como un fardo arrojábase sobre el asiento y a la grata sombra de la capota aliviaba su cabeza del sombrero de paja y se dejaba arrastrar por el trote del vivo caballo criollo y el furioso galopar de sus pensamientos; viaje material y mental tan opuestos que a la vez que su cuerpo iba cami-

no de la calle del Buen Orden, su imaginación volvía a la Avenida y en casa de Esquendo y en el salón de la cruel conferencia reciente se introducíán de nuevo, y una por una, cuentas cuyo hilo se rompió y se dispersaron, encontraba las razones olvidadas y las presentaba a la hermosa cuñadita para convencerla de que la inflexibilidad es dureza y el deber un señor atrabiliario y despótico, al que si hay que respetar, no debe concederse todo lo que exige, sino contemporizando, en lo mínimo y en lo inocente, con la humana flaqueza. Bien estaban las precauciones y la defensiva vigilante, la reservada discreción, la compostura, la supresión, si necesario fuese, de toda confianza; pero, el destierro suyo, el extrañamiento de ella, ¿no eran medidas harto radicales, injustificadas, puesto que él jamás, jamás...? ¿No lo había reconocido así ella misma? ¿Entonces?

Pensó en la horrible soledad de su casa sin Jorgina, y se vió en las rudas manos de su mujer, de su criada, ya sin aquel arrimo consolador que el parentesco le había deparado, consolador y regenerador, hasta el punto que a él debía la redención suya. Y con el sombrero se cubrió la cara, creyendo que así huía de aquel espectáculo y se libraba del cavilar en que le

había sumergido la inesperada, la sorprendente y dolorosa nueva.

Tanto se retardaba en casa de Victoria, empeñado en defender su causa, más se apresuraba el caballo en conducirle a la suya y, a pesar de obstáculos y rodeos mil, aquí me paro, allí retrocedo, vuelvo esta esquina, por la otra no paso, que tantos y tan grandes son en estas maldecidas calles bonaerenses, donde el correr es insólito y no es llevado quien no va en procesión o de entierro, al fin le dejó ante su puerta, sin que el triste lo notara, y ahí se estuviera reclinado y absorto sabe Dios cuánto tiempo si el cochero gris no le advierte:

—¿Es éste el número, señor? Hemos llegado.

Descendió Jacobo, y casi tropieza, que más difícil es bajar de las nubes que de un carruaje; dió al otro los pesos que marcaba la tarifa y la propina que pedía la mala costumbre; entró en el zaguán, subió lentamente la escalera de caracol... En los lienzos de la pared del vestíbulo había pintadas a la aguada figuras alegóricas, mujeres coronadas de flores, de espigas o de pámpanos, representación de las estaciones, y la que daba frente al portal, la Primavera, le sonreía siempre que entraba,

sonrisa igual a la de Victoria, con el mismo repliegue gracioso del labio, leve, discreto y suficiente, no obstante, para dar luz, vida y encanto a todo el rostro. Pues aquella mañana no le sonrió la Primavera: algo, una sombra, unos granos de polvo, quizá, desfiguraban la boca, que mostraba gesto idéntico al de la otra, cual si pronunciara la frase durísima:

—¡Lo que no debe ser, no puede ser!

Jacobo tiró de la anilla de metal, y a su conocido llamamiento acudió Jorgina, que le abrió. Colgóse de su cuello la niña y tuvo el infeliz el consuelo de besarla con ansia tal, con tan impetuoso desborde de amor paterno, que era como si la hubiese perdido y la hallara de nuevo.

—¡Ay, papá! ¡Que me haces daño! Mira, me has deshecho el lazo, y después mamá se enfada...

Sin soltarla fué con ella por el pasillo y entraron los dos en el cuarto de estudio, revuelto nido de pájaro, donde los libros alternaban con las muñecas y las golosinas y había sombreros de colegiala pendientes del mismo clavo que los diplomas y un trompo irreverentemente sobre un diccionario, y un teatro infantil erigido a la puerta de la biblioteca, y ovillos

de lana rodando por los suelos, y cintas y hasta retazos de seda que sirvió para alguna complicada obra de modistería, galas de la *Pepona* mayor sin duda, y que no pudieron terminarse, pues ahí estaba en el sofá en camisa la muy descarada, piernas y brazos a la vergüenza pública.

Ocupadísima la señorita Jorgina, casi no deja entrar al padre en el santuario. Porque a las dos venía la maestra y no se sabía su lección de Geografía. Tenía que concluír un mapa, el de Inglaterra, y ya había preparado los lapiceros de colores, el papel satinado... ¡Iba a hacer un mapa más bonito! Con un cuidado, con un esmero, sin borrón ninguno ni curva; pues ya se merecía todo esto, poner los cinco sentidos, la patria del señor Stuart, ¿verdad? Mamá Victoria, cuando lo viera, quedaría encantada y se deslumbraría, ya lo creo, con las letras de oro que pondría para señalar a Edimburgo.

—Esta es la tinta, ¿ves? Me la acaba de hacer Manolillo, y yo aprovecho ahora que mamá Isidora está en la cocina haciendo su bacalao a la vizcaína.

Algo de esto se denunciaba de lejos, en efecto, y las narices de Jacobo, pese a toda su

amargura, acogían con agrado el tufillo; tanto puede la materia y con tiranía tan grande reina y gobierna en el individuo.

—¿Vas a estarte quieto, papá? —repuso la niña solemnemente—. Porque si no... ya sabes, te echo y cierro la puerta. Siéntate ahí, al lado de Mariquita... Mira qué adelantada voy: esta es Escocia y aquí tengo que escribir el nombre de la capital. Es tan largo, que no me va a caber.

Muy atenta, mientras Jacobo amorosa y tristemente la contemplaba sentado junto a la alegre damisela descamisada, cogió el frasquito de tinta, y por su estrecha boca metió la pluma con delicadeza, con infinita precaución, de temor de volcarle.

—Digo que no me va a caber el letrero. Son muchas letras. ¡Jesús! ¿Por qué harán ciudades con nombres tan largos?

Y de repente, por más esmero que puso, ¡cataplum!, se volcó el frasco y pintó sobre el papel un mapa tan primoroso, todo de oro, como no lo podría hacer ella nunca, con mayor seguridad de contornos y más rapidez; un continente entero, maravillosamente surgido de la blancura. Jorgina dió un grito y levantó sus manos, doradas también.

—¡Ay, qué desgracia! ¿Ves, papá? Tú tienes la culpa, por haber entrado. Me has puesto nerviosa, me has besado con tanta fuerza... Ahora mamá Isidora me castigará y la maestra me castigará...

—No te castigará nadie, tonta —intervino el padre, solícito—. Ríete de lo sucedido, más bien. Manolillo comprará otro frasco y harás otro mapa... no como ése, pero tan bonito, y mamá Victoria lo admirará de seguro... Límpiate las manos, que te pareces a Mariquita y se dirá que escribes con los dedos. Y aprende bien la lección de esta tarde, porque es preciso que conozcas a la patria del señor Stuart y a esa ciudad de nombre tan largo que quieres dorar para que resalte más... ¡A ella vas a ir pronto, hija mía!

—¿Contigo, papá?

—No.

—¿Con mamá Isidora?

—Tampoco. Con mamá Victoria.

En el agua del palanganero lavaba Jorgina sus manecitas y pretendía desdorarlas a restregones cuando oyó aquello tan extraordinario y pasmoso. ¡A Edimburgo! ¡Y con mamá Victoria! ¡Qué gusto!... Pero ¿no sería mejor con el papá también? ¿Por qué no podía

ser? Lo que se desea, habiendo dinero, no es imposible realizarlo... El también, él también. ¡E irían en uno de esos buques tan grandones y verían tantas cosas lindas! Ahora sí que se alegraba casi del estropicio y lo tenía por buen agüero. No haría más mapas, ni había para qué comprar nueva tinta. Aquella ilusión del viaje bastaba para dorar su imaginación entera.

—¡Mamá, mamá Isidora!

Quiso Jacobo detenerla. No estaba preparado para la batalla y temió el ataque súbito de su mujer, enardecida por el calor del fogón. Pero Jorgina iba disparada por el pasillo, las manos sin secar aún y gritando alegremente:

—¿Sabes, mamá Isidora?

No estaba el cuarto de estudio, la escuela, que llamaban por antonomasia, lejos de la cocina, sino al contrario, muy cerca, como contiguo al de trastos, discreto locutorio de la dueña de casa y la vecina inválida. Así no fué milagro que apareciera inmediatamente Isidora de delantal y armada del cucharón de palo con que daba punto al sabroso guiso vizcaíno, arrastrando a la niña miedosa y ya arrepentida, sin duda, de haberla confiado, en el alborozo de la sorpresa, tan grave noticia, capaz de

hacerla torcer el gesto y despegarla de sus cacerolas.

—¿Qué dice esta loca? —preguntó embistiendo desde la puerta—. Eso del viaje ¿es cierto o es broma?

—Es cierto —contestó tranquilamente Jacobo, dispuesto desde luego a aceptar el combate, que más valía temprano que tarde, si era imprescindible darlo.

—¡Ah ya...! Pues, mira, no me disgusta, no.

¡Un viaje a Europa, la última expresión de la elegancia, que no todos pueden realizar! Y pocas ganas que tenía ella de volver a Amurrio, su bonito pueblo alavés, cuna de los Chavarrías, de donde salió a los quince años y no visitaba desde entonces; visita conmovedora que ya la hacía cosquillas en los ojos, como cebolla picada! Había de prevenir a los parientes, a toda la cáfila de tíos, primos y sobrinos, que bajarían a la estación a esperarles con blusas y boinas nuevas, ellos; con faldas muy huecas y plegadas, ellas, y vistosos pañuelos de seda en el rodete. Y en cuanto a la fecha, que la fijara cuanto antes y se la dijera a tiempo, porque esto de armar baúles no es cuestión de dos días ni de cuatro

tampoco. Además, era necesario preparar la casa, hacerse de ropa...

—Te digo que no me disgusta, Jacobo. Todo lo contrario. Y hasta por ciertas razones, que callo, creo que a ti te conviene más que a ninguno. Ojos que no ven... etcétera.

Dejaba el marido que hablara a su gusto, ante el asombro de Jorgina, que la miraba con los suyos tan abiertos como la misma Mariquita, porque aquel programa amurriense, nada seductor, estaba muy lejos de parecerse al que le acababa de ser ofrecido, dorado y todo; pero cuando por tan malo y extraviado camino vió él que se deslizaba, la atajó diciéndola:

—No, Isidora; no es eso. Hay viaje, sí, y no contigo.

—¿Contigo entonces? —saltó la mujer.

—Tampoco.

—No te entiendo. Jorgina...

—Sí, Jorgina irá a Europa; pero no contigo ni conmigo.

—¿Sola?

—Escucha.

El señor Stuart y Victoria se marchaban a Europa. Sí. ¿Qué tenía de particular? ¿A qué

ese gesto de asombro?... ¿De alegría? ¿Por qué?

—A enemigo que huye... —rezongó Isidora.

—Déjate de refranes y de malicias y escucha —insistió Jacobo—. Escúchame con todas tus entendederas abiertas... Y como se marchan, he pensado que Jorgina...

—¡Ay, qué risa!

—Que Jorgina puede marcharse con ellos, aprovechar de la ocasión para ingresar en un colegio europeo donde aprenda a ser la señorita que yo quiero que sea, digna de llevar su apellido.

—Claro, no lo grosera que yo he de hacerla, por no entender de señoríos ni de aristocracias. Para señoríos, la cuñada. ¿Qué mejor maestra de remilgos y pinturas? Quieres que la niña sea una cómica y piensas que no basta con el ejemplo de honestidad y de mujer hacendosa que yo le doy. Bueno, piensa lo que gustes; pero cuando se trata de resoluciones, mi voluntad cuenta tanto como la tuya. Y yo no consiento ¿entiendes? que se separe de mi lado Jorgina y se vaya con esa... con esa señora de las caridades. ¡Se arranca una hija a una mala madre; a una buena, y

yo lo soy como la que más, no!... ¡Ay, qué risa!

—Haces mal, Isidora, en reírte de lo que va en serio y peor en tomar por los cerros del disparate y de la injuria, que es tu camino de cabra montés. Aquí no se trata de violencias, sino de algo que lo tengo muy bien pensado y madurado, de algo que importa mucho a la felicidad y al porvenir de la niña. Jorgina...

—¡Jorgina no se separará de mí!

—¡Se separará!

—Soy su madre y no lo consentiré.

—¡Soy su padre y lo mando!

—Eso será lo que tase un sastre.

—¡Aquí no hay más sastre que yo!

—¡Qué risa! Que no me ría... Pues claro que he de reírme de tus bravatas. ¡Quitarme a la niña! Y para que se la lleve esa... ¡Aunque fuera por un mes, ni por un día! ¿La enseño yo algo malo? ¿Va a mancharse, a estropearse a mi lado?... ¿Qué te da ahora con esta tocata? ¿Quién te ha metido en la cabeza semejante idea? ¡Y quién será sino ella!, que desde que por nuestro mal la conociste, te has vuelto estúpido e intratable, desdeñoso y huraño conmigo que, quieras que no, rabies

o no, te tires de los pelos, bufes y pataleés, por la ley, por la religión, soy tu esposa, ¡tu esposa!

—No me obligues, Isidora, a decirte lo que no deseara... Pues, te lo diré, ya que has dado suelta a tu geniazo y lo echas sobre mí como un mastín. ¡No eres mi esposa, a pesar de todas las leyes del mundo; eres mi criada! ¡La criada, que decía mi abuela, eternamente la criada! Y siéndolo en esencia, pretendes rebajar hasta ti a Jorgina, hacer de ella una criada también, degradarla como a mí, y lo mismo que de un Esquendo sacaste un Chavarría, probablemente el más bajo de los Chavarrías, de esta Esquendo en capullo intentas sacar otra entregándola a tu primo envilecida... No niegues, que lo sé, conozco tu proyecto abominable. ¿Quién me lo ha dicho? Nadie, el aire, la intuición, corazonadas, aldabonazos del instinto que nos advierte del peligro... Pues esto no será, porque no se engaña y arrastra a un hombre como a un adolescente, y yo no soy ya aquel imbécil enamorado de tu escoba. El tiempo pasa y nos cambia por dentro y por fuera. Cambiados estamos los dos, señora esposa o señora criada, y por mi parte tan radicalmente que ni me

embelecas ni me asustas, y todos tus gritos son para mí lluvia de la que no se hace caso.

—Lo veremos, Jacobo, que menos caso hago yo de tus insultos. Desahógate y ven después a ponerme freno.

—Tienes tú la culpa, que empiezas.

—Y tú, que sigues. Pero esto no quita a lo principal: que Jorgina no irá a Europa.

—Irá.

—No irá.

—Irá, porque yo quiero, porque yo mando que vaya. ¿Te parece a ti, desgraciada mujer, que es buen ejemplo este que le das, que le damos, si quieres, de estas reyertas soeces delante de ella? ¿Y a diario, a cada rato? Las maneras que debe tener, la distinción, la finura, la educación exquisita, todo esto, indispensable, obligatorio en ella, ¿vas a enseñárselo tú? A fregar, sí; a barrer, sí; a guisar, sí... ¡Pero, a ser una señorita! Isidora, Isidora, déjame en paz y vuelve a tu fogón y no salgas de la cocina, que bien estás allí: es tu templo, y el aceite, tu incienso, y es allí donde tú mandas sin discusión.

—¡Jacobo, Jacobo, cállate o reviento...! Yo mando en toda la casa, ¿oyes?, y en ti también; que el haberte rebelado desde que la cuñada

¡mal rayo la parta! se atravesó en nuestro camino, no por eso negarás que mi voluntad fué siempre la tuya y en mis manos fuiste un cordero...

—Fuí... Pasado vergonzoso, afortunadamente pasado.

—Y lo serás a la fuerza. La ley me asiste.

—Guarda el Cristo, que no me asusta.

—Acudiré a los tíos.

—Poco me importa.

—Consultaré al doctor Castel, y este pleito te costará caro.

—Más caro te costará a ti, que saldrás con las manos en la cabeza.

—Jorgina no se irá.

—Se irá.

—No.

—Sí.

—¡Jacobo!

—¡Isidora!

Se ha dicho que la dama vascongada entró en el pacífico retiro de la escuela con un cucharón; y como es cosa sabida que en toda guerra son los neutrales los que pagan el pato, en este desorden conyugal de la calle del Buen Orden fueron la infeliz Mariquita, que esperaba sentada que la vistieran sus galas, y

el bacalao a la vizcaína, las víctimas, porque, separados ambos contendientes por la mesa de estudios, quiso Isidora (agotadas las razones y la paciencia) levantar el arma y dar con ella un golpe convincente, empujó la mesa, la mesa cayó sobre Jorgina que, medrosa y llorando, se había abrazado a su muñeca, y ésta, abiertos los brazos, cayó de los de la niña y se rompió la crisma, a tiempo que del fondo de la cocina venía el acre olorcillo del guiso pegado a la cacerola, y acudían desolados, a tanto estruendo, llantos y espantosa batalla, con la pincha el gran Manolillo, y en el cuarto de los trastos sonaban, pam, pam, pam, los golpes del palitroque de Blanca Rosa preguntando lo que nada le importaba y, sin embargo, ¡oh, adivinación asombrosa!, le importaba tanto.

IX

No se cuidó Isidora de satisfacer la curiosidad impertinente de la vecina, por supuesto, ni mucho menos. Sobraba tiempo para ello y para escuchar su comentario jubiloso, que no sería otro que la misma frase que a ella se le escapó cuando no le habían tocado aún en carne viva: aquello del puente de plata tendido al paso del enemigo en fuga; porque Blanca Rosa, en el viaje de Victoria, no vería más que el despejo de su campo y el acabarse de la tentación y del peligro amoroso del marido; no tenía hijas que corrieran el de ser arrancadas de los brazos de su madre...

Se aliñó como pudo y como sabía, que era lo más elemental del mundo; todo al decoro y nada a la moda, y de velillo, que ella no tuvo relación con sombreros de ninguna forma ja-

más, sin catar el almuerzo, sin hablar con nadie, ni aun con Manolillo para las imprescindibles órdenes de costumbre, repetidas, multiplicadas y asimismo olvidadas del pilluelo apenas daba la espalda, marchó a casa de los tíos más veloz que una bala. No tomó coche ni tranvía, por dos razones: porque estaba segura de llegar andando al mismo tiempo, si no antes, y porque economizaba unos centavos; pues aunque es más respetable la suela de los zapatos que la planta de los pies, cuesta doble, al cabo, la comodidad del arrastre.

Así llegó a *La Vitoriana;* pasó sin mirar a la vaca de alabastro del escaparate y entró por el zaguán y por la puerta de la salita disparada; y toda roja, pinchándole los labios, como abrojos, las palabras de cólera, dijo en vascuence:

—Aquí estoy. Vengo a que me amparen. Si no me amparan de las demasías de ese hombre, es que no son ustedes de mi familia, ni habrá justicia, ni Dios en el Cielo... Bronca, sí; hemos tenido bronca, la más tremenda de todas. Verán.

Acababan los tíos de almorzar. El tío Fermín, coronado con su boina y en mangas de camisa, daba el último beso a su copa de vino

tinto, tan encendido como él y aplanado por el calor y la digestión, y la tía Vicenta cascaba nueces, recogiendo de sobre el mantel la pepita para metérsela en la boca y las cáscaras para depositarlas cuidadosamente en un plato: echaba un vistazo a la tienda por el hueco que descubría la cortina de yute rameado, prendida de un alzapaños a fin de facilitar la vigilancia, y daba su pasadita de mano por el pechero entre nuez y nuez.

—¿Qué hay, mujer? —dijo el tío Fermín casi soñoliento.

—¡Isidora! —exclamó la tía.

Broncas las tenía a diario, espoleada por su mal genio, tormentas de verano que luego quedaban en nada. ¿No le habían aconsejado, no le predicaban siempre lo mismo: que mirara lo que hacía, porque Jacobo podía cansarse y esto a nadie convenía, a ella menos? ¡Jacobo! Un hombre tan cabal, un hombre tan generoso...

—¿Verdad, Vicenta? ¿Hay otro hombre como Jacobo? ¿Y no es ésta la más loca de las mujeres comprometiendo su suerte con riñas sin fundamento?

—Verdad, Fermín —contestó el eco de la anciana—. Isidora no tiene perdón de Dios

por lo que hace... Siéntate. ¿Has almorzado?

—¿Yo? Veneno. ¿Qué bocado quieren ustedes que pase, qué paciencia ni qué miramiento he de poder yo tener si me quieren quitar a mi hija? Sí, sí, a Jorgina. Y esto, no; antes me matará, antes me dejaré quemar viva.

Depositó la copa sobre la mesa el rollizo industrial y miró a su mujer. Ella abandonó el cascanueces y se dió tres pasaditas en el pechero. ¡Quitarle a Jorgina! Esto era muy grave, ¿verdad?, muy grave.

—Como que ha sido la bronca más espantosa —añadió Isidora soltando el trapo con gana—. Figúrense ustedes que la otra...

—¿Quién es la otra? —preguntó el tío Fermín—. Habla claro, porque si todo lo atropellas no te entenderemos.

—Sí, nos confundes con tus gritos —repuso la tía Vicenta—. Cálmate, que no te oigan los dependientes, y habla claro.

—¿Quién ha de ser la otra? Victoria Esquendo, la cuñada.

—¡Ah!

—¡Ah!

—Pues la señora Victoria, que ya saben ustedes cómo me trae a Jacobo y de qué mane-

ra ha trastornado mi casa, hasta el punto, tío Fermín, hasta el extremo, tía Vicenta, que ella es la que nos gobierna a todos y la que hace llover y lucir el sol por no sé qué poder diabólico que, de lejos e invisible, la convierte en la soberana, en la tirana nuestra... Se va a Europa (esto no tiene nada de particular; que se vaya bendita de Dios y no vuelva), y con tal motivo le ha insinuado a Jacobo (¡ella ha de ser, por fuerza!) la idea de llevarme a Jorgina... Voy a sentarme. No puedo con mis piernas. No puedo con mi cabeza. La vista se me enturbia... Y es de eso, tía, de la pelea, del disgusto... Porque ya sé y así lo hago, créanmelo, a pesar de mi fama de rabiosa, que debo ceder y cedo; yo ¡esto!; pero en lo que sea razonable o sin importancia. En lo de hoy, ¿cómo voy a ceder? Nunca, nunca. Le he dicho que no, que mi hija no se la lleva esa señora, y aquí vengo a que ustedes se pongan de mi lado, que el parentesco lo manda, y me ayuden a salvar a Jorgina, yendo usted en seguida, tío Fermín, a cantarle las verdades a Jacobo; a convencerle, por las buenas o por las malas.

El tío Fermín se rascó la nuca, y al hurgar

de sus dedos la boina se le fué casi encima de los ojos.

—Vamos por partes, mujer —dijo—, y obremos con calma; que eso de embestir con los ojos cerrados se deja para los toros. La señora de Esquendo quiere llevarse a Jorgina... ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Por mucho tiempo? Los viajes a Europa de la gente del gran mundo no suelen ser eternos.

—¿Por qué ha de ser, tío Fermín? Para separarla de mí, que soy mujer ordinaria, incapaz de enseñarle las finuras que ellos quieren que adquiera. Dice Jacobo que la pondrá en un colegio y la hará educar a su gusto. Y como para esto se necesitan años, por lo menos unos cuantos, para mí una eternidad, voy a verme separada de mi niña, si usted no se opone también y me presta la ayuda que le suplico.

—El caso es, hija mía, que, mirándolo despacio, Jacobo está en su derecho, ¿verdad, Vicenta? A mí que no me saquen del terreno de la razón, que en eso soy muy bruto... No te sofoques, y escucha. Jacobo cree que su hija se educará mejor en Europa que aquí. Bueno. Allá él. ¿Qué pariente, ni qué juez puede obligarle a que piense lo contrario? Si tú

no lo has conseguido, tampoco lo conseguirán los demás. Porque, y esto es esencial en tu pleito, Isidora, Jacobo no te quita por indigna a tu hija y te separa de ella para no verla más. Se trata de educarla, simplemente, como él lo entiende, lo cual varía mucho y cambia la cuestión, y en ello no veo yo, ni verá nadie, mal ninguno. ¿Verdad, Vicenta?

—Verdad, Fermín —contestó la tía Vicenta con tranquilo menear de la cabeza—. Si tuviera Isidora dos dedos de frente no se opondría y armaría estos escándalos. ¿No nos hemos separado nosotros de José María? ¿Y por qué? Pues para educarle mejor y nos venga hecho el hombre que deseamos. Jorgina volverá hecha una gran señorita y Jacobo obra bien en confiarla al cuidado de esa señora, a la que yo no conozco, pero ha de ser muy digna cuando él lo hace.

Isidora saltó, y levantando la silla en que se sentaba la perniquebró de un porrazo.

¿Ahora salían por ese registro, poniéndose del lado de ellos, justificando y aceptando el atentado? ¡Claro, como que no era la sangre, el corazón, quien les dictaba tales palabras, sino el interés, el interés maldito! Estaban vendidos a Jacobo por el préstamo y nada

osarían contra él, aunque intentase el mayor desafuero. Tonta de sí que no lo pensó, que eran los deudores, los criados de Jacobo. Capaces serían de afirmar que el viaje de Jorgina facilitaba el gran proyecto urdido entre los tres, pues si iba la chica a Inglaterra, en Inglaterra estaba el muchacho, y allí se verían. ¡Bobos! ¡Necios! Cuanto con mayor señorío se barnizara a Jorgina, más la alejaban de José María, de modo que podían ya dar por fenecida su pretensión de casarle con una Esquendo. ¿Es decir que no la amparaban, que no la ayudaban?

—Peor para ustedes —concluyó furiosa—. Ya se arrepentirán; pero será tarde, muy tarde. Me voy. No me despido. Conste que no me despido.

—Quien más grita menos razón tiene —dijo el tío Fermín con trazas de enfurruñarse—. Mira que yo también tengo malas pulgas, y los gritos me hacen el efecto de aguijones... ¡Anda, venenosa! ¡Desgraciado de nuestro pobre Jacobo, que tiene que aguantarte!

—¡Mujer, no seas así! —suplicó la tía, conciliadora—. Se te pone la razón delante y no discutes, muerdes... Y rompes siempre al-

go. La última vez fué un florero. Otra, el cristal de don Carlos. Hoy, una silla.

—Se pagará, tía. Vaya usted poniendo precio. ¿A cuánto la sillita? Le advierto que es vieja y está bastante estropeada...

Y como abriera la cartera con febriles y malhumorados tanteos, rugió el tío Fermín:

—Ea, déjanos en paz, ¿entiendes? (*Levantándose y acercándola a la cara la manaza, que blandía amenazadora.*) A ti te hace falta esto. Lo que yo siento es, cuando te traje del pueblo, no habértelo servido a diario. Mujer que discute, casa perdida; mujer que chilla, hace sordo al marido. Y lo que te digo es que Jacobo da muestra de su buen sentido mandando a Jorgina a tomar aire. Porque no basta ser honrada; hay que saber ser madre y saber... muchas cosas, que no has podido aprender, sencillamente porque no te educamos para señora, y cada cual, según donde lo ponen y para lo que lo ponen, así sale, y según las facultades que Dios le dió. De nosotros nunca recibirás malos consejos, nunca los recibiste; así el que te damos es que te aguantes y te resignes a la separación condicional de la niña y respetes la voluntad de su padre, que, como hombre de superior esfera,

sabe más que tú y que nosotros. Resignación y acatamiento. Y nada más, señora sobrina. Refrena tus furias, trágate tus malas palabras, no des suelta a tus pícaros pensamientos y deja que las aguas vayan por donde han de ir, aun cuando tú te empeñes en torcerlas o detenerlas. ¿Verdad, Vicenta?

—Verdad, Fermín.

—Y no cuentes, por supuesto, con que yo vaya a cantarle verdades a Jacobo. Si fuera, serían éstas y no otras, que no siento... A mí que no me saquen de la razón... Mañana me voy al campo, a ver unas vacas que he comprado. Cuando vuelva, si Jorgina está aquí todavía, me la traerás, que el ser señorita no le impedirá despedirse de su tío, antes debe mandárselo la educación y el cariño... Porque ¡mira si ha jugado en ese patio! ¡Y las veces que la he paseado montada en estos brazos!

Isidora, trémula, con hormigueos coléricos en la lengua, en las manos, no contestaba. Si habla, se dispara. Y le pareció que lo mejor era marcharse; pero dignamente, sin despedirse de los cobardones que, por interés, se plegaban al partido contrario, desamparándola en su cuita maternal. Dióles la espalda, con la misma brusquedad y menosprecio que la daba

a la lógica siempre que esta buena amiga de la conciencia se permitía amonestarla, y sin decir adiós salió al zaguán y a la calle, quedando en la acera indecisa y a la verdad mareada, completamente mareada, pues hay que recordar que con el berrinche no había almorzado y los restos de la comilona de los tíos la hicieron cosquillas en las narices, en el paladar y en el estómago. ¡Ay, Jesús! ¡No hay pena sin pan, ni pan sin pena!

Los bollos del vecino escaparate, las copas con sus servilletas de flecos, la invitaban, la atraían... Pero, si entraba, los tíos la verían desde la salita, y prefirió echar a andar. Era la hora en que el doctor Castel estaba en los Tribunales. Si no, iría a su bufete, aunque corriera el riesgo de que los sabuesos de misia Laurita la descubrieran y le fueran con el soplo. ¿Qué la importaba? Antes, probablemente, se lo contaría ella misma a Blanca Rosa, en su ansiedad de desahogo y consejo.

Porque no le quedaba más recurso que el doctor Castel. En su vida de hurona, de absoluto y egoísta aislamiento, no disponía de otra relación utilizable, ni de confianza siquiera. La madre de Manolillo, la abuela de la pincha, la lavandera... con todas las cuales armaba su co-

rrillo cada semana y eran sus distracciones más gratas. Con éstas tenía ya tema para rato, en honra y gloria de la cuñada, del marido y de los tíos, a los que harían arder en el candil de su murmuración; pero no había que esperar de ellas consejo.

Vería al doctor Castel. Mejor en los Tribunales que en su bufete y en su casa. En su casa estorbaría Blanquita; en el bufete, algún otro cliente. Y ella quería hablarle con toda libertad, explicar su caso sin que le taparan la boca, rastrear con el hombre de ley por los tenebrosos vericuetos del Código el artículo que podía impedir que le quitaran a su hija, siquiera temporalmente. La ley no había de ser como el tío Fermín, maleable y acomodaticia, sino inflexible. Como encontrara el artículo, iba a darle con él en la cabeza a Jacobo con tal gana, que si no se la partía le baldaba.

Y se fué por Callao, camino de los Tribunales. La luz, el bullicio callejero, hecha a la tranquilidad de su cueva, la mareaban más de lo que estaba, la cegaban, e iba a tropezones, juguete de la gente, como barquichuela sin timón sobre las aguas. Le brotaban sangre las chapetas de los pómulos y llamas de los ojillos negros. Sus manos sin guantes, descuidadas, de-

formadas por el trabajo, se confiaban mutuamente la cartera con mecánico movimiento, en su manía de no estarse quietas y de mostrarse serviciales.

Salía tan poco, que apenas si sabía por dónde andaba. Y gracias que el destripamiento de la ciudad no alcanzaba todavía al barrio, que si no, en verdad no habría podido orientarse entre escombros, derruído el pasado por la piqueta antes que por el tiempo. ¿Daría con los Tribunales? ¿Daría con el doctor Castel? Porque encontrar allí tal abogado debía de ser como buscar un alfiler. ¡Pues le buscaría! A terca ni el tío Fermín la ganaba; él con la razón y ella con el desatino, cerrados a no dejarse convencer, ya les podían llover filosofías.

Llegó. No se sabe cómo, pero llegó, y si quedara más lejos, más extraviado y más inaccesible el palacio de la señora Themis llega también, porque se lo había propuesto. Perdida en el flujo y reflujo de litigantes, de ociosos, de afanosos, de curiosos, entra y sal de muchedumbre empujada por el interés, magnetizada, cada cual con su pleito a cuestas y borracho de razonamientos, de citas, laudos, traslados, autos y otrosíes con que ilustrar al letrado, persuadir al juez y aplastar al contra-

rio, Isidora subió escaleras, recorrió galerías, interrogando caras, leyendo letreros... Retumbaban las bóvedas y el eco formaba runrún grave e imponente, de templo que huellan los pasos de multitud de congregantes. Y templo era donde la dama vascongada se sentía cohibida, al arbitrio de unos y otros devotos de la justicia, en marcha apresurada y constante.

Pasaba un chiquillo cargado de expedientes, como borriquito pacienzudo que se somete a la ley de la fuerza, que es la ley de la vida, y le detuvo para preguntarle:

—Me hace usted el favor...

—¿El doctor Castel? Siga esta galería, baje aquella escalera y en el primer corredor de la derecha, la segunda, la tercera oficina de la izquierda. Escribanía de López.

Escribanía de López, a la derecha, a la izquierda, la primera, la segunda... Gracias a Dios y a este amable joven, que daba señas tan claras, iba a encontrar al doctor Castel. ¡Qué cosa más rara! ¡Tener al doctor Castel pared por medio, vivir en su misma casa y andar buscándole en aquel laberinto! ¡Ah! ¡Pero ustedes no saben de lo que es capaz una Chavarría! ¡Y de Amurrio! ¡Arre!

Afortunadamente, no tuvo necesidad de de-

vanar ningún ovillo para hallar el primer corredor y la segunda o tercera oficina, porque no llegaba al final de la galería y por la misma escalera que ella disponíase a bajar subía el doctor Castel. Pensativo, sin duda más en el propio pleito que en los de sus clientes, miraba al suelo, y el rasurado rostro no mostraba la frescura de clérigo joven que solía; el clérigo había envejecido lo menos diez años. Isidora le cerró el paso, y él tardó en volver de su sueño, en reconocerla, diciendo al cabo:

—¡Señora! ¿Usted aquí?

No era santo de la devoción de Matías Isidora. Confidente de su mujer, cómplice de su mujer, entre las dos preparaban y atizaban los caramillos de la calle del Buen Orden, y de su locutorio, nefando laboratorio, mejor dicho, salían las músicas que tanta lisonja y gusto dábanles a Jacobo y a él. Casi no la saludaba Matías, por inquina y antipático desdén, y de verse detenido y que se le venía encima quién sabe con qué nuevo lío, siempre enojoso, como suyo y de Blanca Rosa, le contrarió mucho, y esta contrariedad la subrayó el fruncimiento de sus cejas.

—Una palabra, doctor —dijo la de Esquendo, efusiva y contenta—. Venía buscándole.

Gracias a Dios... A usted le sorprenderá, pero hay asuntos de que no puede hablarse en casa. Siempre hay quien moleste, quien comente, quien se entere. Y es algo reservado que yo deseo consultarle, cosa de ley, por supuesto, de códigos, en lo que es usted tan sabio y famoso. Nuestra amistad y vecindad me dan confianza para hablarle. ¿Quién mejor que usted podrá prestarme consejo, señalarme un camino? Isidora, por aquí o por allí..., camino que yo seguiré a ciegas, guiada por la luz que usted va a prestarme... Mire usted de lo que se trata, doctor...

En su parla enrevesada quiso decir todo esto y lo dijo con expresivos manoteos, más comprensibles que el rosario de palabras incongruentes, sin hilván prosódico; y como notara que se distraía en el hormiguear ruidoso del patio, mirando por la ojival abertura del balcón con aire resignado de indiferencia, le clavó la saeta de la noticia cruelmente:

—Porque Victoria se va a Europa; ya ve usted, ¡a Europa!

Matías sintió el golpe y se estremeció. Pálido, con la mano que pasó por los ojos disimuló el gesto de dolor y de sorpresa.

—Sí, lo sé; me lo han dicho, no recuerdo

quién, pero... lo sabía. ¿Tiene alguna relación su asunto con el viaje de la señora Victoria?

—La tiene, ¡ya lo creo! Figúrese usted...

Y segura de ser escuchada, de haber forzado su atención con aquel nombre que le constaba era tan caro a su vecino, expuso su magno pleito, a retazos, a borbotones, que la cólera producía y excitaba.

Pero Matías la escuchaba menos que antes. Si no miraba ya al patio, toda su alma se concentraba en aquella idea desconsoladora de la marcha de Victoria. ¿Por qué se marchaba? Triunfaba el padre, al fin, y sus anhelos de proporcionarle más libertad de vida, sacándola del limbo de sus preocupaciones y de las ajenas, se realizaban completamente. Ahora bien, ¿por qué no se lo habían dicho? Ni míster John, ni Victoria... ¡Qué discreción! ¡Qué reserva! ¿Y por qué tal discreción y tal reserva? Venía de allí, acababa de estar en la casa y no pasó de la cancela: por la primera vez no pasó de la cancela, él que tenía siempre franca la entrada, en su doble carácter de amigo antiguo y consultor del Asilo. Pepino se le puso delante, y con la impertinencia de criado que cumple una consigna, le dijo secamente:

—La señora no está... El señor, tampoco.

Iba con el asunto del niño huérfano terminado, admirablemente orillado con toda su ciencia jurídica, tal y como ella se lo había pedido (que ruego suyo era orden gratísima, y deseando estaba recibirlas para cumplirlas) y no hubo forma de hacérselo entender a Pepino. ¿En realidad no estaban o se negaban a recibirle? ¿Míster John? No, míster John no se atrevería, pues le tenía cogido mientras no cogiera él el cheque, saldo de una deuda de honra. ¿Victoria? Indudablemente, Victoria. ¿Por qué? Jamás, jamás, jamás la dió motivo. Su secreto lo llevaba tan oculto, tantos años oculto, que no creía haberlo dejado descubrir ni pizca. Fuera ofensa, espantoso insulto que su caballerosidad no le habría consentido. Ni una mirada, ni una palabra recordaba que pudiera reprochársele; silencio verdaderamente heroico. Amor que calla, que nada pide, sin mañana e ignorado no se ataja, no se castiga con medidas tan radicales, primero y principal por eso, porque se ignora, y no habiendo caso, no hay pena... ¿Sería por causa de su rival Jacobo? ¿Se habría éste desbocado al fin, menos prudente, menos discreto? Y aunque se desbocase, ¿por qué había

de pagar él sus culpas? El palo que más duele es el de ciego, que pega al inocente.

Oyó cerca vago palabreo y se despertó: Isidora hablaba, hablaba, hablaba. Hábil en desentrañar el grano de todo asunto, pronto atrapó el sentido de su pintoresca exposición y pudo contestar:

—No veo motivo, señora. Divergencia de opiniones, y nada más. Tratar de armonizarlas y la paz sea con vosotros, por ley de sentimiento antes que por ministerio de la ley, la cual en este conflicto casero nada tiene que hacer. No se trata de un secuestro, de abuso de autoridad paterna...

—¡De abuso; sí, señor, precisamente de abuso! —replicó Isidora en los linderos ya del frenesí—. ¡Usted también! ¿Va usted a ponerse de su lado? ¡Que no hay motivo! Se lo busca. Busque usted en sus librotes. ¿No dicen que los abogados son el diablo y que el diablo mismo es abogado? ¿No saben enredarlo todo y convertir lo blanco en negro? Pues, píntelo del color que le parezca, eche mano de todo su talento de enredista y haga que mi Jorgina no se vaya a Europa. En el Código debe de haber algún artículo que impida que se separen los hijos de sus madres,

si la madre no quiere y aunque el padre quiera... Entonces, ¿para qué sirven los códigos, y los abogados, y este caserón con tanto ruido y tanta fachada? ¡Aquí todos vienen a pedir justicia; pero ninguno la otorga!

—¡A Europa! —pensaba Matías triste y dolorosamente embargado.

—¿Me escucha usted, doctor? ¿O está usted buscando el artículo? Escarbe, escarbe bien en su memoria, que en algún rinconcito debe estar. Y si no, iremos a la escribanía de López, y allí consultará los libros. Porque es imposible que no lo haya. Tendría que ver. Sería cosa de quemarlos todos y en la hoguera meter a todos los jueces, a todos los abogados y a todos los escribanos.

—Usted me ha prometido, señora, hacer lo que yo la diga, seguir el camino que yo le trace: Isidora, por aquí, Isidora, por allí.

—Sí, doctor.

—Bueno. El camino que va usted a seguir es el de su casa, y una vez allí, descansada, refrescada, que el calor aprieta y más con estas discusiones y desavenencias, deja usted que las cosas marchen solas y por sus cabales. La educación de los hijos es problema muy arduo, caso de conciencia muy hondo, al que

cada cónyuge debe aportar, no su pasión, sino su buen sentido. Preguntado qué es lo que a mí me parece del proyecto de Esquendo, contestaré, puesta la mano en el corazón, que me parece muy bien. En esto no hay agravio para usted, señora, ni cabe suponerlo... Pero, aunque me pareciera mal, y en el Código hubiera ese artículo que usted busca, y supiera yo enredar tan diabólicamente como usted cree, yo, Castel, no me encargaría tampoco de su asunto, no me entrometería en nada que, de lejos o de cerca, tuviera la mínima atingencia con Esquendo, por la razón capital, señora y vecina, que mis relaciones con él, debe usted saberlo y si no lo sabe se lo digo yo, no son hoy tan cordiales como ayer. ¿Me explico? Contraríese, pues, un poco, y consienta sin mayores disgustos que Jorginita, una joya que bien merece ese sacrificio, vaya a educarse a Europa... Y nada más. *Pax vobis,* que dice el oficiante. ¡La paz sea con vosotros!

Se palpó la frente, ardorosa, y suspiró. Al són del incesante taconear, escuchaba el aleteo de la idea que ni su propio discurso, ni la presencia de Isidora, ni el bullicio distraían: ¡A Europa! ¡Victoria que se marchaba, Victoria que no quería recibirle, Victoria perdi-

da por muchos años, para siempre quizá! ¿Por qué? ¿Qué había sucedido? ¿Qué delito era el suyo, que así se le castigaba con el destierro? Victoria era la luz, y si la luz se le niega al alma y su alma había de vivir condenada a las tinieblas, a eterno coloquio con Blanca Rosa, ¿pa qué servía la vida? Despertó otra vez, y se vió solo, apoyado en la balaustrada: la falda negra de Isidora, en fuga, arrastrada por iracundo despecho, remolineaba en el fondo del corredor... Vaciló, y no supo qué rumbo seguir, olvidado del asunto que traïa cuando tropezó con ella; y era tanta la obsesión de la noticia cruel que no pudo aclararlo, y por el mismo corredor echó a andar lenta, meticulosamente, sin saber tampoco hacia dónde se dirigía.

Por el extremo opuesto, entre tanto, más quemada que nunca del nuevo desengaño, iba derecha Isidora, y sus patadas hacían ¡pum!, ¡pum! en las losas. Ella sí sabía adónde se dirigía: a su casa. ¿No era este el consejo recibido, la receta del sabio leguleyo? ¡Pero no a descansar y refrescarse, a renovar la contienda con Jacobo! Palabras no le faltarían, gritos, tampoco; nada de argumentos; que en toda disputa matrimonial la argumentación huelga, y ante esta pedrea diaria, ante la tremenda ar-

tillería de su boca, había de ceder Jacobo o reventar. ¡Cuánto sofoco buscando apoyos, y leyes, y justicia! ¡Si lo tenía todo en su mano! La mayor justicia es la que se hace uno a sí mismo. Esa es la recta, la rápida y la inapelable.

Al llegar al portal sintió que se desvanecía y los grupos que entraban y salían de pleiteantes se confundieron a sus ojos en imprecisa y turbadora procesión. Lo atribuyó al sol, que deslumbraba; al calor, a la fatigosa empresa en que andaba, al disgusto de su doble vencimiento. Pero su estómago, que ayuno estaba, con las hambrientas razones clásicas, le hizo ver cierta exposición de la acera, las cestas de naranjas, en aquel instante más tentadoras que la bíblica manzana, y por satisfacerle (que no era equitativo hacerle pagar las costas de su pleito y ya pensó que no hay pena sin pan, es decir, que si no se come no soporta el cuerpo el dolor moral), compró una, la despellejó aprisa y, gajo por gajo, mientras marchaba, la devoró sin reparo y con ansia verdadera. Devolvióle este refrigerio su aplomo, pero no templó su humor, y perdida entre las ruinas pompeyanas de una de las tantas avenidas por abrir, anduvo, ¡pum!, ¡pum!, al compás de sus

tacones, y dió con su cueva, y en ella se metió. después de media hora de correría, más pronta que si viniera escapando de un peligro. A falta de abanico, se echaba aire con el pañuelo y bufaba, toda encendida y sudorosa.

En esto bajaba misia Laurita, con graciosos saludos de las dos rosas de su capota y repiqueteo de azabaches. Muy superfina era esta misia Laurita, y en viendo a la de Esquendo hizo reverencias cortesanas, sonrió amablemente y se apartó con muchos —Pase usted..., de urbanidad exagerada. Isidora imaginó que la dama policíaca salía de casa de Castel, después de dar cuenta, en el parte cotidiano, de su reciente entrevista con el abogado; y aunque esto le parecía maravillosa premura y portentosa organización de su fábrica de chismes, por sí o por nó juzgó necesario, antes de entrar en su casa, hablar con Blanquita y explicarla... No era ella de las que piensan dos veces las cosas, y al punto llamó a la puerta de Castel, y con la confianza de la amistosa vecindad fuése derechamente al costurero, precediendo al criado, pues tratándose de la señora Isidora no había para qué anuncios ni permisos.

Estaba la inválida sentada en su butacón,

de bata azul esta vez, tan peinada y acicalada, con tanto brillar de piedras y blanquear de encajes, que su busto se dijera de feo maniquí; bordaba, como siempre, y al ruidoso entrar de Isidora levantó la cara de corneja, y manteniendo la aguja en alto, sonriente, con la alegría de una expansión contenida, su voz armoniosa moduló esta frase:

—¡Lo sé!

—¿El qué, Blanquita? —dijo la de Esquendo—. No puedes saber nada; es imposible que lo sepas.

—¡Repito que lo sé!

—¡Imposible! Ni que fuera bruja misia Laurita.

—¡Pues, nada, que lo sé! —insistió jovialmente Blanca Rosa.

Arrastró una silla volante Isidora, y la plantó cerca de la butaca. Veamos; ¿qué sabía? ¿Que acababa de hablar con su marido en los Tribunales? ¡Imposible! ¡Sí, de allí venía, y con la premura de una locomotora! ¡Aunque dispusiera misia Laurita de cien agentes aéreos! Gracias que en el parte del día siguiente trajera apuntado: "A las dos, en la galería alta de los Tribunales con la señora de don Jacobo Esquendo. Conversación reservada,

larga y muy viva. La señora de Esquendo parece nerviosa. El, muy preocupado."

—Y con una cara —añadió— como de tonto. ¿Qué tiene tu marido? No escucha, y ya sabes que persona que no escucha es que está sorda de entendederas. Los ojos se le cierran, como si estuvieran faltos de sueño. Luego, lo que habla no es digno de su talento, que debe de habérsele secado. ¿No se secan las plantas? Te digo que tu marido anda como un pájaro bobo, con las alas caídas.

—¡Porque él debe saberlo también! —exclamó Blanca Rosa—. Lo que a nosotras nos produce contento... ¿No ves cómo se me sale todo de dentro, tan grande que me llena el alma?... Victoria que se marcha, la otra que despeja el campo y nos deja en paz y en paz a nuestros respectivos esposos. Acontecimiento así tiene que causarles a ellos pesadumbre, confusión, estupor.

—¡Sí, en paz! *Pax vobis,* como dice tu Matías, que hasta latines me ha echado, mira si estará de remate. Paz para ti, en todo caso, Blanquita, que para mí no hay de qué. Alégrate cuanto quieras, que razón te sobra; pero yo... Figúrate que he tenido un disgusto horrible y con Jacobo una pelotera de las de pe-

dir la bendición papal y vengo de ver a los tíos y de ver a tu marido y ya no me queda a quien ver, como no sea al internuncio. ¡Figúrate que a estas horas estoy nada más que con una naranja en el cuerpo!

—¡Lo sé! —repitió la de Castel decidiéndose a clavar la aguja en el bastidor.

—También misia Laurita ha podido contarte...

—No, mujer, lo que yo sé ¡no me dejas hablar! es lo del viaje de tu cuñada, y la pelotera reciente, y tu salida de casa sin almorzar. Y todo esto...

—¿Por quién lo sabes?

—Di los tres golpes. Casualmente iba a llamarte, nada más que para cambiar nuestras impresiones del día... Desde ayer tarde que no te veo... Había notado cierta alteración de humor en Matías y un sospechoso sobre en su cartera, del que no pude apoderarme... Y oí el escándalo de tu disputa con Jacobo, de verdadera batalla.

—Ya lo creo. No faltó sino que corriera sangre.

—Di los tres golpes...

—Buena estaba yo para acudir.

—Pero, acudió... Jorgina.

—¿Jorgina?

—Sí, señor, y es ella la que me lo contó todo, de pe a pa.

Saltando, palmoteando de alegría, porque se marchaba a Europa con mamá Victoria, a Edimburgo, la patria del señor Stuart, una tierra dorada que ya le mostraría en un mapa que estaba haciendo. Y la causa de la disputa reciente era por eso: que mamá Isidora se oponía al viajecito y papá sí quería, y entre síes y negaciones volcaron la mesa, descalabraron a Mariquita y casi, casi la descalabran a ella. Mamá Isidora se había ido furiosa a la calle, sin probar bocado, y ella se puso a estudiar su Geografía, no sin vendar antes a Mariquita y acostarla, madre amorosa que conoce sus deberes... Deseaba saberse la lección muy bien, y así, cuando fuera allá, a esa ciudad tan hermosa, no llegaría como esos turistas que de todo abren la boca; y repasaría su inglés para poder contestar a lo que le preguntaran: —¡Oh!, yes; ¡oh!, yes.

¡Ay, los viajes! ¡El movimiento, suprema facultad! ¡Los vegetales sólo no cambian de sitio, amarrados por las raíces su vida entera! ¿Y no es crueldad condenar a un ser humano a vivir también amarrado por siempre

jamás? Oyendo a Jorginita, toda la amargura, el dolor de su invalidez, de su existencia estéril se habían removido, ave enjaulada que ve pasar ante los hierros que la guardan volando una paloma, y mientras la niña reía, ella lloraba.

Levantó sus abolsados ojos hacia los paisajes que en la pared le ofrecían pintados panoramas, campos, cielos y montañas, que con la imaginación recorría muchas veces, único viaje que su desgracia le consentía, y una de sus manos, tan blanca y fina y torneada que no se creyera pertenecer a tal busto, se escurrió del bastidor y buscó en el bolsillo de la bata el pañuelo.

Isidora rumiaba:

—¡Con que muy contenta y haciendo mapas y proyectos! ¿A que cuando baje ahora, la descalabro como a Mariquita? Hay una mamá Victoria que le importa más que yo, porque es más hermosa, y se muere de gusto de pensar que se va con ella y no de pena por abandonarme. Mientras yo me mato buscando el medio de que no se separe de mí, ella se regocija... Representación de una raza superior, no tiene corazón, no quiere a su madre. Y es que la aristocracia de Jacobo la

pervierte y el ejemplo de la otra. ¡Buena me la van a devolver! Tan señorita, que no dejará que me la acerque de miedo de que la arrugue o la manche el vestido.

La arrebató un flujo de cólera y soltó aquello que le andaba dentro, descompuesta:

—Te digo, Blanquita, que no vale la pena de criar hijos. Son cuervos, cuervos. Has hecho bien en no tenerlos. ¡Dichosa tú que no los tienes! ¡Mira que haber criado a mi hija para que se busque otra madre y se vaya tan contenta con ella y la llame *mamá Victoria* a boca llena! Estas son las maniobras de ellos; me han quitado el cariño de la niña. La niña no me quiere porque soy del pueblo, ordinaria, y a ella le tira la grandeza. Dice que se va... Pues no se irá; que las madres todas son unas, y no hay diferencia entre las de arriba y las de abajo. Verás, Blanquita, si sé defender mis derechos: con las uñas y con los dientes, como las panteras, que son madres también y no se dividen en clases.

—¡Isidora! ¡Isidora! —exclamó Blanca Rosa—. Cálmate, escúchame. Mira, mujer, que no hay cosa peor que proceder por arrebatos. A ver, ¿qué te han dicho tus tíos?

—Ellos, ¿qué van a decirme? Son unos calzonazos y están vendidos a Jacobo.

—Y Matías, ¿qué te aconsejó?

—Tu marido no está para dar consejos a nadie.

—Esto significa que los tres te han indicado simplemente que te aguantes. Pues yo soy de la misma opinión.

—¡Blanquita, que rompemos los platos!

—¡No romperemos nada! Oye...

Su amistad era demasiado sincera para que se rompiese nunca. Una era su causa, firme y necesaria su alianza. Habían luchado juntas contra la otra, la eterna *otra,* que se introduce como una sierpe entre dos amores que agonizan o los mató el desengaño, y en el día del triunfo, hoy, no iban a salir riñendo en vez de fraternizar y celebrar su victoria, que era la derrota de Victoria. Ella se quedaba sin sus dos galanes, y ellas con sus maridos, tranquilos y en casita. Muerto el perro, es decir, lejos la causante de esta guerra, volverían a ser ambos los buenos amigos de antes, y su ridícula rivalidad, su platónico amor, que (no quería ofender a nadie, pero quien anda con fuego...) había estado en un tris de convertirse en criminal, se apagarían solos, se extinguirían faltos

del combustible del visiteo, y las consultas, y el teléfono, y el Asilo, y los paseos de la niña. ¡Así, loado sea Dios que sabe poner un fin a todas las cosas! Pero todo mal puede reproducirse y esa *otra* reaparecer encarnada en nueva persona más peligrosa, de las que no abandonan la partida, o en la misma... Sí, porque Victoria volvería, cuando menos se pensara. Para estas contingencias necesitaban estrechar su unión y estar siempre prontas al alerta del palitroque.

—Bueno —objetó Isidora—; conforme. Todo lo que dices me parece muy bien, menos lo de la niña. No eres madre, y por eso...

—Lo de la niña se reduce a un viaje de más o menos tiempo, justificado si se quiere. Jorgina volverá, ¡no ha de volver! ¿Y por qué le echarás en cara que esté contenta? Es para ella lo desconocido, lo maravilloso, el imán de toda imaginación viva como la suya. ¡Europa! ¡Quién de nosotras no se alegra ante la idea de ir allá, allá! No fueran mis muletas, ya estaba yo embarcándome también... Te aconsejo, pues, que te calmes, que no te opongas al tal viaje, porque, además de hacerte mala sangre, no conseguirás nada: los hombres, amiga mía, tienen más poder que nosotras; que te dejes tus

uñas de pantera para mejor ocasión y hagas las paces con Jacobo.

—Hija, no sé, estoy confusa. ¡Tú, predicadora pacífica!

—Es que en esta hora de triunfo, de triunfo fácil y completo, que se nos ha venido a la mano sin esperarlo, me siento magnánima. Así que venga Matías no me daré por entendida del notición; pero de un abrazo no se libra. Y en mucho tiempo, que será largo, porque después de este fracaso mi hombre no estará para conquistas, me propongo hacerle la vida tan dulce que le voy a empalagar. No oirá mi voz airada como no haga algo gordo; y descuida que al infeliz, y al tuyo, por supuesto, desorientados y burlados, no les quedará gana de hacerlo. Casi, casi estoy por relevar a misia Laurita... Si no conviniera vigilar siempre, porque los hombres...

Isidora pasaba su cartera de una mano a otra, con movimientos nerviosos, acompañados de cierta carraspera de mal agüero.

—¡Sí, los hombres y los hijos y los amigos; los amigos que dan consejos cuando no les duele!

Pues ella no; no le regalaría a Jacobo ni dulces ni abrazos. Mordiscos, antes mordiscos.

En todo el tiempo que la niña estuviese fuera (ya que, desgraciadamente, tenía que consentir en aquel viaje, en aquella horrible separación, porque no había quien defendiera sus derechos y la apoyara), durante toda su ausencia, larga o corta, ¡no le diría esto! No le dirigiría la palabra, muda voluntaria y sorda empedernida. Suplicio grande, sí; duro empeño el de atajar su genio como el de poner esclusa a un torrente; pero lo sufriría y lo conseguiría a fuerza de voluntad. ¿Que no era castigo para él, antes favor y gusto? No se convive con nadie en el mutismo, porque se está juntos sólo para el amor y la amistad. Y a ver quién se cansaba primero: si él de no oírla o ella de no hablar. Y con los tíos, ¡cruz!; y con Castel. ¡cruz!, y cruz con todos, con el mundo y con el cielo.

Se levantó, y a su ímpetu brusco en poco estuvo que la silla volante corriera la desgraciada suerte de la de su prójima, la de la tía Vicenta.

—¡Haces mal, Isidora; haces mal! —decía Blanca Rosa buscando sus muletas—. En vez de alegrarte... Piensa que la pesadilla de la cuñada se ha desvanecido y la tranquilidad reinará en nuestra casa. Piensa...

Las cogió, se enderezó a duras penas, se pu-

so el extremo almohadillado y forrado de terciopelo debajo de los sobacos y, trac, trac, la acompañó hasta el locutorio.

—Mira, si está Jacobo...

—Si está Jacobo, si no está, para mí es lo mismo. En adelante, ¡esto!

Al bajar el primer escalón se oyó en la casa vecina una voz infantil, un gorjeo de pájaro, Jorgina que cantaba. Isidora se estremeció, y como las llamas de un volcán, por sus ojos y por su boca se atropelló la cólera pronta a reventar. Pero no reventó. Toda entera consiguió tragarla, amarga píldora de su impotencia, y al desaparecer por el escotillón y dirigir a Blanca Rosa su cabezada de adiós, echó definitivo cerrojo a sus labios con los dedos, repitiendo:

—Yo, ¡esto!



X

La madre Susana, ¡ejem!, ¡ejem!; la madre Celia y don Pedro Crisólogo Samos bajaron del coche que hasta la dársena les había traído, y entre las apreturas del gentío, trabajosamente, como clavos en madera recia, con ayuda de codos, de empujones y de súplicas lograron penetrar en el galpón y llegar al muelle, donde el trasatlántico esperaba. Sudaba la madre Celia, tosía a más y mejor la Superiora, y sólo don Pedro, con la tranquilidad propia de su apodo, parecía no ir cruzando humanas y contrarias corrientes sino la mansedumbre de sosegado lago. Y eso que el calor de la tarde pesaba en exceso y, sobre sus brazos, la carga siguiente: un ramo de flores de dos kilos, por lo menos; tres paquetes en el derecho, amén del bastoncito indispensable, y dos en el izquierdo; tarros de confituras, cajas de pastas y delicade-

zas del escogido repertorio monjil, en que las manos más celebradas del Sauce, sin excluír las reverendas de la madre Esteven, habían competido para regalo de la señora presidenta, su bienhechora dimisionaria y viajera.

No por esto iban vacías las de ambas señoras, que cada una llevaba su envoltorio, el lindo encaje de palillos oliendo a sahumerio y el indispensable acerico bordado en sedas. ¡La gratitud de la Comunidad era tan grande, el sentimiento de su partida tan sincero! Todos quedaban allá rezando: las religiosas, los viejecitos, los huerfanitos, por que Dios le concediera un buen viaje, y don Medardo, en la misa del día, había rogado fervoroso en favor de su pronto regreso y, para ella, la felicidad que en la tierra merecen los buenos. ¿No estaba por ahí don Medardo? El también traía su obsequio, un escapulario con indulgencias.

—¿Le ve usted al capellán, don Pedro? —preguntó la Superiora.

—Reverenda madre, ¡qué he de verle en este laberinto!

Cerca de la pasarela aguardaron turno, y contra ellos daban cuantos audaces, groseros o apresurados llegaban: ricos en trashumante holganza; golondrinas de la emigración, quién tris-

te, quién satisfecho; que la suerte bajo toda latitud es siempre varia, nunca ni en parte alguna gaje seguro. Y como ante el argumento de baúles y valijas en hombros no valían protestas, terreno que ganaban era terreno perdido tan pronto uno de aquellos se les venía encima. Entre tanto se distraían en el contemplar de la borda guarnecida de cabezas, tratando de reconocer a don Medardo, y del buque, asombrados de sus proporciones monstruosas; los palos gigantes, las chimeneas descomunales... La más gorda de éstas despedía tan espeso y negrísimo humo, que la madre Celia aseguró que así, lo mismo, debía ser el que sale de la boca del infierno.

—Mire usted, don Pedro; ¿no le da a usted miedo?

Y se estremecía con juvenil temor, pensando que por ella las almas pecadoras se despeñaban. ¡Jesús, nuestro Redentor, nos ampare!

—Creo, reverenda madre, que podemos avanzar ahora —insinuó *don Tranquilito*—; yo iré delante para abrir camino. Precisamente disponemos de espacio libre, si sabemos aprovecharlo.

Con su carga a cuestas, el administrador se lanzó al asalto de la pasarela y, mal que bien,

pasó; pero, rezagadas las buenas madres, no consiguieron moverse de su sitio, porque moverse era estropear su albo y planchado babero y sufrir achuchones irrespetuosos. Al fin se movieron y pasaron, ¡ejem!, ¡ejem!, y se reunieron a *don Tranquilito* con fatiga y alarma extraordinarias. ¡Al fin!, aunque faltara lo principal, encontrar a la señora presidenta, cosa más difícil, en aquel tumulto de gritos, de carreras y de azarada muchedumbre, que la primera parte de la odisea. No sabían si subir, si bajar. Uno de los tarros cayó al suelo, y gracias que no era de vidrio; las mejores flores del ramillete murieron al empuje del roce brutal, y para salvarlas y recoger aquél y defender su precioso cargamento no tenía bastantes manos *don Tranquilito.*

Afortunadamente, tropezaron con don Medardo, que venía buscándolos.

—La señora de Esquendo está en la cubierta —dijo el capellán—: vengan ustedes por aquí. Cuidado con el umbral... Cuidado con la escalera...

—¡Qué incendio, padre! —murmuró la monjita joven.

No se libraron de encontronazos, a pesar de guía tan experto, y para subir a la toldilla, por

una escalera primero, luego por otra y luego por otra; ¡y qué escaleras, tan empinadas, tan estrechas! que si así son las del Cielo, ¿verdad madre Celia?, con razón cuesta Dios y ayuda llegar a él. Pasaron más congojas, rodó nuevo tarro, se estropeó una caja y las flores sufrieron injurias mayores. Bienaventurados los que llegan adonde fuere, que el llegar a determinada meta es acabamiento de anhelos y fatigas. La sombreada toldilla parecióles a los tres oasis placentero, y respiraron a gusto. Enmendaron la descompostura del vestido, porque presentarse así... Dijo el capellán que a él le habían arrancado la teja de la cabeza y si la recuperó no fué sin pedestres agravios, de los que guardaría traza perpetua.

Allí estaba Victoria, rodeada de damas y caballeros, de cuyos nombres no importa acordarse, porque no tenemos el honor de conocerlos; amigos y colaboradores de su obra benéfica, aquellos cuya actividad y celo la señora presidenta solía echar tanto de menos. Muy demudada, ojerosa, con evidente y lamentable alteración de su salud, sea emotiva o por causa de los trajines que un viaje comporta, Victoria, en su sencillo traje negro, tocada de sus gasas de luto, les sorprendió, y aunque la vie-

ron sonreír y la efusión de sus apretones de manos y de sus palabras era la misma, encantadora siempre, la tuvieron por enferma, por seriamente enferma.

Disimulando su claudicante andar y descubriéndose como pudo, a cuyo efecto descargó sobre un solo brazo todo el peso de su galante pacotilla, *don Tranquilito,* puesto en medio del círculo y delante de ella, se inclinó y dijo:

—Señora, permítame usted ofrecerla en nombre de la Comunidad, aquí dignamente representada por nuestra reverenda madre Superiora, con nuestros votos de feliz viaje, votos que son eco de nuestro corazón, estas naderías. Son dulces, como símbolo de nuestros sentimientos: de *zapallo,* de tomate, de breva, de *durazno,* de *damasco,* de leche; alfajores de mandioca, rosquillas de maíz. Nada de carnívora procedencia, ni que con la carne pueda remotamente relacionarse, pues la carne es cosa vitanda, que los mismos libros santos, en cierto modo y leyendo entre líneas, condenan, aunque en algunos pasajes parezca, nada más que parezca, que no: Adán, el abuelo común, se dejó seducir por una manzana; Esaú, por un plato de lentejas; comieron maná los israelitas en el desierto, raíces los soli-

tarios, miel y frutas los elegidos del Señor, vegetarianos todos, señora, que de ninguno se cuenta que matara para comer. Así yo le aconsejo que, si quiere recobrar sus colores, la rosa de su salud, que aquí, con harta pena, nos parece ha empalidecido algo en el corto tiempo que llevamos sin recibir su grata visita, desde la última de despedida; y si quiere evitar el mareo, trance el más malo de toda excursión marítima, destierre de su mesa todo alimento que, bajo nombres variados en francés, oculte su origen necrofágico, si descaradamente no lo descubre. Vegetales, señora; nada más que vegetales, lo que la madre Tierra nos da para vivir. Y pruebe de estas golosinas de nuestras angélicas madres para endulzar el amargor de la ausencia y torne pronto a sus lares, que aquí quedamos esperándola, vuelta la cara a Europa, como el girasol al rey de los astros.

Aquella su boca, que nunca sonreía aunque exigiera regocijado comentario lo que decía, hizo un gesto que sirvió de punto final, y con la solemnidad de un embajador que entrega las credenciales dió a Victoria, uno por uno, cuanto objeto traía, entre las sonrisas discretas de aquellos señores, la confusión de la ma-

dre Celia y la contrariedad de la madre Esteven. Porque ellas no le habían encargado de tal discurso, naturalmente. ¡Este don Pedro Crisólogo, que había de meter siempre la pata, llevado de su sectarismo y de su manía!

—¡Muchas gracias, don Pedro —contestó Victoria amablemente—; usted siempre tan cumplido y tan... buen apóstol! Madre Susana, madre Celia, ¡muchas gracias!

Las hizo sentar cerca de ella y llamó a Pepino, al señor Rémy y a Domitila, que por allí andaban ocupados en la ardua empresa de recoger maletas, para que recogieran también los presentes, y de manos de *don Tranquilito*, las maltratadas flores, no sin escoger algunas de las que, por milagro, se mantenían lozanas y ofrecerlas a las damas, y alabar, coreada por todos, las sutiles labores de las religiosas. ¡Qué precisión de dibujo, qué acierto de vista, qué finura de aguja, qué gusto de matices!

—¡Muchísimas gracias!... Acérquese usted, padre, y siéntese. Siéntese usted, don Pedro.

¡Su Asilo! ¡Cómo lo echaría de menos! ¡La diaria visita, el palique amistoso, el armonio de la madre Celia, el huerto, sus huérfanos predilectos, sus viejecitos! No los olvidaría, no. ¿Qué tal seguía la madre Visitación? ¿Salió

ya de la enfermería, restablecida? Y Antoñita, la ciega? ¿Y aquella otra, y el otro, y el otro...?

En medio de la bullanga, la conversación no podía generalizarse y se armaban diálogos aislados, de sosa frivolidad, que tenían aire de confidencia. Centro del círculo, Victoria departía con la Superiora, don Medardo y *don Tranquilito;* y de vez en cuando sus ojos, tristemente expresivos, a los que ninguna traba podía cortar el paso, iban hacia allá, hacia la popa, donde la bandera británica ponía su roja pincelada de alegría y se apoyaba sobre la borda, derecho y grave, Jacobo, junto a Jorgina. ¿Tenía cerrados los suyos Jacobo? Así, indiferente al *tole-tole,* se entregaba a su preocupación, mientras la niña, con mecánico repasar de la mano por la mejilla encendida, en que el beso de adiós de mamá Isidora, áspero y rencoroso, parecía haber dejado su huella, se entretenía plácidamente; los dos recortando su silueta sobre el turbio cobalto del cielo y los mástiles y jarcias vecinos. Ni una sola vez encontró en su camino aéreo la mirada de Victoria a la del cuñado: siempre, en toda aquella tarde, que era la última, le vió así, perdido en las lejanías de su pensar. Y entonces, sus-

pirando, recogíase ella también, enhebrando el diálogo en la última frase donosamente. Ella, la mujer fuerte, que triunfaba de sí misma y de los otros, de cuantos se regodeaban de antemano con el seguro resbalón de la de Esquendo, malicia y perversidad imponderables, ¿no había de saber fingir?

Apareció míster John, seguido de Peter, dando voces. ¿Dónde estaba Matías? No se encontraba a Castel en ninguna parte. ¿Sería capaz de no venir, de no despedirse? Hubo rebullicio en el círculo y desordenado arrastre de sillas de lona, saludando gentilmente el anciano caballero, y después de inclinarse ante las religiosas, cambiando amables palabras con *don Tranquilito* y don Medardo. Pues, sí: le disgustaba la ausencia del doctor Castel. ¡Diablo de hombre! Se vendía más caro... Hacía un siglo que no conseguía verle, y eso que le llamó con urgencia varias veces:

—Mira que me voy a fin de mes, que me voy mañana, que me embarco hoy. Necesito hablarte. Asunto grave, ineludible. Nada. Sordo, completamente sordo.

Mandó a Peter que bajara a buscarle de nuevo, no anduviera él desorientado por pasillos y escaleras, y no dió éste dos pasos cuando por

la de popa apareció el abogado, que pasó rozando a Jacobo sin mirarle; y sin ver a míster John, bien destacado, ciertamente, en medio del puente, con su gorrilla gris, su largo gabán y sus anteojos en bandolera, ni ver a Victoria, hubiera seguido su marcha indecisa, soñadora, más cargado de espaldas que nunca, si no le cogen por el brazo.

—¡Matías! —exclamó el señor Stuart—. Pero, hombre, ¿estás en babia? Gracias a Dios que te echo la vista encima... Sí, allí tienes a Victoria.

Confuso, saludó el doctor, excusándose con su vista que se debilitaba, con su salud, con sus ocupaciones, y fué hasta el grupo y entre vagas palabras de cortesía se inclinó ante la joven. Ella le dió la mano, se la estrechó francamente. ¿No era su amigo, su amigo antiguo, tan servicial y estimado?

—Doctor, si no es este viaje, no se le ve. Es usted un ingrato. Papá tiene razón: ¡se vende usted muy caro!

—Señora —contestó recalcando Matías—, valgo muy poco, y así no hay quien quiera comprarme. Este viaje...

—Improvisado, doctor; completamente improvisado. Papá venía pidiéndomelo, yo me

decidí de buenas a primeras, como resuelvo las cosas, y dicho y hecho. ¿Recibió usted mi carta de despedida? La mandé a mano porque por nada del mundo hubiera querido marcharme sin despedirme.

—La recibí y la agradezco. Hemos sido tan buenos amigos...

—Somos, doctor; somos. No cambie usted los tiempos, que eso supone acusación.

Repuso algo Matías, que era queja, sin duda, doliente reproche, ansiosa aclaración de recientes sucesos; pero el horrísono bramar de la sirena ahogó toda voz y todo rumor. Y míster John aprovechó para llevársele, pues tenía tanto que hablarle que rabiaba esperando la hora.

—Ven acá... En este banco... Lejos, para mayor libertad y reserva.

Sentáronse, y mirándole el anciano paternalmente, dijo:

—Me has hecho pasar un mal rato, Matías, y estos últimos días, muy malos. Irme sin verte, seguramente para no volver, porque no está ya el caballo para muchos trotes... No me resignaba, no podía ser, no estaba bien. Mi conciencia no lo consentía y la sombra de don Evaristo, que entre los dos se desliza cada vez que nos reunimos y me persigue siempre, tampoco.

—¿Quién piensa en don Evaristo, míster John?

—¡Yo, hijo; yo! Y de ti depende que deje de pensar, que concluya esta pesadilla de veinte años. Porque, me voy, Matías...

—Ya, no hay duda.

—Tan contento como nunca lo estuve. ¡Qué diferencia de este viaje a aquel otro viaje! Entonces, huído, entre las sombras, abandonaba todo, hasta el honor; hoy, en la placidez de esta tarde de primavera y de mi conciencia, me lo llevo todo, mi hija, después de haber reconquistado tu estimación. Colmo así la medida de mis deseos más vivos y el objeto de mi regreso. ¡Alabado sea Dios, que me lo ha permitido! Dios es justo, Matías, y los que lo niegan es porque no son buenos... Mira, esta mañana he estado en la Recoleta. Puesto que no he de volver, mi último paseo en esta gran ciudad, que tanto espacio ocupa en mi corazón, tenía que ser una postrera visita a la tumba de mi pobre María Josefa, que nunca supo, Matías, nunca supo... La llevé flores, y al decirla adiós, le aseguré que me marchaba tranquilo, no como aquella vez...

—Hizo usted muy bien en asegurarlo, míster John.

—Contaba contigo, cuento con tu amistosa cooperación para que esto sea cierto.

—Yo siempre le he servido a usted leal y afectuosamente.

—Leal y afectuosamente. Son las dos palabras de oro que merece tu conducta. Dos medallas de honor en tu pecho de caballero. Como tal, Matías...

—Vamos a ver, míster John: ¿qué es lo que usted quiere?

—Que aceptes el cheque.

—El cheque...

—Lo he extendido a nombre de tu mujer, Blanca Rosa Molinos, y no puedes rechazarlo nuevamente. Si lo rechazas, se lo entregaré a Jacobo con el encargo de entregarlo personalmente, bajo recibo y sin explicaciones. Tú le darás las que quieras a tu mujer o no la darás ninguna, esto a mí nada me importa. Lo que a mí me importa es pagar esta deuda antigua, vergonzosa, para descargo y alivio mío, que a eso, principalmente, he venido, y no he de volverme sin cumplirlo

—Bien, míster John. Venga ese cheque. En tales condiciones no puedo ya rechazarlo. Así quedará usted tranquilo y el andariego y avaricioso de mi señor suegro, don Evaristo, también.

Echó mano en seguida míster John de su cartera, tan satisfecho de librarse de aquel peso, que sus dedos, blancos y afilados, aristocráticos, hurgando entre los papeles, simulaban temblores de perlático; escogió uno y se lo entregó prestamente:

—Toma, hijo, y gracias. No te imaginas el favor que me haces, uno más, el más grande de todos. Me parece que este papel pesa como una piedra... Toma. Ya respiro. Ya soy otro, el Stuart que debo ser.

—¿Quiere usted recibo?

—No hace falta. Puesto que el mío no existe, no puede haber canje y el saldo de cuentas debe reducirse a este sencillo acto entre dos caballeros.

—Conforme.

Sin mirar el papelito, le guardó Matías, indiferente. ¡Y pensar que aquella fortuna, entrando en su bolsillo, nada, nada le reportaría, ni para su ambición, ni para sus necesidades! Lo que no se desea, lo que no es preciso, poco vale, aunque su precio sea inmenso. Inútil también para su felicidad; probablemente, de acuerdo con la legítima dueña, Blanca Rosa, la aplicarían a alguna obra de caridad, de esas tan gratas a la señora de Esquendo, y el Asilo

del Sauce se agrandara, se completara gracias a ella, fundación piadosa que, en primer término y bajo reserva, se debería a aquel míster John Stuart, de cuyos misterios se habla todavía por ahí.

—Porque, mi querido míster John, en esta entrevista que quizá y sin quizá será la última, confesaré a usted que es muy grande mi desaliento. Trabajo sin fe. No tengo entusiasmos... Le dije a usted aquel día que la política... Pues, la política es aquí cosa tan turbia: hombres en lucha, no principios en pugna; el nombre propio consagrado por el éxito, no por el mérito, imperando sobre todo y sobre todos, que no me decido. ¿Para qué? ¿Para qué? No me resta más que meter cabeza en la magistratura y contraerme a la ingrata labor de juzgar a los demás.

—Eso te pasa —dijo el anciano, compasivo y cariñoso—, eso te pasa porque careces de hogar, esposa que te enamore, hijos que te distraigan. De *nuestra complicidad* has salido tú el más castigado, porque yo purgué ya mis errores, acabo de ser libertado, y tú seguirás purgando los tuyos, que no fueron tales ni mucho menos (pongámosles, en justicia, el nombre de fatalidad) hasta el último día de la exis-

tencia de Blanca Rosa. Y a lo que no tiene remedio, Matías, es inútil buscárselo.

—Sí, míster John, completamente inútil.

Fuéronsele los ojos hacia Victoria, y en ella los posó tenaz, profundamente. Míster John los siguió y con misterio, con alarma, le susurró:

—¿No la encuentras desmejorada, amarilla, ojerosa, flaca? No digas que no, que todos lo advierten en seguida. Y es que no duerme, no come, inquieta, desapacible, con este viaje o no sé con qué idea que la preocupa. Creo que si la dejo en este ambiente, acaba de marchitarse y quién sabe... Su vida claustral de viuda honoraria, antihigiénica, antisocial, inhumana, ha ido enfermándola hasta ponerla lo que la ciencia moderna llama neurasténica y nadie sabe a punto fijo lo que es, porque unas veces pasa por desequilibrio de los nervios, otras por alteración ligera del espíritu, en suma, el tornillo que se ha aflojado en la maquinaria y se busca a tientas para ajustarle. Hoy la ciencia sigue tan ciega como ayer y, más que a la Justicia, le sentaría bien representarla con una venda en los ojos. Te digo que es para desesperarse. Consulté con el médico lo del viaje, y me respondió: ¡Un viaje! Claro, un viaje...", como me hubiera contestado otra cosa. Pero ya

sabes, no quería. Que el Asilo, que Jorgina... Tonterías, pretextos. Y de pronto se vuelven las tornas, cambia de resolución, se decide y le entra una nerviosidad, una fiebre, entregada toda a los preparativos, con altibajos de humor que llegaron a inquietarme. Sí, Matías, a inquietarme... Porque, figúrate que ha tomado disposiciones como si se tratara de un viaje al otro mundo, del que no se vuelve. No sé cuáles serán, pero me imagino que deben referirse a caso de muerte, de eterna ausencia, pues, mostrándome un sobre lacrado esta mañana, me dijo tristemente: "Hay que pensar en todo, papá; un viaje es siempre una aventura, y si es largo, más peligrosa. Aquí le hago indicaciones a nuestro buen amigo el doctor Castel, que él sabrá cumplir si llega la ocasión." ¿Recibiste el sobre?

—No, señor —contestó Matías, pensativo—; una carta de despedida, sí; pero un sobre con lacre, no.

—Lo recibirás luego, seguramente.

—Será resumen de sus encargos caritativos que la interesan tanto, lo que deja por hacer, lo que quisiera que se hiciese... Será algo relativo a sus intereses privados.

—No sé; pero en ella, hoy, todo me pre-

ocupa y alarma. Está enferma; te digo, Matías, que está enferma.

Resonó de nuevo el espantoso bramido de la sirena, y míster John saltó del banco.

¿Era la señal de partida? Miró en derredor, interrogó a un camarero que pasaba.

—¡Falta un cuarto de hora todavía. Matías; el último y breve instante que nos queda estar juntos!

—¡Un cuarto de hora! —repitió el abogado, levantándose con brusquedad de súbito despertar.

Cogióle míster John de las manos y sacudiéndoselas vigorosamente, le dijo:

—Sea cuales fueren esas disposiciones, cúmplelas. Ella tiene toda su confianza en ti, te estima mucho, muchísimo, todo lo que tú mereces. Y lo que tú mereces es más de lo que la suerte, otra cegatona que no ve ni lo que tiene bajo sus narices, ha querido darte. De hombres como tú quedan pocos ejemplares... ¡Ah! Y cualquiera duda la resuelves con Esquendo, que es el administrador general. Y nos escribes, ¿eh?, lo menos, lo menos una carta por mes...

—No haya cuidado, míster John, mi querido míster John.

—¡Matías, hijo mío, qué momento tan cruel!

Le abrazó estrechamente, con ansioso apretón de efusiva ternura, y a su oído, con ahogadas palabras, le expresaba, entre tanto, su gratitud inmensa, su cariño y el dolor de la separación. ¿No habían de verse más? ¿Por qué? Si él no volvería, seguramente, Matías, joven aún, podía ir. ¡Allá le esperaba una casa amiga, un corazón abierto!

Castel murmuraba:

—Puede ser, míster John; puede ser. ¿Por qué no? El destino tiene caprichos y guarda muchas sorpresas.

—Ven a despedirte de Victoria. Dirá que te embargo; te acusará de descortés.

Fueron hacia el improvisado estrado, en medio de la confusión y del horrible alarido, aullar de fiera que se impacienta. Pasó Jacobo, precipitadamente, con Jorgina. Y otros, todos, corrían, se agrupaban en las escalerillas, bajaban a tropezones, se amontonaban en los pasillos, inquietos, afligidos, vacilantes. Los brazos se buscaban para el abrazo último, las bocas para el último beso, entre cuchicheos en que el amor y la amistad volcaban el alma entera. ¡Adiós!, ¡adiós! En los ojos la emoción ponía cristalino cendal, y en aquel latir de corazones, uno junto al otro, el sentimiento era mago que mueve e inspira. Los brazos que se desen-

lazaban, las manos que se desunían, agitaban luego pañuelos y sombreros. Y al estruendo de la sirena, de las grúas, de las cadenas, mientras se alineaba en el borde del malecón de piedra, bajo el sol moribundo encubierto por nubarrones, la muchedumbre, se mezclaban gritos, los últimos adioses. Aire cálido venía de la ciudad y por el Sur avanzaba la tormenta, relampagueante y tronitosa.

Victoria, más pálida que antes, más amarilla que nunca, de pie y sin hablar, repartía flores, besos y apretones de manos. A todos sonreía, sonrisa que le costaba tanto expresar o más que las palabras: así pasaron delante de ella la madre Esteven, la madre Celia, *don Tranquilito,* don Medardo, las otras damas, los demás caballeros. La madre Esteven, ¡ejem!, ¡ejem!, exacerbada, por las circunstancias, su tosecita crónica, hizo votos por que el Angel de la Guarda la acompañara en todo el viaje y la devolviera pronto a la patria sana y salva; la monjita hispánica invocó al Corazón de Jesús para que la sirviera de escudo y santo amparo y *don Tranquilito* estuvo a punto de pronunciar un segundo discurso vegetariano... Si el tiempo no lo impide, lo suelta. Pero la tempestad y la sirena metían prisa, y hubo de embotellarlo de mala gana.

Buscaba Victoria a alguien en el desfile, una cara amiga que no se mostraba. ¿Se habría marchado apocado y triste, para no afrontar la terrible despedida? En la desbandada del puente huía, quizá, con los demás, y ya por esas calles, avaro de su pena, celoso de su amor inconfeso, iba arrastrado por la borrasca de la desgracia común. La sonrisa que fingía se apagó en sus labios y sólo con leves cabezadas contestó a los saludos, esforzándose tanto en rechazar las lágrimas, que no eran dique suficiente los párpados. Llegó a no ver casi nada, nada más que bultos que se inclinaban y se alejaban. Y de pronto la voz de su padre, el abrazo de Jorgina, la sorprendieron, y más, mucho más el sentir que le apretaban las manos, dulce apretar amistoso, amoroso, tan dulce y tan expresivo el de una mano como el de la otra, y al mismo tiempo la voz de Jacobo a su derecha y la voz de Castel a su izquierda pronunciaron su nombre:

—¡Victoria!

Nombre de triunfo, sonó a doble funerario; con tal tristeza las dos bocas, igualmente enamoradas, igualmente desengañadas, lo modularon. Era el adiós supremo que esperaba, que se preparaba a recibir y a dar, valerosa, desde el día que el deber la señaló el ca-

mino de salvación, y reunió todas sus fuerzas para no traicionarse, para no ser vencida en el momento mismo en que definitivamente vencía. Tan sólo su mano, la que se abandonaba en la de Jacobo —¿será indiscreción revelarlo? ¿será ofensa? ¿parecerá censura?—, contestó inocente a la cariñosa presión, involuntario movimiento del que no podía defenderse y la era difícil reprimir; pero, en la apariencia, nada: ni las lágrimas se desbordaron siquiera.

—¡Adiós, Jacobo! —dijo—. ¡Adiós, doctor! Volveré, sí; volveré, Dios mediante. ¿Cuándo? No sé, pero volveré. Gracias, muchas gracias.

Quiso Jacobo hablar. Matías quiso hablar también. Probablemente llegaron a decir algo que ni ellos entendían, ni Victoria tampoco. Palabras incoherentes, nerviosas, conmovidas, que no formaban una oración ni tenían sentido. Lo que pensaban, lo que sufrían quedaba dentro, dolor petrificado. Jorgina se interpuso, colgándose del cuello de su padre; míster John les tendió los brazos, en último gesto de despedida.

Y los dos, juntos, inseparables, hermanos siameses de la desgracia, atravesaron el puente como beodos, sin volver atrás la cara, y aunque la volvieran no hubieran visto otra

cosa que la carátula de los que les seguían, y en torrente por las escaleras, por los corredores, por el improvisado puentecillo, al són de la sirena aulladora, fueron a parar al muelle, y allí se pusieron en fila como los otros, en la misma orilla, siempre juntos. Es muy posible que no se vieran ni supieran que lo estaban. En el tumulto, bajo la influencia de la poderosa emoción que les cegaba, únicamente la figura enlutada de Victoria, Victoria pálida, enferma del alma, de viaje por mucho tiempo, el ideal imposible, irrealizable, desvaneciéndose tal vez para siempre, aparecía patente y luminoso.

Cuando en la primera fila de mirones lograron embutirse, el buque ya se había apartado buen trecho, y, sabiamente manejado, obedeciendo cual dócil corcel a la brida, se dirigía lentamente hacia la puerta del dique, se alejaba, se empequeñecía poco a poco: la mole de gigante parecía enana embarcación, engaño de la vista, juguete siempre de la distancia. En el aleteo de los pañuelos, buscó Jacobo el de ella, el fino pañolito que debía tremolar su mano, esperando como una gracia aquel saludo postrero; y le descubrió cerca de la bandera roja con el de Jorgina y la gorrilla de míster John. Entonces se quitó el panamá

y le agitó, y Matías también, mucho tiempo, todo el tiempo que el buque tardó en alejarse y desaparecer, y mientras duró el blanquear allá arriba cariñoso, tropezáronse los dos sombreros más de una vez en este alarde expresivo, amigos que se buscan porque no tienen motivos de desunión.

No se veía ya el ademán de los que se iban, y todavía en el muelle se agitaban las manos. ¡Adiós!, ¡adiós! Jacobo se cubrió, y, al volverse, reconoció a Matías, que se cubría también. Sangraba su corazón de enamorado y de padre y debía de tener, seguramente tenía, atomatados los ojos; Matías también, ¿por qué? Le causó ira comprobarlo y mostrar su debilidad de modo que pudiera ser criticada o mal interpretada. Y hendió los grupos, se fué hacia el galpón, buscando retiro donde ampararse de la lluvia y de la curiosidad, de la compañía del vecino. Como él, éste le dió la espalda y marchó hacia la verja, cabizbajo, con evidente afán, igual al suyo, de eludirle y perderle de vista; los dos, en el espantoso naufragio de su ilusión, queriendo ocultarse el uno del otro, rencorosos e implacables en su platónica rivalidad.

Se guareció Jacobo bajo techado, que llovía con gana y de firme, aguacero torrencial

de verano, y en un extremo, apartado, junto al portón, se sentó encima del durísimo lomo de un baúl. Lleno el recinto de revoltosa muchedumbre, no podía dar libertad a la angustía que sentía, tanta, tanta, que le ahogaba. Había allí quien lloraba: caras vueltas a la pared o escondidas detrás del pañuelo, pero eran mujeres, madres, esposas, novias, hermanas. El no podía llorar, y si su fortaleza cediera a este femenino achaque, estaba seguro que sus lágrimas fueran como aquellos goterones de agua, como aquellos hilos ininterrumpidos que, en impetuosa corriente, abrían surcos y formaban charcos, lagunas, arroyos, ríos.

Vió atravesar la verja a Castel y retirarse, sin paraguas, sufriendo el chaparrón con la misma impasibilidad con que sufría el de su mala suerte, andando sin mayor prisa, encorvado, eso sí, como agobiado por la pena que a él también le atomataba los ojos; y por la primera vez, cual flor que se abre al impulso de la lluvia, su corazón se abrió a la compasión. Por la misma causa padecían los dos; llevaban el mismo grillete; extinguían la misma condena. Caballeros del deber, víctimas ambos, como la otra, la bella expatriada y sin ventura, de este tirano feroz, tornaba cada cual a su galera y a su remo. Casi le llama: "¡ Matías,

amigo, hermano, ven y confundamos nuestro dolor, si es el mismo y ni tú ni yo hallaremos consuelo!" Y le miraba alejarse, combatido por la tormenta, sintiendo no poder llamarle, capaz de resistir a este nobilísimo empuje de su generosidad.

El señor Rémy, el excelentísimo señor maestresala, con Pepino, más fachendoso o tanto, por lo menos, que de costumbre; quiere decirse que a su ministerial y majestuosa apostura no hacía falta el uniforme para aparecer respetable e imponente... Pues el señor Rémy esperaba en aquel destartalado recinto que cesara el furor de la lluvia para marcharse, y vió a Jacobo y vino a ofrecerle la comodidad y la rapidez del automóvil de la señora. Ahí estaba, al cuidado de Silverio y al amparo de un alero, muy cerca, al volver de la esquina. ¡Su automóvil! Seguramente con sus flores favoritas en los búcaros de plata y sahumado de su hermosura. ¡Ah, no! Nada más que de ocuparle un instante, de sentarse sobre el almohadón de brocatel perla, su fortaleza se entregaría sin lucha, y como mujer lloraría cobardemente.

—No, Rémy —contestó—; gracias. Antes de ir a casa tengo mucho que hacer y no es cosa de entretener a Silverio. La lluvia mengua, ¿verdad? ¿No le parece a usted, Rémy?

Con fraseología ribeteada de francés dió el personaje su importante opinión: antes de cinco minutos el turbión habría pasado, porque en estos países, así en los fenómenos meteorológicos como en las modalidades del carácter, la violencia no corre parejas con la perseverancia; y aunque no hay que hacer mucho caso de la opinión de los personajes, es lo cierto que en tan brevísimo plazo cesó de llover, se desentoldó el cielo, y siendo ya tarde para que el sol, madrugador de suyo, permaneciera levantado, la luna asomó sus plateados pitones, fresca y bella como si acabara de lavarse la cara.

Toda aquella multitud plañidera y revoltosa desbordó por el pontón en seguida, y Jacobo entre ella. Era la hora de comer, pero no tenía ganas, y menos de volver a su casa. ¡Su casa sin Jorgina! Se asustó de la orfandad, de la soledad espantosa de su corazón. ¿Qué haría ahora de sus horas, que tanto pesan cuando son ociosas, distribuídas mecánicamente por la costumbre en su programa diario, sin comunión de afectos ni de ideas, sin lazo que le retuviera, sin cariño que le atrajera, solo, solo, solo con su criada, compañía la más odiosa, abominable, inaguantable? En la desorientación de su espíritu, en el amilanamiento y desesperada pena en que la doble ausencia le sumía,

pensó en morir, morir antes que vivir sin Victoria y sin Jorgina, antes que volver a su casa y darse de narices con su criada, y bajo el dominio de su escoba pasar los días y los días, monotonos, siempre nublados, perpetuamente tristes. No decían, no decía el médico que Victoria...?

Sí; el médico, lo que no juzgó conveniente decirle al padre, míster John, se lo dijo a él, se lo confió como a pariente único que quedaba y al que se le debe la verdad: que Victoria, por causas múltiples, de herencia, de constitución, de ambiente, anémica de sangre, pletórica de sensibilidad; si la naturaleza no hacía un milagro, parón brusco, a tiempo, facilitado por el cambio de régimen, de aire y de sensaciones, no viviría más de un año. Y esta sentencia, así dictada, de sopetón y sin miramientos confiada a él, que la escuchó encogido el ánimo y temblando, incrustó en su magín la negra idea de la muerte, como en lo alto de un mechinal anida un ave nocturna.

¡Morir! No fuera cierto sentimiento de levadura cristiana, que en el fondo de su alma dormitaba; no fuera la esperanza consoladora de ver regresar a Victoria; no fuera la obligación sagrada de velar por su hija...

Porque la naturaleza haría ese milagro, y si

no, lo haría Dios, Dios que sabía... Los ángeles, allá arriba, no pasarán el tiempo exclusivamente dedicados a cantar alabanzas al Señor. Deben de escribir también en unos grandes librotes las acciones humanas, llevar el debe y el haber de cada mortal, sin error ni omisión, que esto no estaría bien en tan altos, eximios y celestiales funcionarios, y en la cuenta suya y en la de Victoria constaría el sacrificio. Este sacrificio, como premio o como compensación, merecía algo, siquiera el que Victoria tornara buena y feliz.

¡Y qué sacrificio! Luchas obscuras, libradas en las sombras de la conciencia, batallas de las que sale el alma dolorida y el corazón agonizante y que duran meses, y que duran años, sin tregua ni armisticio, más enconadas cuanto mayor es la resistencia y mejores son las armas y hay más aliento y hay más fe. Pues triunfar en condiciones tales y en los tiempos que corren del instinto, de la sugestión perversa, de la complicidad de la ocasión, pelear con los malos espíritus y vencerlos, es una hombrada. ¡Sí, señor, una hombrada! Victoria y él lo habían hecho; ambos habían realizado esta hazaña, héroes anónimos, como tantos otros de los que no queda esculpido en mármoles el nombre. ¿Y esto no había de recompensarlo

Dios? Si no, ¿quién? ¿El hermano, el marido loco que, en su jaula, no era capaz de apreciarlo ni de agradecerlo? ¿La sociedad, que lo que quisiera celebrar es la caída y no la salvación?

Anduvo calles y más calles, encharcadas y sucias, y por la hora, ya de recogimiento, pudo andar libre de tropiezos; que no hay nada más desconsolador que pasear tristezas entre la multitud alegre. Decididamente no comería. Decididamente no volvería a casa. Andaría, caminaría hasta que cayera de cansancio en el hueco de alguna puerta y, como un borracho, a la luz de la luna, dormiría soñando cosas bellas.

En una plaza, no sabía cuál, no le importaba cuál, levantó del suelo la vista y miró a la luna. Puesto que en ella había pensado, justo era que, desde abajo, la saludara. Ella, más dichosa, veía el buque que llevaba a Victoria y tal vez, audaz, entrara en su camarote... ¡Si fuera poeta! ¡Qué bonito mensaje le habría enviado con ella! Le habría dado el encargo también de besar en la frente a Jorgina. De todos modos, como es poeta todo el que siente, sin otro metro que el de su sinceridad, en aquella plaza, grande, hermosa y solitaria, se encaró con ella.

—Si las ves, diles a las dos cómo quedo y

lo que padezco. Dile a Victoria que de esta victoria suya, que es la mía, me mata el recuerdo y de ella estoy muriendo. Por lo que yo sufro, sé lo que ella sufrirá... ¡Sé tantas cosas que no me ha dicho! Ella sabe también lo que no la he dicho, mudos que se entienden sin palabras. Por eso, ante el peligro, ella huye y yo me someto, y en la manera de someterme, humilde, de absoluta abstracción de toda rebeldía, penetrado de la conveniencia, de la necesidad de esta separación, porque *lo que no debe ser, no puede ser,* se persuadirá que nada, en mi conducta, daría lugar a su censura o a su aprensión. Como he cumplido su orden de destierro de la casa, con tal rigor que desde aquel día que me lo notificó sólo dos veces ¡dos veces! acudí, y eso a su llamada, y fué delante de testigos la conferencia, conferencia de negocios en que ni mis ojos ni mi lengua intercalaron nada profano... pues, así cumpliré esta condena. Dile esto, buena amiga, para que vaya tranquila y contenta de haber vencido y se reponga de esta dolorosa crisis de salud, de la que no es la anemia culpable, como afirma el médico, que sólo ve las causas materiales, sino la guerra con el deber, esa larga batalla en que ella y yo, cada cual consigo mismo, hemos estado empeñados. Y escóltala hasta el

puerto de su destino, ilumina su rutá y tráeme pronto noticias suyas, que sean buenas y consoladoras!... ¿Verdad que la ves? ¿Duerme? ¿Sueña? ¿Vela? ¿Llora?

Murmuraba: "¡Dios mío!, ¡Dios mío!", como estrambote de cada estrofa, y en el silencio su voz le sonó a eco extraño de otra voz desconocida. Pierrot inseguro sobre sus pies que apostrofa a su enamorada, se avergonzó de sí mismo, despertando de su ridícula postura. ¿Qué hacía allí? ¿Qué hacía de vago por las calles? ¿Pensaba realmente pasarse sin comer, y dormir en cualquier hueco, y morir en serio?

Limpio de vicios, metódico de vida, para él no había más recoveco que su casa, vacía ya, fría, pero guarida única y legal, sobre todo, más que todo, legal. Allá iría, metería la cabeza, y acurrucado con sus recuerdos, pacientemente esperaría resignado la vuelta de Jorgina. De Victoria, puesto que era un imposible, puesto que le estaba vedado, no digo pensar, ni aun soñar en ella, sólo con su corazón hablaría como de una hermana. ¿A qué dar topetazos contra el muro recio e infranqueable?

Parece que el aire fresco le hubiera serenado, porque su razón calmó sus ideas. Y encendiendo un cigarro, paso a paso se orientó y encaminóse al barrio de Buen Orden, tran-

quilamente y sin dar más rodeos, llegando a la puerta de su casa sin pensarlo, como llevado de la mano por la costumbre. Manolillo cerraba el portal al obscurecer y hubo de sacar el llavín y abrir; y al abrir, una luz que se movía en el zaguán, unos pasos que en la escalera sonaban apagados le sorprendieron. Luz de cerilla mezquina, temblorosa, con el andar del que la llevaba se amortiguaba a intervalos y en cada uno de estos lampos de momentáneo brillo, en el fondo la Primavera de la pared, Victoria sonreía en su zócalo. Un momento la luz se apagó del todo, y al rascar de la cajetilla resurgió, y con ella los pasos de mesurada, parsimoniosa ascensión.

A aquella hora y con traza semejante el que subía no podía ser otro que Castel. En la revuelta del caracol, Jacobo le reconoció. No subiría seguramente el mitológico personaje la montaña, llevando sobre los hombros la piedra enorme, más agobiado que Matías la escalera de su casa esta noche con el peso de su dolor. Viéndole, Jacobo sintió que la flor de su compasión se abría de nuevo, como en el puerto, al alejarse, expuesto a la inclemencia del cielo. El también había vagado en las calles sucias y encharcadas, había pensado en morir, había dirigido endechas a la ausente pulsando

su laúd destemplado; él también volvía, conducido por la razón, vacío el estómago, amarga la boca, pero sometido, resignado; que en algo ha de distinguirse el amor maduro del juvenil y los hombres formales de los imberbes, y no siempre en esta enfermedad todo ha de ser atropello, violencia, revolución y anarquía.

Jacobo subió a la zaga de su luz, y al mismo tiempo que él metía el llavín en su cerradura, sin percatarse de que le siguieran, por distraído o por cálculo imaginando quién fuese, introdujo el suyo en la propia. Detrás de cada puerta de aquellas estaba la realidad: en una, armada de escoba y plumero; en otra, apoyada en muletas. Jacobo dijo:

—¡Matías!

Matías se volvió y quedó pegado a su puerta. Estaba pálido, demacrado, con ojeras violáceas, a las que sus cejas formaban arco negrísimo: sus ojos, febricientes, interrogaron al que le llamaba. Jacobo le tendió la mano. Unidos por el mismo desengaño, pacientes del mismo mal, indigestados de la misma realilidad, ¿no habían de ser amigos?

Y se abrazaron fuertemente, afectuosamente, en la sombra, más que como amigos, como hermanos. Porque, en rigor de verdad, ninguno

de ellos era vencido; antes al contrario, de la victoria de Victoria debían compartir ambos noblemente la palma. No siempre el mal ha de ser el triunfador y el tirano. Debe dejarse al bien en el mundo siquiera el humilde rinconcito que en el huerto perfuman las violetas. ¡Y quién sabe! No hay ley, ni roque, ni pena, ni gloria, ni dicha, ni desdicha que cien años dure. ¡La vida en el tiempo es un silbido en el aire!

FIN

